
Gemma Herrero Virto
La historia de Clarice
División OpenMind
I



I

DIVISIÓN OPENMIND

Gemma Herrero Virto

Título: La historia de Clarice I: División OpenMind

Autor: Gemma Herrero Virto
Diseño de portada: Mónica Gallart (Book Cover Land)

Página web: www.gemmaherrerovirto.es
Facebook: https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2
Twitter: @Idaean
Instagram: gemma_herrero_virto

N. º de registro: bUjSPyTa-2022-04-19T15:57:17.729
Fecha de publicación: 2 de Mayo de 2022



A todos los que me dijisteis que sí podía.

Para que el mal triunfe, solo es necesario que los hombres buenos no hagan nada.

Edmund Burke

ÍNDICE



Clarice Cooper

Arlington (Virginia), Junio de 1943

Capítulo uno

Aún me sobrecogía cada vez que ponía los pies en el vestíbulo del Pentágono. Aquella enorme mole de piedra y hormigón, inaugurada tan solo seis meses atrás, me hacía sentir diminuta y me recordaba que yo solo era una chica de pueblo a la que todo aquello le quedaba demasiado grande.

En aquel lugar trabajaban miles de personas de forma ordenada y eficiente. De ello dependía la supervivencia de nuestros chicos en el frente y el destino de nuestra nación. Aquel edificio, sobrio e imponente, parecía querer recordarnos el peso que recaía sobre nuestros hombros cada vez que entrábamos en él. Como cada día, luché para que esa responsabilidad no me paralizase y me interné por uno de los pasillos del primer piso hasta llegar a unas escaleras. El guardia que las custodiaba me reconoció y me dejó pasar sin preguntarme nada.

Aquellas escaleras tenían algo especial: se dirigían hacia abajo, a las entrañas del Pentágono. La mayoría de los pasillos y escaleras del edificio servían de rápida comunicación entre sus cinco pisos. Se decía que, dada su configuración en forma de pentágono y sus múltiples pasillos y corredores, era posible ir de cualquier punto del edificio a otro en un tiempo máximo de siete minutos. Aquello podía ser cierto en lo que se refería a los cinco pisos dedicados al departamento de defensa “oficial”, pero no tenía nada que ver con el laberinto subterráneo que se extendía bajo sus muros.

Fui descendiendo piso tras piso hasta llegar a mi destino. La puerta estaba custodiada por otro guardia, que, aunque también me conocía por haberme visto entrar allí día tras día durante los últimos tres meses, solicitó mi identificación antes de permitirme el paso al PRD[i]. Mientras recorría el amplio vestíbulo, me estiré la chaqueta del uniforme, me aseguré de que la corbata estuviera bien colocada y traté de caminar con paso seguro sobre mis zapatos de tacón. Cuando llegué frente a la señorita Sturgis, me cuadré y esperé pacientemente a que ella se dignase a dejar de mirar unos papeles para dirigir su vista hacia mí.

—Buenos días, señorita Cooper —saludó mientras abría un cajón para extraer un abultado fajo de expedientes—. Parece que hoy va a tener mucho trabajo que hacer.

—Gracias, señorita Sturgis. Lo haré lo mejor posible.

Le dirigí una sonrisa, pero no recibí una de vuelta de su parte. Se limitó a enarcar una ceja en señal de incredulidad. Desde el principio,

había sospechado que a la señorita Sturgis no le gustaba trabajar en el PRD, que nos consideraba un grupo de farsantes que se estaba aprovechando del dinero público sin ofrecer nada a cambio. Yo esperaba que ella solicitara pronto el traslado a otra unidad y que nos trajeran a alguien que no nos mirase como si fuéramos componentes de un circo de los horrores.

Me puse el fajo de expedientes bajo el brazo y caminé con paso decidido hacia mi despacho. Los coloqué sobre mi mesa y me quedé unos segundos mirándolos con cara de pena. Abrí un par de ellos al azar. La misma ficha de siempre: un nombre, una fotografía de un chico demasiado joven que posaba orgulloso con su recién estrenado uniforme, una dirección y el nombre de una persona de contacto… Como todos los días, deseé que mi labor fracasara con la mayoría de ellos, pero, por desgracia, sabía que no sería así.

Me deshice de los zapatos de dos patadas. Después de quitarme el sombrero, me solté la chaqueta y la dejé colgada en el respaldo de la silla. También me libré de la incómoda corbata y me solté los dos primeros botones de la camisa. Mientras me recogía las mangas, tomé una profunda bocanada de aire. Sabía que, mientras estuviera trabajando, nadie iba a entrar en mi despacho, así que podía permitirme prescindir del uniforme y volver a sentirme yo… o casi. Odiaba aquella ridícula falda estrecha que llegaba hasta debajo de las rodillas y me impedía caminar con normalidad, pero quitarse la falda habría sido demasiado. Después de todo, aunque nadie fuera a entrar en mi oficina, no iba a estar sola.

Abrí el primer cajón del escritorio para sacar el tablero de *ouija* y el máster. Tras encender unas cuantas velas por toda la habitación, apagué la lámpara. El lugar dejó de parecer un frío e impersonal despacho para cobrar la atmósfera que necesitaba. Me encantaba la cálida luz de las velas y el aroma a cera quemada. De alguna manera, me devolvía a mi casa en Montana, a todas aquellas sesiones que había compartido con mi madre mientras ella me enseñaba a utilizar mis dones. Me dejé envolver por aquellas sensaciones, relajando mi cuerpo y preparándome para mi tarea. Cuando sentí que estaba lista, me senté frente al tablero y abrí el primer expediente para comprobar el nombre del joven con el que quería contactar:

—Mark Ellis —pronuncié mientras cerraba los ojos para concentrarme y ponía las manos sobre el máster—. Quiero hablar con Mark Ellis. ¿Estás ahí?

No necesité abrir los ojos para notar que la atmósfera de la habitación cambiaba para volverse más espesa, más fría, más oscura… Alguien estaba apareciendo frente a mí. Cuando los abrí, me encontré la figura

translúcida de un joven de pelo castaño y mirada asustada. Llevaba un uniforme de aviador desgarrado y chamuscado en algunos puntos y manchado de una sustancia oscura que parecía ceniza.

—Eres Mark Ellis, ¿verdad? —Dirigí mi mirada hacia su expediente y comprobé que la foto se correspondía, aunque el porte altivo y la sonrisa confiada que aparecía en la imagen habían desaparecido por completo.

El espectro me miró con expresión confusa y tardó unos segundos en asentir. Yo seguí recitando los datos de su ficha, intentando no dejarme envolver por su mirada triste y asustada, no dejarme contagiar por su miedo…

—Naciste en Wayland, Michigan. —Esperé hasta que el volvió a asentir—. Tu persona de contacto es Megan Ellis, tu esposa.

—¿Qué es todo esto? —preguntó al fin con un tono de voz muy cercano a la histeria—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy?

Apoyé las manos en la mesa y tamborileé con las uñas mientras soltaba el aire. Aquella parte siempre era la más difícil. La mayoría no reaccionaban bien cuando les explicaba su nueva situación. Sabía que aquello no era parte de mi trabajo. Mi labor consistía simplemente en invocarlos y asegurarme de que estaban muertos para poder notificárselo a sus familias, así que se suponía que podía romper el contacto en cuanto comprobaba sus datos, pero no me sentía capaz de hacer algo así… No cuando lo que se presentaba ante mis ojos eran pobres críos asustados que no sabían lo que les había sucedido y que se sentían perdidos y confusos. Mi conciencia no me lo permitía, así que clavé mis ojos en la mirada de aquel chico y traté de hablar con un tono tranquilo y que transmitiese confianza.

—Tu avión desapareció durante un bombardeo sobre la ciudad de Rennes, en el noroeste de Francia. —Volví a tomar aire antes de seguir hablando—. Tengo que informarte de que has muerto.

El chico negó con la cabeza y sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no se desesperó ni se puso violento. Parecía que ya lo sospechaba y que solo había necesitado una confirmación.

—¿Y qué va a ser de Megan? —preguntó con voz triste—. Tenemos un niño de dos años…

—Sobrevivirá. Todas lo hacen —contesté mientras luchaba por no imaginar lo que sentiría aquella mujer cuando recibiese nuestra carta —. Estoy segura de que es fuerte y sabrá sacar a vuestro hijo adelante.

—No es justo…

—Lo sé. Nada en esta guerra lo es. —Solté un largo suspiro antes de

seguir hablando—. Tienes que trascender. No puedes quedarte aquí.

—No… No quiero irme… Podría regresar junto a Megan y cuidarla.

—No. Eso no sería bueno para ella ni para ti —expliqué—. Tú cada vez estarías más confuso y perdido, más desesperado por no poder abrazarla ni consolarla… Te convertirías en un espectro enloquecido y al final ni siquiera recordarías quién eres. Debes trascender.

Cambió en una milésima de segundo. Pasó de ser un pobre chico perdido de ojos tristes a un espectro enloquecido que se lanzó hacia mí con las garras por delante. Me eché hacia atrás por instinto, pero me agarré con fuerza a los brazos de la silla mientras me recordaba a mí misma que no debía moverme. El fantasma avanzó hacia mi mesa hasta que un muro invisible le detuvo. Aquello le volvió aún más loco. Un viento glacial recorrió el despacho mientras un hedor a podredumbre inundaba mis fosas nasales. Agradecí que no me hubiera dado tiempo a desayunar. Las luces de la habitación se encendieron y apagaron de forma intermitente y las carpetas colocadas ordenadamente en el armario que tenía a la izquierda de mi escritorio empezaron a caer al suelo. Aquello me enfadó. Me puse en pie y golpeé con fuerza mi mesa con las manos abiertas para captar la atención de aquel ser.

—Ya basta. No vas a conseguir nada poniéndote así —dije tratando de mantener un tono de voz tranquilo y firme.

Él no reaccionó. Seguía golpeando el muro que nos separaba, tratando de rasgarlo con las uñas, de morderlo… Su cara se había transformado por completo. Se había convertido en un espectro de ojos vacíos y piel ennegrecida que se desprendía de su cuerpo como una lluvia gris y sucia.

—No puedes hacerme nada —expliqué mientras señalaba el círculo de protección que estaba dibujado en el suelo y que rodeaba mi escritorio —. Esta habitación está protegida. No puedes salir de ella y no puedes tocarme, así que te sugiero que te tranquilices y que volvamos a hablar como seres civilizados.

No me escuchó, pero aquello no me sorprendió. Nunca lo hacían. Mientras seguía gruñendo y gritando, volví a sentarme y me dediqué a rellenar su ficha con los datos que debía pasarle al departamento de administración. Cuando dejó de hacer ruido, levanté la mirada. Se había separado un par de pasos de mi escritorio y había recuperado su apariencia anterior. Volvía a ser un pobre crío asustado que lloraba sin consuelo posible. Me habría gustado levantarme y acercarme a él para tranquilizarle, pero sabía que no podía abandonar la seguridad de mi círculo. Nada me aseguraba que no fuera a convertirse de nuevo en el espectro enloquecido que había tratado de atacarme segundos

antes.

—Mark, escúchame… Tienes que trascender. No te queda otro remedio.

—Pero yo quiero volver con Megan… —protestó mientras lloraba como un niño.

—Lo sé, pero lo que volvería no serías tú. ¿Has visto en lo que acabas de convertirte? —Esperé hasta que él asintió entre sollozos—. Cada vez serías más eso y menos tú. La rabia por no poder volver a estar vivo te iría consumiendo, el tiempo que pasarías entre tinieblas te iría volviendo loco… Al final, ni siquiera recordarías para qué te has quedado, ni quién es Megan, ni quién eres tú… Si te quedas, solo te espera la rabia, el dolor y la locura. No es eso lo que quieres.

—¿Y qué puedo hacer? —preguntó mientras me clavaba una mirada desesperada.

—Ya te lo he dicho: tienes que trascender. Has de continuar tu viaje.

—¿Y qué hay al otro lado?

—No lo sé con seguridad, pero estoy segura de que será bueno, de que será infinitamente mejor que lo que te espera aquí.

El asintió mientras las lágrimas seguían cayendo por su rostro manchado de hollín, dibujando caminos sinuosos en sus mejillas. Su figura fue desvaneciéndose poco a poco hasta desaparecer por completo. Solté otro suspiro, abrí un cajón del escritorio y saqué mi petaca para darle un largo trago. No eran horas de beber bourbon, y menos con el estómago vacío, pero necesitaba algo que calmara el vacío que sentía, algo que me calentara el alma y me diera valor para seguir con mi trabajo. Miré la enorme pila de expedientes que aún me quedaban por comprobar y recé para fracasar en mis intentos de contactar con la mayoría de ellos.

Capítulo dos

La jornada laboral terminó por fin. Antes de ponerme de nuevo todas las piezas del uniforme, le di otro sorbo a mi petaca. El día había sido duro, muy duro… Tantos chicos jóvenes con las vidas truncadas… Había conseguido contactar con más de una docena de ellos y la mayoría estaban tan perdidos y confusos que se habían negado a trascender sin oponer resistencia.

En las dos últimas horas no había conseguido contactar con nadie, pero sabía que eso no quería decir que aquellos chicos siguieran vivos. A medida que iban pasando las horas, me iba sintiendo cada vez más agotada y mis capacidades psíquicas iban menguando. Era ridículo pensar que alguien con un don sobrenatural pudiera trabajar en un turno de nueve a cinco, como si fuera algo que se encendiera y apagara a voluntad. Se notaba que la gente que me había reclutado para mi puesto no tenía ni idea de cómo funcionaban este tipo de capacidades, pero tampoco tenía ganas de explicárselo y ponerme a discutir con ellos. Como sabía que estaba prohibido que alguien entrara en mi despacho mientras yo estaba trabajando, dado que podía ser peligroso, había dedicado la última hora a relajarme con los pies encima de la mesa mientras le daba algún que otro trago a mi petaca.

Salí del despacho y cerré a mi espalda. Me sentía muy cansada, pero aquel momento en el que dejaba atrás todo aquel dolor y amargura y sabía que podía olvidarlo hasta el día siguiente, me hacía sentir aliviada y feliz. Vi que otra puerta se abría en el pasillo unos pasos más adelante y reconocí a Sally. Me acerqué a ella taconeando con energía hasta colocarme a su lado.

—¿Qué tal el día? —pregunté colgándome de su brazo.

—Fatal —contestó ella antes de soltar un largo suspiro—. Seguimos sin conseguir nada.

—¿Nada de nada?

—Bueno… Tenemos resultados, ya sabes. He logrado subir mi nivel de aciertos con las cartas al setenta por ciento. Eso es una barbaridad. Nunca pensé que conseguiría tanto…

—¡Felicidades! —Apreté su brazo con cariño—. Nadie había llegado nunca a ese nivel.

Ella me dirigió una sonrisa triste. No parecía muy contenta por haber conseguido ser la mejor telépata con la que contábamos en el PRD. La agarré por la cintura y la atraje hacia mí para reconfortarla.

—¿Qué pasa, Sally? ¿A qué viene esa cara tan larga?

—A que lo que hacemos no sirve para nada —contestó tras ponerse tras la oreja un mechón de su corta melena castaña—. Nos pasamos el día leyéndonos la mente los unos a los otros y apuntando nuestras estadísticas, pero no estamos ayudando en nada. No creo que lo que hacemos vaya a tener nunca una utilidad práctica en esta guerra.

—Si os tienen aquí, es por algo. ¿Tú sabes lo que cuesta mantener estos programas? Ya os dirán lo que necesitan de vosotros.

—No sé… Espero que no quieran conseguir algo espectacular, como que nos metamos en la mente de Hitler para adivinar sus planes de guerra, porque una cosa es acertar la carta que está mirando la persona que tienes enfrente y otra muy diferente hacer que tu mente sobrevuele el Atlántico para leer los pensamientos de un tirano.

—No creo que quieran eso —comenté mientras me encogía de hombros.

—¿Y en qué te basas? —preguntó ella con el ceño fruncido.

—En que si quisieran que leyeseis la mente de Hitler, os estarían enseñando alemán —contesté antes de guiñarle un ojo.

Nos reímos juntas mientras continuábamos caminando hacia la salida. Me gustaba hacer reír a Sally. Era la persona más dulce y cariñosa que había conocido en mi vida y la única amiga que tenía en Arlington. Su único defecto era que siempre se preocupaba por todo, que era demasiado responsable y pensaba demasiado, pero parecía que mi carácter, mucho más despreocupado y espontáneo, se complementaba perfectamente con el suyo.

Cuando llegamos a la mesa de la señorita Sturgis, Sally le entregó su informe diario con los logros alcanzados. La mujer les echó un ojo y, tras ponerle un sello y dejarlo en un montón sobre la mesa, extendió su mano para que yo le entregase el fruto de mi trabajo diario.

—Estos son los casos con los que he podido contactar. —Le pasé un fajo de expedientes—. Hay que avisar a sus familiares.

—Son pocos. —Los sopesó en su mano mientras fruncía el ceño.

—Teniendo en cuenta que cada uno de esos expedientes significa que uno de nuestros chicos ha muerto en el frente, debería usted alegrarse de que haya pocos —contesté con tono seco.

—Lo haría si el resto de los expedientes significara que has confirmado que esos chicos están vivos, pero no es así. Son más casos que no has podido confirmar y que se unirán a los que llegarán mañana. Se te acumula el trabajo.

—Sabe que no puedo confirmar la vida de nadie. Mi trabajo es contactar con los muertos y no es una ciencia exacta. Siento que mis resultados no sean satisfactorios. Tal vez debería hablar usted sobre mi rendimiento con el coronel Curtis.

La señorita Sturgis apretó los labios hasta que casi desaparecieron. Sin decir una palabra más, selló los expedientes confirmados que le había entregado para darles curso y guardó el resto en un armario, donde me esperarían hasta la mañana siguiente. Le dediqué una sonrisa burlona y un saludo con la cabeza y le indiqué a Sally que podíamos marcharnos.

Cuando estuvimos seguras de que la señorita Sturgis ya no podía oírnos, Sally dejó escapar una carcajada.

—¡Qué mala eres! —dijo entre risas—. La has dejado sin palabras. Sabe perfectamente que para el coronel Curtis eres la estrella del departamento.

—No es para tanto. —Me encogí de hombros para quitarle importancia—. Solo soy una más en el PRD.

—Eso es mentira. Aquí hay de todo: gente con capacidades telepáticas o telequinéticas, médiums, adivinos, lectores de auras, hipnotistas… pero tú eres la única que está ofreciendo resultados prácticos y comprobables. Si este departamento sigue funcionando, es porque tú obtienes resultados y el coronel Curtis lo sabe.

—Pues ya podía saberlo también la señorita Sturgis. No entiendo por qué me odia tanto.

—Creo que piensa que todos somos una pandilla de estafadores y que está aquí para desenmascararnos y conseguir que se deje de despilfarrar dinero en este departamento. —Fue el turno de Sally de encogerse de hombros—. Al menos, eso es lo que se rumorea. Y tú serías el mayor obstáculo que tiene para conseguir su objetivo.

—No creo que esté buscando eso…

—Hazme caso. No son solo rumores. —Se acercó a mí para bajar el tono de voz, como si estuviéramos conspirando—. Lo he visto.

—¿Has leído su mente? —pregunté asombrada.

—Bueno, no con claridad, pero puedo percibir su desprecio por todos nosotros y lo mucho que nos odia como si estuviera escrito con letras gigantes en uno de esos carteles luminosos de Broadway.

—Pues quizá debería ser yo la que hablase con el coronel Curtis para decirle que nos gustaría que la cambiaran de puesto.

—No lo hagas. Se sabe protegida —dijo Sally manteniendo el tono de

voz bajo—. Creo que es hija de algún alto cargo que trabaja en este mismo edificio.

—¿Y tú cómo sabes eso, bruja?

—Son rumores que he oído por ahí —contestó con una sonrisa pícara.

—Sí, claro… Me da la impresión de que sabes muchas más cosas de las que dices y de que el entrenamiento te está sirviendo para mucho más de lo que me cuentas. En un mes estarás leyéndole la mente a Hitler.

—Entonces será mejor que vayamos a casa y que me encierre en mi habitación. —Me guiñó un ojo—. Tengo que aprender alemán.

Capítulo tres

Sally y yo nos hospedábamos en una casa cercana al Pentágono llamada “Hogar para señoritas de Mrs. Lowestein”. Como el mismo nombre indicaba, estaba regentada por la señora Lowestein, una viuda cincuentona que vestía siempre de negro y a la que no había visto sonreír nunca. Su casa era una antigua mansión de estilo victoriano rematada por una alta torre central. Debía de haber sido muy hermosa hacía años, pero había ido decayendo. Los muros se habían oscurecido, el tejado no estaba en buen estado y era húmeda, fría y tenebrosa. Además, cuando la señora Lowestein enviudó y tuvo que transformar el hogar familiar en una casa de huéspedes, le añadió dos alas rectangulares de ladrillo anaranjado y ventanas estrechas que no casaban en absoluto con la construcción original y que parecían dos apéndices extraños, unas protuberancias de organismos ajenos que estuvieran atacando a la vivienda para devorarla.

La casa por dentro no era mucho mejor. Había un gran comedor con una mesa a la que nos sentábamos todas las huéspedes. Las ventanas siempre estaban cerradas y cubiertas por unos espesos cortinajes de color pizarra que no dejaban pasar ni un solo rayo de sol. El salón, donde la señora Lowestein pasaba la mayor parte de sus horas tejiendo en compañía de sus gatos, estaba presidido por una imponente chimenea de piedra. Sobre ella estaba colocado, en un lugar de honor, el retrato de su difunto marido, un hombre calvo de gesto adusto que lucía una barba al estilo de Abraham Lincoln. Algunas noches me había cruzado con su espíritu, que vagabundeaba de habitación en habitación con los brazos a la espalda, como si estuviera haciendo una ronda para vigilar que todo siguiera en orden en su antigua casa. Un par de veces había tratado de hablar con él, por si necesitaba mi ayuda para trascender, pero ni siquiera me había escuchado. Había continuado su camino como si no pudiera verme, atravesando mi cuerpo y dejándome una sensación fría y pegajosa. Después de esos encuentros, yo también decidí ignorarle. Si él no quería mi ayuda, por mí podía seguir vagando por la casa para siempre. Mientras no resultara molesto o peligroso y nadie más lo percibiera, no había de que preocuparse.

La mayoría de las chicas se hospedaba en las alas laterales, más modernas y menos lúgubres. Sin embargo, yo había escogido la habitación del último piso de la torre. Para llegar a ella había que subir una estrecha escalera poco iluminada que a las demás les ponía los pelos de punta. La habitación incluso me salía un poco más barata que al resto de mis compañeras porque la chica del servicio se negaba

a subir allí a limpiar y debía encargarme yo misma, lo que me proporcionaba la intimidad que deseaba para mis estudios y rituales. Además, aquella habitación, con ventanales en sus cuatro paredes, era la más luminosa de toda la casa y me permitía ver muy lejos, hasta el horizonte, y soñar con las praderas de mi amada Montana.

Estaba tan acostumbrada a que en mi pequeño reino nadie me molestara que los dos suaves golpes en la puerta me sorprendieron. Bajé del alfeizar en el que me había sentado para disfrutar de la brisa de la tarde y abrí. Sally estaba allí, mirando hacia atrás como si vigilara para que ningún fantasma pudiera atacarla por la espalda.

—¿Qué haces aquí? —pregunté extrañada.

—Ha llegado el correo y hay una carta para ti —anunció mientras me tendía un sobre—. La señora Lowestein me ha pedido que te la traiga. Creo que le da miedo subir aquí.

—Ni que a ti no te lo diera. Vaya cara de susto tienes —dije sin poder contener una risa.

Cogí la carta y me dirigí a mi cama para sentarme sobre ella. Sally se quedó en la puerta sin atreverse a dar un paso dentro mientras contemplaba los símbolos pintados en las paredes y los amuletos que colgaban por toda la habitación.

—No entiendo cómo puedes vivir aquí. —Se frotó los brazos como si tratara de entrar en calor—. Este sitio da escalofríos.

—Bienvenida a la guarida de la bruja —bromeé—. No sé de qué te asustas. Ya sabes lo que soy.

—Ya, pero no me acostumbro.

—¿No quieres pasar?

—No, gracias. Creo que iré a mi habitación a leer un poco. Te dejo con tu carta. —Se giró para marcharse, pero, antes de cerrar la puerta, volvió a asomarse—. Esta tarde hay fiesta en el *Auld Lang Syne* para celebrar no sé qué victoria de los aliados en el frente belga.

Se me escapó una sonrisa triste. Todos los días había fiesta para celebrar cualquier pequeña victoria. Lo comprendía. Era una forma de mantener alta la moral de la gente, pero yo tenía que enfrentarme cada día a los rostros asustados de nuestros chicos caídos en combate y hacerles comprender que habían muerto. No tenía motivos para sentirme contenta ni para celebrar nada. Sin embargo, aquella tarde me apetecía salir y tomar unas copas, así que hice un esfuerzo para que mi sonrisa pareciese sincera y asentí.

—Por supuesto. Quedamos a las seis.

Sally me devolvió la sonrisa y cerró, dejándome a solas. Miré el remite de la carta y comprobé que, tal y como había pensado, era de mi madre. Sabía que era ridículo, pero acerqué el sobre a mi nariz e inspiré hondo, esperando que me trajera un rastro de su perfume o del olor de la hierba de las praderas de mi tierra o un soplo de brisa de sus nevadas cumbres. Solo olía a papel y, durante unos segundos, sentí que los ojos me escocían por las lágrimas contenidas. Les echaba tanto de menos…

Abrí el sobre con cuidado y contemplé con cariño la esmerada caligrafía de mi madre antes de empezar a leer:

Mi querida Clarice:

Aquí estoy de nuevo escribiéndote otra carta. Seguramente estarás pensando que tienes una madre muy pesada que te escribe demasiado a menudo, pero hace ya más de tres meses que te fuiste y sigo echándote mucho de menos. En noches como esta, en las que estoy sola a la luz de la chimenea, aún levanto la cabeza de mi costura para comentarte algo que acabo de pensar. Casi puedo verte ahí, en el viejo sillón, con las piernas cruzadas y un libro en el regazo… pero las palabras mueren en mi boca al darme cuenta de que no estás.

Sabes que estoy preocupada por ti desde que te fuiste. A pesar de que estás a miles de millas del frente, no dejo de pensar que mi niña está en la guerra, ocupando el lugar que yo debería haber ocupado. Hiciste un gran sacrificio por tu país dejando a tu familia y todo lo que conocías. Sigo creyendo que debería haber ido yo, aunque, al pensar en dejar solos a tu padre y a tus hermanos, se me parte el alma. No te daré nunca lo suficiente las gracias por haberte ofrecido voluntaria para ocupar mi lugar sirviendo a tu país en tan importante misión.

Tienes que contarme qué tal te van las cosas por ahí. Tus cartas son muy breves y no me cuentas si tienes amigos, si estás a gusto con lo que haces, si te sientes sola… Casi me da la impresión de que no eres feliz, pero tratas de ocultárselo a tu pobre madre. Sabes que no sirve de nada. Las madres tenemos un sexto sentido y, en el caso de las madres brujas, este es aún más poderoso.

Después de quejarme de lo poco que me cuentas, te voy a contar yo cómo están las cosas por aquí. Nacieron muchos potrillos esta primavera, así que tu padre está muy contento. Además, un terrateniente del condado de Flathead acaba de comprarle cincuenta caballos. Ya están preparando el viaje para llevarlos hasta allí. Tu padre se va a llevar a tu hermano Jimmy para que le ayude y el chico está emocionadísimo por ese primer viaje. Tendrías que verle entrenando con el lazo todo el día…

No pude evitar emocionarme al leer aquel último párrafo. Siempre

había sido yo la que acompañaba a mi padre en aquellos viajes. Jimmy acababa de cumplir los diecisiete años y en muchas cosas era todavía un crío, pero estaba segura de que lo haría bien. Además, al ser el único varón de la familia, estaba destinado a heredar el rancho. Sin embargo, me entristecía pensar que, al haberme marchado lejos, ya habían empezado a reemplazarme.

Las pequeñas Anne y Giselle también están bien. Acaban de cumplir los quince años. Hicimos una fiesta preciosa para su puesta de largo. Vino todo el pueblo y estuvimos comiendo y bailando hasta más de medianoche. Tendrías que haberlas visto… Estaban tan guapas con sus vestidos blancos... Creo que no hubo ni un solo chico del pueblo que no se quedara mirándolas embobado.

De nuevo volví a emocionarme y, en esa ocasión, no pude evitar que una lágrima resbalara de mis ojos y mojara el papel. Me habría gustado tanto estar allí, ver a mis hermanas nerviosas, ayudarlas a prepararse, verlas bailar con algún chico… Me estaba perdiendo tantas cosas… Sabía que lo que estaba haciendo en el Pentágono era importante, pero era duro y solitario. Muchos días, sobre todo cuando recibía carta de mi madre y recordaba todo lo que había dejado atrás, me invadía una nostalgia tan grande que me hacía difícil respirar y lo único en lo que podía pensar era en dejarlo todo y correr a coger el primer tren de regreso a casa. Por desgracia, aquello iba a ser imposible hasta que terminara aquella maldita guerra.

Y hablando de chicos, o más bien de hombres, tengo algo que contarte. Sé que no quieres oír hablar de estos temas, pero tu padre me ha insistido en que te lo cuente para que reflexiones sobre ello. El otro día vino a vernos John Laramie, el vecino. Ya sabes que su mujer murió de una pulmonía hace un par de inviernos, dejándole con tres niños que cuidar. Nos comentó, muy avergonzado y con la cabeza baja, que llevaba tiempo observándote, que le pareces una muchacha muy bonita, fuerte y voluntariosa y que no le tienes miedo al trabajo duro, así que le pidió permiso a tu padre para cortejarte cuando regreses de Virginia.

Me quedé tan sorprendida que pasé los siguientes segundos con la boca abierta, releyendo una y otra vez el mismo párrafo. ¿John Laramie? Aquel hombre debía tener casi cuarenta años. Para mí era un viejo y, además, le faltaban los dos dientes delanteros desde que se acercó demasiado a una yegua enfadada a punto de parir. Aquello hacía que ni siquiera fuera capaz de pronunciar bien mi nombre. Me negaba en redondo a pasar el resto de mi vida con alguien que me llamase *Clariz*.

Cuando se me pasó la sorpresa y pude cerrar la boca, me sentí ofendida. ¿Por qué ese hombre había ido a pedirle permiso a mi padre

para cortejarme? ¿No debería pedírmelo a mí? ¿Es que seguíamos en el siglo XIX? Tomé nota mental de que debía decirle a mi madre en mi próxima carta que no estaba interesada en absoluto para que fueran ellos los que se encargaran de quitarme a ese moscón de encima. Respiré hondo y seguí leyendo:

Ya sé que el señor Laramie es un poco mayor para ti, pero es un hombre honrado y trabajador y tiene un rancho con tantas cabezas como el de tu padre. Con él estarías bien cuidada y nunca te faltaría de nada. Sé que nunca has querido saber nada sobre chicos ni sobre casarte y formar una familia, pero ya tienes veintitrés años y nunca has tenido un novio formal. La gente del pueblo empieza a murmurar y muchos piensan que te quedarás soltera.

Aquello terminó por colmar mi paciencia. ¿Qué me importaba a mí lo que se dijera en el pueblo? ¿Y por qué no eran capaces de meterse en sus asuntos? Que mi propia madre, que sabía la verdadera razón por la que yo no estaba interesada en casarme, me dijera eso me parecía inconcebible. Si algún día tenía que perder mi don, quería que fuese por amor, con alguien especial que me hiciera vibrar solo con pronunciar mi nombre. No pensaba elegir a mi futuro marido por el número de cabezas de ganado que poseyera.

Continué leyendo la carta. Mi madre me hablaba de una nueva familia que había llegado a Shelby, de los nacimientos y las muertes, de que se esperaba una buena cosecha para finales del verano… No fui capaz de concentrarme en nada. Me sentía tan indignada y furiosa... Abrí un cajón de la mesilla y dejé la carta de mi madre junto a las que había recibido anteriormente. Después me acerqué al espejo y cepillé con furia mi larga melena negra. Me sentía tan nerviosa y enfadada que ni siquiera me recogí el pelo. Cuando estuve contenta con como había quedado, me acerqué aún más y miré mi reflejo.

—No vas a dejar que nadie controle tu vida —dije con voz firme, como si tratara de grabar en mi mente un mandato imborrable—. Nadie va a comprarte como si fueras una cabeza de ganado. Eres libre, Clarice Cooper.

Le di unos últimos retoques a mi ropa y salí de la habitación en busca de Sally. No pensaba esperar a las seis para ir al *Auld Lang Syne*. Necesitaba una copa con urgencia.

Capítulo cuatro

El *Auld Lang Syne* era un bar situado en el mismo centro de la ciudad. Lo regentaba un hombre pelirrojo con una larga y espesa barba y un cuerpo que recordaba a los enormes barriles de cerveza que adornaban las paredes del fondo del local. Respondía al nombre de McLeod y, aunque había nacido en Arlington, llevaba muy a gala su ascendencia escocesa. A pesar de que se pasaba el día diciendo que no quería follones en su bar, era el primero en empezar a soltar puñetazos si a cualquiera se le ocurría decir una mala palabra acerca de la amada tierra de sus ancestros.

El bar solía estar muy concurrido. Era el lugar preferido por la mayoría del personal de Arlington para olvidar durante unas horas los problemas del trabajo, la guerra y la melancolía por estar lejos de nuestros seres queridos. La bebida corría a raudales y siempre había un grupo, situado sobre una tarima, tocando música en directo. Las chicas se sentaban alrededor de la pista de baile vistiendo sus mejores galas y mirando de reojo a los guapos oficiales, mientras ellos tomaban un trago para conseguir el valor suficiente para pedirle un baile a la joven más bella del salón.

Aquella tarde no era una excepción. Aunque Sally y yo llegamos una hora antes de que comenzase la supuesta fiesta, el lugar ya empezaba a llenarse. Agarré a mi amiga de la mano y la llevé hasta la barra. Tras conseguir que McLeod nos sirviera dos enormes pintas de cerveza, buscamos una mesa libre en una esquina desde donde poder ver el escenario. Un grupo tocaba música típica escocesa y algunas parejas ya se habían animado a bailar en el centro del local.

Le di un largo trago a mi pinta y cerré los ojos durante unos segundos para disfrutar del sabor fuerte y amargo de la cerveza. Cuando los abrí, me encontré con el rostro de desagrado de Sally.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

—No me gusta. Está muy amarga —comentó ella, volviendo a poner cara de asco.

—Siempre estamos igual. Si no te gusta la cerveza, ¿por qué no pides otra cosa?

—Yo habría pedido un refresco, pero no puedo dejar que te emborraches sola.

Negué con la cabeza mientras sonreía. Ya habíamos tenido aquella conversación miles de veces. Sabía que en realidad le gustaba beber y que dejaría de quejarse cuando llevase tres tragos. El problema era

que prefería fingir que seguía siendo una dulce señorita y descargar la responsabilidad en mí. Paseé la vista por las mesas próximas y por la pista de baile. Había bastantes caras nuevas aquella tarde. Sally extendió el brazo para llamar mi atención y se inclinó hacia mi oído para cuchichear:

—¿Has visto a esos dos chicos morenos de la esquina? —preguntó en susurros—. Los que llevan uniforme de oficial.

—Sí, ¿qué pasa con ellos? —dije tras echarles un ojo disimuladamente.

—Se han fijado en nosotras. —El rostro de Sally se tiñó de escarlata—. Están discutiendo para quién es cada una.

—¡Qué bonito! Como si fuéramos ganado… —Resoplé y le di un nuevo trago a mi cerveza—. Ya sabes que no me interesa liarme con nadie. Y a ti tampoco debería interesarte. Son oficiales de paso. Habrán venido a resolver algún asunto en el Pentágono y mañana regresarán a sus bases y no volverás a verlos.

—No sé… Parece que al más bajo le gusto de verdad —comentó Sally mientras le miraba con descaro y le dirigía una tímida sonrisa.

—¿Y de dónde sacas eso?

—Sé cosas que los demás no sabéis. ¿Recuerdas?

—En ocasiones me das miedo. Y se lo darías a ellos si supieran que puedes leerles la mente.

—Ya, pero no lo saben —contestó con una sonrisa pícara—. El alto está pensando que eres muy guapa.

Volví a reírme. Cuando a Sally se le metía algo en la cabeza, no había manera de hacerle cambiar de opinión. Empecé a hacerme a la idea de que, por las sonrisas y caídas de ojos que seguía dedicándole a aquel chico, iba a tener que hacer de carabina y darle conversación a su compañero.

No tardaron ni dos minutos en levantarse de su mesa y acercarse con una sonrisa tímida en el rostro.

—Buenas tardes, señoritas. —saludó el más bajo con los ojos prendidos en la mirada de Sally—. Soy Bill Garret y mi amigo es Steve Dunhill. ¿Les importaría que nos sentáramos con ustedes y les hiciéramos compañía?

—Por supuesto que no. —La voz de Sally sonó tan entusiasmada como si llevara toda la vida esperando escuchar esas palabras—. Yo soy Sally y esta es mi amiga Clarice.

Los chicos se sentaron y Sally se encargó de darles conversación,

mientras yo me dedicaba a mirar a la banda como si fueran los mejores músicos que hubiera escuchado en la vida. Sally solía ligar con uno o dos soldados por semana y ya me sabía la conversación de memoria: de dónde eran, a qué se dedicaban antes de la guerra, en qué campamento estaban destinados, si pensaban que iban a ser llamados pronto al frente…

Estaba tan distraída que no me enteré de que Sally se había levantado de la mesa de la mano de Bill hasta que me tocó en el hombro para llamar mi atención.

—Vamos a bailar un rato —me anunció—. No te importa que te dejemos a solas con Steve, ¿verdad?

—Pues claro que no me importa —contesté mientras la taladraba con la mirada para hacerle ver que en aquel momento la odiaba a muerte. Ella me ignoró, me sonrió y se marchó con su acompañante a la pista de baile.

—Parece que ahora vas a tener que hablar conmigo. —Steve acercó su silla a la mía hasta que nuestros brazos se rozaron—. ¿Has escuchado algo de la conversación o tengo que volver a presentarme desde el principio?

Le miré durante un par de segundos con el ceño fruncido. No me importaba lo más mínimo lo que aquel chico quisiera contarme. Si ya me había gustado poco cuando le había mirado de lejos, tenerlo cerca no mejoraba mi impresión sobre él. Parecía excesivamente seguro de sí mismo y tenía una mirada fría y engreída que no me gustaba nada. Pensé en disimular mi desagradado y pedirle que me hablara de él. Estaba segura de que él disfrutaría del sonido de su propia voz y que no haría falta ni que le prestase atención, pero, después de haber leído la carta de mi madre con la estúpida proposición de matrimonio del señor Laramie, estaba de muy mal humor y no me apetecía aguantar a nadie.

—Lo siento, pero no he escuchado nada de vuestra conversación. Estaba disfrutando de la música. —Vi que él abría la boca, dispuesto a volver a contarme su vida, pero le detuve con un gesto de mi mano—. Me gustaría seguir escuchándola. Me encanta esta canción.

—Si te gusta tanto, podemos ir a bailar —propuso.

—No, gracias. No te molestes —contesté apresuradamente antes de volver a girarme hacia el escenario—. Estoy bien así.

Al cabo de un rato, empecé a sentirme culpable por haberle tratado tan mal. El hecho de no estar interesada en él no justificaba que fuese una maleducada. Me giré para hablarle y le descubrí mirando de forma descarada el trasero de una chica que estaba apoyada en la

barra. Me sentí mejor conmigo misma. Además, vi que Sally y su acompañante parecían cansados de bailar y regresaban a nuestra mesa. Aquello haría el ambiente mucho menos incómodo.

Mi amiga estaba a punto de llegar cuando un tipo enorme la agarró por el brazo y la atrajo hacia él hasta empotrarla contra su cuerpo. Sally gritó asustada y colocó sus manos en el pecho de aquel gigante para tratar de apartarse, pero solo consiguió que el hombre soltara una carcajada. Parecía que, a pesar de que aún era pronto, alguna gente ya había ingerido más alcohol del aconsejable.

—Disculpe, pero la señorita está conmigo —dijo Bill en tono conciliador.

—Estaba contigo, alfeñique —contestó el tipo—. Estoy seguro de que la chica prefiere estar con un hombre de verdad.

—¡Déjame en paz! ¡Suéltame! —Sally seguía retorciéndose para liberarse sin éxito. Aquel tipo era tan grande que le bastaba una de sus manos para rodear casi por completo la cintura de mi amiga.

—La señorita le está diciendo que la suelte —insistió Bill.

El chico avanzó un par de pasos hinchando el pecho para parecer más amenazador. Incluso a mí me dio pena. El gigante volvió a lanzar una carcajada y, sin soltar a Sally, usó su otra mano para empujar a Bill con tanta fuerza como para dejarle sentado de culo en el suelo. Su compañero se acercó para ayudarle a levantarse. Miré alrededor, esperando que alguien se pusiera de nuestro lado, pero lo único que encontré fue la mirada divertida de todos los presentes, que estaban disfrutando con el espectáculo. Pensé en ir a buscar a McLeod y avisarle de que se estaba preparando una pelea en su bar, pero había demasiada gente rodeando la barra como para llegar a él en poco tiempo. Tenía que hacer algo. Bill había conseguido levantarse y no hacía falta ser vidente para darse cuenta por su expresión de lo que pretendía hacer. Se veía en la obligación moral de intentar salvar a Sally de aquel tipo, por mucho que supiera que no tenía ninguna oportunidad de vencer y que aquel hombre iba a darle una paliza. Casi no le conocía, pero me dio pena, así que me levanté de mi silla, me interpuse en su camino y me dirigí hacia el gigante con la cabeza alta.

—¡Eh, tú, imbécil! —grité para llamar su atención—. La chica te ha dicho que la sueltes.

—¿Y quién me va a obligar? ¿Tú? —preguntó antes de volver a reírse.

—Podría ser. Si no te importa que una mujer te gane…

—¿A qué me vas a ganar tú? —preguntó con voz pastosa.

Estaba incluso más bebido de lo que me había parecido en un primer momento. Se me escapó una sonrisa. Iba a ser aún más fácil de lo que había pensado.

—A un pulso —contesté poniendo los brazos en jarras—. Si ganas tú, te llevas a Sally. Si gano yo, te disculpas con ella y con su amigo y te marchas del bar.

El gigante soltó a Sally y empezó a reírse tan fuerte que tuvo que agarrarse la tripa. Yo me mantuve firme en la misma postura, mientras a nuestro alrededor se abría un corro para dejarnos espacio. Un par de soldados trajeron una mesa y dos sillas para que pudiéramos enfrentarnos. Escuché como a nuestro alrededor la gente empezaba a apostar. Como era lógico, todo el mundo trataba de apostar en mi contra sin que nadie aceptara la apuesta. Caminé con paso digno y decidido hasta mi sitio en la mesa y, al pasar al lado de Sally, me detuve y susurré en su oído:

—Apuesta por mí. —Le guiñé un ojo—. Las cervezas de todo el mes nos van a salir gratis.

Ella me devolvió el guiño y me dio un par de palmadas de ánimo en la espalda. Me senté frente al gigante, que se había arremangado la camisa para lucir músculo. Yo simplemente me froté las manos, me senté frente a él y busqué su mirada. Él fijó sus ojos en los míos, desafiante. Le tenía justo donde quería. Sin romper ni un segundo el contacto visual, puse el codo sobre la mesa y le ofrecí mi mano, que quedó engullida por la suya. En cuanto noté el contacto, me concentré y susurré:

—*Minus fortis.*

Sus ojos perdieron el brillo y su barbilla quedó colgando. Parecía a punto de perder la conciencia. Antes de que la gente pudiera darse cuenta de que le pasaba algo, hice fuerza y tumbé su brazo sobre la mesa. Durante unos segundos, un silencio absoluto inundó el bar. Incluso los músicos habían dejado de tocar. Después, se desató la locura. Muchos aplaudieron impresionados; otros, los que habían apostado en mi contra, empezaron a quejarse de que era imposible que yo hubiera ganado y a decir que el gigante y yo estábamos compinchados. Por suerte, él mismo se encargó de desmentirlo. Cuando rompí el contacto visual, agitó la cabeza para despejarse, miró alrededor sin entender qué era lo que había pasado y, al comprenderlo, se puso en pie y golpeó la mesa con ambos puños. Fue un milagro que la mesa resistiera.

—¿Qué me has hecho, bruja? —atronó mientras su cara iba poniéndose más y más roja de furia.

—Yo no te he hecho nada —contesté antes de encogerme de hombros—. He ganado limpiamente.

—Y una mierda. Eso es imposible —protestó antes de lanzarse hacia mí como un toro embravecido.

Por suerte, no consiguió alcanzarme, ya que su camino quedó interrumpido por la enorme figura de McLeod. El dueño del bar lucía un bate de béisbol en su mano derecha e iba golpeando con él la palma de su mano izquierda, amenazador.

—No quiero follones en mi bar —dijo con tono autoritario.

El gigante se acercó un paso más para enfrentarse a él, pero fue rodeado de inmediato por varios de sus amigos que le sacaron del bar. En cuando salió por la puerta, la banda comenzó a tocar y en un par de minutos la pista de baile volvía a estar llena de parejas que brincaban y giraban al ritmo de una antigua tonada escocesa. Sonreí y volví a mi sitio. Parecía que ya se habían olvidado de mí. Sally se sentó a mi lado con una enorme sonrisa adornando su cara mientras agitaba ante mí un fajo de billetes.

—Sesenta y cinco dólares —anunció triunfante—. ¿Qué queréis beber, chicos? Invitamos nosotras.

Capítulo cinco

Para cuando nos dimos cuenta, ya eran más de las nueve y media, así que tuvimos que salir del bar casi a la carrera. Las reglas de la señora Lowestein eran muy claras:

- Nada de visitas masculinas en las habitaciones.
- Orden, limpieza y silencio.
- Ninguna señorita decente llega a casa después de las diez de la noche.

Aquellas reglas nunca me habían parecido normales. Parecía que la señora Lowestein se hubiera quedado anclada en el siglo pasado. Sin embargo, el alquiler era barato y no podíamos permitirnos mucho más con el sueldo que nos pagaba el gobierno, así que no nos quedaba más remedio que acatarlas.

Yo caminaba a paso rápido de regreso a casa con Steve a mi lado. Unos pasos por detrás, nos seguían Bill y Sally. Cada vez que miraba hacia atrás los veía parados, besándose bajo cada farola. Si seguíamos así, no íbamos a llegar a tiempo, nos cerrarían la puerta y tendríamos que llamar para que la señora Lowestein nos abriese. Casi podía visualizarla de pie al lado de la puerta, con su perpetuo atuendo de viuda, mirándonos con gesto adusto y tratando de percibir en nuestro aliento si habíamos bebido alcohol. Si se daba cuenta de todo lo que había bebido Sally, lo cual no era muy difícil, acabaríamos durmiendo en el jardín.

Estaba a punto de gritar para llamarle la atención a mi compañera, como ya había hecho en cinco o seis ocasiones, cuando Steve me tomó de la mano, tiró hacia él e hizo que me incrustase contra su pecho. Cuando me rodeó la cintura con el brazo para evitar que escapara, levanté la mirada hacia él con una ceja enarcada, esperando que, solo con mi expresión, se diera cuenta de que esas atenciones no eran bien recibidas. Por desgracia, no funcionó.

—Deja de ser tan aguafiestas —susurró mientras acercaba sus labios a los míos—. ¿Por qué no dejas de protestar y nos divertimos nosotros también un poco?

Fruncí aún más el ceño, coloqué mi mano en su pecho e hice fuerza para separarme de su cuerpo, pero lo único que conseguí fue que él apretase aún más la presa alrededor de mi cintura. No contento con eso, colocó su otra mano detrás de mi nuca para acercar aún más nuestros rostros.

—Yo no haría eso —le aconsejé muy seria.

Él no hizo ningún caso a mi recomendación. Al contrario, se aproximó aún más mientras empujaba mi nuca para obligarme a besarlo, a pesar de que cualquiera habría notado que me estaba resistiendo. Su amargo aliento a cerveza me golpeó, haciendo que se me revolviese el estómago y que una idea salvadora apareciese en mi mente. Coloqué mi mano derecha en su vientre y, antes de que pudiera sellar mis labios con un beso, murmuré:

—*Volo te dolor.*

Steve me soltó de inmediato y se dobló por la mitad, agarrándose la tripa con las dos manos. De repente, se puso a vomitar con tanta fuerza que tuve que dar un salto atrás para que no me manchara los zapatos. Escuché unos pasos rápidos sobre la acera y vi que Bill había dejado de besuquearse con Sally y acudía en ayuda de su amigo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó asustado—. ¿Estás bien?

Steve seguía vomitando sin pausa, como si se hubiera convertido en una fuente humana. Me giré hacia Sally y lo que vi no me gustó nada. Tenía el ceño fruncido y los brazos cruzados frente al pecho. Parecía muy enfadada. Quizá Bill le gustaba de verdad y acababa de estropearle el plan. Me encogí de hombros y puse cara de estar arrepentida, pero aquello no sirvió para que me perdonara. Negó con la cabeza y, aunque no pronunció ningún sonido, en sus labios pude leer claramente la palabra "Para". Solté un suspiro y, con cuidado de no colocarme en la trayectoria de los vómitos de Steve, me acerqué a los chicos.

—No te preocupes —le dije a Bill—. Creo que ha bebido más cerveza de la que debería.

Me incliné para pasarle un brazo por la espalda a Steve, que seguía doblado hacia delante. Al colocarme cerca de su oído, susurré "Libero te". Pasados unos segundos, Steve dejó de vomitar y se incorporó. Su mirada estaba perdida y su expresión era confusa.

—¿Estás mejor? —preguntó Bill.

—Está muy mareado. Creo que deberías llevártelo a casa —propuse.

Bill asintió y, después de darle un último beso a Sally y de quedar en el bar para la tarde siguiente, agarró a su amigo y se lo llevó. Nos quedamos paradas en la acera, viendo como Bill tiraba con dificultad de Steve, hasta que desaparecieron tras una esquina.

—¿No piensas decir nada? —preguntó Sally sobresaltándome.

—¿Nada sobre qué?

—No podemos estar siempre así, Clarice —me riñó ella—. ¿No se supone que está prohibido que uses la magia para hacer el mal?

—No es una prohibición, es más bien una cuestión de ética… Y, además, ese imbécil pretendía besarme sin importarle si yo quería o no. A saber a cuántas chicas les ha hecho lo mismo o algo peor —protesté indignada—. Eso no es hacer el mal. Es hacer justicia.

—Siempre es igual, Clarice. Todos tus ligues acaban vomitando, con horribles dolores de cabeza, se desmayan, pierden la memoria…

—No son mis ligues. Nunca quiero nada con ninguno de ellos, pero no admiten un no por respuesta.

—¡Por Dios! —gritó ella desesperada—. Alguno te tendrá que gustar.

—Quizá algún día, alguien especial… —contesté mientras me cruzaba de brazos y me encogía de hombros.

—No puedes estar toda la vida esperando al príncipe azul.

—No veo por qué no. Yo no tengo prisa.

Sally negó con la cabeza y se le escapó una risa. Le devolví una sonrisa sincera. Mi amiga no era capaz de estar enfadada conmigo durante demasiado tiempo. Me acerqué a ella y la cogí por la cintura para guiarla hacia casa mientras cantaba los primeros versos de *Some day my prince will come*.[ii] Sally soltó otra risita, pero se unió a mi canto.

—En serio, Clarice —dijo girándose hacia mí con gesto serio—. Ya tienes veintitrés años. No puedes decirles que no a todos.

Recordé la carta de mi madre, con la proposición del señor Laramie, y el asqueroso aliento de Steve cuando acercó su boca a la mía y negué con la cabeza. Si lo que podía encontrar eran hombres así, prefería quedarme sola.

—Lo siento, Sally, pero no voy a cambiar. Creo que no hay un solo hombre en toda América capaz de enamorar a Clarice Cooper.



Alfred Mitchell

Puerto de Nueva York,
Julio de 1943

Capítulo uno

Llevaba más de una hora acodado en la proa del RMS Cameronia, embelesado por la imagen de la costa que iba haciéndose más y más grande ante sus ojos. El viaje se le había hecho eterno. El Cameronia no era un barco de guerra, sino que había sido construido en 1920 en un astillero escocés como buque de pasaje. Era un navío robusto, pero lento y poco maniobrable, lo cual no era muy adecuado para cruzar el Atlántico en aquellos tiempos inciertos.

Por suerte, después de la batalla del pasado mayo entre la *Kriegsmarine*[iii] y el convoy ONS-5, en la que los alemanes habían perdido más de 40 *U-boots*[iv], parecía que los lobos se habían retirado a lamerse las heridas. Los dos destructores que les habían escoltado durante el viaje, equipados con los más modernos equipos de sonar, no habían detectado ni un solo submarino alemán durante todo el viaje.

Mientras la Estatua de la Libertad se iba haciendo más y más grande ante sus ojos, elevó la vista al cielo y rogó al Señor para disponer de la misma suerte en el viaje de regreso a su patria. Unos pasos a su espalda le obligaron a dejar de mirar la estatua y girarse. Lloyd, el capitán del barco, se acercaba con una sonrisa en los labios. Se acodó a su lado y le dio un par de caladas a la pipa antes de empezar a hablar:

—Impresiona, ¿verdad? —preguntó señalando la estatua con un gesto de la cabeza—. Recuerdo que, la primera vez que la vi, no pude retirar la mirada de ella ni un solo segundo.

—Sí, es bastante llamativa —contestó Alfred mientras asentía con la cabeza—, aunque me resulta algo ostentosa. Por muy enorme y bella que sea, creo que ahora mismo carece de significado.

—¿Por qué dice eso? —El capitán Lloyd enarcó una ceja.

—Si quieren demostrar lo mucho que les importa la libertad, tienen una guerra al otro lado de este océano en la que luchar por ella.

—Nuestros aliados están luchando —le contradijo el capitán—. Tienen un frente abierto contra los japoneses, nos están ayudando con sus barcos en el Atlántico y su aviación colabora con la nuestra en Europa.

—No es suficiente. —Alfred golpeó la barandilla con la mano abierta para descargar su frustración—. El continente casi ha caído por completo en manos de los nazis, nuestras ciudades sufren sus continuos bombardeos, nuestros soldados están siendo masacrados en una guerra larga y cruenta… No podremos aguantar eternamente. Si

los americanos no colocan tropas de tierra en Europa, pronto seremos exterminados.

—¿Es a eso a lo que ha venido? ¿A convencerles de que nos ayuden?

—No. No soy tan importante como para poder negociar eso —contestó Alfred con una sonrisa triste.

—¿Cuál es su misión entonces? Llevamos casi dos semanas viajando juntos en este barco y no se le ha escapado ni una pista —comentó el capitán con una sonrisa burlona antes de darle otra larga calada a su pipa.

—Ya le he dicho muchas veces que es secreto. —Alfred también dejó escapar una sonrisa—. Si se lo dijera, tendría que matarle.

—Voy a enterarme en unos días, cuando regrese con lo que sea que haya venido a buscar. ¿Armas? ¿Alguna mercancía? ¿Tropas?

—Sé que no me va a creer, pero he venido a buscar a una mujer.

—¿A una mujer? ¿Hemos movilizado un barco de pasaje y dos destructores para venir a buscar a una mujer? —Se asombró el capitán —. Debe de ser una mujer extraordinaria.

—Eso dicen —contestó Alfred tras encogerse de hombros—. Lo comprobaré pronto.

Un oficial del Pentágono le escoltó hasta su destino. En lugar de cruzar el vestíbulo principal y dirigirse a las escaleras, como hacía la mayoría de la gente que abarrotaba el edificio, se internaron por un pasillo y, tras recibir el permiso de un soldado que custodiaba la entrada, comenzaron a descender piso tras piso. Alfred se sorprendió. Ya suponían que los planos del edificio con los que contaba el MI6[v] no eran perfectos, pero no esperaba aquel laberinto de escaleras, puertas y pasillos. No pudo detenerse a contemplar nada. El oficial que le precedía avanzaba a paso rápido y no podía arriesgarse a quedarse atrás y perderle. Estaba seguro de que, si se quedaba solo, tardaría horas en salir de aquel laberinto. Además, no creía que fuera a hacerles gracia que se pusiera a curiosear, por mucho que fuera un aliado. Aquella zona del edificio debía de ser secreta incluso para la propia gente que trabajaba en el Pentágono.

El soldado que le precedía dejó de bajar escaleras y, tras conversar unos segundos con otro guardia que custodiaba una puerta, le hizo una seña para que le siguiera. Se encontraron en otro vestíbulo, al final del cual se podía ver a una mujer muy delgada sentada tras un mostrador de recepción. Alfred se sintió incómodo en su presencia. Le contemplaba con el ceño fruncido y los labios apretados, como si le

molestaran las visitas. Por suerte, no tuvo que hablar con ella. El soldado se acercó y le entregó unos documentos. Ella los estudió con detenimiento, como si buscara cualquier detalle, por pequeño que fuera, para no dejarles pasar.

Alfred aprovechó aquel par de minutos para mirar alrededor con disimulo. Por fin estaba en el mítico PRD, la división parapsicológica del ejército estadounidense que, según se decía, tan buenos resultados estaba obteniendo. Su misión era fundar algo similar para el ejército de su país y, además de reclutar a la mujer que había acudido a buscar, debía conseguir toda la información posible. Se sintió decepcionado. Tras el mostrador de recepción se abría un amplio pasillo pobremente iluminado con puertas a ambos lados. Quizá tras aquellas puertas se estaban produciendo fenómenos asombrosos, pero, a simple vista, solo era un pasillo aburrido con puertas aburridas.

—¿El teniente Mitchell? —preguntó la mujer con tono escéptico, como si pusiera en duda su identidad mientras comprobaba la documentación—. ¿Perteneciente a la División OpenMind? Nunca he oído hablar de ella…

—¿En serio? Me extraña muchísimo —comentó él forzando una expresión de seguridad—. Somos el equivalente a su departamento dentro del MI6.

Siguió paseando la mirada por el vestíbulo para no cruzar sus ojos con los de la recepcionista. No se podía decir que estuviera mintiendo, pero tampoco había dicho toda la verdad. La División OpenMind pretendía ser el equivalente británico del PRD, pero muy venido a menos. De hecho, acababa de fundarse y, en aquellos momentos, él, además del máximo responsable, era el único integrante… y, si no conseguía cumplir la misión para la que había acudido a los Estados Unidos, era muy posible que la División OpenMind se disolviera y se convirtiera en una buena idea que nunca llegó a ver la luz.

—Deme unos segundos, por favor —dijo la mujer levantándose de su silla—. Voy a avisar al coronel Curtis de su visita.

Capítulo dos

La mujer se adentró en el amplio pasillo. El soldado que le había acompañado, al comprender que ya no era necesario allí, se dirigió a la salida. Aprovechó aquellos segundos de soledad para dar unos pasos hacia el pasillo y tratar de descubrir algo sobre aquella misteriosa unidad. No sabía realmente qué esperaba ver: luces de otras dimensiones que se colaran bajo las puertas, sonidos extraños, figuras translúcidas que no deberían estar allí… Cualquier pequeña muestra de la magia que, según se rumoreaba, inundaba aquellas instalaciones. Sin embargo, no logró descubrir nada fuera de lo normal. Parecía un pasillo normal y corriente tras cuyas puertas solo pudo escuchar ruidos de pasos y los murmullos de algunas conversaciones.

Un par de minutos después, la puerta del fondo se abrió y la mujer que le había atendido en recepción salió para acercarse a él. Seguía manteniendo el ceño fruncido, por lo que Alfred se preguntó si estaba contrariada porque el coronel Curtis se negaba a recibirle o si aquella mujer solo disponía de aquella expresión facial. Comenzó a andar a su encuentro para salir de dudas lo antes posible.

—El coronel Curtis le recibirá ahora —indicó ella—. Sígame, por favor.

—Muchísimas gracias, señora.

Ella se detuvo de golpe, como si hubiera sido golpeada por un rayo, y se giró hacia él. Su expresión había cambiado, pero no para bien. Parecía aún más amargada y molesta que antes.

—Señorita Sturgis, por favor —le corrigió con una voz tan aguda como para hacerle daño en los tímpanos.

—Mis disculpas, señorita. —Le dedicó una tímida sonrisa mientras se inclinaba hacia delante—. Espero que pueda perdonar mi torpeza.

La cara de la mujer volvió a cambiar, pero tampoco en aquella ocasión fue para bien. Intentó esbozar una sonrisa coqueta, que le quedó forzada y artificial. Alfred supuso que estaba tan poco acostumbrada a sonreír que no conseguía hacerlo de forma natural.

—No se preocupe, teniente. —La mujer se dio unos toques en el cabello para arreglar su peinado—. Sígame, por favor.

Alfred asintió y siguió caminando tras ella. El trayecto hasta la puerta del fondo se le hizo eterno. Aquella mujer le ponía tan nervioso que hasta se olvidó de seguir observando si salía alguna luz o sonido extraño detrás de aquellas puertas que, minutos antes, tanta curiosidad le habían despertado. La señorita Sturgis llegó a su destino,

dio un par de golpes en la puerta para anunciar su llegada y, tras abrir, le indicó con un gesto que podía pasar mientras seguía sonriéndole con aquella mueca que tanto le incomodaba.

En cuanto entró en el despacho y la puerta se cerró a su espalda, se sintió más cómodo. Fijó su mirada en la enorme figura que se sentaba tras la mesa. Era un hombre tan gordo que casi podría calificarse de inmenso. La zona del pecho de su uniforme estaba tan repleta de medallas que Alfred se preguntó si aquel hombre se alimentaría de más para seguir engordando y hacerle hueco a las que tuvieran que llegar. Tras contemplar aquel imponente cuerpo, pasó a fijarse en su cara. Era un hombre mayor, debía de rondar los sesenta años. A pesar de que el cabello engominado seguía siendo negro, innumerables canas adornaban sus sienes y el ancho bigote que lucía. Tenía la mandíbula cuadrada y unas cejas espesas y abundantes que daban un aspecto duro a su expresión. Bajo aquellas cejas distinguió unos ojos oscuros y brillantes que le parecieron perspicaces. Esperaba que, a pesar del rudo aspecto de aquel hombre, fuese alguien inteligente y lo bastante comprensivo como para entender la importancia de la misión que le había llevado hasta allí.

—¿El teniente Mitchell? —preguntó el hombre, levantándose de su silla para tenderle la mano. Incluso bajo el bigote, Alfred pudo ver que le sonreía, lo que hizo que se sintiera más tranquilo—. Tome asiento, por favor.

—Encantado, coronel Curtis —dijo Alfred mientras se sentaba—. No imagina lo agradecido que me siento al tener el honor de ser recibido en sus instalaciones. Ardía en deseos de conocerlas.

—Lo comprendo. Realmente es un honor que no solemos facilitarle a cualquiera. De hecho, el noventa y nueve por ciento de la gente que trabaja en este mismo edificio ni siquiera sabe que existimos. —El coronel volvió a sonreír, abrió una caja que tenía sobre la mesa y, tras extraer un enorme puro, la deslizó hacia él para ofrecerle uno.

—No, gracias. No fumo.

El hombre enarcó una ceja y le lanzó una mirada suspicaz. Alfred se riñó a sí mismo. En realidad sí fumaba, aunque era cierto que el aroma de los puros le desagradaba. Aún así, no le habría costado nada coger uno y resultarle más amable al coronel. Este cerró la caja de un golpe, como si quisiera demostrar que se había sentido ofendido, y se inclinó sobre la mesa para hablarle más de cerca.

—Como le decía, entrar en estas instalaciones no es fácil. Si se lo hemos permitido ha sido porque viene usted recomendado por personalidades de gran renombre, que además son aliados a los que el gobierno de nuestro país respeta muchísimo. —El coronel cogió la

documentación que la señorita Sturgis debía de haberle entregado cuando le anunció y le echó un nuevo vistazo—. Se presenta usted con cartas de recomendación del presidente Winston Churchill y del mismísimo rey de Inglaterra. Creo que estoy obligado a concederle cualquier cosa que pida.

Alfred se permitió esbozar una sonrisa. Cuando le entregaron aquella documentación en su país, ya había supuesto que le abriría todas las puertas. Esperaba que aquella buena predisposición siguiera en pie cuando hiciera sus peticiones, pero sospechaba que no iba a ser tan fácil.

—Muchísimas gracias por su colaboración. No esperábamos menos de nuestros aliados —contestó Alfred mientras su sonrisa se ampliaba—. Espero que podamos llegar a un acuerdo, ya que creo que lo que voy a plantearles resultará beneficioso para ambas partes.

—Usted dirá… —El coronel se recostó contra el respaldo de su silla y le dio una calada tan profunda a su puro que, durante unos segundos, su cabeza quedó envuelta en una espesa niebla.

—Mi primera petición es sencilla. Como sabrá, estamos organizando una división similar al PRD en nuestro país. Me gustaría mucho ver sus instalaciones, conocer los diferentes departamentos y saber a qué se dedican, hablar con su personal para investigar sus aptitudes, recibir información sobre los proyectos que están investigando…

—No es tan sencillo como usted me lo está planteando, caballero —le interrumpió el coronel—. La mayoría de los proyectos de esta unidad están calificados como alto secreto y, por mucho que quiera ayudar a nuestros aliados, no puedo contarle nada sobre ellos. De todos modos, hablaré con mis superiores y prepararé una “excursión” para mañana en la que le mostraremos lo que podamos.

Alfred suspiró. Ya había temido que la gente del PRD iba a ser reticente a compartir los resultados de sus investigaciones con ellos, pero esperaba que la buena relación entre los presidentes de ambos países sirviera para que fuesen más abiertos. Decidió insistir un poco más.

—Como comprenderá, he realizado un largo y peligroso viaje para conseguir información. Tanto nuestro primer ministro como nuestro monarca están implicados en esta misión y creen que puede resultar crucial para el devenir de la guerra en Europa contra nuestro enemigo común. —Alfred había sustituido su sonrisa por una expresión firme y resuelta—. Espero no haber venido aquí, con las esperanzas de tan altas personalidades puestas en mí, para que ustedes me enseñen la sala de descanso y la cafetería.

Aquellas palabras hicieron que el coronel Curtis se atragantara con el humo de su puro. Tras toser un par de veces, asintió y esbozó una sonrisa forzada.

—Por supuesto que no será así, teniente Mitchell —se disculpó—. Como le he dicho, hablaré con mis superiores y trataré de hacerles comprender la importancia de su misión. Le informaremos de todos los proyectos que podamos, siempre que consideremos que esa información no pone en peligro nuestra seguridad nacional. Puede estar seguro de que estamos predispuestos a colaborar con ustedes en la medida de nuestras posibilidades.

—Me alegro. No me olvidaré de comentarles a mis superiores su buena voluntad —contestó Alfred—. Considero que la información que ustedes estimen como reservada y que no me comuniquen puede significar un retraso de meses en nuestra lucha contra los nazis, pero comprendo que tengan sus reticencias.

—Créame cuando le digo que haré todo lo que esté en mi mano para que usted reciba la máxima información que sea posible —dijo el coronel azorado.

Alfred tuvo que contener una sonrisa y limitarse a asentir con gesto serio. Le tenía donde quería. Aquel hombre pensaba que podía defraudarle y crear un conflicto internacional entre los dos países, lo que haría que se mostrase más receptivo a su segunda petición, que era realmente la razón de su viaje.

—Tengo que hacerle otra petición.

—Por supuesto. Si está en mi mano, haré todo lo que pueda por ayudarle.

—Hemos oído hablar de una de sus empleadas dentro del PRD —explicó Alfred clavando su mirada en los ojos del coronel—. Las capacidades de esa mujer la convierten en alguien único, alguien a quien necesitamos en nuestra unidad.

—Pero si esa mujer está trabajando aquí es porque está siendo útil a nuestro ejército —protestó Curtis.

—Lo sabemos y comprendemos que para ustedes va a ser difícil desprenderse de ella —prosiguió Alfred, como si diera por hecho que iban a cedérsela—. Sin embargo, dada la situación que vivimos en Europa, esa mujer nos va a resultar muchísimo más útil para nuestros intereses comunes si trabaja con nosotros que si sigue trabajando aquí.

—Tendríamos que estudiarlo —respondió el coronel dubitativo—. ¿Podría decirme quién es esa mujer a la que ha venido a buscar?

—Por supuesto. —Alfred asintió y tomó aire para que su voz pareciese

aún más firme y expresase que no estaba dispuesto a irse con un “no” como respuesta—. Clarice Cooper.



Capítulo tres

Cuando consiguió salir del Pentágono, aún quedaban un par de horas para que anocheciera. Alfred se quedó de pie en la acera mirando a todos lados, sin saber qué hacer ni a dónde ir. Le habían asignado una magnífica *suite* en el hotel *Mayflower*, pero no le apetecía quedarse allí solo sin nada que hacer y, además, estaba seguro de que aquella noche le iba a costar conciliar el sueño.

Su entrevista con el coronel Curtis le había dejado más dudas que certezas. Una vez había transmitido todas sus peticiones, el coronel se había limitado a repetir una y otra vez "Lo consultaré con mis superiores". No le había dejado nada claro, no había habido ninguna promesa firme… Hasta la mañana siguiente no sabría si había tenido éxito en su misión o si había cruzado todo un océano para nada.

Además de eso, le parecía un desperdicio dejar pasar la oportunidad de visitar un poco los Estados Unidos. Los americanos le confundían y le fascinaban a partes iguales. Le parecía que tenían una energía y una ilusión desmedida, una vitalidad que a sus compatriotas les faltaba. Eran una nación fuerte, impetuosa, como si estuviera rebosante con la energía de la juventud, pero aquello les hacía actuar de manera irreflexiva, como si no fueran lo bastante maduros como para plantearse las consecuencias de sus acciones. Europa, por el contrario, parecía representar la madurez, la experiencia y la sabiduría que llegan con la vejez, pero le faltaba aquel empuje, aquel arranque. Sintió que el corazón se le encogía al pensar que, en aquellos momentos, la vieja Europa, con sus ideales y su inmenso legado, solo era un pobre ser destrozado por la barbarie que agonizaba indefensa.

Le pareció buena idea dar una vuelta por la ciudad, mezclarse con sus ciudadanos y comprobar de primera mano cómo eran y qué pensaban. En lugar de cruzar el Potomac para acercarse a su hotel, decidió quedarse en esa orilla y vagabundear entre sus calles. Parecía una zona más humilde, más real. Si quería cruzarse con auténticos americanos de a pie, estaba seguro de que podría encontrarlos allí.

Tras media hora de vagar por la ciudad, escuchó una música que le resultó conocida. Se dirigió hacia el lugar del que provenía y pronto empezó a oír las risas y las voces de la gente que acompañaba a la banda en su interpretación. Cuando abrió la puerta del bar, se quedó unos segundos parado en el umbral, mirando asombrado el sitio al que había llegado. Parecía que, al cruzar aquella puerta, había traspasado un portal mágico que le hubiese trasladado a un típico bar de algún

pueblecito perdido de Escocia. Sobre un estrado pudo ver a una banda tocando con entusiasmo la gaita, el violín y el acordeón. En la pista de baile las parejas bailaban, reían y giraban. Tras la barra pudo ver a un hombre enorme con una larga y espesa barba pelirroja. Pensó que solo le faltaba llevar un *kilt*[vi] para parecer un auténtico *highlander*. Se le veía muy ocupado sirviendo pintas y vasos de *whisky* para una clientela sedienta e impaciente.

No era aquello lo que había venido buscando, pero aquel ambiente le hizo sentir nostálgico, así que se adentró en el bar camino de la barra, con cuidado de no chocar con la gente que bailaba tratando de seguir el ritmo, cada vez más frenético, de la canción. Consiguió llegar hasta ella y pedir una pinta de cerveza. Mientras esperaba a que el enorme pelirrojo que reinaba tras el mostrador se la sirviera, se acodó en la barra y dedicó unos segundos a contemplar a las chicas que bailaban. Eran tan diferentes a las damas inglesas a las que estaba acostumbrado… Vestían con blusas ajustadas, que marcaban sus curvas y sus cinturas, increíblemente estrechas. Casi todas llevaban faldas de tubo hasta debajo de las rodillas y altos tacones. Era increíble que pudieran caminar, y mucho menos bailar, con aquella ropa y, sin embargo, estaban haciéndolo delante de sus ojos. Parecía que, a pesar de la guerra, todas se esforzaban por seguir los dictados de la moda: melenas onduladas teñidas de rubio, cejas perfectamente delineadas y labios en un brillante color rojo. Para cuando llegó su cerveza, ya se había cansado de observarlas. Parecían copias perfectas unas de otras.

Después de pagar, cogió su pinta, echó un vistazo al local hasta encontrar una mesa vacía y trató de volver a cruzar la pista de baile sin tropezar con nadie para no derramar una gota. Por desgracia para él, no todo el mundo era tan cuidadoso. Un jovencito que llevaba con dificultad cuatro jarras de cerveza chocó contra su pecho, empapando su uniforme de arriba abajo. Se quedó paralizado, con los brazos abiertos, mientras sentía como el frío líquido se colaba a través de sus ropas. Cuando se recuperó de la impresión, vio que el chico había seguido andando entre la gente que inundaba la pista de baile sin dirigirle siquiera una segunda mirada. Avanzó hacia él, furioso, y le agarró por un codo para obligarle a girarse. El chico trastabilló y dejó caer aún más líquido de sus jarras, empapándole también los zapatos. Alfred apretó los dientes y le dirigió una mirada furiosa, pero el chico se limitó a observarle con los ojos vidriosos.

—¿Por qué me agarras? —le preguntó arrastrando las palabras. Alfred pensó que aquel chico estaba tan borracho que era un milagro que se mantuviera en pie—. Casi me tiras la cerveza.

—Espero una disculpa, caballero —contestó Alfred.

—¿Una disculpa? Yo no te he hecho nada.

—¿Acaso cree que he sido yo quien se ha empapado de arriba abajo? Usted ha derramado su bebida sobre mí y espero que se disculpe.

—Tienes un acento muy gracioso. —El chico soltó una risita divertida, que acabó de convencer a Alfred de que estaba totalmente alcoholizado. Estaba a punto de perdonarle y olvidar aquella desagradable situación cuando el muchacho volvió a hablar—. Yo no te he hecho nada, puto inglés engreído. Vuelve a tu jodido país y déjame en paz.

Alfred suspiró y, con toda tranquilidad, empezó a soltarse los botones de la chaqueta de su uniforme. El chico se le quedó mirando, como si se preguntara qué estaba haciendo, mientras seguía manteniendo en equilibrio contra su pecho las cuatro jarras de cerveza.

—Si tan solo se hubiera disculpado, yo habría estado dispuesto a olvidar este incidente —dijo Alfred mientras iba remangándose la camisa—. Sin embargo, acaba de insultarme gravemente, tanto a mí como a mi país, y, como comprenderá, eso es algo que no puedo permitir.

—No voy a pegarme contigo. —El chico giró para seguir su camino, pero Alfred volvió a agarrarle para impedírselo—. Déjame en paz, imbécil.

—No puede rehusar un combate entre caballeros. ¿O es que es usted un cobarde?

El muchacho resopló enfadado, buscó con la mirada un lugar en el que dejar las jarras y, tras depositarlas en una mesa cercana, procedió a soltarse la chaqueta del uniforme mientras Alfred esperaba con una sonrisa de suficiencia en la cara. El chico era bastante más bajo que él, pero parecía fuerte. Aun así, sabía que no tenía nada que hacer contra él. Llevaba practicando el noble arte del boxeo desde que era un adolescente. No iba a durarle ni dos minutos, sobre todo teniendo en cuenta lo borracho que estaba.

Se dio cuenta de que, a su alrededor, empezaba a formarse un corro de gente, entusiasmada con la idea de presenciar una pelea. Vio que algunos cuchicheaban y empezaban a pasarse billetes a escondidas. Estaba seguro de que casi todos estaban apostando por su compatriota. Pobres ilusos.

El chico había terminado de quitarse la chaqueta y luchaba para doblar los puños de su camisa, pero parecía que no le estaba siendo fácil. Incluso se balanceaba un poco de lado a lado, como si estuviera en la cubierta de un barco en plena tempestad. Alfred volvió a sonreír. Iba a ser tan fácil que incluso empezaba a darle un poco de pena. A lo

mejor alargaba un poco más el combate antes de dejarlo *KO* para salvaguardar la dignidad del muchacho. Cuando vio que su rival estaba listo, alzó los puños, preparado para empezar. Una voz femenina cargada de autoridad se sobrepuso al sonido de la música y a las voces de la gente:

—¿Por qué no te metes con alguien de tu tamaño?

Arlington (Virginia),

Junio de 1943


Clarice

Capítulo uno

Me adelanté hasta colocarme delante de Billy con los brazos cruzados frente al pecho y las piernas abiertas para dejarle claro a aquel hombre que no pensaba moverme de donde estaba. Él me miró de arriba abajo y enarcó una ceja, extrañado.

—Disculpe, señorita. No entiendo qué quiere decir.

—Quiero decir que no voy a permitir que le dé una paliza a mi amigo. Usted es mucho más alto y fuerte y por su postura parece que sabe pelear. —El desconocido me sonrió, como si acabara de hacerle un cumplido—. Y Bill está demasiado borracho como para pegarse con nadie. Si está buscando bronca, vaya a buscarla a otra parte.

Por el rabillo del ojo vi como Sally se acercaba a Billy y empezaba a hablarle al oído. Supuse que estaría tratando de convencerle para que salieran del bar. Esperaba que su novio fuera lo bastante sensato como para hacerle caso.

—No he sido yo quien ha iniciado esta pelea —repuso el hombre—. Su amigo ha derramado sobre mi uniforme sus jarras de cerveza y después me ha insultado tanto a mí como a mi país. No puedo dejar esta afrenta sin respuesta.

Fue mi turno de enarcar una ceja. Así que era extranjero. Por eso tenía aquel acento tan remilgado. Seguramente era inglés y, como todos los ingleses, sería un pomposo y un estirado.

—Vuelvo a repetirle que mi amigo está borracho y no sabe lo que dice —expliqué para tratar de finalizar la discusión—. Si le sirve, puedo disculparme yo por él.

—¡No te disculpes con ese estúpido! —gritó Bill a mis espaldas—. ¡Que le den por el culo a él y a su puto país de mierda!

—Como comprenderá, después de esto no me sirve. —El inglés se adelantó un paso y me agarró del brazo para apartarme. Yo lo agité furiosa y puse una mano en su pecho para dejarle claro que no iba a permitirle pasar—. Señorita, por favor… No debería meterse en asuntos de caballeros.

Aquello acabó de sacarme de mis casillas. Levanté la barbilla para mirarle directamente a los ojos y demostrarle que no iba a poder convencerme.

—Si quiere pelear con Bill, va a tener que hacerlo conmigo primero.

Se le escapó una risa despectiva que me enfureció aún más. Agachó la cabeza y me dirigió una mirada que se debatía entre la burla y la

compasión.

—Lo siento, señorita, pero mi código de honor me impide pegar a una dama.

Su tono fue sarcástico, como si pretendiera dejarme claro que no me consideraba una dama en absoluto. Le devolví una sonrisa de suficiencia antes de seguir hablando.

—Comprendo que es usted un caballero y que jamás podría pegar a una mujer —dije dejando que el sarcasmo también tiñera mi voz—. Le estoy retando a un pulso. Si gano yo, dejará en paz a Bill y olvidará sus ofensas.

—¿Y si gano yo? —preguntó divertido.

—Bill se disculpará… —Escuché a Bill protestando a mis espaldas pero decidí ignorarle—. Y le invitaré a todo lo que pueda beber durante esta noche.

—Usted no sabe lo que puede llegar a beber un británico…

—Me da igual. No voy a perder.

Él se rió mientras negaba con la cabeza. No pude evitar pensar que tenía una sonrisa muy bonita. En realidad, el chico era muy guapo. Llevaba el pelo moreno muy corto y tenía unos ojos de un bonito color verde con una mirada que, a pesar de que hasta el momento me había parecido burlona y prepotente, parecía limpia y dulce, como la de un niño. Aparté aquellos pensamientos de mi mente. Lo único de lo que tenía que preocuparme era de machacar a aquel tipo y sacar a Bill del lío en el que se había metido.

Antes de que pudiera arrepentirse, un par de hombres se levantaron de una mesa cercana para dejarnos sitio. Mientras nos sentábamos, vi como la gente empezaba a apostar. Muchos de ellos ya me habían visto ganar alguna vez y apostaban por mí. El inglés se les quedó mirando confuso antes de sentarse.

—Parece que los americanos tienen mucha confianza en sus mujeres —comentó impresionado—. En mi país nunca dejaríamos que una dama tuviera que pelear por nosotros.

—A lo mejor tenéis mucho que aprender de los americanos —respondí desafiante mientras apoyaba el codo en la mesa y le tendía la mano.

El negó con la cabeza mientras volvía a reírse. Luego suspiró, como si no le hiciera gracia rebajarse a tener que batirse conmigo, pero colocó el brazo en posición y me agarró la mano. Un hombre se puso a nuestro lado para contar hasta tres y marcar el comienzo del pulso. Le miré directamente a la cara, como si le desafiara y, en cuanto él cruzó su mirada con la mía, permití que se me escapara una sonrisa traviesa.

—*Minus fortis* —le dije en un susurro.

Al instante, su mirada se perdió y aquella sonrisa de suficiencia que tanto me estaba sacando de quicio desapareció de su cara. Cuando el hombre que teníamos a nuestro lado acabó de contar, hice un poco de fuerza y tumbé su brazo sobre la mesa. En cuanto le hube vencido, rompí el contacto visual para que quedara libre de mi hechizo. El brillo volvió a sus ojos, pero la expresión de confusión continuó presente. Mientras tanto, la locura se había desatado en el bar. El dinero cambiaba de manos mientras la gente me felicitaba y me daba palmadas en la espalda. Vi que Sally recogía varios billetes y la miré con un gesto de incredulidad. En lugar de aprovechar para sacar a su novio del bar y evitar que siguiera metiéndose en problemas, se había quedado para ganar unos dólares. Cuando me miró, fruncí el ceño y negué con la cabeza.

—Disculpe, señorita… —El inglés parecía estar recuperándose y me había agarrado la mano para llamar mi atención—. ¿Puede explicarme qué ha pasado?

—Un buen mago nunca revela sus secretos —respondí divertida.

—Es imposible que haya podido tumbarme con esa facilidad —protestó.

—Es un truco que aprendí en Montana. Consiste en girar el brazo del adversario en una posición determinada, de manera que deja los músculos sin fuerza. Como comprenderá, no puedo contarle más. —Me levanté de la silla y le tendí la mano—. Espero que su hombría no haya sufrido demasiado y que, tal y como habíamos acordado, las ofensas de mi amigo queden olvidadas.

—Por supuesto. Siempre pago mis apuestas. —Se levantó y aceptó mi mano, pero no la soltó—. Es una pena que me haya vencido. Me habría encantado tomarme una copa con usted.

Me quedé mirándole unos segundos. Tenía algo que me gustaba. Quizá su acento y esa manera de hablar tan educada. Quizá la sonrisa abierta que me estaba dedicando en aquel momento. Quizá aquellos ojos de niño inocente… No sabría explicar por qué, pero sentí que no quería soltar su mano, darme la vuelta y no volver a verle.

—Bueno, eso tiene arreglo. Yo no tengo por qué invitarle, pero puede hacerlo usted.

Él recogió su chaqueta, me tendió el brazo y señaló hacia la salida. Yo me giré hacia Sally y me despedí con un gesto de la mano. Ella me observaba con la boca abierta. No era propio de mí marcharme con un hombre al que acababa de conocer. De hecho, ni siquiera dirigirle la palabra a un desconocido era típico de mí. Me encogí de hombros y le

dirigí una sonrisa divertida.

—¿Le importa que vayamos a algún otro bar que no esté lleno de gente que me considere un perdedor? —preguntó mi acompañante.

—No hay problema —contesté riendo—. Hay muchos bares en Arlington y la noticia tardará unos días en correr por la ciudad. Esta noche su reputación está a salvo.


Alfred

Capítulo dos

Cuando salieron del bar, dejó que ella le guiara. Después de todo, no conocía Arlington ni sabía dónde podía haber un local que les gustara. Ella sonrió y con un gesto de la mano le indicó que la siguiera calle abajo. Caminaron en silencio, mientras él la observaba por el rabillo del ojo. Era una chica peculiar, diferente a las demás. En lugar de los elaborados peinados y el artificial tinte rubio que lucían la mayoría de las mujeres en aquel país, ella llevaba el pelo suelto, una cascada de color negro brillante con ondas naturales. Además, no llevaba maquillaje, aunque en su opinión no lo necesitaba. Tenía unos ojos enormes de un color indefinido, entre el azul y el gris, y una sonrisa de labios gruesos y sonrosados. Sin embargo, no era ninguna de esas cualidades la que le había empujado a invitarla a tomar una copa.

Sabía que lo que había sucedido en el pulso no se debía a ningún movimiento especial ni podía explicarse con ningún razonamiento lógico. La había visto mover los labios y susurrar algo que no había logrado entender mientras le miraba a los ojos y, durante unos segundos, su voluntad había quedado anulada por completo y había sentido que la fuerza de todos sus músculos se desvanecía para dejarle convertido en una especie de muñeco de trapo. Aquello no se debía a ningún giro secreto del codo. Estaba seguro de que aquella mujer tenía alguna cualidad psíquica excepcional, lo que le hacía pensar que debía de ser integrante del PRD. Tenía la esperanza de que, tras invitarla a dos o tres copas, podría conseguir que su lengua se soltase y que le contara cosas sobre su trabajo.

Al girar la esquina, se dio cuenta de que habían recorrido toda la calle sin decir una palabra. Era extraño. Las mujeres que solía frecuentar parecían incapaces de permanecer calladas, como si el silencio les molestara. Sin embargo, ella parecía cómoda cogida de su brazo sin necesidad de decir nada mientras contemplaba como el cielo iba oscureciéndose más allá de los tejados de los edificios. No sabría explicar por qué, pero fue él quien se sintió incómodo sin decir nada, así que, tras carraspear un par de veces, comenzó a hablar.

—No me ha dicho su nombre, señorita. —Ella se sorprendió tanto al escuchar su voz como para detenerse y girarse hacia él. Siguió en silencio, como si no supiera qué responder a una pregunta tan simple —. No tengo por costumbre invitar a salir a desconocidas, por muy atractivas que estas puedan resultarme.

Ella le esquivó la mirada para clavarla en los adoquines de la acera.

Podría haber pasado por un gesto de timidez ante su cumplido, pero no le resulto convincente.

—Lisa Preston —contestó ella, sin poder ocultar del todo un ligero tono de duda en la voz. Alfred supo al instante que mentía—. ¿Y tú?

Entrecerró los ojos para observarla unos segundos antes de contestar. ¿Por qué le mentía incluso en su nombre? ¿No se fiaba de él o esa identidad falsa era parte de su trabajo en el PRD? Si era así, su puesto debía de ser aún más importante de lo que él había pensado, por lo que quizá podría sonsacarle una información mucho más valiosa de que lo había esperado en el primer momento. Claro que aquello tenía una contrapartida: si ella era un alto cargo del PRD, podía haber tenido acceso a su solicitud para conocer sus instalaciones y proyectos y, si recordaba su nombre, no se abriría a él por muchas copas a las que le invitara. Decidió mentir también.

—Duncan Jones —dijo sin que la voz le temblara—. Encantado de conocerla.

Ella se soltó de su brazo y le tendió la mano. Alfred se quedó estupefacto durante un instante. No le tendía la mano como lo hacían las damas, esperando que la recogiera con un ademán galante para depositar un beso en ella. Le tendía la mano como un hombre, de igual a igual. Sospechó que, por muy diferentes que fueran las costumbres estadounidenses, aquello tampoco era normal entre ellos y que se encontraba ante una mujer peculiar a la que cada vez le apetecía más conocer.

—Creo que deberías dejar de tratarme de usted. —Ella apretó su mano con firmeza—. Comprendo que en tu país sea lo más normal, pero aquí suena rarísimo.

—Es altamente irregular… Acabamos de conocernos.

—Decir cosas como “es altamente irregular” también suena rarísimo. —Ella soltó una carcajada al ver su cara de desconcierto—. No pasa nada. Comprendo que los ingleses habláis raro.

—¿No es un poco prepotente decir que los ingleses hablamos raro el idioma que nosotros inventamos? —preguntó molesto.

Ella volvió a reírse, pero no contestó. Le señaló un local, situado al final de la calle por la que paseaban. Parecía muy elegante y, de sus puertas abiertas surgía el sonido de la música de una orquesta.

—¿Entramos? —preguntó la chica.

Él asintió, aunque le dio la impresión de que ella no iba vestida de la forma adecuada para entrar a un lugar así. Parecía que le daba igual lo que pudieran pensar de ella o lo que la sociedad quisiera imponerle.

La siguió al interior del local. Era muy amplio y, alrededor de una gran pista de baile alfombrada con moqueta de color rojo, se distribuían varias mesas redondas ocupadas por parejas. Se sentaron en una de ellas y la chica se quedó mirando a la orquesta, que acababa de terminar una pieza y se disponía a tocar la siguiente. En cuanto sonaron las primeras notas, sus ojos se iluminaron.

—¡Me encanta esta canción! —Volvió a levantarse y le tendió la mano —. ¿Bailamos?

Aquello sí que le descolocó por completo, hasta el punto de que notó que sus mejillas se sonrojaban. ¿Es que aquella chica no conocía el decoro ni las más mínimas reglas de educación? ¿Desde cuándo se consideraba normal que una mujer invitase a bailar a un hombre, teniendo en cuenta, además, que acababan de conocerse? Carraspeó, se levantó y estiró la chaqueta de su uniforme antes de tomar la mano que le tendía y seguirla hasta la pista. Se mezclaron con las otras parejas que bailaban con los cuerpos apretados y las cabezas de ellas reposando en el pecho de sus acompañantes. Parecía que habían entrado en el local de moda para las parejas enamoradas. Alfred puso la mano en la cintura de la chica y empezaron a girar.

—Parece que te hubieras tragado un palo —dijo ella riendo—. ¿No te gusta bailar?

—No, no es eso… Es que no sé nada de ti —contestó evitando la brillante mirada que le dirigía y que estaba poniéndole nervioso—. ¿A qué te dedicas?

—Soy mecanógrafa en el Pentágono —contestó con voz firme. Parecía que ya tenía la respuesta preparada o que cada vez le resultaba más fácil mentir—. ¿Y tú? ¿Qué hace un soldado inglés tan lejos de su casa?

—Me han enviado aquí como enlace para gestionar los pedidos de material sanitario que tu país le vende al mío. —Si iban a seguir con mentiras, a aquello podían jugar los dos.

—¿Así que vas a quedarte en Arlington de forma permanente?

—Esperemos que no. —Ella frunció el ceño ante la respuesta—. Solo mientras dure la guerra y todos esperamos que no sea algo permanente y que finalice lo antes posible.

Asintió y siguió bailando. Alfred pensó divertido que, aunque había sido ella la que le había acusado de estar tieso y envarado, tampoco se la veía cómoda entre sus brazos. Miraba a la orquesta y a las parejas con las que se cruzaban mientras tarareaba la canción que estaba sonando. Era *I'll never smile again* de Frank Sinatra, una canción que se había puesto tan de moda que incluso había llegado hasta Inglaterra.

Cuando llegó el estribillo, Alfred se inclinó hacia su oído para cantarle la letra:

—En mi corazón sé que nunca empezaré a sonreír de nuevo hasta que te sonría a ti.

Ella dejó de mirar a su alrededor y sus ojos se cruzaron. A él le hizo gracia ver que se había sonrojado. No debía de ser tan dura y fría como intentaba aparentar. Le gustó como le miró en aquel momento. Sus ojos se habían vuelto de un azul brillante y sus pupilas dilatadas le daban aspecto de niña curiosa. Le pareció que estaba tratando de ver en su alma y, sin saber por qué, le apeteció que pudiera hacerlo, así que no evitó su mirada. A ella debió de gustarle lo que vio, porque sonrió y apoyó la cabeza en su pecho, como si se conocieran desde hacía mucho tiempo y pudiera confiar en él.

Cuando la canción terminó, regresaron a su mesa y, tras hacerle una seña al camarero, Alfred pidió una botella de champán. Cuando les sirvieron las primeras copas, levantó la suya para brindar:

—Por el final de la guerra —dijo.

—No sé si brindar por eso —contestó ella—. Si la guerra acabara esta misma noche, tendrías que marcharte y me apetece conocerte.

—Pero tampoco podemos desear que la guerra siga. Creo que lo mejor para nuestros países será que nos demos prisa en conocernos. —Acercó su copa a la de ella mientras sonreía—. Brindemos por otra cosa: Por ti, por mí y porque no se acabe esta noche.

—Brindo por eso.

Ella asintió e hizo chocar su copa. Alfred dio un sorbo a su bebida y apoyó los brazos en la mesa para acercarse más.

—Ya que vamos a darnos prisa en conocernos, empieza tú. ¿Qué puedes contarme de ti, Lisa?


Clarice

Capítulo tres

Dos botellas de champán después, salimos del restaurante. Me sentía un poco mareada, así que volví a agarrarme de su brazo. Él me miró y sonrió, como si aquel gesto fuera lo más natural del mundo. Le devolví la sonrisa, a pesar de que, después de la conversación que habíamos tenido, sentía que no podía confiar en él por completo.

Me había contado muchas cosas sobre su infancia en Liverpool. Según decía, era hijo de un humilde zapatero que, a pesar de haber tenido ocho hijos, había conseguido sacarlos a todos adelante con su esfuerzo y su trabajo. Me había explicado que no pudo seguir estudiando porque tuvo que ayudar a su padre para mantener a su familia y que había estado trabajando con él hasta que estalló la guerra y tuvo que alistarse.

Aquella historia era muy bonita y muy emotiva, pero hacía aguas por todas partes. Ni su manera de hablar ni sus modales se correspondían con alguien que solo hubiera recibido una educación básica y sus manos, tersas y suaves, desmentían que hubiera realizado un trabajo manual en algún momento de su vida. Además, también me había resultado sospechoso el modo tan insistente en el que estuvo preguntándome por mi trabajo. Pedía demasiados detalles sobre un puesto tan aburrido como el de mecanógrafa y, en el brillo de sus ojos, me había parecido vislumbrar una sombra de duda, como si tampoco se creyera nada de lo que le estaba contando.

Era cierto que yo le estaba mintiendo, pero mis mentiras estaban justificadas. Tanto el trabajo que realizaba en el PRD como el departamento en sí mismo estaban considerados alto secreto. Yo tenía mis razones para mentir sobre mi identidad, pero no conseguía adivinar cuáles eran las suyas. Aquellas sospechas deberían haberme hecho huir inventando cualquier excusa, pero había decidido quedarme. Podía ser un espía, enviado por los británicos o por los alemanes para descubrir cualquier cosa sobre nuestros proyectos. Si era así, debía desenmascararle y hablar con el coronel Curtis.

Por otro lado, sabía que me estaba engañando a mí misma, que estaba inventando todos aquellos argumentos para quedarme un poco más a su lado, que, a pesar de saber que me estaba contando una sarta de mentiras, había algo en él, en el brillo de sus ojos, en aquella mirada tan dulce, en la manera en la que se marcaban sus mejillas cuando sonreía, que me hacía querer permanecer a su lado un rato más.

—Lisa…

Tardé unos segundos más de lo recomendable en contestar. Iba

ensimismada en mis pensamientos y no estaba acostumbrada a responder de forma automática a un nombre que no era el mío. Cuando me di cuenta de que me estaba llamando y me giré hacia él, vi que estaba esbozando una sonrisa burlona. Él también sospechaba de mí, pero tampoco se marchaba. ¿A qué retorcido juego estábamos jugando?

—Perdona… Estaba distraída mirando la luna.

Elevé la mirada hacia el cielo y sentí que mi respiración se detenía. El cielo ya estaba oscuro por completo, las estrellas brillaban y una luna casi llena destacaba en lo alto. ¿Qué hora era? Miré mi reloj y solté un respingo. Eran las diez y media de la noche, lo que quería decir que la señora Lowestein ya habría cerrado la puerta de la casa y que al día siguiente iba a tener que dar muchas explicaciones.

—¿Pasa algo? —preguntó él preocupado.

—Sí, la residencia en la que vivo tiene toque de queda y me lo acabo de saltar. —Me llevé las manos al rostro mientras negaba con la cabeza—. Creo que esta noche me he quedado en la calle…

—Seguro que puedes explicárselo…

—No. Tú no conoces a la señora Lowestein. Tendré suerte si consigo que no me eche de su casa para siempre.

—¿Y qué vas a hacer? Podrías venir a mi hotel. —En cuanto pronunció aquellas palabras, se sonrojó antes de continuar hablando atropelladamente—. No me entiendas mal… Me refiero a que, ya que estás en problemas porque yo te he distraído, me ofrezco a pagarte una habitación en el hotel en el que me alojo. No he pretendido ofenderte en ningún momento.

Me quedé mirando sus mejillas enrojecidas y aquellos ojos tan enormes e inocentes como los de un niño pequeño y no pude contener una risa.

—No, tranquilo. —Negué con la cabeza—. Lo que tengo que hacer es esperar a que todo el mundo se duerma y colarme en casa. Mañana puedo decir que entré sin cruzarme con nadie, que me sentí indispuesta y que me fui directa a la cama sin cenar.

—¿Y a qué hora se duermen todos?

—La señora Lowestein suele leer hasta tarde delante de la chimenea. Calculo que tendré que esperar hasta las doce o la una, pero tú puedes marcharte a tu hotel cuando quieras.

—Me estás ofendiendo —contestó él poniéndose serio—. Jamás dejaría a una dama sola en la ciudad de noche y menos a una dama tan bella. ¿Dónde vamos?

Negué con la cabeza y solté una risita. Él no podía saber nada acerca de cómo era yo, pero, cuando acompañaba a mi padre en sus viajes para vender caballos, había pasado multitud de noches sola en las llanuras de Montana, haciendo mi turno de guardia mientras los demás dormían, con la pistola desenfundada y atenta a cualquier ruido que señalase la presencia de bandidos o de animales salvajes que pudieran atacar a nuestros animales. Era muy capaz de defenderme por mí misma y la noche en la ciudad no me daba ningún miedo. Sin embargo, en lugar de ofenderme, su excesiva y anticuada caballerosidad me hizo gracia, así que volví a engancharme de su brazo y empecé a caminar.

—¿Hace cuánto tiempo no te sientas a contemplar las estrellas? —pregunté.

—No lo sé. No lo recuerdo —respondió él antes de encogerse de hombros—. Supongo que mucho.

—Eso hay que arreglarlo. Vamos a la orilla del río.

Nos habíamos sentado sobre la hierba, mirando hacia las tranquilas y verdosas aguas del Potomac. A lo lejos, se podían distinguir los puentes de la calle 14 y, tras ellos, la silueta del obelisco que conmemoraba a Washington. El cielo estaba claro y estrellado y una brisa suave soplaba desde el río, acariciando las briznas de hierba y revolviendo nuestros cabellos.

Estuvimos hablando durante horas. De alguna extraña manera, ambos sabíamos que el otro nos estaba mintiendo sobre su vida y su trabajo, así que evitamos aquellos temas. Conversamos sobre la música que nos gustaba, sobre las últimas películas que habíamos visto en el cine, sobre los libros que adorábamos, sobre los viajes que nos gustaría hacer cuando la guerra terminara y el mundo volviera a ser un lugar amable del que disfrutar… Al cabo de un rato, él se quitó la chaqueta del uniforme y se remangó la camisa para tumbarse sobre la hierba. Se le veía relajado y tranquilo. No quedaba nada del envarado y orgulloso oficial que había conocido horas antes. Cada vez que me hablaba, giraba la cabeza hacia mí y me sonreía mientras me miraba a los ojos. Nunca había conocido a nadie que mirase de aquella manera tan limpia y directa. Incluso con la leve luz de la noche, podía ver que aquellas pupilas enormes de niño parecían brillar. Cada vez que me sonreía, con aquella sonrisa tan sincera, sentía que mi corazón se rendía un poco más.

Acabé tumbándome a su lado, con nuestros cuerpos tan cerca que casi se tocaban. Nos quedamos unos segundos en silencio con la vista fija en el firmamento. Le escuché suspirar y me giré hacia él.

—¿Qué piensas? —le pregunté sin plantearme que aquella no era una pregunta que se le pudiera hacer a alguien que acababa de conocer.

—En lo hermoso que es el cielo. En Londres nunca se ven tantas estrellas y, además, nos pasamos la noche temiendo que pueda llenarse de bombarderos alemanes. —Respiró profundamente de nuevo—. Hacía mucho tiempo que no me paraba a mirar el cielo sintiéndome en paz.

—Tendrías que ver el cielo de Montana —respondí con tono melancólico—. Aquí la vista está cortada por los edificios y las luces de la ciudad no permiten verlo tan claro. Allí, en las llanuras, el cielo es inmenso, infinito… Parece rodearte por completo y hay tantas estrellas y brillan tanto… Te hacen sentirte tan pequeño y, al mismo tiempo, parte de algo tan grande…

—Algún día, cuando todo esto acabe, me gustaría verlo —comentó él con voz soñadora.

—Yo te llevaré —respondí sin pensar. En aquel momento, me habría ido con él a cualquier parte del mundo.

Él se limitó a sonreír y seguir contemplando el cielo. Volví a tumbarme sobre la hierba, disfrutando del silencio, solo roto por el canto de los grillos y el sonido de nuestras respiraciones, de sentirle tan cerca que me daba la impresión de que podía notar el calor que desprendía su cuerpo, que, de alguna manera, sin llegar a rozarnos, nos estábamos tocando… Él rompió la magia con su siguiente frase:

—¿No vas a contarme cómo me venciste en el pulso?

Le miré sorprendida y sin saber qué decir. ¿Todavía le seguía dando vueltas a aquello? Fingí una risa y volví a sentarme en la hierba para esquivar su mirada.

—Ya te lo he dicho —contesté—. Es un truco especial. Tan solo hay que girar el brazo de una manera en particular…

—Lisa, por favor, no me mientas. —Él también se incorporó para mirarme a los ojos—. Sé que hiciste algo raro. Vi que movías los labios, murmurando unas palabras, y, durante unos segundos, me quedé sin voluntad. ¿Qué hiciste?

Me habría gustado poder confiar en él. No me veía capaz de mirar aquellos ojos tan dulces y seguir mintiéndole. Sin embargo, me daba la impresión de que tenía demasiada curiosidad por aquel tema. Empecé a sospechar que su invitación para irme con él, las dos botellas de champán y todas las preguntas que me había hecho durante aquella noche sobre mi trabajo en el Pentágono solo habían tenido como objetivo soltarme la lengua y conseguir información.

Miré mi reloj y me levanté de un salto.

—Son casi las dos y mañana tengo que trabajar. Será mejor que me marche ya.

Él se incorporó y recogió su chaqueta. Cuando nuestros ojos se cruzaron, descubrí en los suyos una mirada que era mitad diversión, mitad aceptación del desafío. No le había engañado ni por un segundo con aquella excusa, pero estaba dispuesto a seguir intentando descubrir qué secretos escondía.

—Te acompaño a casa.

—No es necesario, de verdad…

—No hay discusión sobre esto —repuso él—. Si mis compatriotas se enteran de que un caballero británico no ha acompañado a una dama a casa, no me dejarán regresar a mi país.

Sonreí y asentí. La magia que habíamos sentido minutos antes se había desvanecido por completo y caminamos en silencio hasta la casa de la señora Lowestein. No quedaba nadie en las calles de Arlington y solo nos cruzamos con algún gato que había salido en busca de aventuras. Cuando llegamos, le señalé la casa:

—Es aquí. Ya me has traído hasta casa —dije con tono divertido—. Tu reputación de caballero está intacta.

—Aún no. No pienso marcharme hasta que vea que has entrado sana y salva.

Negué con la cabeza mientras me reía. Seguro que él estaba acostumbrado a tratar con damas dulces y lánguidas que no hablaban si no se les preguntaba y que no se atrevían a salir de casa solas, pero yo no tenía nada que ver con aquel tipo de mujer. Me encogí de hombros y abrí la valla para entrar en el jardín, seguida de cerca por él. Observé la casa mientras nos acercábamos para comprobar que todas las luces estaban apagadas. Después caminé hacia un lateral y me coloqué bajo una de las ventanas de la cocina.

—Esta ventana no cierra bien —susurré.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó él divertido—. Me da la impresión de que no es la primera vez que tienes que colarte de noche.

—Es muy difícil cumplir con todas las normas de la señora Lowestein —expliqué mientras hacía fuerza para subir la ventana—. Si le hiciéramos caso en todo, nos moriríamos de aburrimiento.

Cuando terminé de subir la ventana y la aseguré, me quité los zapatos y se los tendí a Duncan. Él se quedó con ellos en las manos mientras observaba sorprendido como yo daba un salto y me encaramaba al

alfeizar sin dificultad. Una vez dentro, me giré y tendí las manos para que me los devolviera. Tras hacerlo, él apoyó los brazos en el alfeizar para despedirse. Yo me incliné para poder hablarle en susurros, a pesar de que estar tan próxima a él me estaba poniendo nerviosa.

—¿Podré volver a verte? —preguntó mientras hacía un puchero adorable.

—Bueno, ya sabes a qué bar suelo ir todas las tardes —contesté intentando hacerme la dura.

—No puedo pasarme por ahí después de que cierta chica me diera una paliza.

—Si es más importante tu orgullo que encontrarte conmigo, es que no estás muy interesado en volver a verme —respondí coqueta.

—Mañana nos vemos allí. —Se puso de puntillas para acercar aún más su rostro al mío. Se quedó solo a una pulgada de mis labios y empezó a canturrear—. En mi corazón sé que nunca empezaré a sonreír de nuevo hasta que te sonría a ti.

Recorrí aquella pulgada sin pensarlo un segundo y posé mis labios sobre los suyos. Él rodeó mi nuca con su mano con suavidad para prolongar el beso. No habría hecho falta. Desde la primera vez que me sonrió, supe que deseaba beber de esa sonrisa. Cerré los ojos y dejé que el tacto de sus labios y el calor que desprendían llenaran mi mente. En aquel momento, nada más importó. El mundo entero podría haberse desvanecido y yo no lo habría echado de menos.

Cuando nos separamos, nos quedamos mirándonos a los ojos sin saber qué decir. Al cabo de unos segundos, él agitó la cabeza, como si estuviera recuperándose de un mareo, y volvió a sonreírme mientras caminaba hacia atrás por el jardín resistiéndose a dejar de mirarme.

—Nos vemos mañana. —dijo al llegar a la valla. A pesar de que lo pronunció en susurros, su voz atravesó el jardín y pareció acariciar mi oído.

—Nos vemos mañana —repetí antes de cerrar la ventana.

Me quedé mirando a través del cristal hasta que él desapareció. Suspiré emocionada e incluso improvisé unos pasos de baile mientras recorría el pasillo de camino a mi habitación. En aquel momento no me importaba que la señora Lowestein pudiera descubrirme, no me importaba absolutamente nada. Me veía capaz de enfrentarme a cualquier cosa.

Por suerte, pude llegar a mi habitación sin que nadie se enterara. Cuando me tumbé en la cama, me giré hacia la ventana para mirar aquel cielo que habíamos disfrutado juntos aquella noche. A pesar de

que era muy tarde, me sentía demasiado emocionada para dormirme. Tardé horas en conciliar el sueño y, cuando por fin lo conseguí, lo hice con aquella canción de Sinatra sonando en mi cabeza.


Alfred

Capítulo cuatro

Cuando entró en el edificio del Pentágono a la mañana siguiente, se sentía nervioso y agotado. Había pasado toda la noche dando vueltas en la cama, preocupado por la respuesta que iba a recibir del coronel Curtis. Dependiendo de lo que hubieran decidido, todo su viaje desde Inglaterra podía haber sido en balde. Sin embargo, no había sido solo aquella preocupación, totalmente lógica, la que le había hecho pasar la noche en vela. Por alguna extraña razón, el recuerdo de Lisa y de aquel último beso había acudido una y otra vez a su memoria. Sabía que debería estar centrado en su misión, que el futuro de su departamento podía depender de la conversación que iba a mantener con el coronel en unos minutos, pero no podía dejar de pensar en ella y de preguntarse si volvería a verla aquella tarde.

Llegó hasta la planta en la que se situaba el PRD y anunció su llegada a la mujer que se encontraba en recepción. Ella le pidió que la siguiera y le acompañó hasta la puerta del despacho del coronel Curtis.

—Espere dentro, por favor —indicó la mujer mientras abría la puerta—. El coronel llegará en unos minutos.

Alfred entró y cerró la puerta a su espalda. Al girarse para dirigirse hacia la mesa del coronel, se quedó paralizado. No estaba solo en el despacho. Sentada en una de las sillas y mirándole con la boca abierta estaba Lisa. Durante unos segundos, se planteó que estaba tan obsesionado con ella como para empezar a tener alucinaciones. Sin embargo, no era así. Estaba cambiada, con su largo pelo negro recogido en un moño y vestida con un uniforme femenino que resaltaba todas sus curvas, pero era ella.

Se acercó, sin saber muy bien qué decir ni cómo comportarse. Lo último que habían compartido había sido un beso. ¿Cómo debía saludarla? ¿Dándole la mano como si no hubiera sucedido nada?

Por suerte, una puerta lateral se abrió y el coronel Curtis entró en el despacho. Alfred se cuadró para saludar y esperó a que el hombre le indicara que podía tomar asiento. Mientras lo hacía, le dirigió una mirada de reojo a Lisa. Ella parecía muy nerviosa y no dejaba de removerse en su silla y de apretarse las manos. Se preguntó qué haría allí. Recordó que le había dicho que trabajaba en aquel edificio como mecanógrafa. Pensó que el coronel querría dejar constancia escrita de lo que hablaran en aquella reunión y que le habría pedido que viniera para que tomara apuntes y lo transcribiera después a máquina. Sin embargo, al mirar como ella continuaba retorciendo sus manos con gesto nervioso, se preguntó dónde estarían sus materiales de escritura.

—Buenos días a los dos —dijo el coronel tras tomar asiento—. Les presentaré.

—Ya nos conocemos —interrumpió Lisa con nerviosismo.

El coronel enarcó una ceja, pero decidió no hacer preguntas. Plantó ambas manos sobre la mesa y asintió.

—Perfecto, así la reunión será más breve y podremos pasar a asuntos más importantes. —Se giró hacia Alfred para dirigirse a él—. He transmitido su petición a mis superiores y están de acuerdo en mostrarle nuestro departamento y hablarle de nuestros proyectos. Como comprenderá, aunque nuestro país está más que dispuesto a colaborar con el suyo, algunos de estos proyectos podrían comprometer nuestra seguridad nacional, así que me han encargado que le acompañe en su visita y que conteste a todas las preguntas que pueda plantearme.

Alfred asintió y fingió una sonrisa de agradecimiento. Estaba seguro de que el coronel Curtis había preparado una especie de "*tour* para turistas", en el que le enseñaría los proyectos menos relevantes. No le preocupó demasiado. Ya suponía que aquella gente, por mucho que fueran sus aliados, no iba a estar dispuesta a compartir sus mayores secretos con otro país. Le correspondería a él estar atento y tratar de deducir información importante de los pocos datos que le proporcionaran.

—En cuanto a su otra petición, me alegro de informarle de que ha sido aceptada. A pesar de que vamos a cederles uno de nuestros activos más valiosos, hemos considerado que puede serles de más utilidad en su departamento.

—Me alegro muchísimo de escuchar eso —contestó Alfred—. Se lo agradezco tanto en mi nombre como en el de mi país. ¿Cuándo podré conocer a la señorita Cooper?

El coronel se quedó mirándole con los ojos muy abiertos y una expresión de confusión en la cara. Cuando pudo reaccionar, levantó una mano y señaló a Lisa.

—No entiendo… Me acaban de decir ustedes mismos que ya se conocían.

Alfred se giró hacia Lisa sin comprender. Ella también parecía confusa y miraba al coronel Curtis con cara de haberse perdido en la conversación hacía mucho rato.

—¿Ella es la señorita Cooper? —preguntó al fin Alfred.

El coronel asintió y permaneció en silencio, esperando una explicación. Alfred volvió a mirar a la chica. No estaba confuso solo

porque ella le hubiera dado un nombre falso cuando se conocieron, ni porque hubiera ocultado su profesión. Se había pasado toda la noche sospechando eso. Lo que realmente le tenía confundido era que ella fuese Clarice Cooper. Cuando le habían encomendado la misión de ir hasta Estados Unidos para tratar de reclutar a una poderosa médium, había imaginado a una mujer mayor vestida de negro y con aspecto místico, no a una atractiva joven. Le dirigió una mirada de enfado con la que pretendía expresarle que tendría que darle muchas explicaciones cuando estuvieran a solas, pero ella se la mantuvo sin pestañear mientras se dirigía al coronel.

—¿Podría saber quién es él? —preguntó.

—Habían dicho que ya se conocían. No entiendo nada. —El coronel se encogió de hombros—. Él es el teniente Alfred Mitchell. Pertenece al MI6 británico y ha venido de visita al PRD para compartir información y conocimientos sobre nuestros departamentos de investigaciones parapsicológicas.

Aquel fue el momento de Clarice de lanzarle una mirada enfadada. Alfred la ignoró y se dedicó a comprobar si llevaba bien atados los zapatos.

—Disculpe, coronel —intervino Clarice—. No entiendo la razón por la que estoy en esta reunión.

—Sí, tiene razón. —El coronel carraspeó antes de seguir hablando—. El departamento de inteligencia británico al que pertenece el teniente Mitchell ha solicitado su colaboración. A pesar de que consideramos que el trabajo que usted realiza aquí es de gran utilidad, creemos que podrá ayudar mucho más colaborando con ellos, así que sus nuevas órdenes son acompañar al teniente a Inglaterra para trabajar en el departamento que están formando.

—¿Qué? ¿Irme a Inglaterra? —Ella se levantó de la silla de un salto y plantó ambas manos sobre la mesa de un golpe—. ¿Y cuándo pensaban comunicármelo? ¿No deberían consultarme si estoy dispuesta?

—Se lo estoy comunicando ahora —contestó el coronel. Parecía enfadado por aquella insubordinación delante de un oficial extranjero —. Le recuerdo que usted se alistó en el ejército de los Estados Unidos y, por tanto, tiene la obligación de seguir las órdenes de sus mandos.

—Pero yo me alisté para trabajar aquí —volvió a protestar ella—. En ningún momento me dijeron que tendría que cruzar el océano e irme a un continente arrasado por la guerra para servir a un país extranjero.

—Usted se alistó para cumplir órdenes, fueran las que fueran. —El tono del coronel expresaba claramente que no iba a seguir tolerando

sus quejas—. El barco sale dentro de tres días. Le haré llegar las órdenes concretas con el lugar y hora del embarque. Le sugiero que vaya a casa y empiece a preparar sus cosas.

Clarice no protestó más. Se limitó a soltar un bufido y a pasear su mirada, de un azul tan oscuro como el mar en un día de tormenta, entre Alfred y el coronel, antes de salir disparada del despacho sin despedirse siquiera.

—¡Vaya carácter! —comentó Alfred, tratando de aliviar un poco la tensión.

—No lo sabe usted bien. Es una mujer extraordinaria, con grandes capacidades, pero no resulta fácil de llevar. —El coronel se levantó de su silla y le señaló la puerta—. Si me acompaña, procederé a enseñarle nuestras instalaciones.

Alfred asintió y le siguió, mientras pensaba que, si Clarice estaba la mitad de enfadada de lo que le había parecido, el viaje en barco hasta Europa se le iba a hacer muy largo.

RMS Cameronia (Atlántico norte), Julio de 1943


Clarice

Capítulo uno

Sally y Bill vinieron a despedirme al puerto. Me quedé apoyada en la barandilla de popa, viendo como sus rostros se iban desdibujando y sus cuerpos iban haciéndose más y más pequeños hasta desaparecer. Luego el barco fue alejándose de la costa, hasta que mi tierra se perdió en la lejanía. Alrededor, mirase donde mirase, solo se veía el agua del mar.

Me enjugué un par de lágrimas traidoras que habían escapado de mis ojos y aspiré con fuerza aquella brisa cargada de salitre. Me marchaba de mi hogar sin fecha de regreso. Partía rumbo a un destino desconocido, a un país arrasado por la guerra… y todo contra mi voluntad. Sentí que los ojos volvían a escocerme. Era tan injusto que no me hubieran dejado opinar en aquel asunto… Era cierto que, al alistarme en el ejército, me había convertido en un soldado que debía obedecer las órdenes de sus superiores, pero el coronel Curtis sabía que mi caso era especial. Yo me había ofrecido voluntaria para sustituir a mi madre en una labor que ambas considerábamos importante para nuestro país, pero, al hacerlo, no me había planteado ni por un segundo que mis funciones o el lugar en el que debería desempeñarlas fueran a cambiar.

Decidí abandonar la cubierta y encerrarme en mi camarote. Unas nubes cada vez más negras empezaban a invadir el cielo. Al girarme, descubrí a Duncan a unos pasos… No, no se llamaba Duncan. Era Alfred, el mentiroso, el culpable de que tuviera que separarme de mi familia y de mi patria por un tiempo indeterminado para ir a servir a un país al que no le debía nada. Él dio un paso hacia mí con una sonrisa en la cara, pero yo le esquivé, decidida a seguir adelante sin decirle una sola palabra. Me agarró del brazo para detenerme.

—¿Necesitas algo, Duncan? —pregunté mientras le dirigía una mirada de odio—. Perdona, ese no es tu verdadero nombre.

—No estarás enfadada por eso, ¿verdad? —dijo él divertido—. Tú también me diste un nombre falso. Comprenderás que soy un agente de otro país en misión oficial. No puedo darle mi nombre ni los detalles de mi misión a la primera desconocida con la que me cruzo. ¿Cuál es tu excusa?

—Que no me fiaba de ti —contesté alzando la barbilla—. Y veo que tenía razón.

—Estamos empatados. No entiendo por qué te enfadas conmigo.

Intenté agitar el brazo para liberarme, pero él siguió firme en su

agarre. Lancé un suspiro y le miré a los ojos antes de seguir hablando.

—¿Sabes lo que iba a hacer este cuatro de julio? —Esperé hasta que él negó con la cabeza—. Tenía unos días de permiso para ir a Montana a reunirme con mi familia, a la que hace meses que no veo y a la que echo muchísimo de menos. Por tu culpa, ya no voy a poder verles este cuatro de julio y seguramente tampoco en Acción de Gracias ni en Navidad… Y quizá tampoco pueda verlos el año que viene ni al otro…

—Lo lamento, pero estamos en una guerra. Hay miles de soldados que tampoco pueden ver a sus familias —contestó con voz firme—. Siento mucho si a la señorita no le viene bien servir a su país.

Me sentí insultada por sus palabras y por su mirada. Parecía que me consideraba una niña malcriada con una rabieta. Volví a agitar el brazo, aun con más violencia, y en aquella ocasión conseguí liberarme. Me marché con paso firme y me encerré en mi camarote. En aquel momento, Alfred me parecía un prepotente al que no le importaban los sentimientos de los demás con tal de que se cumplieran sus malditas órdenes.

Eché un vistazo al pequeño camarote que me habían asignado. Ni siquiera merecía ese nombre. Era un espacio minúsculo con una estrecha cama y un pequeño armario. Un diminuto ojo de buey era lo único que proporcionaba algo de luz a aquel triste ambiente. Me asomé por él y contemplé durante unos segundos el movimiento de las olas. No fue buena idea. Sentí que mi estómago se contraía y que me vendría bien tumbarme un rato, pero, al haberme hecho consciente del movimiento del barco, no funcionó como esperaba. Aquel iba a ser un viaje muy largo.

Me pasé los siguientes cinco días encerrada en mi camarote y no solo porque no quisiera cruzarme con Alfred. Nunca antes en mi vida había abandonado tierra firme y estaba claro que navegar no era para mí. Mi estómago se había convertido en una bola de fuego que giraba sin parar y la sensación de mareo era tan grande que solo me atrevía a levantarme de la cama cuando no podía contener las ganas de vomitar. Tenía tantas náuseas que ni siquiera conseguía dormir, así que estaba agotada. Todo el cuerpo me dolía y hasta me parecía que mi vista se nublaba.

En aquellos cinco días, solo recibí la visita del médico del barco, que me dijo que no me estaba muriendo como yo pensaba y que tan solo se trataba de un mareo normal, y del cocinero, que se empeñaba en traerme caldos y sopas por mucho que yo le insistía en que era incapaz de tragar un solo bocado. Alfred no se dignó a preocuparse por mí. Supongo que pensaría que, con haber conseguido que yo

montara en aquel barco infernal y que llegara viva a Inglaterra, ya había cumplido su misión.

Antes de que anocheciera en nuestro quinto día de travesía, el médico volvió a visitarme. Vi en su expresión que empezaba a preocuparse. Yo había perdido peso, lucía unos oscuros círculos de color violáceo alrededor de los ojos y me encontraba tan al límite de mis fuerzas que me resultaba difícil incorporarme en la cama. Revisó mis constantes vitales y me explicó que era urgente que descansara, como si yo no lo estuviera deseando ya, como si no estuviera dispuesta a cualquier cosa por una noche de sueño reparador… El doctor le ordenó al cocinero que me preparara una infusión a base de hierbas y, en cuanto la tomé, caí profundamente dormida.

Desperté varias horas más tarde, confusa y desorientada, sin saber en un primer momento qué era lo que me había sacado del sueño. Me quedé sentada en la cama durante unos segundos, sorprendida al notar que el balanceo del barco ya no hacía eco en mi estómago. De repente, escuché el ruido de una fuerte explosión y el barco se escoró tras haber sido golpeado con fuerza. Me levanté de la cama asustada, preguntándome qué podía ser aquello que nos había golpeado. Sin detenerme siquiera a cambiarme de ropa, me dirigí en camisón hacia la puerta del camarote y salí al pasillo.

No había nadie corriendo por allí ni dando la voz de alarma. Todo el barco estaba sumido en una calma antinatural que me puso los pelos de punta. Después de la explosión y el choque, todos deberían haberse despertado. Lo siguiente que noté fue la espesa niebla de color negro que inundaba el pasillo y el fuerte olor a humo. El barco se estaba incendiando.

Corrí por el pasillo, huyendo del humo, mientras gritaba y golpeaba cada una de las puertas de los camarotes por los que pasaba. No podía entender qué era lo que estaba sucediendo, pero, si no hacíamos algo rápido, íbamos a morir todos. No recibí respuesta de ninguna de las habitaciones.

El humo era cada vez más denso y me impedía respirar. Los pulmones me ardían y los ojos me escocían tanto y estaban tan inundados de lágrimas que casi no podía ver por dónde avanzaba. Si no alcanzaba pronto la cubierta, moriría asfixiada allí dentro. Dejé de detenerme para golpear las puertas pidiendo ayuda. Ya me había convencido de que no iba a encontrarla.

Antes de que consiguiera alcanzar las escalerillas que llevaban hasta la cubierta, volví a escuchar el retumbar de una violenta explosión. El barco comenzó a balancearse como un caballo encabritado y me lanzó contra una de las paredes. Me golpeé la cabeza y todo pareció dar

vueltas. Estuve a punto de marearme y caer al suelo, pero me dije a mí misma que no podía permitírmelo. Si caía inconsciente, no volvería a levantarme. El humo ya inundaba por completo el pasillo y era imposible respirar. Hice uso de toda mi fuerza de voluntad, me apoyé en la pared y seguí andando hacia las escaleras.

Cuando conseguí llegar a la cubierta, caminé tambaleante hacia la barandilla y me quedé allí apoyada, inhalando aire a bocanadas. Poco a poco, el aire fresco de la noche fue limpiando mis ojos irritados y eliminando la sensación de mareo. Respiré profundamente una vez más y miré alrededor, tratando de descubrir qué era lo que estaba pasando.

Todos se encontraban allí: el doctor, el cocinero, el capitán, la tripulación, incluso Alfred… Estaban en posición de firmes, colocados justo a un paso de la barandilla de la cubierta, como si estuvieran formando. Nadie hablaba ni se movía. Tan solo contemplaban el enorme crucero alemán que estaba atacándonos. Pude distinguir su nombre en el costado: *Prinz Eugen.*

El barco enemigo lanzó otro torpedo, que impactó en nuestro casco unos segundos después. En cubierta, nadie se movió, ni gritó, ni trató de hacer nada para salvarnos. Los miré sin comprender. Entendía que nuestro barco estaba ya muy deteriorado, que debía de ser mucho más lento que el crucero alemán, que quizá nuestros motores estaban dañados y no podíamos maniobrar, que no contábamos con armamento suficiente como para hacer frente a aquel monstruo… Sin embargo, nada de aquello explicaba aquella absoluta falta de reacción. Al menos, habría esperado que alguien entonara una plegaria por la salvación de nuestras almas.

El fuego empezó a aflorar en la cubierta del barco. Al mismo tiempo, escuché un sonido extraño que parecía surgir de las entrañas de la nave, como si fuera un animal gravemente herido entonando su último grito de agonía. El barco se partía. Nos hundiríamos en cuestión de segundos.

Ni siquiera cuando el barco empezó a escorarse mis compañeros reaccionaron. Siguieron firmes, con la mirada perdida mientras nuestra nave emprendía su último viaje hacia las profundidades. Yo grité aterrorizada, pidiendo ayuda mientras me agarraba a la barandilla con todas mis fuerzas. La cubierta se inclinaba cada vez más, hasta que, durante unos segundos, se colocó casi vertical antes de empezar su inexorable descenso. Grité y grité, pero mi voz quedó ahogada por las explosiones provenientes de las calderas de la sala de máquinas, por los crujidos del armazón del barco al partirse, por los rugidos del mar embravecido que nos daba la bienvenida abriendo sus

voraces fauces para devorarnos.

En cuestión de segundos, el agua nos cubrió por completo. Intenté nadar, pero la corriente me arrastraba hacia abajo. El barco, en su caída a las profundidades, había creado una fuerte corriente que iba a succionarnos a todos, como si no quisiera separarse de sus pasajeros en aquel último viaje.

Luché cuanto pude, tratando de combatir aquella corriente. El agua helada parecía paralizar mis miembros, incluso mi cerebro. No podía pensar de forma coherente. La corriente jugaba con mi cuerpo, haciéndolo girar, hasta el punto de que ya ni siquiera podía estar segura de si estaba nadando hacia la superficie o si lo hacía hacia mi tumba definitiva en aquel lecho marino. Me convertí en un animal desesperado que luchaba por sobrevivir. Mis pulmones ardían suplicando por una bocanada de aire, pero me encontraba sumida en una negrura absoluta en la que no podía encontrar la salida. Sentí que mi pecho iba a estallar y abrí la boca desesperada, permitiendo que el agua fría y salada del Atlántico inundara mi cuerpo.

Al segundo siguiente, estaba en mi cama. Respiré desesperada, sintiendo que continuaba ahogándome, que el oxígeno salvador que me rodeaba no llegaba a mis pulmones. Tenía el corazón enloquecido. Golpeaba mi pecho con tanta fuerza que pensé que iba a morir en aquel mismo momento. Cuando conseguí que se calmara un poco, me incliné hacia delante y enterré la cara entre las manos. Estaba en la cama, a salvo. Todo había sido un sueño. Sin embargo, la sensación de angustia no desaparecía. Estaba segura de que no había sido un sueño normal. Había tenido sueños similares en otras ocasiones, como la vez en la que un rayo impactó en el tejado de la iglesia del pueblo e incendió varios edificios o la noche en la que murió mi abuela. No era un sueño, no era algo irreal. Lo que había visto iba a suceder. Estaba segura de ello.

Me levanté de la cama y, sin detenerme a coger una bata o unas zapatillas, salí al pasillo. La visión de mi sueño continuaba tan presente en mi cabeza que me sorprendió no encontrarlo cubierto de humo. Me crucé con un marinero, que me contempló con una sonrisa burlona y se llevó la mano a la frente haciendo un saludo militar. Sentí que enrojecía. No era decoroso estar vestida con un camisón translúcido en un barco repleto de hombres. Decidí ignorar mi vergüenza y seguir adelante. En mi interior sabía que no había tiempo para andarse con remilgos.

Corrí por el pasillo hasta llegar a la puerta del camarote de Alfred y empecé a golpearla con insistencia. Solo tardó unos segundos en abrir. Estaba despeinado y su mirada confusa me confirmó que acababa de

despertarle de un sueño profundo, pero agradecí que, incluso en aquellas circunstancias, hubiera conservado la lucidez suficiente como para ponerse unos pantalones. Se quedó mirándome con la cabeza ladeada y una ceja enarcada, como si tratara de adivinar qué podía estar haciendo yo en la puerta de su habitación a aquellas horas de la noche y no fuera capaz de encontrar ninguna respuesta coherente.

—Tengo que hablar contigo. —Puse una mano en su pecho para empujarle al interior del camarote. Él se dejó hacer y yo entré tras él y cerré la puerta a mi espalda.

—Clarice… Esto es muy irregular —dijo cuando pudo reaccionar—. No es correcto que una dama se presente en el dormitorio de un caballero en mitad de la noche. Y menos sin ir cubierta como Dios manda.

A pesar de que en aquel momento me entraron ganas de decirle que él y sus anticuados modales británicos podían irse al cuerno, no pude evitar echar un vistazo a su torso desnudo y a las sábanas revueltas de su cama. Sentí que me sonrojaba, pero ignoré mi vergüenza. No era momento para pensar en tonterías.

—Escúchame, es urgente. —Mi voz debió transmitirle qué lo que quería decirle era importante, porque no contestó y se limitó a asentir para indicarme que tenía toda su atención—. El barco se va a hundir. Vamos a ser atacados esta misma noche.

—¿Y de dónde sacas esa idea? —Volvió a arquear la ceja.

—Lo he visto en un sueño. —Antes de que pudiera protestar, agité las manos frente a él para impedirle hablar—. No ha sido un sueño normal. He tenido sueños así en otras ocasiones y siempre se cumplen. Un barco alemán va a atacarnos. Si no hacemos algo, moriremos todos.

—¿Y qué sugieres que haga? —preguntó con tono jocoso—. ¿Que vaya donde el capitán y le pida que cambie el rumbo porque has tenido una pesadilla?

—Eso es exactamente lo que te estoy pidiendo. —Él lanzó una risa sarcástica que acabó por desquiciarme—. No ha sido una pesadilla, ha sido un sueño profético. He visto el barco enemigo. Incluso puedo decirte su nombre: *Prinz Eugen*.

La sonrisa burlona desapareció de sus labios, pero continuó sin moverse, como si estuviera dudando sobre si debía creerme. Decidí aprovechar aquella pequeña grieta para seguir atacando.

—Alfred, por favor, tienes que creer en mí. —Me acerqué a él y tomé sus manos entre las mías—. Has cruzado el océano para buscarme

porque crees que tengo capacidades especiales. Confía ahora en ellas.

Él me miró a los ojos durante unos segundos. Sentí que volvía a enrojecer al tenerle tan cerca, con sus manos en las mías y aquellos ojos verdes tan enormes mirándome fijamente. No sé qué vio él en mi mirada, pero acabó asintiendo, me soltó y se sentó en la cama para empezar a ponerse las botas.

—Está bien. Iremos a hablar con el capitán. —Levantó la cabeza y volvió a mirarme con una sonrisa burlona iluminando su cara—. Te sugiero que regreses a tu camarote…

—No. Voy a ir contigo —protesté.

—… y te pongas algo de ropa. No es adecuado que una dama se pasee por un barco en camisón.

Me mordí la lengua y salí de su habitación sin decir nada. Noté que las mejillas volvían a arderme. No podía creer que él tuviera ese poder sobre mí. Estaba preocupada porque podíamos morir aquella misma noche y, aun así, él conseguía hacer que todo se me olvidara y que me sonrojara como una colegiala con cada palabra y cada mirada.

Entré a toda velocidad en mi camarote, cogí un vestido cualquiera y unos zapatos y, tras vestirme, cepillé mi pelo y lo anudé con una cinta. Estaba terminando cuando escuché un par de golpes en la puerta. Salí para encontrarme con Alfred, que ya lucía su uniforme con tanta elegancia como si hubiera tenido horas para prepararse para un desfile. Me tomó de la mano y corrimos hacia el puente de mando. Me complació notar su urgencia. Parecía que había conseguido persuadirle de que el peligro era real y que debíamos convencer al capitán. Recé para que él también me creyera. Si no lo conseguía, acabaríamos aquella noche en el fondo de aquellas oscuras y gélidas aguas.


Alfred

Capítulo dos

Alfred se quedó en el umbral del puente de mando, mirando confundido a sus ocupantes. Allí se encontraban el telegrafista y un marinero, además del primer oficial. Se maldijo a sí mismo por no haberse dado cuenta de que, a aquellas horas de la madrugada, el capitán estaría durmiendo.

—Necesitamos hablar con el capitán urgentemente —le dijo al primer oficial.

—Está descansando en su camarote —contestó el hombre tras levantarse de la silla que ocupaba y erguirse—, pero estoy seguro de que yo estoy capacitado para ayudarle.

—Agradezco muchísimo su predisposición y estoy seguro de que, en cualquier otra ocasión, me sería usted de gran ayuda, pero creo que debo tratar este asunto con el capitán.

Escuchó como Clarice bufaba a su lado. Cuando notó que ella soltaba su mano para adelantarse un par de pasos, se sorprendió. Ni siquiera había notado que todavía la estaba agarrando. Era muy extraña aquella sensación de familiaridad entre dos personas que apenas se conocían y que, hasta hacía diez minutos, ni siquiera se hablaban. Se recordó a sí mismo que debía evitar ese tipo de gestos en el futuro. Ella iba a ser su subordinada en cuanto llegaran a Inglaterra y ese tipo de comportamiento no era profesional.

—No tenemos tiempo para tanta palabrería —intervino Clarice, encarándose con el primer oficial—. Necesitamos que cambien el rumbo del barco. ¿Puedes tomar esa decisión o hay que avisar al capitán?

—No hay ninguna razón para cambiar el rumbo, señorita —protestó el oficial.

—Sí la hay. Un barco alemán nos va a atacar y vamos a morir todos —contestó Clarice en un tono que rayaba la histeria.

Un silencio absoluto se adueñó del puente de mando. El primer oficial clavó su mirada en Alfred. No tuvo que pronunciar una sola palabra para que él entendiera que el hombre estaba cuestionándose la salud mental de su acompañante.

—Debería hacerle caso a la señorita —dijo tras asentir—. Puede ser un asunto de vida o muerte.

El hombre reflexionó durante unos segundos, pero acabó por ordenarle al marinero que fuera en busca del capitán y lo trajese al

puente lo más pronto posible. Se quedaron esperando en silencio durante lo que pareció una eternidad. Al cabo de un par de minutos, Clarice no pudo soportarlo más y salió a cubierta para pasear arriba y abajo con la vista fija en el horizonte, como si esperase ver aparecer en cualquier momento el barco enemigo con el que había soñado. Alfred dudó si ir con ella y tratar de tranquilizarla, pero abandonó la idea. Su relación era muy tensa desde que ella había descubierto su verdadera identidad y el objetivo de su misión y no creía que, con el estado de nerviosismo en el que se encontraba, fuera a ser bien recibido.

En cuanto el capitán apareció por cubierta, Clarice se lanzó a por él. Alfred decidió acercarse para ayudarla. No creía que en aquel momento estuviera capacitada para convencerle de la necesidad de alterar el rumbo del barco. De hecho, era muy probable que, en cuanto comenzara a hablar, el capitán pensara que estaba loca.

—Capitán, menos mal que ha llegado. —Ella le tomó las manos como si fueran viejos conocidos. Él se quedó paralizado y enarcó una ceja, sorprendido ante aquella familiaridad.

—Señorita Cooper, creo que lo mejor será que entremos al puente de mando y hablemos tranquilamente —intervino Alfred, tomándola del brazo.

Ella le lanzó una mirada de enfado y clavó sus ojos en el lugar por el que él la estaba agarrando para dejar claro que le molestaba aquel contacto. Alfred asintió, la soltó y señaló la puerta que daba acceso al puente de mando. Ella se dirigió hacia allí con la cabeza alta mientras los dos hombres la seguían.

Cuando entraron, el capitán tomó asiento y, sin dirigirles siquiera la palabra, sacó una pipa de un bolsillo de su chaqueta y empezó a prepararla con gestos tranquilos y parsimoniosos. Alfred dudó si debía iniciar la conversación sin que él les diera pie a ello, pero Clarice no tuvo tantas contemplaciones. Se acercó al capitán y, tras plantar con fuerza ambas manos sobre la mesa, se inclinó hacia él.

—Tenemos que cambiar el rumbo del barco —dijo sin más rodeos.

El hombre enarcó de nuevo una ceja y continuó apisonando el tabaco en la cazoleta de su pipa durante un par de segundos como si no hubiera oído nada.

—Esa es una petición muy inusual —comentó tras colocarse la pipa entre los labios—. Va a tener que darme un argumento muy bueno para convencerme.

—Vamos a ser atacados. Nos cruzaremos con un barco de guerra alemán y nos hundiremos —explicó alterada.

—¿Podría decirme de dónde ha sacado esa información?

—Lo he visto en un sueño —contestó ella con voz firme.

El capitán la miró durante unos segundos con la boca abierta antes de desviar la mirada hacia Alfred. Él se adelantó hasta colocarse al lado de Clarice.

—Creo que debería escucharla, señor —aconsejó—. Sé que suena a locura, pero tengo razones para pensar que puede estar en lo cierto.

—¿Me están diciendo que tengo que cambiar el rumbo establecido, un rumbo calculado para que sea lo más rápido y seguro posible, porque esta mujer ha tenido una pesadilla?

—Esta mujer tiene poderes que no podemos explicarnos —contestó Alfred—. Hemos hecho este viaje desde Inglaterra para traerla. Tengo razones para pensar que su sueño no es una pesadilla sin sentido, sino un sueño profético.

—Como comprenderá, no pienso alterar el rumbo de la nave sin más pruebas que la confianza que usted pueda tener en ella.

—¿Podéis dejar de hablar de mí como si yo no estuviera delante? —les cortó Clarice—. Tengo pruebas. Vi el nombre del barco en mi sueño. Se llama *Prinz Eugen*. ¿Conocen algún barco de guerra alemán con ese nombre?

—Por supuesto. Es uno de los cruceros más importantes de la *Kriegsmarine*, pero que usted conozca el nombre no prueba nada —objetó el capitán—. Ese barco ha participado en batallas importantes, como en la operación *Rheinübun*, la batalla del estrecho de Dinamarca o la operación *Cerberus*. Puede haber leído usted su nombre en cualquier periódico.

Clarice bufó y volvió a golpear la mesa con ambas manos mientras le lanzaba una mirada asesina al capitán.

—No he visto ese nombre en ningún periódico —insistió ella—. Lo he visto con mis propios ojos, al igual que he visto que nos destrozará sin que podamos hacer nada para defendernos y nos enviará al fondo del mar. Tiene que creerme.

—Me gustaría hacerlo, señorita, pero lo que dice es imposible. —El capitán se recostó en su silla y le dio una nueva calada a su pipa—. El *Prinz Eugen* no puede estar navegando por estas aguas porque está bloqueado en Noruega desde hace meses por la flota aliada.

—¿Y no se les puede haber escapado?

El capitán soltó una risa sarcástica y negó con la cabeza, como si no pudiera creerse lo que estaba oyendo. Después, se giró hacia el

telegrafista:

—Señor Collins, ¿podría preguntar si hay alguna noticia nueva sobre la localización del *Prinz Eugen*?

El joven asintió y empezó a enviar un mensaje a los barcos cercanos. Durante unos minutos, lo único que se escuchó en el puente fue el incesante golpeteo del telégrafo transmitiendo una y otra vez el mismo mensaje. Cuando empezó a escucharse como llegaba la respuesta, todos se acercaron a la mesa del telegrafista y esperaron a que les tradujera aquella sucesión de puntos y rayas que no tenía ningún sentido para ellos.

—Es un mensaje del HMS Ajax —dijo el chico tras unos segundos—. Dice que han sido avisados hace tres días de que el *Prinz Eugen* consiguió escapar del bloqueo de la flota aliada y que ahora mismo se desconoce su paradero.

—¿Me cree ahora? —preguntó Clarice.

—No lo sé, señorita —contestó el capitán—. Que no se sepa dónde está, no quiere decir que esté en nuestro rumbo.

—¿Pero cómo puede ser tan cabezota? —gritó ella fuera de sí—. ¿Qué más pruebas quiere? Le aseguro que, si no varía la trayectoria, vamos a encontrarnos de frente con ese barco y vamos a morir todos.

El capitán se la quedó mirando con el ceño fruncido. Alfred pensó que el tono de Clarice le había molestado tanto como para estar planteándose echarla del puente y ordenarle que se recluyera en su camarote, pero, por otro lado, en sus ojos había un brillo de duda. Decidió presionar un poco para ayudarla.

—Capitán, confío en lo que dice esta mujer —dijo adelantándose un paso—. Si estamos haciendo este viaje, ha sido para conseguir su colaboración. Hemos cruzado todo un océano para poder utilizar sus extraordinarias capacidades a nuestro favor. No podemos ignorarlas ahora.

El capitán le dio una larga bocanada a su pipa mientras empezaba a caminar arriba y abajo por el puente. Alfred le dejó reflexionar sin decir nada más mientras rezaba para que los escuchase. Él tampoco tenía ninguna razón lógica para pensar que lo que estaba diciendo Clarice fuese cierto, pero, sin saber por qué, confiaba en ella a ojos ciegos.

—Está bien. Esto alargará nuestra travesía un día más, pero, aunque no sabría explicar por qué, voy a hacerles caso.

Sin decir nada más, el capitán se reunió con el primer oficial para calcular el cambio de rumbo y transmitir las instrucciones pertinentes

a la sala de máquinas. Clarice lanzó un largo suspiro y salió del puente. Alfred dudó unos segundos, pero finalmente decidió seguirla. Se la encontró en la cubierta de babor, con las manos agarradas a la barandilla y la mirada clavada en la noche estrellada. El viento agitaba su pelo negro y revolvía sus ropas. Alfred se quedó parado un segundo, sorprendido por las sensaciones que ella le provocaba. La veía tan bella y misteriosa, tan cargada de un poder que él solo podía imaginar…

Ella debió de captar su presencia, porque se giró hacia él y le dirigió una sonrisa nerviosa. Alfred se acercó hasta colocarse a su lado y también se agarró a la barandilla y elevó su mirada hacia el cielo. No sabía por qué, pero se sentía demasiado intimidado por ella como para mirarla a los ojos.

—¿Contenta? —preguntó—. Lo hemos conseguido.

—No. No estoy contenta —respondió ella—. La sensación de angustia no desaparece. Creo que no vamos a poder evitar a ese barco.

—¿No serán simplemente los nervios?

—No. Es algo más. —Se mantuvo en silencio durante unos segundos, hasta que Alfred se giró hacia ella y pudo mirarlo a los ojos—. Llevo toda mi vida sintiendo estas sensaciones y sé cuando son reales. Es demasiado tarde y no va a ser suficiente con variar el rumbo para esquivarlo. Tenemos que hacer algo o moriremos todos.


Clarice

Capítulo tres

La siguiente hora fue frenética. Tras abrir los baúles de mi equipaje y esparcir toda la ropa por la habitación, conseguí encontrar lo que estaba buscando. Era el libro de rituales que mi madre me había regalado al cumplir los dieciocho años, una copia escrita a mano del que su propia madre le regaló a ella al llegar a la mayoría de edad. Era una tradición que se había repetido generación tras generación desde la primera bruja de nuestra familia. Cada hija primogénita recibía una copia de aquel libro con los hechizos y rituales de todas sus antepasadas en el que añadiría sus propios descubrimientos antes de cedérselo a su primera descendiente.

Me senté en el suelo de la habitación con las piernas cruzadas y el libro en el regazo y empecé a pasar sus páginas de forma frenética buscando algo que pudiera ayudarnos. Encontré algunos rituales que se acercaban a lo que necesitaba: hechizos de confusión, rituales de ofuscación, incluso algún hechizo de invisibilidad temporal… Sin embargo, por mucho que busqué, mis temores se acabaron confirmando: no había ningún hechizo ni ritual tan potente como para ocultar un barco de más de quinientos pies de largo. Iba a tener que inventar algo por mí misma y rezar a todos los dioses suplicando ayuda. Tras diseñar el ritual, corrí a la cocina del barco y busqué entre las provisiones algo que pudiera servirme. Hubo momentos en los que tuve ganas de gritar y rendirme. Sabía que no iba a ser fácil conseguir los ingredientes necesarios para un hechizo poderoso en las cocinas de un barco en medio del Atlántico, pero comprobar que no podía acceder a casi ninguna de las cosas que necesitaba me resultó desesperante. Tuve que utilizar mi imaginación y poner toda la fe posible en que, a pesar de lo precario de mi situación, aquello funcionaría. Tenía que funcionar. La vida de todos los ocupantes del Cameronia dependía de ello.

Cuando me convencí de que no iba a encontrar ingredientes mejores y me di por vencida, junté todo en una cesta y subí corriendo las escaleras que llevaban a la cubierta. Alfred y el capitán estaban allí, apoyados en la borda con la mirada perdida en el horizonte. Me acerqué despacio para no hacer ruido y saber de qué estaban hablando. Iba a necesitar la colaboración ciega de aquellos dos hombres. Pensé que sería conveniente enterarme de cuál era su opinión acerca de lo que estaba sucediendo.

—Si los dos destructores que nos escoltaron en el viaje de ida estuvieran aquí, no tendríamos este problema —dijo Alfred.

—Eso es responsabilidad suya —le cortó el capitán—. Si hubiéramos esperado, nos habrían asignado una escolta, pero usted insistió en que debíamos zarpar ya…

—Sí, tiene razón… Digamos que no estaba muy seguro de que la "mercancía" que debíamos transportar no fuese a escaparse y decidí partir cuanto antes… Espero no habernos condenado a todos con esa decisión.

—No se agobie. —El capitán puso una mano en el brazo de Alfred y apretó con fuerza para transmitirle su apoyo—. Lo más seguro es que nos estamos preocupando por nada. Ya sabe lo imaginativas que pueden ser algunas mujeres.

—Bueno, yo confío en ella, pero puede ser que se esté dejando llevar por la histeria…

Sentí que un volcán de ira ardiente despertaba en mis entrañas. Si no hubiera sido porque estaba segura de que todos moriríamos si yo no hacía algo, me habría sentado en la cubierta a esperar a que el barco alemán llegara y nos bombardeara para mirar en ese momento a los ojos de los dos hombres y preguntarles con voz adorable "Histeria, ¿verdad? ¿Cosas de mujeres? Pues para estar solo en mi imaginación, eso se parece mucho a un crucero alemán real con torpedos reales". En lugar de eso, carraspeé con fuerza a su espalda para hacerles saber que estaba allí y que lo había escuchado todo. Ambos hombres dieron un respingo antes de girarse hacia mí con gesto avergonzado.

—Ya tengo todo lo que necesito para el ritual —anuncié mientras me sentaba en el suelo y empezaba a sacar los ingredientes para dejarlos esparcidos sobre la cubierta.

Los hombres se quedaron mirándome con expresión confusa durante un par de minutos, mientras yo iba sacando elementos tan dispares como sal de cocina, velas, una botella de agua, otra de aceite y todos los botes de especias que había podido encontrar.

—Voy a necesitar toda su colaboración. —Acabé de sacar todos los ingredientes, me levanté del suelo y me sacudí la falda antes de encararles con gesto altivo—. Lo primero que quiero es que apaguen todas las máquinas y las luces del barco.

—Eso es totalmente imposible, señorita —protestó el capitán—. No puedo detener el barco por un miedo infundado…

—No es un miedo infundado, ni es fruto de mi imaginación desbocada, ni producto de uno de esos ataques de histeria tan típicos de la psique femenina —le corté furiosa—. Sé lo que va a suceder. Si no me obedecen, este barco y todos sus ocupantes descansaremos en el fondo del mar antes del siguiente amanecer.

—No puede saber eso —volvió a interrumpirme el capitán.

—Sí, sí que puedo… De hecho, sus superiores están tan seguros de que puedo que no han dudado en movilizar este barco y a toda su tripulación para que cruzaran el océano para buscarme. Me gustaría que pudiera discutir con ellos el alcance de mis poderes, pero el caso es que, si esta noche no me escucha, no tendrá la oportunidad de hacerlo porque todos estaremos muertos.

Él abrió la boca para volver a protestar, pero no pronunció ni una sola palabra. Se giró hacia Alfred, que contemplaba la discusión con los brazos cruzados frente al pecho. Por suerte, cuando el capitán le dirigió una mirada interrogativa, Alfred se limitó a asentir con energía para indicarle que debía obedecerme. El hombre volvió a abrir y cerrar la boca, soltó un resoplido y, sin decir nada, se dirigió al puente de mando para transmitir las órdenes a sus hombres. Antes de que desapareciese de mi vista, volví a llamarle.

—¡Disculpe, capitán Lloyd! Cuando hayan detenido el barco y hayan apagado todas las luces y todos los motores, necesito que usted y toda su tripulación se presenten aquí para ayudarme con el ritual.

El hombre volvió a dirigir su mirada hacia Alfred, que se limitó a asentir de nuevo. Tras lanzar un resoplido aún más potente y mascullar alguna maldición entre dientes, continuó su camino. Contuve una risa burlona y ocupé su lugar en la barandilla del barco al lado de Alfred. Durante unos minutos, nos limitamos a contemplar el mar en calma y la increíble cantidad de estrellas que iluminaba el cielo nocturno. La voz de Alfred rompió aquella calma:

—¿Cómo de segura estás de que ese crucero alemán va a aparecer?

—No confías en mí, ¿verdad? —pregunté dolida antes de girar la cabeza hacia él—. Crees en mis poderes lo suficiente como para arrancarme de mi hogar y llevarme lejos de todos mis seres queridos, pero no lo bastante como para arriesgar tu imagen siguiendo las premoniciones de una mujer histérica.

—No es eso, Clarice… Me gustaría creer en ti, pero estoy al cargo de toda esta gente. El capitán me está permitiendo tomar decisiones que pueden ponernos en peligro a todos. Ahora esta gente está bajo mi responsabilidad…

—Y bajo la mía. ¿Crees que haría todo esto por un sueño o por un miedo infundado?

Alfred me esquivó la mirada y volvió a fijarla en el horizonte. Tras unos segundos de silencio, tomó una profunda bocanada de aire, se giró hacia mí y me dirigió una mirada triste.

—Me encantaría creer en ti ciegamente…

—Lo harás —contesté elevando la barbilla con gesto digno—. En solo unas horas, lo harás.

Era extraño no sentir la vibración de los motores bajo los pies. Después de tantos días, uno llegaba a ignorarla, pero, en aquellos momentos, sentía que me faltaba algo. Era incómodo sentir el cabeceo del barco y aquel silencio tan solo roto por el leve golpe de las olas al lamer la quilla. Si para mí, que no estaba acostumbrada a navegar, aquellas sensaciones me resultaban tan incómodas, la tripulación, para la que aquellos sonidos eran su vida, tenía que estar al borde del ataque de nervios.

Todos los ocupantes del barco se encontraban en cubierta, colocados en círculo a mi alrededor. No sabía qué les habría dicho el capitán, pero se mantenían en silencio, con los ojos fijos en mí, atentos a mis instrucciones. Me habría gustado poder hablar con todos y cada uno de ellos, explicarles la importancia de lo que íbamos a hacer y pedirles que confiaran en mí, pero algo en mi interior me avisaba de que el tiempo se nos acababa y me urgía a actuar cuanto antes.

Sin decir palabra, empecé a preparar los componentes del ritual que había diseñado. Mientras trazaba sobre el suelo de madera de la cubierta un círculo de sal, sentí que el miedo empezaba a invadirme. No tenía la más mínima seguridad de que aquello fuera a servir para algo. Estaba intentando realizar un ritual muy complejo y que requería de una energía psíquica inmensa y para ello solo contaba con mis conocimientos de bruja novata y con la colaboración de un grupo de hombres no iniciados en la magia. Aquello era una locura destinada al fracaso, pero era nuestra única posibilidad.

Coloqué varias velas señalando los puntos cardinales y las encendí mientras cerraba el círculo de protección y rezaba para conseguir la bendición de los dioses. Las llamas crecieron hasta alcanzar varios palmos de altura y se volvieron de un color azulado. Aquello despertó los murmullos asustados de todos los presentes. Levanté la mirada y contemplé sus rostros temerosos a la fluctuante luz de las velas. Algunos me miraban con miedo, otros contemplaban a sus compañeros como si les preguntaran con la mirada si deberían huir, un par de ellos musitaba plegarias para pedir protección a Dios frente a la influencia de la bruja… Ya lo había supuesto. Los marineros siempre habían tenido fama de ser gente impresionable y supersticiosa. Debía contener su miedo y hacer que esa energía trabajara en mi favor. Cuando terminé de encender la última vela, me erguí y fui clavando mi mirada en los ojos de todos ellos.

—Esta noche necesito vuestra ayuda. Sé que todo esto os da miedo, pero es lo único que podemos hacer para salvar nuestras vidas. —Tomé aire antes de continuar hablando—. Nuestro rumbo y el del barco alemán *Prinz Eugen* se cruzarán en cuestión de minutos. No tenemos armas para enfrentarnos a él y nuestro barco no puede alcanzar la velocidad suficiente como para huir de sus cañones y torpedos. Nuestra única opción es ocultarnos y eso es lo que vamos a hacer con este ritual. Para que funcione, necesito dos cosas: que confiéis en mí y que sigáis mis instrucciones.

Volví a pasear mi mirada por los rostros de aquellos hombres. Un par de ellos me lanzaron una mirada desafiante, pero continuaron en sus puestos. Los demás, a pesar de parecer confusos y atemorizados, asintieron a mi petición. Terminé de cerrar el círculo y repartí unos papeles en los que había apuntado las frases del ritual.

—Necesito que aprendáis esas frases y que las pronunciéis una y otra vez —expliqué—. Cuando os lo indique, quiero que os deis las manos, que os relajéis y os concentréis y que entonéis esas frases hasta que yo os pida que paréis. ¿Estáis preparados?

Todos los hombres asintieron. Les dejé un par de minutos para que se pasaran los papeles y memorizaran las frases que debían de entonar. Después, me coloqué en el centro del círculo, tomé aire un par de veces y miré a Alfred para indicarle con un gesto que podíamos empezar. Alfred tomó las manos de los dos hombres que tenía a ambos lados y los demás le imitaron. Cuando el círculo que formaban todos ellos estuvo cerrado, volví a hacerle una seña a Alfred, que empezó a entonar el cántico mientras los demás le seguían.

In silentio abscondam.

In nebula abscondam.

In confusione abscondam.

Me encomendé a los dioses y pedí la fuerza y colaboración de todas mis antepasadas mientras solicitaba ayuda a los espíritus del aire, la tierra, el fuego y el agua. Las llamas de las velas crecieron aún más, hasta alcanzar varios palmos de altura. Empezaron a expulsar un humo negruzco y espeso, una niebla que comenzó a extenderse por la cubierta hasta llegar a la borda. Después, fue deslizándose hacia abajo, como si pesara. Al llegar al agua, siguió extendiéndose, cada vez a mayor velocidad. Desde el centro del círculo, elevé los brazos al cielo y me concentré en seguir suplicando la ayuda de los dioses mientras me unía al cántico de los hombres.

In silentio abscondam.

In nebula abscondam.

In confusione abscondam.

La niebla se extendió más y más, ocultando el cielo y sus miles de estrellas. Era tan espesa que casi no podíamos vernos los unos a los otros. El horizonte desapareció, el mar que nos rodeaba se volvió invisible. Parecíamos perdidos dentro de aquel banco de niebla espeso y antinatural. Las velas se apagaron una vez cumplida su función. Respiré aliviada. El ritual había funcionado. Ya solo nos quedaba esperar.


Alfred

Capítulo cuatro

Alfred se apoyó en la barandilla y la apretó con todas sus fuerzas mientras dejaba que todo el aire que llenaba sus pulmones fuera saliendo, en un vano intento de expulsar los nervios y la angustia que llevaba dentro. Miró su reloj. Llevaban más de una hora sumidos en aquella niebla espesa que no dejaba ver nada, inmersos en aquel silencio antinatural… Los motores continuaban apagados y los hombres trataban de no hacer ningún ruido. Se habían ido sentando, solos o por parejas, en diversos rincones de la cubierta, pero no conversaban entre ellos. Durante los primeros minutos, algunos habían rezado o habían seguido pronunciando la letanía que les había pasado Clarice, pero la tensión y el miedo había acabado por adueñarse de las almas de todos ellos. Ya solo podían permanecer expectantes, en silencio, y esperar a que Clarice les indicase que ya había pasado el peligro o a que llegara el amanecer y todo aquello acabara.

Alfred la buscó con la mirada sobre la cubierta. A pesar de que todo estaba velado por aquella espesa niebla que dificultaba ver cualquier cosa que estuviera a más de tres pasos, distinguió su figura. Se había inclinado hacia delante con los codos apoyados en la barandilla para escrutar aquella niebla impenetrable. A su lado estaba el capitán Lloyd. Llevaba unos prismáticos en las manos y se los colocaba una y otra vez frente a los ojos para tratar de descubrir algo, de traspasar de alguna manera la nube grisácea que parecía haber devorado el mundo.

Se acercó con pasos lentos para que sus zapatos no despertaran ningún eco sobre las tablas de la cubierta. Cuando llegó junto a ellos, se colocó al lado de Clarice y cruzó los brazos frente al pecho mientras miraba hacia aquella niebla oscura y espesa. No sabía muy bien qué era lo que estaban mirando, qué se suponía que esperaban… Lanzó un vistazo disimulado a su compañera. Clarice seguía inclinada hacia delante con el ceño fruncido mientras se aferraba a la barandilla con tanta fuerza como para tener los nudillos blancos. Alfred se dio cuenta de que ella se estaba mordisqueando el labio inferior con nerviosismo y se sorprendió a sí mismo deseando mordisquear aquellos labios...

Se reprendió por aquellos pensamientos fuera de contexto. Acababan de realizar un extraño ritual para librarse del ataque de un crucero alemán que podía destruir su barco y matarlos a todos… O eso se suponía. Si era cierto lo que Clarice decía, estaban en una situación de peligro mortal. Si solo eran desvaríos, Clarice era una loca en la que había puesto todas sus esperanzas de futuro de la División OpenMind. Cualquiera de las dos opciones era lo suficientemente

grave como para no distraerse pensando en besos.

Sacó un paquete de tabaco americano del bolsillo de la chaqueta y se llevó un cigarrillo a la boca, pero, antes de que pudiera encenderlo, la mano de Clarice le detuvo. La miró y vio que ella negaba con la cabeza.

—¿No se puede fumar? —preguntó él confuso—. Es imposible que se vea el brillo de un cigarrillo con esta niebla.

—Rompería el hechizo: *In nebula abscondam* —contestó ella—. Me escondo en la niebla.

—Ya estamos escondidos en la niebla —repuso él—. La llama de un mechero no va a cambiar eso.

—Sí, lo cambia por completo. —Ella negó con la cabeza, impaciente, como si se sintiera molesta por tener que explicar algo tan obvio—. La magia se compone de deseos, de la intención en las palabras, de los pequeños gestos que las acompañan… Es un conjunto en el que todo debe respetarse. No puedo estar diciendo que me escondo y después encender una llama que revele mi posición. Es contradictorio y podría romper el hechizo.

—¿Lo estás diciendo en serio? —preguntó él—. ¿O solo estás impidiéndome fumar porque sigues enfadada conmigo por hacerte ir a Inglaterra?

—No todo el mundo está capacitado para comprender el funcionamiento de la magia. Y no espero que lo entiendas, espero que obedezcas. —Al ver que Alfred iba a protestar, se llevó el dedo índice a los labios antes de susurrar—. *In silentio abscondam*.

Alfred se mordió la lengua para no seguir protestando. Le seguía dando la impresión de que Clarice estaba castigándole de alguna manera y que disfrutaba con ello, pero ni siquiera podía seguir pidiendo explicaciones. Guardó el cigarrillo y se apoyó en la barandilla para seguir escrutando inútilmente aquella niebla impenetrable.

Acabó por perder la noción del tiempo. Mirar aquel oscuro velo en el que danzaban las volutas de niebla resultaba hipnótico. Poco a poco, fue adormilándose y sintiendo que los párpados le pesaban más y más. Era extraño. Se suponía que estaban esperando para avistar a un enemigo, que se encontraban en peligro de muerte… y, sin embargo, aquello estaba resultando soporífero. De hecho, empezaba a estar cada vez más seguro de que no iba a suceder nada y de que lo mejor que podía hacer era regresar a su camarote y tratar de dormir algunas horas. La paz y la quietud de la noche eran tan absolutas que las palabras del capitán Lloyd le hicieron dar un respingo, a pesar de ser

pronunciadas en susurros:

—Está ahí —dijo mientras miraba por los prismáticos—. ¡Dios mío, está ahí!

—¿Es el *Prinz Eugen*? —preguntó Alfred sorprendido.

—No lo sé. Está muy lejos todavía —contestó el capitán—. Solo se ven las luces, pero parece un barco grande.

Alfred tendió la mano y el capitán le pasó los prismáticos. Se los colocó frente a los ojos y apuntó en la misma dirección en la que había estado mirando el capitán para tratar de escrutar la espesa niebla. Enseguida lo encontró: varias líneas de pálidas luces que se deslizaban despacio en la lejanía.

—Sí que parece un barco, uno grande —admitió después de unos segundos—. Pero no podemos saber su nacionalidad ni su nombre ni el tipo de barco…

—Lo sabremos —intervino Clarice con voz firme—. Estoy segura de que viene directo hacia nosotros.

Aunque en un primer momento no había querido creerlo, tuvo que acabar dándole la razón a Clarice. Durante un par de horas, estuvieron escrutando la niebla, viendo como el barco iba haciéndose más y más grande. Tras observar una última vez con los prismáticos, el capitán asintió preocupado y se giró hacia ella.

—Aún no puedo saber si es el *Prinz Eugen*, pero estoy seguro de que es un crucero alemán y que, por su trayectoria, va a pasarnos a menos de una milla. —El capitán tomó una profunda bocanada de aire, como si pretendiera ganar algo de tiempo antes de seguir hablando—. Yo soy un hombre de mar y no sé mucho de magia ni de hechizos… No pretendo contradecirla, pero a esa distancia es imposible que no nos vean. ¿No deberíamos tratar de escapar?

—Sabe que ese barco es mucho más rápido y maniobrable que el nuestro —contestó Clarice—. Escapar es imposible.

—Entonces estamos condenados —sentenció el capitán.

—No, no lo estamos. Sé que resulta difícil de creer, pero no nos descubrirán —dijo ella con voz segura.

—Es imposible que no lo hagan… Y, aunque no nos vieran con esta niebla, su sistema de radar nos detectará.

—No lo hará. El hechizo que he creado nos esconde por completo de su vista, de sus oídos, de sus sistemas de navegación… —Clarice se acercó hasta ponerse justo frente al capitán y le tomó ambas manos—.

Lo único que tiene que hacer es asegurarse de que nadie encienda ninguna luz ni haga ningún ruido, por mínimo que sea. Confié en mí y haga que sus hombres también confíen. Lo conseguiremos.

El capitán cerró los ojos por un momento, como si estuviera concentrándose para poder afrontar aquel salto de fe ciega que ella le estaba pidiendo. Al cabo de unos segundos, asintió y, tras soltar las manos de Clarice, fue acercándose a los hombres que estaban desperdigados por la cubierta para transmitirles sus instrucciones.

Clarice volvió a agarrar la barandilla del barco y siguió escrutando la niebla. Ya ni siquiera hacían falta los prismáticos para distinguir las pálidas luces que se acercaban de forma inexorable. Alfred se colocó a su lado y se acodó en la barandilla, tratando de parecer despreocupado a pesar de los nervios.

—¿Estás segura de que su sistema de radar no detectará nada? —preguntó cuando el silencio le resultó demasiado incómodo.

—Es parte del hechizo. *In confusione abscondam*. Se supone que la tripulación de ese barco se sentirá más confusa cuanto más se acerque al nuestro. Será como si estuvieran sumidos en una especie de extraño duermevela en el que no es fácil pensar con claridad. Mañana ni siquiera deberían recordar estas horas. —Antes de seguir hablando, ella soltó un largo suspiro—. Tengo que confesarte una cosa… No estoy segura de que vaya a funcionar...

Alfred se giró hacia ella como movido por un resorte y la miró preocupado. Tenía que estar entendiéndola mal. Era imposible que ella le estuviera diciendo que el barco enemigo podría detectarlos y que estaban destinados a una muerte segura.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó cuando pudo salir de su estupor—. Te has mostrado muy segura cuando has hablado con el capitán. Le has convencido de que no intentemos escapar…

—Porque intentar escapar no serviría de nada —le cortó ella—. Sé que casi no me conoces y que te resultará difícil creer en lo que digo, pero estábamos condenados. El destino de este barco era acabar hundido, el destino de toda esta gente era perecer esta noche… Y solo la magia puede cambiar eso.

—Pero no puedes estar segura de que vaya a cambiarlo…

Clarice le esquivó la mirada. Ladeó la cabeza para clavar sus ojos en algún punto indeterminado de aquella niebla mientras volvía a aferrarse a la barandilla del barco con tanta fuerza como si temiera perder su último punto de apoyo en el mundo. A pesar de que ella trataba de evitarlo, él percibió el brillo de las lágrimas contenidas en sus ojos y el ligero temblor de su barbilla al hablar. Estaba aterrada.

—No, no puedo estar segura, pero tiene que parecer que lo estoy. Necesito que estos hombres crean en mí para que podamos tener una mínima oportunidad de que funcione. —Se giró hacia él y le miró con ojos suplicantes—. Necesito que tú también creas en mí.

Alfred asintió, colocó su mano sobre una de las manos de Clarice e hizo que ella soltara la barandilla y le agarrase. Se quedaron así, quietos y en silencio, siendo cada uno para el otro el único apoyo, mientras el barco enemigo se acercaba y se iba haciendo cada vez más claro y real frente a sus ojos, como un monstruo que emergiese de la niebla para devorarlos. Pronto pudieron distinguir perfectamente su proa y leer su nombre allí inscrito sin necesidad de usar prismáticos. Se deslizó a su lado, rompiendo la quietud de la noche con el ruido de sus hélices y motores, mientras ellos seguían inmersos en un silencio absoluto. Todo el mundo a bordo se mantenía callado y quieto, con la respiración contenida, petrificados como estatuas humanas que hubieran sucumbido a la mirada de Medusa.

Alfred trató de contener su respiración alterada y el enloquecido latir de su corazón. Le parecía que sonaban tan fuerte como para que la tripulación del *Prinz Eugen* pudiera oírle con toda claridad. Se quedó quieto, con la boca abierta, contemplando el paso de aquel gigante. Parecía tan cercano… Solo unos palmos separaban ambos barcos. Incluso pudo ver las siluetas de algunos de los tripulantes enemigos mientras paseaban sobre cubierta, pudo distinguir el sonido de una tos y unas cuantas palabras sueltas en alemán. Era totalmente imposible que aquella gente no les estuviera viendo. Sintió como el miedo se instalaba en su estómago y tuvo que morderse el labio inferior para no soltar un gemido asustado cuando notó el roce de una mano sobre la suya. Casi había olvidado que Clarice estaba a su lado. Forzó una sonrisa nerviosa mientras la miraba y asintió.

—Creo en ti —le dijo en un susurro.

Ella le devolvió la sonrisa y apretó su mano con cariño antes de empezar a musitar las palabras de su hechizo en un tono de voz tan bajo que casi parecían un suspiro: *In silentio abscondam. In nebula abscondam. In confusione abscondam. In silentio abscondam. In nebula abscondam. In confusione abscondam…* Alfred se unió a ella en aquella oración mientras el gigantesco crucero seguía pasando majestuoso a su lado. Siguieron pronunciándolas una y otra vez, sin tregua, sin descanso, cuando el barco ya les había rebasado. Continuaron repitiendo el hechizo mientras el barco se alejaba en la niebla e incluso tras perderlo de vista. Solo cuando la niebla empezó a dispersarse con los primeros rayos del alba se atrevieron a detenerse y a mirarse a los ojos con expresión emocionada. El capitán se acercó a ellos con una sonrisa en los labios y los prismáticos aún en las manos.

—He mirado en todas direcciones y no he podido encontrarlo —anunció—. El *Prinz Eugen* se ha ido. Nos hemos salvado.

El capitán se marchó para ir transmitiendo la buena noticia al resto de la tripulación. Se escucharon gritos de alegría y las órdenes de volver a poner el barco en marcha rumbo a Inglaterra. Alfred se giró hacia Clarice. La joven se había inclinado hacia delante hasta apoyar los brazos en la barandilla y esconder la cabeza entre ellos. Se acercó preocupado, pensando que podía estar mareada, y le puso una mano en la espalda. Ella se incorporó con el rostro cubierto de lágrimas de alivio.

—Nos hemos salvado —dijo repitiendo las palabras del capitán.

—No. Tú nos has salvado —rebatió él—. Sé que me odias por haberte arrancado de tu hogar, pero esto solo ha servido para reafirmarme en mi idea. No te imaginas todo el bien que vas a poder hacer… Llegarás a comprenderlo y a perdonarme.

—¿Cuánto dinero estás dispuesto a apostar a eso? —preguntó ella desafiante.

Alfred abrió la boca para discutirle aquellas palabras, pero se contuvo al ver una mirada burlona en los ojos de la chica. Podía seguir dolida, podía seguir pensando que no era justo que la hubieran obligado a dejar su país, pero ya no estaba furiosa con él.

—Creo que todo el que tengo —contestó él antes de guiñarle un ojo.

Ella negó con la cabeza y, tras soltar una carcajada, le dio un par de golpes amistosos en el brazo y se puso en marcha hacia las escalerillas que llevaban a los camarotes.

—Te veo demasiado seguro de ti mismo, pero ya lo discutiremos —dijo burlona—. Ahora me voy a dormir. Ha sido una noche muy larga.

Se despidió de ella con una sonrisa tras llevarse dos dedos a la frente. Cuando Clarice desapareció por las escaleras, se apoyó en la barandilla y se quedó durante mucho rato observando como el sol iba asomando sobre la línea del horizonte. Había dudado de si podría ver aquel nuevo amanecer. Tenía que disfrutarlo.

Bletchley park (buckinghamshire), Julio de 1943


Clarice

Capítulo uno

Cuando el tren procedente de Londres se acercó a la estación de Bletchley, Alfred se puso de pie y, tras indicarme con una seña que debía seguirle, salió del compartimento.

—¿Y nuestro equipaje? —pregunté tras levantarme e ir tras él.

—He dado órdenes para que lo lleven a nuestros alojamientos. No tenemos que preocuparnos de nada —contestó mientras avanzaba por el estrecho pasillo en dirección a la puerta del vagón.

Decidí dejar las preguntas para más adelante. Concretamente, para el momento en el que dejase de chocar contra las paredes del tren como si estuviera borracha. Como no sabía si aquel día iba a ser presentada a gente importante, me había puesto mi mejor ropa: una blusa y una chaqueta tan ajustadas que me hacían difícil respirar, una falda lápiz hasta debajo de las rodillas que me impedía separar las piernas lo suficiente como para andar de manera digna y unos zapatos de tacón alto a los que no estaba acostumbrada. El tren fue frenando y sus vaivenes se redujeron. Cuando llegué a la puerta del vagón, pude agarrarme a una barandilla y fingir una postura digna. Me aparté de la cara un mechón de pelo que había escapado de mi recogido y tras erguir la espalda y forzar una sonrisa, me vi capaz de hablar:

—¿Nuestros alojamientos? ¿Dónde voy a vivir? ¿En un hotel? ¿En una casa para señoritas?

Casi esperaba que él me contestara que había pensado que compartiésemos la misma casa. Aquella habría sido una excusa perfecta para escandalizarme y acusarle ante sus superiores de pretender tener conmigo un comportamiento indecoroso. No era muy probable que me creyeran, pero quizá, al ver que yo era muy conflictiva y que pensaba protestar por todo, decidieran que era mejor dejarme en paz y devolverme a mi país.

—Te hemos conseguido una habitación con la familia de la peluquera de Bleak Hall. —Tras echar un vistazo rápido a mi estropeado recogido, se llevó una mano a la boca para esconder su sonrisa—. Creo que te vendrá bien vivir ahí.

—¿Con una familia? ¿Y en otro pueblo? —dije sin comprender—. ¿Es que no hay residencias en Bletchley?

—Las hay, pero están repletas desde hace un par de años. Al igual que los hoteles, residencias y habitaciones de casas privadas de la mayoría de los pueblos de los alrededores. Has tenido suerte con el alojamiento que te hemos conseguido.

El tren se había detenido, así que Alfred abrió la puerta, bajó los escalones y me tendió su mano, galante. Tuve ganas de ignorarle y bajar de un salto, pero no tenía confianza en poder hacerlo con aquella falda y aquellos zapatos, así que acepté el apoyo a regañadientes. Cuando descendí, él no soltó mi mano, sino que siguió sujetando mi brazo para que camináramos agarrados por el andén hacia la salida de la estación.

—¿Suerte? —pregunté yo, esperando que siguiera explicándose.

—Sí. Bleak Hall está muy cerca de Blechley Park, a menos de tres millas. ¿Sabes andar en bicicleta? —Esperó hasta que asentí, aún confundida—. Perfecto. Te proporcionaremos una. También hay un autobús que recorre los pueblos de Milton Keynes, pero es bastante lento…

—No, gracias. La bicicleta será perfecta… —le corté—, pero sigo sin entender cómo no hay ningún sitio disponible en el mismo pueblo al que vamos.

—Enseguida lo comprenderás.

Habíamos salido de la estación. Justo frente a la puerta había un coche aparcado. Alfred se dirigió a él, me abrió la puerta trasera y me invitó a subir con un gesto. Tomé asiento y esperé a que él ocupara el lugar del copiloto. Tras el volante estaba sentado un chico muy joven con uniforme militar que ni siquiera saludó ni sonrió.

No tardamos ni cinco minutos en recorrer el camino que nos separaba de nuestro destino. Tras avanzar menos de media milla por una estrecha carretera entre árboles, nuestro coche se detuvo frente a una alta verja de rejas negras. Al lado de la verja pude ver un cártel que rezaba "Fábrica de radios Bletchley". Durante un momento, pensé que nuestro chófer se había equivocado de camino, hasta que un soldado que llevaba el mismo uniforme abrió la verja desde el otro lado. El coche avanzó hasta traspasar la puerta y dos soldados examinaron la documentación que Alfred les pasó tras bajar la ventanilla. Por sus miradas serias y las armas que llevaban al hombro, empecé a sospechar que no estábamos entrando en una fábrica de radios.

Cuando los soldados nos lo permitieron, el coche volvió a ponerse en marcha. Avanzó lentamente, cuidando de no atropellar a la multitud de personas que transitaban por aquellas calles. Había gente por todas partes, coches militares, camiones de mercancías… Nuestro coche avanzaba tan despacio que tuve ganas de decirle a Alfred que sería mejor que nos bajáramos y continuáramos andando, pero, cuando recordé los zapatos que llevaba, decidí que sería mejor seguir sentada. Además, al mirar por la ventanilla, me encontré con un cielo

cubierto de nubes grises que amenazaban con descargar lluvia en cualquier momento. Me recosté en el asiento y me dediqué a mirar el paisaje mientras el coche avanzaba a una velocidad exasperante. No llevaba ni dos días en Inglaterra y ya la odiaba a muerte. Cielos siempre grises, poca luz, casas lúgubres construidas con ladrillos de colores oscuros y tejados de pizarra negra. Incluso los árboles parecían apagados y tristes.

Observé a la gente que nos rodeaba y me sorprendí de que la mayoría fueran mujeres. Muchas de ellas llevaban uniformes de diferentes cuerpos del ejército. Otras iban vestidas de civiles, pero, incluso esas, parecían ir uniformadas. Todas llevaban camisas de colores neutros, jerséis de botones y faldas rectas hasta debajo de la rodilla. Toda la ropa era de colores oscuros: negro, azul marino, marrón, gris... Era como si los colores claros hubieran sido desterrados de Inglaterra, a pesar de estar en pleno verano. Todo en aquel maldito lugar resultaba apagado, triste, deprimente… Me hundí aún más en el asiento y recé para no tener que quedarme en ese país durante demasiado tiempo. Estaba segura de que me marchitaría en cuestión de días.

Cuando el coche se detuvo, Alfred se bajó y se apresuró a rodearlo para abrirme la puerta antes de que pudiera bajarme. No fue lo bastante rápido. Ya empezaba a hartarme de aquella caballerosidad exagerada que me hacía sentir como si fuera inválida y necesitara ayuda y protección constante. Yo era capaz de domar un caballo salvaje, de disparar mientras corría a galope, de atrapar un ternero con un lazo… Y de hablar con los muertos y realizar hechizos que asustarían a cualquier hombre. ¿Cómo iba a necesitar ayuda para abrir la puerta de un coche?

Alfred se había quedado inclinado hacia el picaporte y con el ceño fruncido, como si no supiera qué hacer al haberle impedido comportarse como un caballero. Tuve que sofocar la carcajada que acudió a mis labios al verle en aquella postura tan ridícula. Se recompuso en un segundo y, en aquella ocasión, no me tendió su brazo ni me hizo ninguna señal para que abriese la marcha. Carraspeó de una forma bastante pedante, se estiró como si acabara de tragarse un palo y se puso en movimiento hacia la puerta del edificio frente al que nos habíamos detenido.

Mientras le seguía, eché un vistazo al lugar al que nos dirigíamos. Era otro edificio aburrido de ladrillo rojo y tejado negro, pero se distinguía de los que había visto hasta el momento en que era algo más grande y contaba con unos enormes ventanales en la planta inferior. En las esquinas se levantaban dos torres octogonales. La de la izquierda estaba rematada por un tejado de color verde claro, que

debería haberle dado un toque alegre al conjunto. Sin embargo, estaba tan fuera de lugar que resultaba incómodo de ver y hacía que te apeteciera mirar para otro lado. Como era de esperar, fue hacia la puerta de aquella aberración estética hacia dónde se encaminó Alfred.

Cuando entramos y pasamos frente a las puertas abiertas de varios despachos, me felicité al pensar que, al menos, gracias a los enormes ventanales, podríamos disfrutar de varias horas de luz natural al día, aunque fuera una luz tan apagada y triste como la de Inglaterra. Cuando llegamos frente a la gran escalera, tuve que detenerme asombrada ante la maravilla que se desplegaba ante mis ojos. La pared estaba formada por grandes vidrieras de colores que parecían captar la débil luz que llegaba del exterior y multiplicarla para dibujar arcoíris en cada peldaño. Sonreí mientras lo contemplaba, embobada.

—Es precioso —susurré cuando Alfred se colocó a mi lado—. Al menos podré disfrutar de esto mientras trabaje aquí.

—Esto… Siento decepcionarte, pero no vas a poder disfrutarlo mucho. Nos ha tocado trabajar en el sótano. —Me señaló unas escaleras estrechas, oscuras y deprimentes y empezó a bajarlas. Resoplé, negué con la cabeza y le seguí.

Después de bajar un par de tramos de escaleras, Alfred se detuvo frente a una puerta y buscó la llave en su bolsillo. Me paré a su lado y contemplé la puerta, que no tenía ningún cartel ni distintivo especial. Cuando abrió y encendió la única bombilla de la habitación tirando de un triste cordel, le seguí dentro y me quedé unos segundos parada en mitad de aquel lugar desangelado. Era una estancia enorme, en la que habrían cabido más de cien personas, pero, aparte de un escritorio viejo y un par de sillas no había nada más en la habitación. Absolutamente nada más. Ni siquiera una alfombra o papel en las paredes. El suelo estaba cubierto por antiguos tablones sin brillo y se podían ver los ladrillos rojizos que formaban las paredes. Si le sumábamos la ausencia de ventanas, aquel lugar tenía más aspecto de celda que de despacho.

—Bienvenida a la División OpenMind. —Alfred abrió los brazos como si me estuviera mostrando su palacio—. Espero que estés a gusto aquí.

—¿Lo estás diciendo en serio? —pregunté alucinada. Cuando él frunció el ceño y asintió como si no comprendiera mi pregunta, estallé —. ¡Por Dios, Alfred! No me mires como si estuviera loca… No hay muebles, no hay luz, no hay ventilación… ¿Qué se supone que vamos a hacer aquí? ¿Morirnos de asco?

—No te pongas así. —Extendió las manos ante mí para pedirme

tiempo para explicarse—. No lo he decorado porque no sé qué es lo que vamos a necesitar, pero arreglaremos esto a nuestro gusto.

—¿Y cómo voy a saber qué es lo que necesitamos si no me has dicho que es lo que vamos a hacer aquí? —pregunté aún furiosa.

—Te lo explicaré, tranquila. —Alfred me señaló una de las sillas con un gesto elegante, como si estuviera dando una recepción en el despacho de su mansión. Cuando me senté, rodeó la mesa para ir a ocupar la otra silla, pero, al ver que tenía una pata floja y que se balanceaba, se levantó de nuevo y se sentó en el borde de la mesa, frente a mí. Carraspeó, tratando de mantener la compostura, y empezó a hablar—. Lo primero que quiero explicarte es dónde estás.

—Me alegro, porque no creo que esto sea una fábrica de radios —repuse irónica.

—Y no lo es. Estás en Bletchley Park, una de las instalaciones más secretas de toda Inglaterra. La mayoría de la gente que trabaja aquí no sabe realmente lo que está haciendo y tienen prohibido comentar nada con sus familiares y amigos. Revelar cualquier información sobre este lugar se considera alta traición y se paga con la pena de muerte.

Me limité a tragar saliva para deshacer el nudo que se me había formado en la garganta y a asentir para indicarle a Alfred que le había entendido y que podía continuar. Él me devolvió el gesto de asentimiento, sacó un paquete de tabaco del bolsillo y extrajo un cigarrillo para cada uno. Yo no solía fumar, pero, en aquel ambiente sórdido y con los nervios que estaba sintiendo, me pareció una buena idea.

—Este lugar está controlado por el MI6, al cual pertenezco. La mayoría de la gente, incluidos los militares, piensan que el servicio de inteligencia británico solo tiene cinco secciones y que el MI6 no existe —continuó explicando—. Y para la mayoría de la gente del MI6, Bletchley Park tampoco existe y no tienen ni idea de lo que se está haciendo aquí.

—Lo pillo —le corté sarcástica—. Formamos parte de una división muy secreta con una misión muy secreta.

—No. Todavía no lo has entendido. —Alfred esbozó una sonrisa sarcástica antes de dar una calada a su cigarrillo—. Nosotros no formamos parte de la misión ultrasecreta que se está llevando a cabo en Bletchley Park. Nos han metido en este lugar porque es el más seguro de Gran Bretaña, pero nuestra misión es secreta incluso para la gente de Bletchley Park. Vamos a decirle a esta gente que trabajamos en lo mismo que hacen ellos…

—¿Y qué es…?

—Descifrar los mensajes encriptados del ejército nazi —explicó con tono de desprecio—. Han conseguido decodificar la máquina Enigma y ahora mismo podemos saber dónde están todas sus tropas, sus aviones y sus submarinos y qué pretenden hacer.

—Pero nosotros no vamos a dedicarnos a eso… —dije tratando de seguirle aunque empezaba a sentirme mareada.

—No. Nuestra misión es mucho más importante y mucho más confidencial.

Me quedé mirándole con la cabeza ladeada, como un cachorro que no entendiese lo que le están diciendo. No podía creer que hubiera nada más importante y confidencial que descifrar las comunicaciones del enemigo y conocer todos sus secretos y sus planes.

—No se me ocurre qué puede ser más secreto e importante que eso —admití al fin.

—¿Has oído hablar de la SS-Ahnenerbe? —preguntó en susurros tras inclinarse hacia mí, como si temiera que alguien pudiera escucharnos.

—No. ¿Qué es? —Yo también me incliné hacia él hasta que nuestras cabezas casi se rozaron.

—En teoría, es una institución encargada de divulgar investigaciones con fines educativos en apoyo de la ideología nazi y de sus teorías relacionadas con la superioridad de la raza aria —explicó con un tono teñido de desprecio—. En la práctica, es un departamento dedicado al ocultismo.

—¿Al ocultismo?

—Sí. Brujería, magia negra, investigación de facultades paranormales y poderes psíquicos, búsqueda de objetos de poder… Se encargan de investigar todo lo que se sale de la racionalidad y la lógica y que creen que puede ayudar al régimen nazi a ganar la guerra.

—¿Y qué tenemos que ver nosotros con eso?

—¿Nosotros? Nosotros somos la División OpenMind, el departamento de investigación psíquica de la inteligencia británica. —Alfred soltó una risa confiada e hinchó el pecho antes de explicarse—. Somos los encargados de enfrentarnos a la Ahnenerbe, frustrar sus planes y ganar esta guerra.


Alfred

Capítulo dos

Alfred se quedó parado frente a la puerta sin saber cómo abrir. Tenía las dos manos ocupadas, pero prefería no tener que llamar para que Clarice le abriera. Llevaba varios días de mal humor y estaba seguro de que interrumpirla y hacer que se levantara lo empeoraría aun más. Con mucho esfuerzo para no derramar el líquido de las dos tazas, se agachó y consiguió bajar el picaporte con el codo. En cuanto abrió la puerta, Clarice levantó la mirada del dossier que estaba leyendo. Lo que había pensado: nada más verle, frunció el ceño. ¿Tanto trabajo le habría costado fingir una sonrisa? Sin decir nada, depositó las dos tazas, desestimó sentarse en la silla que quedaba libre, que era la que tenía una pata floja, y se apoyó en una esquina de la mesa. Al ver que Clarice había seguido leyendo y que no parecía dispuesta a dirigirle la palabra, carraspeó un par de veces.

—¿Necesitas algo? —preguntó ella sin levantar siquiera la mirada de los papeles que estaba estudiando.

Se sintió molesto. Podía entender que ella estuviera resentida después de la forma en la que se habían conocido y de las mentiras que había tenido que contarle, aunque creía que aquel enfado ya se le debería haber pasado en aquellas dos últimas semanas. Fuera como fuera, por muy enfadada que estuviese, ella debería ser más profesional y tratarle no solo como a un compañero, sino como a su superior. Pensó en exigirle que se cuadrara cuando él entrase en la habitación y que se dirigiera a él con el respeto que se merecía, pero, aunque no supo por qué, no se atrevió. Se imaginó durante unos segundos la burla que brillaría en aquellos ojos claros si se le ocurría exigirle respeto y decidió no arriesgarse. Imaginó después una mirada de furia en lugar de una de burla y las ganas se esfumaron por completo. Aun así, se resistió a hablarle mientras ella siguiera sin mirarle a la cara, así que volvió a carraspear. Ella resopló enfadada, dejó los papeles encima de la mesa con un golpe seco y cruzó los brazos frente al pecho.

—¿Se puede saber qué quieres? —preguntó ofendida—. Estoy trabajando.

—Quería que me informaras de tus avances. ¿Qué tal te va?

Ella negó con la cabeza antes de ponerse en pie y señalar la pila de expedientes que había ido amontonando en un lado de la mesa.

—No me va mal del todo —contestó con un deje sarcástico en la voz—. Esto es lo que he podido revisar en estos cuatro días de trabajo. —Tras decir aquello, señaló a la media docena de cajas apiladas en una esquina del despacho—. Y eso es lo que me falta por revisar.

—¿Y has llegado a alguna conclusión? —preguntó él ignorando el tono de mal humor de la chica.

—Sí. Que esto avanzaría mucho más rápido si tú también colaboraras. —Clarice puso los brazos en jarras mientras le lanzaba una mirada ofendida.

—¿Yo? Soy el jefe de la división. No puedo dedicarme a hacer trabajos administrativos.

—Y se supone que yo soy vuestro mejor agente, por no decir el único. ¿En serio has cruzado el Atlántico en plena guerra en un viaje de ida y vuelta para traerme aquí a realizar labores de documentación?

—Ya discutiremos eso más adelante —la cortó él para volver a encauzar la conversación hacia el tema que le interesaba—. ¿Qué te parece? ¿Qué crees que podemos hacer?

Para su sorpresa, Clarice no contestó en un primer momento. Se limitó a negar con la cabeza y a soltar una risa sarcástica.

—¿Hacer? ¿Nosotros? ¿Contra la Ahnenerbe? —Su risa fue subiendo de intensidad—. Absolutamente nada.

—¿Por qué dices eso? —preguntó él confuso.

—Bueno… No necesito leer toda la información que ha conseguido recopilar vuestro servicio secreto para contestar a tu pregunta. —Clarice resopló antes de seguir hablando—. Estamos hablando de una organización presidida por el mismísimo Himmler[vii]. Según estos informes, está formada por arqueólogos, antropólogos, biólogos, médicos, zoólogos… Tienen personal ilimitado, recursos ilimitados, agentes de campo… Según he leído, han realizado expediciones e investigaciones en el Tíbet y en el Cáucaso y tienen planeada una expedición a Bolivia…

—No entiendo a dónde quieres llegar con todo eso —la cortó Alfred.

—¿Es que no lo ves? —dijo ella antes de señalar la habitación—. ¿Cómo quieres que nos enfrentemos a una todopoderosa organización nazi los dos solos equipados con una mesa y una silla?

—Dos sillas —contestó él muy serio.

—Esa silla tiene la pata rota —rebatió Clarice, levantándose de su asiento para encararse con él—. No finjas que no lo sabes. Siempre te sientas en la mesa.

—Pero tenemos dos sillas —insistió él como si aquello fuera importante—. Puedo arreglarla.

—Eso da igual, Alfred. No tenemos nada que hacer contra esa gente. —Ella ocultó durante unos segundos el rostro entre sus manos y se

frotó los ojos con fuerza—. Aunque en esos documentos no aparezca nada, estoy segura de que la Ahnenerbe cuenta con médiums, ocultistas, magos, brujas… Eso por no hablar de que ya hayan podido conseguir algunos de los objetos de poder que están buscando. A su lado somos insignificantes.

—No, no es así… O no lo será en el futuro. —Alfred se acercó a ella y la tomó de las manos—. Tienes que leer esos documentos y decirme qué necesitamos para luchar contra esa gente. Si necesitas más equipo, lo conseguiremos. Si necesitas dinero, lo tendrás. Si necesitas más sillas, tendrás más sillas.

Clarice no pudo evitar soltar una carcajada nerviosa ante el entusiasmo que hacía vibrar la voz de Alfred. Él le devolvió una sonrisa sincera. Tenía que conseguir que ella creyera en su misión, que creyera en él, que confiara en que, si trabajaban los dos juntos, no habría enemigo que pudiera resistírseles.

—No he hecho un viaje a través del Atlántico de ida y vuelta para que realices labores de documentación —dijo sin soltar sus manos—. Lo he hecho porque sé que eres la única persona en el mundo que puede ayudarme a sacar esto adelante. Sé que juntos podemos crear una división capaz de enfrentarse a la Ahnenerbe, por muchos recursos de los que dispongan, por muchos científicos y médiums que trabajen para ellos.

—Me gustaría tener esa confianza. —Clarice bajó la mirada durante unos segundos, en los que se quedó contemplando las tablas de madera del suelo como si fueran lo más interesante del mundo. Alfred esperó en silencio, sin soltar sus manos, dándole tiempo para que las palabras que había pronunciado calaran en su mente—. Sigo pensando que todo esto es imposible, pero, si estás tan convencido de intentarlo…

—¡Sí! —gritó él entusiasmado—. Claro que lo estoy. Dime qué necesitas.

Ella tomó aire y cerró los ojos para concentrarse. Se llevó dos dedos al puente de la nariz y empezó a hablar:

—Pues no nos vendrían mal algunos muebles… Ya sabes: unos escritorios, unas sillas con las patas intactas, algunas alfombras y lámparas… Y estufas. Aquí abajo hace mucho frío y humedad y eso que estamos en julio. No quiero ni imaginar cómo vamos a estar en invierno.

Alfred había cogido un lapicero y un papel para ir apuntando todo lo que ella le pedía. Al notar que ella se callaba, levantó la mirada y se encontró con su sonrisa burlona.

—¡Qué obediente! —exclamó ella, sarcástica—. Creo que podría acostumbrarte a esto.

—Te sugiero que no lo hagas —contestó él frunciendo el ceño—. Sigo siendo tu superior. Simplemente me estoy dejando asesorar. ¿Qué más necesitamos?

—Gente, mucha más gente…

—¿Qué tipo de gente? —preguntó él, desviando la mirada de la lista para clavarla en ella.

Clarice se quedó en silencio, con los labios apretados. Después, miró alrededor con expresión concentrada, como si esperase visualizar a esa gente si se esforzaba lo suficiente.

—Pues la verdad es que no lo sé —admitió al fin tras encogerse de hombros—. El tipo de gente que necesitamos para este trabajo no se encuentra poniendo un anuncio en el periódico. —Miró hacia el techo y lo señaló—. ¿Cómo contrataron a la gente de ahí arriba, a los que descifran los mensajes de los nazis?

—Pues la verdad es que poniendo un anuncio en el periódico —contestó Alfred con una sonrisa—. Más bien con un crucigrama. Pidieron que todo aquel que lo resolviera en menos de cinco minutos llamara para concertar una entrevista.

—No nos sirve… —Se detuvo durante unos segundos antes de resoplar desesperada—. Es que ni siquiera sé qué es lo que tendríamos que buscar. Veamos… Nuestro objetivo es luchar contra la Ahnenerbe, ¿no? —Esperó hasta que Alfred asintió—. Pues habrá que montar una organización igual pero con gente buena.

—Es un planteamiento un tanto infantil, pero nos puede servir para empezar. Estás diciendo que necesitaremos arqueólogos, historiadores, antropólogos, médicos…

—No. No estoy diciendo eso en absoluto. —Clarice negó con la cabeza—. Si en algún momento necesitáramos la colaboración de algún experto en esos temas, podríamos recurrir a las universidades, pero no es eso lo que tenemos que buscar ahora. Estoy segura de que los nazis tienen contratada a esa gente para disimular sus verdaderas intenciones…

—¿Que según tú son…? —preguntó él enarcando una ceja.

—Ganar esta guerra con ayuda de la magia negra.

Alfred fue a contestar, pero se quedó durante un par de segundos con la boca abierta, sin saber qué decir. Ella cruzó los brazos frente al pecho y se puso el dedo índice sobre los labios mientras paseaba por el despacho concentrada.

—Necesitamos gente con capacidades especiales: médiums, magos, brujas, espiritistas, gente que posea cualidades y poderes extraordinarios… El problema es cómo encontrar a esa gente sin decir para qué les necesitamos.

Alfred se apoyó de nuevo en la mesa y se quedó durante unos segundos mirando al infinito mientras una sonrisa cada vez más amplia iba dibujándose en su cara. Clarice dejó de pasear y le miró, curiosa.

—Al final sí vamos a poner un anuncio en el periódico. —Alfred la miró y le guiñó un ojo—. Vamos a montar un circo.


Clarice

Capítulo tres

Me recosté en la silla y me froté los ojos con las manos. Después, eché un vistazo a mi alrededor y dejé escapar un suspiro de agobio. Hacía tres días que Alfred se había ido a Londres a hablar con sus superiores del MI6 y, durante ese tiempo, mi vida se había reducido a estar encerrada en aquel deprimente sótano, estudiando más y más informes sobre la Ahnenerbe, y, cuando ya estaba demasiado cansada, ir a encerrarme en mi también deprimente habitación hasta la mañana siguiente. No podía seguir así.

La soledad siempre me había gustado. Siempre había adorado ir a pasear o a cabalgar yo sola por las abiertas llanuras de mi tierra… Pero la soledad impuesta que estaba sufriendo los últimos días no tenía nada que ver. Me sentía cansada y triste y echaba mucho de menos mi hogar. Si no hablaba con alguien en las próximas horas, me volvería loca.

Cerré el expediente que había estado leyendo y lo coloqué sobre la pila de documentos que me quedaban por revisar, mientras pensaba que aquello tampoco corría verdadera prisa. No iba a conseguir nada por seguir leyendo lo poderosa que era la Ahnenerbe y lo imposible que sería para nosotros enfrentarnos a ella.

A pesar de estar en julio, cogí mi chaqueta y mi sombrero antes de salir. El sótano no disponía de ventanas para comprobarlo, pero estaba segura de que el cielo estaría gris, de que en un momento u otro del día llovería y de que la temperatura sería fresca. Cuando salí del edificio, vi que mis predicciones habían sido correctas. No hacía falta ser bruja para adivinarlo. Una semana en Inglaterra era suficiente para saber que su clima era una mierda.

Mientras salía de las instalaciones de Bletchley Park, permití que una sonrisa se me escapara al imaginar lo que diría Alfred si pudiera leer mis pensamientos. Algo así como “Una dama no debe expresarse con esas palabras malsonantes. Y te rogaría que no te refirieras a mi amado país en esos términos”. Era tan remilgado en algunas ocasiones, tan correcto y estirado… Y, sin embargo, había algo en él que me atraía: ese brillo de inocencia en sus ojos a pesar de vivir en un mundo arrasado por la guerra, esa manera de ilusionarse con las cosas en las que creía, aquella voz tan masculina con ese acento tan diferente al mío… Se me escapó un suspiro y tuve que recordarme a mí misma que él era mi jefe, que no había nada entre nosotros y que, además, seguía enfadada con él por haberme alejado de mi familia y de mi país.

Cuando aún me quedaban unos cinco minutos para llegar al pueblo, empezó a lloviznar. En aquel momento me encontraba al descubierto en una carretera de arena polvorienta sin nada más que campos a ambos lados. Aceleré el paso, esperando no mojarme mucho, pero la lluvia fue arreciando y, para cuando llegué a las primeras calles del pueblo, tenía la ropa empapada. Me puse debajo de un alero, del que chorreaba agua como si en el tejado hubiera gente arrojando cubos, y me planteé qué hacer mientras me abrazaba a mí misma para intentar contener los temblores. Estaba de nuevo maldiciendo aquella tierra cuando, de repente, el viento me trajo las notas de una canción. Parecía que había música a un par de calles. Fui avanzando lo más pegada posible a las paredes de los edificios para acercarme a la fuente de aquel sonido. Se escuchaban muchas voces y tintineo de vasos. Al girar una esquina, me encontré ante la puerta de un bar. Sin pensarlo dos veces, crucé la calle, dejé mi bicicleta apoyada en la pared y entré.

Parecía que todo el personal de Bletchley Park estaba allí. El local estaba repleto y se veían uniformes militares por todas partes. A pesar de estar en verano, la leña ardía alegremente en la enorme chimenea. Divisé una pequeña mesa en una esquina, cerca del fuego y me dirigí hacia ella con decisión. Cuando me senté, vi que había una taza de té vacía sobre la mesa, pero no le di importancia. Pensé que debería ir a pedir algo a la barra, pero no quería arriesgarme a que me quitaran el sitio, así que me limité a quedarme allí, frotándome las manos y disfrutando de los agradables estremecimientos de mi cuerpo al entrar en calor.

Vi que un hombre se acercaba hacia mí con una taza de té entre las manos. Iba tan concentrado en no derramar la bebida que ni siquiera miraba al frente para esquivar a la gente que abarrotaba el local. Sin embargo, me di cuenta de algo extraño. Eran los demás los que le esquivaban y se avisaban los unos a los otros para que nadie chocara con él. El hombre cruzó todo el bar con la cabeza baja, llegó hasta mi mesa, depositó la taza y se sentó frente a mí, sin dirigirme una sola mirada. Yo carraspeé, incómoda, y él se dignó mirarme. Durante unos segundos, no dijo nada. Me miró con los ojos entrecerrados, como si estuviera intentando descubrir cómo había llegado yo allí.

—Disculpe. Esta es mi mesa.

Su tono de voz había sido tan bajo que tuve que hacer verdaderos esfuerzos para escucharle por encima del sonido de las conversaciones. Fui a contestar, pero me di cuenta de que había dejado de mirarme y se dedicaba a revolver su té, como si yo ya no estuviera. Me sentí ignorada y molesta. Parecía que aquel hombre consideraba que, solo con haberme anunciado que aquella mesa era

suya, yo debería levantarme sin protesta alguna.

—Perdone, pero cuando he llegado, aquí no había nadie.

El hombre, con la taza a un par de palmos de sus labios, dio tal respingo que estuvo a punto de derramarse la bebida por encima. Después, volvió a mirarme. Parecía tan sorprendido como la primera vez que me había visto, como si no se creyera que yo siguiera ahí.

—Por supuesto que no había nadie. Todo el mundo sabe que este es mi sitio. —Una leve chispa de entendimiento cruzó su mirada. Sonrió condescendiente y asintió, como si acabara de comprenderlo todo—. Ahora lo entiendo… Usted no trabaja en Bletchley Park. Por eso no sabe quién soy.

Su seguridad era tan aplastante que estuve a punto de recular. A pesar de que su atuendo era modesto, debía de ser alguien importante en Bletchley Park, quizá algún alto oficial. Si seguía molestándole, aquello podría traerme problemas con Alfred. Sin embargo, su mirada de prepotencia me impidió levantarme y pedirle perdón.

—Sí trabajo en Bletchley Park… Y usted tampoco sabe quién soy yo. Estamos empatados. —Me quité el sombrero, aún mojado, y lo deposité sobre la mesa—. Lo siento, pero las mesas de los bares son de uso público. No voy a levantarme.

—Está bien… Como usted dice, estamos empatados. —Una sonrisa burlona se abrió paso en el rostro del hombre—. Compitamos para saber quién es merecedor de la mesa.

A mí también se me escapó una sonrisa. Durante un segundo, pensé en retarle a un pulso, como había hecho en docenas de ocasiones con otros fanfarrones de bar. Sin embargo, me di cuenta de que no iba a funcionar. Aquel hombre, de constitución delgada y manos finas y delicadas, no iba a querer aceptar un desafío físico.

—¿Y a qué quiere que nos lo juguemos? —Me encogí de hombros y asentí, dejando en su mano la elección del reto—. ¿A los dardos? ¿A las cartas?

—No, nada de eso. —El hombre me miró con curiosidad—. Parece usted una mujer inteligente. Ya que nuestro problema es que ninguno de los dos sabe quién es el otro y, por tanto, no podemos decidir quién tiene más derecho sobre esta mesa, juguemos a intentar descubrir cosas sobre el otro.

—Por su manera de hablar, deduzco que usted es alguien importante en Bletchley Park, así que supongo que tendrá más derechos que yo sobre ella —sugerí.

—Es una suposición bastante acertada, pero no tiene por qué ser

cierta- dijo él, burlón—. Yo puedo suponer por sus maneras altaneras y prepotentes que es usted la reina de Inglaterra y que, por tanto, tiene más derecho que nadie a ocupar esta mesa, pero me estaría equivocando, ¿verdad? —Fruncí el ceño, molesta por el insulto, pero asentí—. Por supuesto que no es la reina de Inglaterra. Su acento americano la delata. Pronuncia mucho la r al final de las sílabas, que es algo que los ingleses no solemos hacer… Así que sospecho que proviene usted de algún estado del Medio Oeste. Su piel curtida por el sol y sus manos acostumbradas al trabajo confirman también que no es usted una delicada señorita de la Costa Este. Lo que no alcanzo a entender es que hace una paleta de Kansas en una instalación del ejército inglés.

Tuve que apretar los puños para controlar la rabia y no insultar a aquel cretino. Me daba igual quién fuera aquel tipo. No tenía ningún derecho a hablarme así. Por si fuera poco, me miraba como si esperara que yo le dijera que había acertado en todo y le aplaudiera por ello.

—No ha acertado en nada. —Luché para que la ira no se reflejara en mi voz—. Para empezar, no soy de Kansas. Soy de Montana, que no es un estado del Medio Oeste. —El hombre se encogió de hombros y dejó escapar una sonrisa sarcástica, como si quisiera expresar que aquello eran detalles que no restaban mérito a su deducción—. Y no soy una paleta. Mi madre se encargó de darme la mejor educación posible. Además, considero que el hecho de haber trabajado desde muy pequeña en las tierras de mis padres en lugar de dedicar mis esfuerzos a aprender a bordar y mover un abanico es un motivo de orgullo y no de vergüenza.

—No voy a discutírselo, señorita… Aparte de las apreciaciones subjetivas, estará de acuerdo en que mis conjeturas han sido bastante acertadas y que, sin embargo, usted no ha sido capaz de deducir nada de mí. —Se reclinó en la silla, tomó su taza de té y lo removió mientras me miraba triunfante—. La mesa es mía.

—No tenga tanta prisa. —Le dediqué una sonrisa confiada—. Aún no he empezado. Ahora es mi turno.

Ignoré su mirada condescendiente, me recosté en la silla y cerré los ojos. A pesar del ruido que nos rodeaba, de los cantos, las risas y las conversaciones, conseguí aislarme y centrarme en la cadencia de mi respiración. Durante un segundo, me vino a la cabeza la idea de que mi madre me mataría si supiera que iba a usar mi don más sagrado para ganar en una estúpida riña de taberna, pero deseché aquel pensamiento. Mi madre estaba muy lejos, a un océano de distancia, y yo estaba segura de poder levantar de nuevo mis barreras en cuanto terminase con aquella discusión. Eliminé mis defensas, abrí los ojos y

miré a mi alrededor.

No había tantos muertos en aquel lugar como había esperado. Aquella edificación no debía de tener muchos años y no había espíritus atrapados entre sus paredes. Tan solo distinguí a una mujer llorosa que trataba de abrazar a un joven. Supuse que serían madre e hijo y que ella no acababa de aceptar que ya no pertenecía a este mundo. Su cuerpo traslúcido no conseguía tocar al joven. Le atravesaba como si él fuera el fantasma y, a cada intento de abrazo fallido, su llanto se hacía más intenso y angustioso. Resoplé y negué con la cabeza. Esa era la razón de no levantar nunca mis defensas. Me hacía daño ver a aquellos espíritus torturados. A la noche tendría que invocar a aquella mujer en mi habitación y tratar de hacerle entender que estaba muerta y que debía trascender para que pudiera descansar en paz.

Decidí ignorar aquello de momento y no escrutar la estancia en busca de más espectros. Era en el hombre que tenía enfrente en quién debía centrarme y, por fortuna, no estaba solo. Había un chico rubio a su lado, colocado de pie al lado de la silla, con su mano izquierda apoyada en el hombro del hombre, como si le protegiera. Era muy joven y parecía débil y enfermizo. Su piel estaba muy pálida y sus altos y aristocráticos pómulos se le marcaban bajo la fina piel. Vestía de negro, con un elegante traje que debía de ser aquel con el que fue enterrado. En su mano derecha llevaba un pañuelo blanco de seda bordado a mano en el que resaltaban unas brillantes manchas de sangre. Se lo llevaba a la boca cada pocos segundos para cubrírsela al toser. Estuve segura de que había muerto de tuberculosis.

—¿Quién eres y qué haces aquí? —le pregunté tras clavar mis ojos en él para que se diese cuenta de que le estaba viendo.

—No voy a contestar a eso, señorita —dijo mi acompañante, pensando que estaba hablando con él.

Le ignoré y continué con la mirada clavada en el joven que se encontraba a su lado. Me miraba a mí, sorprendido de que le estuviera hablando, emocionado por saber que alguien podía percibirle.

—Soy Christopher… —Durante unos segundos, miró alrededor nervioso y confundido, como si no supiera dónde estaba ni qué hacía allí. De repente, se separó del hombre, dio un par de pasos hacia mí y empezó a hablar de forma atropellada—. Soy compañero de clase de Alan en Sherborne. Él no tiene a nadie más. Todos los demás le tratan mal… Los otros chicos, incluso los profesores… Creo que les asusta. Es demasiado inteligente, demasiado diferente a los demás. No pueden comprenderle… Solo yo… No puedo dejarle solo. Sufre mucho cuando los demás le desprecian… Solo yo le entiendo, solo yo puedo consolarle… Él confía en mí…

Supe de inmediato a quién se refería el chico. El hombre que tenía sentado enfrente era Alan Turing, el genio que había descifrado los códigos de los nazis. Durante el tiempo que llevaba en Bletchley Park había captado rumores sobre él: que era un tipo raro que no sabía comportarse con los demás, que se creía por encima de todo el mundo, que era muy difícil de tratar… Volví a mirar a aquel hombre y, en un solo segundo, pude verle tal y como era. Aquella arrogancia, sus modales fríos y altaneros, la manera de dirigirse a los demás con superioridad eran solo partes de la armadura que se había construido para que nadie pudiera hacerle daño. Le dirigí una tímida sonrisa de disculpa y me levanté para marcharme.

—Ha ganado, señor Turing. La mesa es suya.

Fui a recoger mi sombrero para abandonar el local, pero él alargó su mano y me agarró por el brazo para retenerme. Levanté la cabeza y me encontré con su mirada inteligente y curiosa.

—Había dicho que no sabía mi nombre. ¿Cómo lo sabe ahora?

—Le mentí —respondí tirando de mi brazo para liberarme. A pesar de que él no parecía un hombre fuerte, no lo conseguí—. Sí sabía quién era y estaba gastándole una broma estúpida. Espero que me disculpe.

—No. Es ahora cuando está mintiendo. —Me aferró aún con más fuerza, hasta casi hacerme daño—. Señorita, si no me dice quién es usted y de dónde ha sacado mi nombre, voy a tener que dar aviso a los encargados de seguridad de Bletchley Park. Comprenda que su comportamiento está resultando muy sospechoso.

Desvié la mirada y la clavé en el chico, que seguía parado al lado de Alan, mirándole con una mezcla de preocupación y adoración y, aunque sabía que no debería hacerlo, decidí contar la verdad, por el bien de los dos.

—Me lo ha dicho Christopher, su compañero de Sherborne. —Alan se sintió tan sorprendido que soltó su agarre y se cubrió la boca abierta con ambas manos—. Sigue a su lado, preocupado por usted, protegiéndole… Tiene que liberarle. Si no le deja ir, se acabará volviendo loco. Dígale que estará bien y ayúdele a trascender.

—¿Quién es usted? ¿Cómo sabe todo eso? —preguntó mientras seguía negando con la cabeza—. Yo nunca le he contado a nadie nada sobre Christopher…

—No puedo decirle nada más. Comprometería mi trabajo aquí.

—No hay problema. —Me dirigió una sonrisa que no le llegó a los ojos, repletos de lágrimas—. Puede irse. Descubriré por mí mismo quién es. Si sabe quién soy, sabe que me encanta “descifrar

enigmas”[viii].

Asentí y salí del bar casi a la carrera. La lluvia seguía cayendo, aunque era mucho más débil, así que decidí regresar. Mi excursión había sido un auténtico desastre: estaba empapada, no había conseguido tomar ni una miserable cerveza ni mantener una conversación agradable con nadie y era posible que hubiera asustado a la persona más importante de todo Blecthley Park y que fuera quejándose de que había una loca peligrosa suelta en las instalaciones. Me encogí de hombros. ¿Qué iban a hacerme? ¿Devolverme a mi país? Aquello era exactamente lo que quería.

Cuando crucé las verjas del complejo, entré en el edificio principal y bajé al sótano. Aún era demasiado pronto para meterme en mi habitación, así que estudiaría unos cuantos informes más y, cuando me aburriera, cogería mi bicicleta y pedalearía hasta mi alojamiento en Bleak Hall. Recé para que, cuando llegara ese momento, hubiera dejado de llover. No se me ocurría una peor forma de terminar el día que pedaleando tres millas bajo una lluvia torrencial.

Al abrir la puerta del sótano, me encontré a Alfred sentado detrás del escritorio. Me alegré tanto de que mi soledad hubiera terminado que ni siquiera le recriminé que se hubiera sentado en nuestra única silla buena.

—Alfred, has vuelto —saludé con alegría.

—Sí, he vuelto. Y he comprobado que, si no estoy yo aquí para controlarte, el trabajo no avanza. —Se levantó para mirarme de arriba abajo—. ¿Se puede saber dónde estabas?

—He ido al pueblo a tomar algo.

—¿En horas de trabajo? —preguntó con un tono tan ofendido como si acabara de decirle que me divertía quemando banderas inglesas.

—Sí, Alfred, sí… En horas de trabajo. —Puse los brazos en jarras y le miré fijamente para demostrarle que no me intimidaba—. Sabes tan bien como yo que no tenemos nada que hacer aquí y me has dejado sola y aburrida tres días enteros.

Se puso la mano sobre la boca, como si estuviera reflexionando, pero me di cuenta de que en realidad intentaba esconder una sonrisa. No estaba enfadado, ni le parecía mal que hubiera salido. Tan solo le divertía sacarme de quicio. Decidí fingir que no me importaba nada de lo que dijera o hiciera y, aprovechando que se había levantado, pasé por su lado y ocupé nuestra silla buena.

—¿Se puede saber dónde has estado y qué has estado haciendo tú?

—Esto… Clarice, el jefe soy yo —protestó tímidamente.

Alcé la barbilla y le miré mientras negaba con la cabeza. No sabía por qué nos gustaba tanto sacar de quicio al otro y mantener aquella lucha continua por el poder. Quizá era la única manera en la que sabíamos relacionarnos.

—Y yo soy la única con las capacidades necesarias para hacer que esto funcione —respondí—. ¿Vas a decirme qué has estado haciendo?

Él suspiró, asintió y se inclinó hacia mí. Durante un segundo, pensé que se acercaba para besarme y me quedé sin respiración, sin saber si debía apartarme o corresponderle. Pero en realidad él rebuscó en el bolsillo interior de su abrigo, que había dejado apoyado en el respaldo y sacó un recorte de periódico que puso sobre la mesa frente a mí.

—Nuestro plan ha sido aprobado por el MI6. Este anuncio ha salido hoy en el periódico —me dijo—. Mañana nos vamos a Londres. Tenemos que hacer un montón de entrevistas de trabajo.

Recogí aquel trozo de papel y lo sostuve entre los dedos con cuidado, como si temiera que fuera a desvanecerse. No podía creer que el MI6 hubiera dado luz verde a un plan tan loco como el nuestro, pero aquel anuncio demostraba que sí. Lo leí en susurros, con voz emocionada:

El gabinete de curiosidades de Madame Clarice busca gente con capacidades extraordinarias.


Alfred

Capítulo cuatro

Alfred asomó la cabeza por la ventanilla para ver cómo el tren se deslizaba hacia el interior de la estación de Euston. El lugar era un hervidero en el que destacaba el color verde de los uniformes de los soldados. Algunos iban acompañados de sus familias y tenían cara de asustados y perdidos. Se notaba que acababan de alistarse y que iban a coger un tren hacia uno de los campamentos de entrenamiento repartidos por todo el país. Otros iban en grupo, ruidosos y alegres, incluso borrachos. Aquella alegría desmesurada y fuera de lugar en una guerra escondía un miedo atroz: se dirigían a los puertos del sur, a embarcar hacia el continente sin saber si algún día regresarían.

—¿Está muy lejos nuestro hotel? —preguntó Clarice sacándole de su ensimismamiento.

—No, no mucho… A unos diez minutos andando —contestó él—. Si has traído mucho equipaje, podemos pedir un taxi.

Ella le miró divertida, antes de ponerse en pie y recoger la pequeña mochila que había dejado en la balda superior.

—He traído esto —dijo tras encogerse de hombros—. Se supone que solo vamos a estar un par de días en Londres, ¿no?

Alfred se sorprendió. Todas las damas que conocía habrían llevado un baúl entero, lleno de vestidos, zapatos y sombreros, para un viaje a la capital. Y un ejército de criadas que las ayudasen a llevarlo, a vestirse y peinarse… Clarice era tan diferente a todas ellas que casi no parecía de la misma especie.

—No sé si vas a tener suficiente. ¿Ya has traído ropa adecuada para las entrevistas de mañana? —Esperó hasta que ella asintió con gesto firme—. ¿Y para salir esta noche?

—¿Dónde tenemos que ir esta noche?

—Había imaginado que te apetecería ir al teatro o a la ópera. O a cenar y bailar —contestó él con una sonrisa—. Habrá que aprovechar que te he traído a la capital…

El gesto de Clarice cambió por completo. Frunció el ceño y elevó la barbilla, orgullosa.

—Lo primero es que tú no me has traído a la capital. Me ha traído el tren —dijo con desdén—. Y lo segundo es que no pienso ir contigo a cenar ni a bailar ni a absolutamente nada. Eres mi jefe y yo tu subordinada, ¿recuerdas?

Alfred se quedó tan asombrado que no pudo reaccionar cuando ella,

con la mochila al hombro, abrió la puerta del compartimento privado que habían estado ocupando y empezó a avanzar por el pasillo del tren, que ya se había detenido, rumbo a la salida. Tras unos segundos de confusión, recogió su maleta y salió tras ella mientras se preguntaba qué había dicho para molestarla de aquella manera. Clarice era todo un misterio para él, pero no pensaba dejarlo sin resolver. Fue esquivando a la gente que abarrotaba el vagón, disculpándose a cada paso por sus prisas, cuidando de no perder de vista a la muchacha, que ya avanzaba por el andén como si conociera aquella estación de toda la vida. Saltó los dos escalones que le separaban del andén, corrió tras ella y la detuvo agarrándola del brazo. Ella se giró y miró la mano que la agarraba con absoluto desprecio.

—¿Dónde vas? ¿Por qué te has enfadado?

Clarice suspiró, negó con la cabeza y agitó el brazo para liberarse. Después le dirigió una dulce sonrisa, tan falsa como una moneda de tres peniques.

—No estoy enfadada —mintió—. Solo quiero llegar cuanto antes al hotel.

—No me mientas. He dicho o he hecho algo que te ha sentado mal y me gustaría disculparme —explicó él conciliador.

—Bufff… Si quieres disculparte, vas a tener trabajo para años… —Clarice puso los brazos en jarras y le miró retadora—. ¿Por dónde empiezo? Te presentaste con un nombre falso, me sedujiste con un montón de mentiras…

—¿Te seduje? —Alfred no pudo evitar un tono burlón en su voz.

—Lo intentaste —contestó ella con desprecio—. Me has separado de mi tierra y de mi familia para traerme a un país horrible en el que siempre llueve y en el que se come de pena…

—Clarice, por favor, es mi país. Un poco de respeto…

—Sabes que lo que digo es cierto, por mucho que sea tu país —insistió ella—. Y no me interrumpas… Me has traído a este sitio espantoso para cumplir una misión imposible. Tú y yo solos contra una todopoderosa organización nazi. Esto es una locura…

—Pensaba que creías en nosotros —dijo él, dolido.

—Alfred, por favor… Ni siquiera tú puedes creer en algo tan loco. —Clarice se quedó mirándole durante unos segundos. Debió de conmoverle su mirada apenada, porque, después de apretarse el puente de la nariz mientras negaba con la cabeza, le miró de nuevo y le dirigió una sonrisa—. Lo siento, Alfred, pero todo esto empezó mal

desde el principio y no va a poder arreglarse. Me quedaré a tu lado porque me lo han ordenado e intentaré hacer mi trabajo lo mejor posible, pero no voy a hacerme tu amiga ni voy a salir a cenar contigo…

—Ni vas a creer en lo que estamos haciendo. —Alfred resopló para soltar la frustración que sentía y, después, fingió una sonrisa y señaló hacia la salida de la estación—. Comprendido. No volveré a molestarte. Sígueme, por favor.

Sin decir una palabra más, salió de la estación y se dirigió hacia el hotel. El cielo estaba gris y lloviznaba, pero decidió continuar sin preguntarle a Clarice si prefería coger un taxi. Iban a llegar empapados, pero le dio igual. Así ella tendría aún más razones para quejarse del mal clima de su tierra.

A pesar de sus largas zancadas, podía escuchar los pasos apresurados de Clarice justo detrás de él. La joven no protestó ni una sola vez ni le pidió que redujera el paso. ¡Maldita cabezota! Estaba seguro de que se encontraba sin resuello y de que le resultaba difícil seguirle con los tacones que llevaba sobre el suelo resbaladizo de las calles de Londres, pero preferiría acabar desmayándose de agotamiento que pedirle que la esperase. Clarice Cooper preferiría morirse que pedir ayuda o demostrar debilidad.

Cuando llegaron al hotel, Alfred se dirigió a la recepción. Clarice se colocó a su lado y se dedicó a admirar las cristaleras y la elaborada escalinata de mármol que llevaba a las habitaciones.

—Lord Alfred Mitchell —se presentó él cuando el joven de recepción se acercó a atenderle—. Tengo reservadas dos habitaciones.

—¿Lord? —preguntó ella en un susurro burlón cuando el recepcionista se separó unos pasos—. ¿Otra mentira del MI6 para que nos atiendan mejor?

—No, no es mentira. Soy Lord, el segundo hijo del Duque de Guildford, pero no es necesario que te dirijas a mí por mi título. —Alzó una mano para pedirle tiempo para terminar—. Puedes llamarme teniente Mitchell.

—Llevo semanas llamándote Alfred —protestó ella, confusa.

—Eso fue antes de que me dijeras que no crees en nuestra misión y que no quieres ser mi amiga… Ah, y que mi país te parece un infierno. Creo que tienes razón y que será mejor que mantengamos nuestra relación en un nivel estrictamente profesional. —Inclinó la cabeza como señal de despedida—. Que pase una buena velada, señorita Cooper.

Recogió una de las llaves que el recepcionista había dejado sobre el mostrador, agarró su maleta y salió disparado escaleras arriba, sin esperar a que ella respondiera. Cuando llegó a su habitación, dejó la maleta en el suelo y se desplomó sobre la cama, cubriéndose los ojos con las manos. Solo quería estar un rato a oscuras y en silencio y relajarse. Lo que le había dicho Clarice le había dolido, aunque no podía explicarse por qué. Hasta él tenía que admitir que su misión de luchar ellos dos solos contra la Ahnenerbe era casi imposible. Y que el clima y la comida de Inglaterra eran una aberración… Pero no podía soportar que ella quisiera mantenerse distante, que no aceptara siquiera su amistad.

Escuchó como ella entraba en la habitación contigua y cerraba la puerta de un portazo. Parecía que, a pesar de haberle dicho todas aquellas cosas horribles, todavía no se había desfogado y seguía estando de mal humor. Lo mejor que podía hacer era quedarse en su habitación, tomar una ducha y salir a cenar solo, sin arriesgarse a más comentarios hirientes ni miradas de desdén. Ya se le pasaría el enfado con el tiempo.

Se levantó de un salto, se estiró con un gesto rápido de los bajos de la chaqueta del uniforme y, sin darse tiempo a reflexionar para no arrepentirse, se plantó en el pasillo, delante de la puerta de Clarice. Llamó con un par de firmes golpes y esperó erguido, casi como si estuviera esperando a que le pasaran revista.

Ella abrió la puerta y se quedó mirándole sorprendida, como si no pudiera imaginarse qué hacía allí. Él se irguió aún más y realizó un saludo militar antes de empezar a hablar.

—Me presento. Soy el teniente Alfred Mitchell, agente del MI6 británico y fundador de la División OpenMind. Me enviaron a los Estados Unidos para reclutar a Clarice Cooper, agente especial del PRD, ya que, según me indicaron mis fuentes, es el miembro más prometedor de su división y la única persona capaz de ayudarnos en nuestra misión.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —preguntó ella, mirándole como si temiera que se hubiera vuelto loco.

—Presentarme, empezar de nuevo… Creo que tienes razón y que empezamos mal, pero quizá todavía tenga arreglo —explicó él—. Te mentí sobre mi identidad porque estaba en una misión secreta. Quizá debería haberme marchado antes de responder a tus preguntas con mentiras, pero no pude hacerlo. Necesitaba conocerte…

—Alfred, esto no va a arreglar nada…

—Quizá sí. Espera. —Él le mostró las palmas de las manos para

pedirle más tiempo—. Yo no elegí reclutarte. También sigo órdenes. Me dijeron que debía buscarte y traerte aquí como fuera. No había posibilidad de elegir. Estamos en guerra y nuestras opciones son limitadas. Me gustaría mucho no haberte separado de tu país, tus amigos y tu familia, pero, al igual que tú, no tenía opción.

—Lo comprendo —contestó ella, apenada.

—Lo que no puedo justificar es el clima y la comida de mi país. Es una auténtica vergüenza nacional, pero tampoco puedo hacer nada por cambiarlo. Espero que no me odies por ello.

Clarice no pudo contener una carcajada. Después se apoyó en la puerta y le sonrió.

—Está bien. Intentaré perdonarte.

—¿Aceptas entonces mi invitación a cenar y bailar?

—No —contestó ella—. Estoy cansada del viaje, mañana tenemos muchas cosas que hacer y todavía no te he perdonado tanto. —Sonrió al ver la decepción en sus ojos—. Pero quizá te diga que sí otro día.

Él hizo un mohín de disgusto que provocó una nueva sonrisa en los labios de la chica. Se acercó a él, depositó un beso en su mejilla y se acercó a su oído para susurrarle.

—Que pase una buena velada, teniente Mitchell.

Sin decir nada más, volvió a meterse en su habitación y cerró la puerta. Alfred se quedó unos segundos parado en mitad del pasillo, sintiéndose confuso. No sabía por qué, pero, a pesar de haber vuelto a recibir calabazas, sentía que la relación entre los dos había mejorado… y aquello le produjo un calor inexplicable en el vientre, una sensación extraña que le hizo sonreír como un imbécil. Miró de nuevo hacia la puerta y se llevó la mano a la mejilla, en la que todavía podía sentir el aleteo de su beso.

—Buenas noches, Clarice. Que duermas bien.

Sabía que era una estupidez, pero casi pudo sentir que ella seguía al otro lado de la puerta y que también le deseaba que tuviera felices sueños.


Clarice

Capítulo cinco

—Sí, la estoy viendo con tanta claridad como la veo a usted —dijo la mujer con la vista perdida en una esquina de la habitación y el rostro compungido—. Es una dama muy guapa y elegante. Se parece a usted.

Paseé la vista por el salón del hotel en el que estaba realizando las entrevistas para hacer una última comprobación antes de echar a aquella farsante. No había nadie más con nosotras, estaba segura. Ni siquiera se notaba el aire frío ni el olor a flores marchitas que solía acompañar a las apariciones. La mujer que tenía frente a mí no poseía ningún poder y, además, había tenido la mala suerte de estar siendo entrevistada por alguien que sí lo tenía y que podía desenmascararla en cuestión de segundos.

—¡Dios mío! —exclamé alterada—. ¿No será mi adorada madre? Pregúntele, por favor.

La mujer cerró los ojos, fingiendo que estaba concentrándose, y, cuando los abrió de nuevo, me miró con cariño y extendió los brazos para tomar una de mis manos entre las suyas y apretarlas con afecto.

—Sí que lo es, niña… Y dice que te echa tanto de menos…

—Tenemos un gran problema —dije apartando mi mano como si su contacto me quemara—. Mi madre está viva. Por las últimas noticias que tengo de ella, sigue feliz en nuestra granja de Montana y disfruta de una salud de hierro.

—Lamento ser portadora de tan malas noticias, pero la mujer que se me ha aparecido es tu madre.

Sentí como la sangre me hervía por dentro. Aquella mujer no solo fingía tener unos poderes de los que carecía, sino que no le importaba jugar con los sentimientos ajenos y hacer daño para salirse con la suya. Me puse de pie y le señalé la salida con gesto airado.

—Márchese de aquí y no vuelva —grité sin poder contenerme—. Son las personas como usted las que dan mala fama a nuestra profesión.

—Yo tengo poderes verdaderos, niña. —La mujer se levantó y me clavó una mirada amenazante—. No me hables en ese tono o tendré que enseñarte respeto.

Agaché la mirada tratando de calmarme. Sabía que no era justo que pagara con aquella mujer mi mal humor, pero llevaba todo el día entrevistando a farsantes, timadores y embaucadores sin escrúpulos y no podía más. Cuando levanté la mirada y la clavé en sus ojos, mi rabia debía ser tan palpable que la mujer retrocedió un paso, como si

acabara de golpearla en el estómago.

—*Volo te dolor.* —Me acerqué a ella y le sonreí mientras veía como su expresión arrogante se tornaba en una de dolor—. No vuelvas a hacer algo así. No vuelvas a jugar con los sentimientos de la gente, no finjas tener unos poderes que no tienes. Si lo haces, me enteraré y el dolor que estás sufriendo ahora mismo te parecerá una caricia comparada con lo que te haré. ¿Lo has comprendido?

La mujer asintió, así que la liberé del hechizo. Me senté de nuevo, convencida de que el susto no le duraría mucho y de que, muy pronto, aquella mujer volvería a buscar a algún incauto con el que practicar sus supuestos poderes. Cuando salió, antes de que pudiera cerrar la puerta, Alfred se coló en la estancia y se acercó a mí enarcando una ceja.

—¿Qué le has hecho a esa mujer? Parecía que hubiese visto un fantasma.

—Que más quisiera ella que haber visto un fantasma —dije tras soltar una risa sarcástica—. Fingía tener poderes de médium, pero no ha conseguido engañarme.

—Bueno, ya temíamos que se presentaría gente sin poderes reales…

—Sí, pero no tantos —me quejé—. No imaginaba que pudiera haber tantos timadores en toda Inglaterra.

—Bueno, por suerte ya casi terminas —me consoló él mientras tomaba asiento en la silla situada frente a mí—. Solo te quedan esos tres de ahí fuera, ¿no? ¿A cuántos has reclutado? ¿Veinte? ¿Treinta?

Me quedé en silencio durante unos segundos, mordisqueando con nerviosismo mi labio inferior. Alfred me sonreía emocionado y en sus ojos brillaba la ilusión, una ilusión que yo iba a destrozar con mis próximas palabras. Lancé un largo suspiro, me recliné en el asiento y decidí darle las malas noticias sin más rodeos.

—Ya he acabado. Las tres personas que hay ahí fuera son las tres personas que he podido reclutar.

—¿Solo tres? ¿En serio? En el Pentágono teníais mucha más gente trabajando…

—Bueno, yo no tengo la culpa de que haya tan poca gente con facultades especiales en tu país. Puedes volver a cruzar el océano y tratar de secuestrarles a todos como hiciste conmigo.

—¿Vamos a empezar otra vez con eso? —protestó él.

—No, tienes razón. Lo siento. —Me encogí de hombros tratando de restarle importancia—. ¿Qué has estado haciendo tú?

—Consiguiendo gente para nuestro departamento. —Ante mi cara de desconcierto, siguió explicándose—. He estado en la King's College.

Se quedó mirándome como si yo debiera estar impresionada por sus palabras. Esperé unos segundos a que siguiera explicándose y, al ver que no lo hacía, me encogí de hombros.

—No sé qué es la King's College —admití.

—Es una de las mejores universidades de Londres, lo que implica que es una de las mejores universidades del mundo —explicó con aquel tono de superioridad que conseguía sacarme de quicio—. He estado reclutando a los alumnos más brillantes de las facultades de historia antigua, de arte clásico, de medicina, de literatura… Tenemos a nuestra disposición lingüistas, filósofos, teólogos, psiquiatras, sociólogos…

—¿Y para qué va a servirnos todo eso? —pregunté, tratando de rebajar su entusiasmo.

—Nos ayudarán a entender los planes de la Ahnenerbe y a frustrarlos. Los nazis tienen a los mejores en cada campo y nosotros no vamos a ser menos.

No quise discutirle más, aunque estaba casi segura de que en la Ahnenerbe no habían reclutado estudiantes, por muy brillantes que estos fueran, sino que dispondrían de auténticos expertos.

—He fichado a los más selectos estudiantes para poder cumplir con nuestro cometido y, a cambio, tú solo has conseguidos a tres personas. ¿Qué tienes que decirme?

Se paró frente a mí con la barbilla alzada y una ceja enarcada, esperando que me disculpara por mi fracaso. Había momentos en los que odiaba todo de él: sus modales distinguidos, su aire de superioridad, su perfecto acento británico… Puse los brazos en jarras y abrí la boca para ponerle en su sitio.

—¿Que qué tengo que decirte? —No se me ocurrió nada. La verdad es que mis resultados eran decepcionantes. Incluso yo me sentía defraudada—. Que vamos a necesitar muchas sillas.

Vi que él contenía una risa y me sentí más relajada. Estaba segura de que podría hacerle ver que aquellos resultados tan desastrosos no eran culpa mía.

—Tendremos más sillas. Tendremos todo lo que necesitemos. He hablado con mis superiores y me han confirmado que podemos disponer de todo el presupuesto necesario para que esto funcione. Tenemos el dinero, tenemos un montón de mentes brillantes a nuestra disposición… Solo nos falta gente con el poder suficiente para

enfrentarse a los psíquicos del ejército nazi… Y solo has conseguido a tres personas.

Él había ido bajando el tono, como si estuviera intentando explicarse sin que yo me sintiera herida o atacada. Asentí y le dirigí una sonrisa triste.

—Me habría encantado recibirte con un ejército de telépatas, médiums y clarividentes, pero no los hay. He entrevistado a unas doscientas personas y casi todos han resultados ser farsantes o locos. —Me encogí de hombros—. No es mi culpa. Creo que Inglaterra no es una buena tierra para las brujas. Quizá ahorcasteis a demasiadas en la Edad Media.

—Los yanquis no sois nadie para criticarnos —me dijo burlón—. Recuerda Salem.

—Está bien… Lo que quiero decir es que de momento tendremos que arreglarnos con esto. —Lancé un suspiro resignado—. ¿Quieres conocerlos?

En cuanto entramos en el cuarto contiguo, las tres personas que estaban allí se levantaron de forma coordinada. Pensé que era muy gracioso que ya se movieran como si pertenecieran al ejército aunque no tuvieran ni idea de que acababan de ser reclutados. Alfred se colocó a mi lado, tan erguido, marcial y elegante como siempre y esperó a que yo tomara la palabra.

—Disculpad la espera. El proceso de selección ha terminado y tengo que comunicaros que sois los elegidos.

Una sonrisa se abrió paso en los rostros de nuestros tres acompañantes. Me coloqué frente a una chica muy joven, de piel clara, ojos de un azul tan luminoso que parecía irreal y larga cabellera rubia. Su sonrisa era tan amplia y sincera que incluso sus ojos brillaban. Le tomé la mano y me giré hacia Alfred para presentarles.

—Este es el teniente Alfred Mitchell, nuestro jefe. Y esta adorable jovencita es Wendy Thomas, de Clovelly, un pueblecito de pescadores al oeste de Londres. —Ella le dedicó una torpe reverencia a Alfred—. Tiene la capacidad de *notar cosas*…

—¿Notar cosas? —preguntó Alfred confuso—. ¿Podrías ser algo más precisa?

—Bueno, yo… —La voz de Wendy era apenas un susurro—. Veo colores alrededor de la gente y puedo saber cosas sobre ellos: su estado de ánimo, sus intenciones… A veces, tocando algún objeto, también puedo saber cosas de su dueño o de la última persona que lo tocó…

—Muy interesante —dijo Alfred, devolviéndole la reverencia con mucho mejor acierto—. Bienvenida al grupo. Estoy seguro de que tus capacidades nos serán de gran ayuda.

El rostro de porcelana de Wendy enrojeció por completo. Posé por un momento la mano en su hombro para apoyarla. Cuando levantó su mirada asustadiza, le dirigí una sonrisa.

—Y estoy segura de que esas habilidades mejorarán mucho con el entrenamiento. Al igual que las del resto de nuestros candidatos. —Di un par de pasos para acercarme a la otra mujer que había reclutado—. Ella es Irma Cohen.

Saludó con un gesto de la cabeza y esperó sin decir nada, clavando la mirada en la pared de enfrente. Sus enormes ojos negros me habían intrigado desde el primer momento. Era una mujer morena de no más de treinta años, pero ya poseía una belleza serena y una mirada cargada de recuerdos amargos que no suele alcanzarse hasta tener mucha más edad.

—Ese nombre no es inglés, ¿verdad? —preguntó Alfred a modo de saludo.

—No, soy polaca —respondió Irma—. Escapé del gueto de Lodz hace casi dos años.

—Entonces, además de sernos útil por sus capacidades especiales, podrá usted contarnos mucha información acerca de la Europa ocupada, señorita Cohen —comentó Alfred emocionado.

—Es señora Cohen… Y preferiría no tener que revivir esos recuerdos si no es indispensable —le cortó la mujer—. No entiendo para qué iban a ser de utilidad en un circo ni por qué estamos hablando con un teniente del ejército inglés.

Mientras hablaba, la mujer paseaba la mirada entre nuestros rostros y la puerta de salida. Todo su cuerpo estaba en tensión, como el de un cervatillo que estuviera a punto de salir huyendo después de haber escuchado el disparo de una escopeta demasiado cerca. Traté de tranquilizarla con una sonrisa.

—Os lo explicaremos todo en un par de minutos. —Me giré de nuevo hacia Alfred—. Podríamos decir que la señora Cohen practica el mesmerismo.

—¿El qué? —preguntó Alfred confuso.

—Algo similar a la hipnosis.

Alfred me tomó el brazo y me guio hasta la pared del fondo de la habitación para que pudiéramos hablar sin ser escuchados por nuestros compañeros.

—Lo siento… Ya sé que has encontrado a poca gente, pero esa mujer no nos sirve —susurró mientras le echaba miradas furtivas—. Ya te he dicho que he fichado a varios médicos y psiquiatras del King's College y dominan esa disciplina.

—No como ella —le corté.

—Por supuesto que no como ella. Estoy hablando de auténticos profesionales de la medicina que se han aproximado al fenómeno de la hipnosis desde una perspectiva científica y no como parte de un espectáculo de feria. No se puede comparar a un estudiante de una de las más prestigiosas universidades inglesas con una vendehúmos de algún extinto circo polaco.

Ahí estaba otra vez su arrogancia y su prepotencia británica. Cuando hablaba de aquella manera, me entraban unas ganas irremediables de ponerle en su sitio… y, por suerte para mí, en aquel momento tenía a mano todas las herramientas necesarias. Me giré hacia la mujer con una sonrisa traviesa en la cara.

—Señora Cohen, ¿sería tan amable de hacerle una demostración de sus poderes al teniente Mitchell?

Ella me devolvió una sonrisa maliciosa, así que supuse que, a pesar de las precauciones que había tomado Alfred, había escuchado nuestra conversación. Asintió con la cabeza y dio un par de pasos hacia nosotros hasta colocarse en el centro de la habitación.

—Llámame Irma —me pidió antes de clavar sus oscuros y profundos ojos en los de Alfred—. Estaré encantada de demostrarlos.

Tomó aire de forma pausada y profunda durante unos segundos. A pesar de que se mantenía quieta y que parecía que todo su cuerpo estaba en reposo, vi que una gota de sudor resbalada por su frente y que los músculos de su cuello y mandíbula estaban tan en tensión como si la mujer estuviera tratando de levantar un piano a pulso. El aire se llenó de una corriente eléctrica de origen desconocido y las luces de las lámparas titilaron, como si hubiera habido un descenso de la tensión. Cuando los labios de Irma pronunciaron su orden dirigida a Alfred, tuve que hacer un esfuerzo para no obedecerla yo también.

—Estira los brazos. —Los brazos de Alfred subieron como un resorte y se quedaron estirados frente a él, paralelos al suelo, mientras él los miraba con asombro, como si fueran dos apéndices ajenos—. Escúchame con atención. Tus brazos han dejado de ser de carne y hueso y se han convertido en dos sólidas vigas de hierro. No puedes doblarlos. Es totalmente imposible.

Pensé que quizá debería parar aquello. No quería que Alfred se

enfadara y expulsara a Irma del equipo. Aunque acababa de conocerla, estaba segura de que podría ser un miembro muy útil para nuestro grupo. Miré el rostro de Alfred y me tranquilicé. No parecía inquieto ni asustado. Contemplaba a la mujer con curiosidad y algo más… Parecía que en sus ojos había un brillo de desafío. Estaba intentando desobedecer los comandos de Irma y deshacer su dominio sobre él.

—Aunque no vas a poder hacerlo, quiero que intentes doblar los brazos. Puedes usar toda la fuerza que quieras. Quiero que intentes recuperar el control sobre tus brazos y doblarlos. Vamos, hazlo.

Volví a mirar a Alfred. Tenía todos los músculos en tensión, la mandíbula apretada, incluso se le marcaban los tendones en el cuello. Estaba aplicando toda su fuerza para recuperar el control sobre su cuerpo, pero le era imposible. Irma dio un paso más hacia él, hasta quedar muy cerca de su rostro y le dirigió una sonrisa burlona.

—¿Cuántos de esos magníficos estudiantes del King's College podrían hacer lo mismo que esta vendehúmos polaca? —Aunque seguía sonriendo, la rabia brillaba en sus ojos.

—Mis más sinceras disculpas, señora. —Las palabras de Alfred sonaron sinceras—. No pretendía ofenderla con mi comentario. Espero que pueda perdonarme y acceda a colaborar con nosotros. Ahora estoy seguro de que será una gran incorporación para el equipo. —Esperó hasta que ella asintió para seguir hablando—. Y también espero que, al perdonarme, me devuelva la movilidad de los brazos. Me gustaría poder subirme y bajarme los pantalones sin ayuda.

Irma rompió el contacto visual y Alfred recuperó el control sobre su cuerpo. En lugar de observarle a él, que doblaba sus brazos una y otra vez como si no acabara de creerse que pudiera moverlos, me fijé en Irma. Su cara había perdido el color y su mirada parecía perdida. Noté que se tambaleaba y me apresuré a pasar un brazo por su cintura para ayudarla a llegar a una silla cercana.

—¿Estás bien? —pregunté preocupada.

—Sí, es solo que usar mi poder me agota demasiado. —Tomó asiento y elevó la cabeza para dirigirme una sonrisa que era una mezcla de vergüenza y agradecimiento—. Creo que mi poder es demasiado limitado. No sé si voy a seros útil.

—Tranquila, estoy segura de que eso mejorará con la práctica.

Le di un par de palmadas en la espalda y, cuando estuve segura de que no iba a desmayarse, me giré hacia Alfred. Él asintió y señaló al último de nuestros acompañantes.

—Acabemos de conocer al grupo. Aún tienes que presentarme

al caballero.

—Por supuesto. Este es el señor Nigel Hinsley.

Me puse al lado del joven que esperaba su turno. Aunque con las dos anteriores presentaciones me había sentido muy confiada, tenía que reconocer que no estaba tan segura de haber acertado con mi última elección. Sin embargo, Nigel parecía muy seguro de sí mismo. Se adelantó hacia Alfred y le tendió la mano para chocársela con energía. Me quedé mirándole durante unos segundos, preguntándome si me habría equivocado. Nigel era un joven moreno de rasgos afilados, atractivo y bien vestido, quizá demasiado clásico. Llevaba un traje y, sobre él, un abrigo largo de paño negro que debía haber pasado de moda a mediados del siglo anterior. Con su mano izquierda, sujetaba un sombrero de copa y un bastón de ébano con empuñadura de plata que, dada su juventud, no necesitaba para nada. Alfred esperó pacientemente a que yo continuara la presentación, pero, al ver que continuaba ensimismada con el peculiar aspecto de Nigel, carraspeó nervioso.

—¿Y bien? ¿No vas a hablarme sobre las increíbles capacidades de nuestro último invitado?

—Lo haré yo mismo, señor —intervino Nigel—. Espero no sonar demasiado pretencioso, pero mis cualidades psíquicas son muchas y muy variadas. Tengo un amplio dominio de todas las mancias: quiromancia, cartomancia, geomancia… Además, soy un poderoso médium y domino varias disciplinas de la magia…

—Todos esos poderes son falsos —intervine con voz firme—. Simples trucos de feria. No he tardado más de unos segundos en desenmascararle.

—¿Cómo puede decir eso? —Nigel abrió la boca y negó con la cabeza, fingiéndose ofendido—. Llevo años trabajando en los más prestigioso espectáculos de toda Inglaterra con gran éxito de crítica y público.

—No niego que sea usted un artista, pero no es eso lo que estamos buscando —volví a cortarle—. Buscamos poderes genuinos.

—Y, si crees que es un farsante, ¿por qué está aquí? —preguntó Alfred.

—Porque tiene un poder real —contesté.

—¿Y cuál es?

Volví a quedarme en silencio un par de segundos mientras me mordía con nerviosismo el labio inferior. Ante la mirada de impaciencia de Alfred, decidí continuar.

—Dobla cucharillas —contesté con un hilo de voz.

—¿Perdona? —dijo Alfred inclinándose hacia mí—. Creo que no te he escuchado bien.

—Dobla cucharillas… Con la mente… —Lancé un suspiro, alcé la barbilla y decidí tirar para adelante. Si había decidido escoger a Nigel para el grupo, debía intentar defenderle—. Todos sus otros poderes son falsos, simples ilusiones, pero, por más que me esforcé, no conseguí descubrir ningún truco cuando doblaba las cucharillas. Creo que puede hacerlo de verdad.

—Por supuesto que tengo ese poder —me interrumpió el chico —. Al igual que mis otros poderes…

—Nigel, para… Deja de mentir. —Puse los brazos en jarras y le miré con severidad—. ¿Utilizas algún truco para doblar las cucharillas?

—No, por supuesto que no. —Se llevó la mano al pecho con gesto solemne—. Juro por mi honor de caballero que no hay ninguna trampa.

—Dice la verdad. —La dulce voz de Wendy me sorprendió—. Su aura es blanca ahora. No miente.

—Muchas gracias, Wendy. Podemos asumir entonces que ese poder es real.

—¿Por qué confías ciegamente en ella y no en mí? —protestó Nigel—. Me parece indignante que se pongan en duda todos mis dones y no los de esta señorita.

—Un poco de tranquilidad, por favor. —Alfred se colocó en el centro de la estancia con los brazos extendidos—. Supongamos que la señorita Thomas está en lo cierto y que ese don del señor Hinsley es auténtico… ¿Podrías explicarme cómo puede ayudarnos que él sea capaz de doblar cucharas en nuestra lucha contra el Tercer Reich? ¿Es que vamos a intentar que Hitler se atragante al comer sopa?

—Bueno… Tiene un poder real que puede entrenarse y mejorarse —contesté no muy segura—. Hay magia en este chico y tampoco había mucho más entre lo que elegir.

—Perdón, perdón, perdón… —dijo Nigel agitando las manos a ambos lados mientras nos miraba estupefacto—. ¿Qué es todo eso de luchar contra el Tercer Reich? ¿Esta entrevista no era para trabajar en un espectáculo?

Alfred y yo nos miramos durante un par de segundos. Me encogí de hombros y le señalé para indicarle que era su turno de dar explicaciones. Después, me senté en una silla con las manos colocadas

en el regazo y cara de no haber roto un plato, dejándole toda la responsabilidad de la conversación. Él asintió e hizo un gesto para indicar a nuestros compañeros que sería mejor que también tomaran asiento.

—Bueno… Creo que va siendo hora de que les expliquemos que están haciendo aquí en realidad. —Alfred esperó a que se hubieran sentado antes de seguir hablando—. Lo primero de todo es decirles que acaban de ser reclutados para el servicio secreto británico. Bienvenidos a la División OpenMind.


Alfred

Capítulo seis

Cuando Alfred entró en el sótano, se quedó parado en el umbral, con los brazos cruzados y una sonrisa satisfecha en la cara. Habían sido varias semanas de duro trabajo, pero por fin la División OpenMind empezaba a funcionar. El inmenso sótano, antes vacío y desangelado, bullía de actividad. Gente sentada a sus mesas, leyendo o redactando informes, estudiosos inmersos en raros textos antiguos escritos en lenguas muertas, grupos reunidos en los rincones o cerca de la cafetera discutiendo sobre los próximos pasos a seguir en sus investigaciones…

Llenó sus pulmones con una profunda bocanada de aire y se internó en el sótano para llegar hasta el fondo, donde se habían levantado varios tabiques para construir dos estancias privadas. La primera de ellas, la más pequeña, era su despacho, donde podía realizar reuniones en privado y trabajar con más tranquilidad. La otra, a la que se dirigía en aquel momento, era el corazón de OpenMind, un departamento secreto dentro de una división secreta en una base militar secreta, como si estuvieran imitando a esas muñecas rusas que se guardaban unas dentro de otras. Era el lugar en el que Clarice y sus compañeros entrenaban sus extraordinarias capacidades. Aunque parecía que, de momento, no estaban consiguiendo grandes resultados, tanto él como Clarice estaban seguros de que todo aquel trabajo daría sus frutos.

Mientras recorría los pasos que le separaban de su objetivo, varios compañeros se levantaron de sus mesas para hablar con él:

—Teniente Mitchell, necesito hablar con usted unos segundos… He encontrado unos testimonios de unos aldeanos polacos que dicen que fueron atacados por sus propios soldados caídos.

—Señor, he encontrado más datos sobre la expedición de Ernst Schafer al Tíbet…

—Teniente Mitchell, me han pasado unos mensajes en los que se habla de una división nazi llamada Unidad *Todesritter*. Creo que puede ser algo que nos interese…

Alfred prometió atenderles a todos en un rato y consiguió cruzar el sótano sin detenerse. Aquellas interrupciones le provocaron una sensación agridulce. Por un lado, era maravilloso y excitante darse cuenta de la cantidad de información que estaban encontrando e investigando. Por otro, le hacía darse cuenta de la ventaja que les llevaban los nazis en aquel campo. Su división ocultista llevaba funcionando a pleno rendimiento desde mediados de los años treinta y habían realizado multitud de investigaciones, expediciones,

experimentos… OpenMind acababa de nacer y resultaba insignificante en recursos y conocimientos si la comparabas con la omnipotente Ahnenerbe. Alfred sacudió la cabeza e irguió los hombros. No iba a dejar que aquellos pensamientos negativos le invadieran. Ellos podían ser menos y tener menos experiencia, pero luchaban por una causa justa.

Dio un par de golpes en la puerta del departamento de Clarice y esperó a que ella abriera. Dado que las actividades que se realizaban en aquella estancia eran consideradas alto secreto y que, además, podían ser peligrosas, se había prohibido que nadie abriera nunca aquellas puertas, pasara lo que pasara y oyeran lo que oyeran al otro lado. Unos segundos después, escuchó unos pasos y, cuando la puerta se abrió unas pulgadas, contempló el rostro de Clarice.

—¿Puedo pasar?

Ella sonrió, se hizo a un lado y le franqueó el acceso. Alfred entró y se encontró a los tres compañeros de Clarice sentados a una larga mesa. Enfrente de Nigel, habían colocado media docena de cucharillas de plata. Alfred se giró hacia Clarice, que se había quedado a cerrar la puerta con un pasador.

—¿Seguís jugando a doblar cucharas? —preguntó con un leve matiz de enfado en la voz.

—No estamos doblándolas —contestó Clarice—. Estamos intentando que leviten.

—¿Y habéis conseguido algo?

—Bueno… Aún no hemos conseguido que se separen de la mesa, pero han temblado un poco.

—Dudo mucho que eso vaya a hacer temblar a los nazis —intervino Nigel—. Y me duele muchísimo la cabeza. Creo que va siendo hora de que sean Wendy o Irma las que ejerciten sus capacidades.

—Está bien —concedió Clarice—. Irma, es tu turno. Quiero que intentes instalar una orden en su cerebro para que la cumplan cuando ya no estés presente.

—Y que no sea nada vergonzoso —la cortó Nigel—. Nada de hacernos cacarear en el comedor.

—Una maldad así solo se te podría ocurrir a ti —observó Wendy con su dulce voz—. Yo confío en Irma.

—Si no te necesitan aquí, me gustaría hablar en privado contigo —dijo Alfred dirigiéndose a Clarice—. Acompáñame a mi despacho, por favor.

Clarice asintió y ambos salieron de la estancia. Cuando llegaron al despacho de Alfred, este se sentó en su sitio y le indicó a su acompañante que se sentara enfrente. Ella lo hizo, mientras le lanzaba una mirada de curiosidad.

—¿Qué necesitas, Alfred?

—He pensado que me gustaría que instauráramos la costumbre de reunirnos todas las mañanas para que me hicieras un resumen del progreso de la unidad.

—¿En serio? —Clarice frunció el ceño y cruzó los brazos frente al pecho mientras se recostaba en el respaldo de su silla—. ¿Y se puede saber por qué debería hacer eso?

—Pues porque soy tu oficial superior —contestó él mientras intentaba descubrir, a la mayor velocidad posible, qué era lo que había dicho para despertar su rechazo.

—A mí también me gustaría saber qué está haciendo toda esa gente de ahí fuera y si está sirviendo para algo. ¿Por qué no me haces un informe tú a mí? —repuso ella.

—Te lo voy a repetir por si no ha quedado claro la primera vez: soy tu oficial superior —Se puso de pie y se inclinó hacia delante para tratar de parecer más seguro e imponente—. Yo soy quien pide los informes y los demás los que debéis dármelos.

—Pero es que yo no soy como los demás o, al menos, no es eso lo que me hiciste creer. —Ella también se puso de pie y apoyó las manos en la mesa para dejar su rostro a escasas pulgadas del de Alfred—. Me dijiste que era imprescindible para el desarrollo de esta unidad, que sin mí no podrías hacer nada…

—Y es así. Te he puesto al frente del departamento de investigación psíquica…

—Ese es el problema —le cortó ella—. Me has puesto al frente. Tú eres el que decides, el que separa a la gente por departamentos, el que asigna las funciones…

—Soy teniente, agente del MI6 y he sido nombrado jefe de esta operación por el Estado Mayor. ¿Es que quieres encargarte tú de todo?

—No, pero me hiciste creer que mi opinión sería tenida en cuenta —objetó ella—. Sin embargo, nos has encerrado en una habitación oculta, separados de todos los demás… No sé qué le has dicho a esa gente, pero nos evitan y cuchichean a nuestras espaldas, como si fuéramos bichos raros.

—Solo les he dicho que no debéis ser molestados y que vuestra misión aquí es alto secreto.

—Pues les he oído referirse a nosotros como “los bichos raros”, “los monstruos de feria”, “los niños prodigio”, “los ocultos”…

—Ese nombre me gusta. Podríamos usarlo para la unidad. —dijo Alfred sonriendo. Al ver que Clarice volvía a fruncir el ceño, se apresuró a seguir hablando—. No sé los rumores que habrán oído y eso es algo que no puedo controlar, pero no tenéis de que preocuparos. Ahora mismo, todo es nuevo y despierta curiosidad, pero se les pasará con el tiempo.

—Espero que sea así, pero, por como nos miran cuando pasamos, me da la impresión de que algunos nos quemarían en la plaza del pueblo si pudieran.

—No seas exagerada. Como mucho os exorcizarían —bromeó él. Al ver que a ella se le escapaba una sonrisa, decidió volver al tema inicial de la conversación—. ¿Vas a informarme de los avances de tu departamento?

—¿Qué avances?

Alfred pensó que aquella pregunta servía perfectamente como respuesta, pero decidió seguir insistiendo. Después de todo, él también tenía que redactar informes para sus superiores y no podía decirles que la joya de la corona de la División OpenMind no estaba consiguiendo nada.

—Lleváis un par de semanas encerrados en esa sala —protestó—. Algo habréis avanzado…

—Esto no es una ciencia exacta, Alfred —contestó ella mientras volvía a tomar asiento—. Estamos hablando de cualidades psíquicas extraordinarias. Casi no sabemos nada de ellas: ni de dónde surgen, ni cómo o por qué se desarrollan, ni cómo mejorarlas… Lo único que podemos hacer es practicar e intentar llevarlas cada día un poco más allá, pero tienes que tener en cuenta que los aprendizajes arcanos llevan años, incluso toda una vida…

—No podemos esperar —la cortó Alfred—. La Ahnenerbe nos lleva años de ventaja. A saber las capacidades que poseen sus miembros y lo que son capaces de hacer.

—¿Qué quieres decirme con eso?

—Que tenéis que mejorar a toda velocidad, que tenéis que haceros más poderosos. —Al ver que ella negaba con la cabeza, decidió seguir hablando para no dejarle tiempo a protestar—. Tengo órdenes de las más altas esferas para proporcionaros todo lo que necesitéis. Si necesitas más personal, dímelo. Si necesitáis unas instalaciones mejores o cualquier recurso…

—Sí, eso es. Necesito un recurso —consiguió decir ella.

—Lo que quieras —respondió él abriendo los brazos mientras una amplia sonrisa se dibujaba en su cara—. ¿Qué es lo que necesitas?

—Tiempo.

—Tiempo es lo único que no puedo darte.

—Pues tiempo es todo lo que necesito. —Clarice volvió a levantarse, dando por finalizada la conversación—. Mientras no entiendas eso, no tenemos nada más de lo que hablar.

Ella se dirigió hacia la puerta del despacho dispuesta a marcharse. Durante un segundo, Alfred se mantuvo en silencio, viendo como se iba sin decir una palabra. Sabía que ella tenía parte de razón en lo que decía, pero no podía permitir que se fuera pensando que había ganado la partida. Como se había encargado de decirle en un par de ocasiones en el curso de aquella conversación, él era el oficial al mando y debía quedarle claro que no iba a tolerar que le hablara en aquel tono ni que pensara que podía ignorar sus órdenes. No entendía por qué no era capaz de imponer su autoridad delante de Clarice cuando, durante toda su vida, había conseguido que los demás le obedecieran sin cuestionarle nada. Quizá fuera por haberle conocido como si fuera un soldado raso o por haber salido a beber y a bailar juntos o por aquel beso en su ventana… Detuvo de inmediato aquel hilo de pensamientos, que le despertaban sentimientos que debía mantener a raya. Todo aquello no tenía que haber sucedido y no debía enturbiar su relación profesional. Y él era el encargado de encauzarla:

—Señorita Cooper, vuelva aquí inmediatamente —dijo tras ponerse en pie y cruzar las manos a su espalda.

—¿Por qué?

—Porque se lo ordeno yo, su oficial superior —continuó él con la mirada perdida en el infinito. Sabía que, si la cruzaba con sus ojos, del color azul grisáceo de un día de tormenta, su discurso perdería fuerza. Cuando vio que ella había vuelto a colocarse frente a él, continuó hablando—. Como le decía, el tiempo es el único recurso del que carecemos, así que debemos hacer lo posible y lo imposible por conseguir resultados cuanto antes. Ahí fuera tengo a un centenar de hombres y mujeres que se están dejando la piel para ponerse al día y descubrir en cuestión de semanas cuáles son las operaciones y logros de las divisiones ocultistas nazis de los últimos quince años. Espero el mismo compromiso de usted y de su departamento.

—Sabes que estamos haciendo todo lo posible —le cortó ella.

—Se contesta “Sí, señor” y solo cuando se le pregunte —la reprendió

con tono seco—. No sé qué costumbres tendrán en el ejército estadounidense, pero aquí obedecemos y respetamos a nuestros superiores. ¿Lo ha entendido?

—Sí, señor.

El tono de su voz sonó tan gélido que le provocó un escalofrío en la espalda, tan cargado de rabia como si estuviera impregnado de veneno. Decidió ignorarlo y seguir hablando.

—A partir de mañana, quiero un informe diario sobre los avances de su departamento. Y espero que haya avances de los que informar. —Se tomó un segundo para que sus palabras calaran en la mente de Clarice antes de terminar su discurso—. ¿He hablado con claridad?

—Cristalina, señor.

De nuevo el tono sonó agresivo e irrespetuoso, pero decidió dejarlo estar. Le dio permiso para que se retirara y ella salió, sin decir una sola palabra más pero dando un portazo que hizo que todas las conversaciones del otro lado de la puerta se detuvieran de inmediato. Alfred resopló mientras tomaba asiento. Sabía que había hecho bien en imponer su autoridad. No podía pasarse el día dando explicaciones ni discutiendo con ella cada decisión. El ejército no funcionaba así y ella debía aprender a obedecerle sin cuestionarse nada más.

Negó con la cabeza y se apretó el entrecejo con dos dedos, luchando por contener el dolor de cabeza que se acercaba. Sabía que en teoría había hecho lo que tenía que hacer…

En teoría…

En la práctica, le daba la impresión de que Clarice Cooper no era una mujer a la que se le pudieran dar órdenes. Y, además, temía que aquella era una lección que solo estaba empezando a aprender. Una lección por la que acabaría pagando un precio muy alto.


Clarice

Capítulo siete

Me costó controlarme para no salir del edificio a la carrera. Sentía en mi interior tanta rabia, tanta energía contenida, que tenía ganas de correr, de gritar… En realidad, lo que sentía eran ganas de volver a entrar en el despacho de Alfred y dejarle muy claro que no tenía ningún derecho a hablarme como acababa de hacerlo, pero sabía que sería inútil. Él tenía razón: era mi superior y yo no debería olvidarlo.

Aquel pensamiento me hizo enfurecer aún más. Apuré el paso, salí del edificio y cogí mi bicicleta. Mientras me dirigía a la salida de Blecthley Park, traté de concentrarme en pedalear y olvidar mi mal humor, pero me fue imposible. Era culpa de Alfred que yo olvidara que debía tratarlo como a un superior. Era él quien tenía un comportamiento confuso y voluble. Tan pronto quería reafirmar su autoridad y se comportaba como un arrogante y distante oficial británico como deseaba acercarse a mí y que nos tratáramos como amigos… O como algo más. En ocasiones, su manera de mirarme y de sonreír me confundía tanto…

Los guardias de la puerta me dejaron pasar sin preguntarme nada. No solía haber controles para salir de Blecthley Park y, además, ya llevaba varias semanas entrando y saliendo del complejo y algunos de los guardias ya me conocían. Seguí pedaleando con energía, esperando que el esfuerzo físico me ayudara a templar mis ánimos. Por suerte, aquel día no llovía, aunque el cielo presentaba un deprimente color gris y el aire que soplaba del norte era frío y desapacible.

En unos minutos, llegué a la taberna. En cuanto entré, mi mirada se dirigió a la chimenea, en la que, como siempre, brillaban alegres las llamas de una hoguera. Todas las mesas estaban llenas y, en la más cercana al fuego, reconocí la figura de Turing. Como si hubiera notado mi presencia, él levantó la mirada de los papeles que estaba estudiando y me saludó con la mano, invitándome a acercarme. Le indiqué que iba a pasar primero por la barra. Dudé sobre qué debería pedir. Me apetecía un café caliente y cargado, pero el que preparaban en Inglaterra era un brebaje repugnante que no merecía llamarse café. Tampoco me apetecía un té. En aquel momento, odiaba todo lo que pudiera estar relacionado con aquel maldito país. A pesar de que ni siquiera era mediodía, pedí una pinta de cerveza. A la mierda mi reputación… A la mierda todo.

Me senté frente a Turing y posé la jarra sobre la mesa. Él enarcó una ceja, pero no dijo nada. Se limitó a remover su taza de té durante unos segundos. Al ver que yo no saludaba ni hacía el menor esfuerzo por

comenzar una conversación, decidió tomar la palabra.

—Buenos días, señorita Cooper. ¿Una mala mañana?

No contesté, al menos no con palabras. Me limité a soltar un gruñido, a llevarme la jarra a los labios y vaciar la mitad del contenido.

—Espero que, ahora que ha saciado su sed, esté más comunicativa —dijo con su suave voz—. Ya sé que no quiere hablar del tema, pero me gustaría que conversáramos sobre Christopher.

—Ya le he dicho que no puedo comentar nada sobre eso. No puedo decirle cómo sé cosas sobre su amigo ni cómo consigo comunicarle con él —contesté con voz firme.

—Lo sé, lo sé… Y no voy a insistirle sobre ello. He investigado por mi cuenta y sé que su trabajo, al igual que todo lo que están haciendo en los sótanos de Bletchley Park, es altísimo secreto.

Aparté la mirada de las llamas de la chimenea y le miré. Una media sonrisa adornaba su cara y en sus ojos brillaba una mirada burlona, con la que parecía querer indicarme que sabía mucho más de nuestras actividades de lo que podía imaginar. Me encogí de hombros y le devolví la sonrisa.

—Entonces, si ya sabe que no puedo hablar de mi trabajo, ¿de qué quiere hablar?

—Me gustaría saber si Christopher sigue conmigo. —Negué con la cabeza, pero él extendió su brazo por encima de la mesa y me tomó la mano. Cuando le miré, vi la angustia en sus ojos—. Por favor, es importante. Soy un hombre de ciencias y no debería creer en estas cosas, ni planteármelas siquiera, pero se trata de Christopher… Seguramente la persona a la que más unido me he sentido en la vida. ¿Podría, por favor, decirme si sigue conmigo?

Suspiré y bajé mis defensas, a pesar de que estaba segura de lo que iba a encontrar. Tal como pensaba, el joven pálido continuaba de pie al lado de Turing, contemplándole con expresión preocupada.

—Claro que sigue con usted. —No pude evitar que se me escapara un leve tono de reproche—. ¿Acaso ha tratado de liberarlo, tal como le indiqué? No. Usted sigue necesitándole de una forma tan desesperada como para no soltarlo, a pesar de que le dije que estaba condenando su alma y evitando su descanso eterno.

—¿Cómo puedo saber que me está diciendo la verdad? —preguntó Turing. Su tono había cambiado. Ya no era suplicante, sino que se había vuelto beligerante y altanero—. ¿Cómo puedo saber que no me está engañando para sacarme algo?

—Primero, porque no hay nada que yo quiera de usted —contesté

mientras me encogía de hombros—. Y segundo, porque ya me cree. Si no, no me habría llamado para invitarme a su mesa y no habría sacado el tema. ¿Qué quiere de mí, señor Turing?

—Quiero hablar con Christopher. —Su voz era tan baja que tuve que acercarme para escuchar sus palabras por encima del ruido de las otras conversaciones de la taberna—. No pude despedirme de él cuando murió y necesito hacerlo. Después le liberaré.

Volví a negar con la cabeza, me recliné en el respaldo y le di otro largo trago a mi pinta. No podía darle lo que me estaba pidiendo. Se suponía que debía tratar de pasar desapercibida y que mis dones permanecieran en secreto. No podía arriesgarme a que Turing se fuera de la lengua y empezara a contar por todo Bletchley Park que yo era una bruja capaz de comunicarse con los muertos.

—No puedo ayudarle. No tengo esas capacidades —mentí.

—Sé que eso no es cierto. Conozco a mucha gente aquí dentro y he conseguido mucha más información de la que imagina acerca de quién es usted, cuáles son sus capacidades y qué están haciendo en su departamento. —Turing me miró a los ojos. No había amenaza en ellos, pero sí desafío. Creo que le molestaba que yo intentara engañarle—. Y voy a decirle dos cosas: sé que usted puede ayudarme a comunicarme con Chris y que yo puedo ayudarles a ustedes en su misión contra la Ahnenerbe.

Me quedé callada durante unos segundos, intentando esconder lo mucho que sus palabras me habían afectado. Se suponía que todas las actividades de la División OpenMind eran alto secreto y, por lo que acababa de decirme Turing, ese secreto estaba comprometido. Pensé en decirle que no sabía de qué estaba hablando, levantarme e irme, pero algo me hizo quedarme. No sabía por qué, pero quería ayudar a Turing y al espíritu de su amigo. Me daba la impresión de que ambos necesitaban encontrar la paz y que solo yo podría ayudarles a lograrlo. Y, por otro lado, tampoco me parecía peligroso hablar con Turing acerca de las actividades de OpenMind. Aquel hombre era el responsable de descifrar los códigos nazis. Su fidelidad a nuestro bando en la guerra estaba fuera de toda duda. Aun así, el brillo retador de sus ojos me hizo desear ponérselo un poco difícil.

—Si sabe algo que pueda ayudarnos en nuestra lucha contra la Ahnenerbe, debería decírmelo sin pedir nada a cambio. Se supone que estamos en el mismo bando.

—Sabe que lo haré de todas formas. —Chasqueó la lengua con fastidio antes de seguir hablando—. ¿Va a ayudarme a comunicarme con Christopher o no?

—De acuerdo —concedí—. ¿Qué es lo que quiere decirle?

—¿Aquí? ¿Ahora? —preguntó sorprendido—. ¿No necesita nada?

—¿Qué voy a necesitar? ¿Velas, incienso, una bola de cristal…? Todo eso son artificios usados por farsantes y timadores —respondí cansada—. Estoy viendo a su amigo tan claramente como le veo a usted. Dígame qué quiere decirle.

—¿Cómo puedo saber que es verdad? —Turing enarcó una ceja—. A lo mejor usted también es una farsante.

—¿En serio tenemos que jugar a esto? Si ha investigado sobre mí como dice, sabrá que no miento sobre mis poderes. —Suspiré resignada y me eché hacia delante en la silla para apoyar un codo en la mesa—. Está bien. Se lo demostraré. Christopher, ¿hay algo que quieras decirle a Alan?

—Sí, claro. Necesito que me haga un favor. —El muchacho apoyó una mano en el hombro de Turing, provocando que este se estremeciera y acercara las manos a la chimenea mientras seguía manteniendo su mirada fija en mí—. No sé qué ha pasado… Yo estaba pasando unos días con mi madre y ahora no sé bien dónde estoy, pero supongo que estará preocupada por mí. Se llama Isobel Morcom… Alan la conoce. Se la presenté en unas vacaciones. ¿Podría hablar con ella y decirle que estoy bien y que volveré pronto? No quiero que se angustie…

Asentí y forcé una sonrisa para tranquilizarle. Aquello era aún peor de lo que había imaginado. A pesar de que debía llevar varios años muerto, Christopher no era consciente de ello en absoluto. Iba a ser difícil explicárselo y convencerle de que debía trascender.

—¿Ha dicho algo? —La voz de Turing interrumpió mis pensamientos.

—Sí. Me ha hablado sobre su madre, Isobel Morcom. Me ha dicho que usted la conocía. —Esperé hasta que él asintió—. Quiere que usted hable con su madre y que le diga que está bien y que volverá pronto.

—¿Que volverá? ¿Cómo? —Turing se estremeció de nuevo al hacer esa pregunta.

—No es consciente de haber muerto. Tendré que explicárselo y convencerle de que pase al otro lado.

—No, no haga eso —pidió Turing.

—¿Cómo que no? ¿No era eso lo que quería? ¿Despedirse de su amigo?

—No. No quiero separarme de él. —El hombre agachó la cabeza durante unos segundos. Cuando la levantó, vi que en sus ojos brillaban lágrimas contenidas—. Usted no lo entiende… Cuando Chris murió,

todo mi mundo se desmoronó. Me rebelé contra todo, me rebelé contra Dios… No era posible que hubiera un Dios que permitiera que una mente privilegiada como la suya, que un ser tan excepcional como lo era Chris desapareciera… No podía ser que sus pensamientos, su creatividad, su lógica, su inteligencia estuvieran ahí y que, al día siguiente, todo se hubiera perdido.

—No se ha perdido. Se lo estoy demostrando. —Deslicé el brazo sobre la mesa y agarré su mano para mostrarle mi apoyo, pero él la retiró como si mi contacto le quemara—. Su espíritu, su alma, su mente… como quiera llamarlo… sigue vivo, sigue aquí. No se pierde. Hay algo más después de la muerte del cuerpo físico.

—Pero usted quiere hacer que él se vaya.

—Por supuesto. Se lo dije la otra vez. El tiempo y el espacio para ellos no es igual que para nosotros. Si no trasciende, su mente se irá perdiendo, su espíritu se irá corrompiendo y acabará por volverse loco… Al final, no recordará a su madre, ni sabrá quién es usted, ni siquiera sabrá quién es él… Solo será una mente perdida y furiosa tratando de regresar al mundo de los vivos. No querrá usted eso para su amigo.

—¿Pero a dónde tiene que trascender? ¿Qué hay al otro lado?

—Eso no puedo decírselo. Nadie lo sabe.

—¿Y si solo está la nada? ¿Cómo sabe si, al ayudarle a trascender, no le hará desaparecer para siempre?

Negué con la cabeza, pero no pude responder nada. No tenía respuestas a aquellas preguntas, aunque mi fe me hacía pensar que, al otro lado, los espíritus encontraban la paz y el descanso que anhelaban. No sabía si había un cielo como promulgaban los cristianos o algún tipo de paraíso en el que vivir felices para siempre en compañía de nuestros seres queridos o si volvíamos a reencarnarnos o si nos fundíamos con la energía del universo. Solo sabía que los espíritus que se quedaban no encontraban la paz, que se volvían cada vez más tristes, furiosos, enloquecidos y agresivos…

—Quedarse aquí no le va a hacer ningún bien —insistí—. Sé que intenta proteger a su amigo, pero permanecer entre ambos mundos solo hará que su mente se vaya perdiendo e internándose en la locura.

—Es mejor ser un loco que no ser en absoluto. No voy a ayudarla a convencer a Christopher para que se vaya de este mundo sin que me ofrezca la seguridad de que va a un sitio mejor.

—No puedo ofrecerle esa seguridad —dije con tono firme—. Y yo tampoco voy a ayudarle a comunicarse con su amigo y mantenerle

aquí.

—No es necesario que me ayude. Si no puedo comunicarme con Chris, no lo haré. Me basta con saber que está a salvo y a mi lado.

Decidí levantarme y marcharme. Había acudido a aquel bar buscando un poco de tranquilidad después de la discusión con Alfred y no tenía ninguna gana de acabar discutiendo con Turing. Cuando me vio ponerme en pie, él me imitó y buscó algo en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Espere, le he dicho que tenía algo para usted.

—Sí, pero me había dicho que me lo daría si le ayudaba a comunicarse con su amigo y no estoy dispuesta a hacerlo.

—Eso da igual. —Turing soltó un suspiro resignado—. Siéntese, por favor.

Volví a mi sitio de mala gana y me dediqué a pasear la mirada por la taberna, mientras Turing rebuscaba sin éxito en todos sus bolsillos. Finalmente, soltó una exclamación de alegría y colocó frente a mí un papel arrugado. Lo cogí y lo contemplé sin entender nada. Contenía dos líneas de letras, sin ningún sentido ni separación entre ellas.

—¿Qué es esto? —pregunté después de unos segundos.

—Es un mensaje que hemos interceptado —explicó.

—Pero no tiene ningún sentido —le corté.

—Eso mismo pensamos nosotros en el primer momento. De hecho, íbamos a desecharlo, pensando que estaba mal descodificado, pero uno de nuestros hombres se dio cuenta de un par de detalles que podían ser importantes. —Turing se inclinó hacia delante. Tomó el papel de mis manos y lo colocó en el centro de la mesa para que ambos pudiéramos verlo—. A pesar de que parece un galimatías sin sentido, encontró dos palabras en alemán. —Deslizó el dedo por el papel para señalarme la primera—. *Ahnenerbe*. Según me han comentado mis fuentes, esa es la organización alemana contra la que están luchando desde los sótanos de Blecthley Park. ¿Me equivoco?

—Sabe que no puedo afirmar ni negar nada de eso —contesté.

—Bien, lo tomaré como un sí y les haré llegar todos los mensajes dirigidos a esa organización que consigamos interceptar. —Yo le dediqué una sonrisa de agradecimiento, lo máximo que podía hacer sin admitir lo mucho que iba a ayudarnos con eso. Él me guiñó un ojo y señaló otra serie de letras al final del mensaje—. Como puede ver, aquí hay otra palabra en alemán: *Doppelgänger*.

—No hablo alemán —admití—. ¿Qué significa?

—Algo así como “Doble andante” —contestó Turing—. Al estar situado al final del mensaje, suponemos que es una especie de firma, el nombre clave de la persona que envía el mensaje. Estas dos palabras en alemán, que parecen señalar el destinatario y el emisor del mensaje, nos hicieron darnos cuenta de que estaba bien descifrado.

—Sí, pero no podemos entender el mensaje en sí —apunté.

—Lo sé, pero, según me han dicho mis colaboradores, eso puede deberse a que está escrito en un idioma que no es ni inglés ni alemán. —Turing puso un dedo sobre el papel e hizo que se deslizara sobre la mesa hacia mí—. Me han dicho que puede ser alguna antigua lengua semítica y que es posible que en su departamento tengan algún lingüista que pueda traducirlo. Ya sé que tampoco va a afirmar ni negar ese punto, pero ahí tiene el mensaje. Espero que puedan descifrarlo y que les sirva de algo.

Doblé el papel, me lo guardé en un bolsillo de la chaqueta y, tras levantarme, le tendí la mano.

—No podré decirle cuál es el resultado. —Él se encogió de hombros—. De todos modos, agradezco su colaboración y siento no haber podido ayudarle con su amigo.

—No es que no pueda. Es que no quiere. —Me dirigió una sonrisa triste—. No se preocupe. Chris y yo estaremos bien. Siempre nos bastó con estar cerca el uno del otro, incluso sin hablar.

Asentí y salí del bar. Unas nubes de color gris oscuro habían invadido el cielo, como un negro presagio. A pesar de que el viento no era frío, sentí que me estremecía. No sabía por qué, pero tenía la sensación de que el mensaje que me había dado Turing era importante y que anunciaba un gran peligro. Monté en mi bicicleta y pedaleé con energía de vuelta a Bletchley Park. Si algo había aprendido en mis años como bruja, era que a los presagios había que hacerles caso.


Alfred

Capítulo ocho

Levantó la cabeza del informe que estaba leyendo cuando escuchó abrirse la puerta de su despacho. Supuso que el edificio debía estar viniéndose abajo, porque ninguno de sus subordinados se atrevería a abrir esa puerta sin llamar antes… Ninguno salvo Clarice, por supuesto.

Ella entró con gesto resuelto y cerró a su espalda. Alfred temió que la chica hubiera estado reflexionando sobre su última conversación y hubiera regresado para seguir discutiendo y cuestionando su autoridad, pero por su gesto no parecía enfadada. Al contrario… Los ojos le brillaban y una sonrisa iluminaba su rostro. Sin saludar siquiera, ella se sentó sobre su mesa y cruzó las piernas antes de poner frente a él un trozo de papel arrugado.

Estaba tan sorprendido por aquel comportamiento tan inadecuado que fue incapaz de decir una sola palabra. Se limitó a esperar a que ella le diera alguna explicación. La sonrisa de Clarice se amplió aun más mientras le daba un par de golpecitos con el dedo índice a aquel pedazo de papel.

—¿No querías resultados? —preguntó con tono altivo—. Pues aquí tienes resultados.

Él soltó un suspiro y cogió el papel de encima de la mesa. Lo miró un par de veces, sin entender qué era aquel galimatías sin sentido.

—¿Qué es esto?

—Un mensaje secreto interceptado a los alemanes —contestó ella ufana.

—¿Y qué tiene que ver esto con nuestro departamento y con los resultados que te he pedido?

—Es un mensaje para la Ahnenerbe. —Clarice le arrancó el papel de las manos, lo colocó sobre la mesa y pasó el dedo por las letras en las que aparecía el nombre de la organización enemiga. Después hizo lo mismo con los caracteres finales del mensaje—. Y está firmado por un tal *Doppelgänger*.

—¿El qué?

—*Doppelgänger*. Significa algo así como “doble” en alemán —respondió ella molesta, como si no le gustara tener que contestar a preguntas tan obvias.

—Sé lo que significa *Doppelgänger*. Hablo alemán a la perfección. En realidad, se utiliza para referirse a un doble fantasmagórico o a una

especie de gemelo malvado de una persona viva.

—Vaya, no sabía que el señor era tan listo —le interrumpió ella sarcástica—. ¿Hay algún idioma más que sepas hablar a la perfección?

—Sí. Francés e italiano, pero no creo que eso sea importante ahora. —Le gustó el gesto de sorpresa que apareció por un segundo en los ojos de la chica—. El resto del mensaje no está en alemán ni en ningún otro idioma que conozca. ¿Qué significa?

—No lo sé. Te lo he traído porque se supone que tienes a tu disposición a un montón de lingüistas e historiadores. Me han dicho que el mensaje puede estar escrito en alguna lengua muerta, probablemente semítica. Espero que alguno de tus expertos cerebritos pueda leerlo.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó Alfred suspicaz—. ¿De dónde has sacado este mensaje?

—Se dice el pecado, pero no el pecador. —Clarice se bajó de la mesa de un ágil salto y se alisó la falda con unos golpecitos—. Si me disculpa, señor, he de ir a entrenar a sus subordinados y a exprimirlos como limones hasta que sean útiles a la gloriosa Gran Bretaña. Y a elaborar un concienzudo informe para que usted sea feliz.

Antes de que él pudiera protestar, ella se puso firme, golpeó con fuerza ambos talones y le dirigió un saludo militar tan mal hecho como para haberla mandado un par de días al calabozo. Después, se giró y salió a toda prisa del despacho.

Alfred se quedó mirando durante unos segundos aquella puerta cerrada mientras sostenía el papel en sus manos. Después, sin poder contenerse, se echó a reír. Aquella chica estaba loca e iba a conseguir volverle loco también a él.

Miró de nuevo el mensaje que ella le había entregado. No sabía de dónde lo habría sacado Clarice, pero estaba escrito con el mismo tipo de papel y usando la misma metodología que utilizaban para apuntar los cientos de mensajes enemigos que se interceptaban y descifraban a diario en Bletchley Park. Se encogió de hombros. A lo mejor se trataba de algo importante. Además, disponía de varios expertos en lenguas muertas en la habitación contigua que, en aquel momento, no tenían nada que hacer. Aquello al menos les serviría de entrenamiento y a él le ayudaría a mantener la cabeza ocupada. Si seguía pensando en cómo “domesticar” a Clarice, acabaría por volverse loco.

Aunque sabía que no debía hacerlo, Alfred se vio obligado a entrar sin haber sido invitado en la habitación que Clarice y sus compañeros

usaban como sala de entrenamiento. Llevaba más de dos minutos llamando sin recibir respuesta. En un primer momento, había pensado en marcharse y volver más tarde. Clarice le había advertido en alguna ocasión de que las actividades que iban a realizar en aquella sala podían ser peligrosas y que nunca debería acceder sin que le hubieran dado permiso para ello, pero en aquel momento aquellas advertencias le parecían un buen motivo para entrar. ¿Y si les había pasado algo? ¿Y si habían intentado algo tan peligroso como para estar heridos o incapacitados? Tendría que arriesgarse y entrar. Además, lo que tenía que decirles era importante.

Abrió la puerta un par de pulgadas y miró dentro, temiendo que, en cualquier momento, un rayo le atravesaría de arriba abajo o que un espíritu maligno escapado del otro lado le atacaría para poseerle o devorar su alma. No sucedió nada. Todo era tranquilidad al otro lado. Demasiada tranquilidad…

En el centro de la habitación estaba Wendy. Tenía los ojos cerrados y el ceño fruncido, como si estuviera muy concentrada en algo. Entre las manos, llevaba un pedazo de tela blanco, quizá un pañuelo. Irma, Nigel y Clarice la rodeaban. Cada uno de ellos tenía una mano en contacto con la chica. Todos mantenían la cabeza baja y los ojos cerrados. Ninguno de ellos cambió su postura ni abrió los ojos, como si estuvieran tan inmersos en lo que estaban haciendo como para no haberse dado cuenta de que él había entrado en la habitación.

Esperó unos segundos a ser atendido, pero nada sucedió. Estaban tan quietos, tan en silencio como si fueran estatuas. Cerró la puerta con cuidado y dio un par de pasos dentro de la estancia, sin saber si debería carraspear o llamar a alguno de ellos por su nombre. Por suerte, debió de hacer el suficiente ruido como para romper la concentración de Clarice, porque ella abrió un ojo y le miró enfadada.

—Creo haberte dicho que no debes entrar en esta habitación sin haber sido invitado —dijo a modo de saludo.

—Ya, pero no sé si me has dicho eso para que no os moleste —contestó él con una sonrisa irónica que esperaba sirviese de disculpa—. No veo que estéis haciendo nada peligroso.

—La verdad es que no —intervino Wendy antes de soltar un suspiro apenado y desplomarse en una silla cercana—. No estábamos haciendo nada.

—Eso no es verdad —la contradijo Clarice—. Estábamos practicando para mejorar nuestras habilidades. Eso no es “no hacer nada”.

—¿Y qué es lo que estabais practicando exactamente? —preguntó Alfred.

—Ya sabes que Wendy tiene la capacidad de saber cosas sobre la última persona que tocó un objeto o sobre su dueño… —empezó a explicar Clarice.

—Sí, pero no funciona siempre. Ni siquiera puedo hacerlo a voluntad —se excusó Wendy. Parecía tan apenada como si fuera a echarse a llorar de un momento a otro—. Son solo impresiones e imágenes que llegan a veces, sin que yo pueda controlarlas.

—Por eso estamos entrenando, Gwen. —Clarice se acuclilló al lado de la chica y, con un tierno gesto, le colocó un mechón de cabello detrás de la oreja—. Tus habilidades mejorarán con la práctica. Solo tienes que tener confianza en ti misma.

Alfred se sorprendió deseando que, en alguna ocasión, Clarice mostrara hacia él una décima parte de la dulzura que estaba mostrando con Wendy. Por suerte, la voz de Nigel le distrajo de aquellos estúpidos e inoportunos pensamientos.

—No te agobies, Wendy. Los demás tampoco hemos conseguido nada.

—¿Y qué se supone que estabais haciendo los demás? —preguntó Alfred interesado.

—Tratábamos de imbuirle nuestra fuerza espiritual para potenciar sus capacidades —contestó Irma.

—¿Creéis que eso se puede hacer?

—Ni idea. —Clarice se encogió de hombros—. Pero no lo sabremos si no lo intentamos. Bueno, volvamos a lo importante. ¿Se puede saber por qué has entrado en nuestras instalaciones sin permiso?

Alfred tuvo que morderse la lengua. Parecía que no iba a servir de nada decirle que aquellas no eran sus instalaciones o recordarle que se estaba dirigiendo, sin el más mínimo respeto, a su oficial al mando. Esas consideraciones no parecían el tipo de cosas que preocuparan a alguien como Clarice. Decidió hacer como que no había oído aquella impertinencia y seguir con lo que le había llevado allí.

—¿Recuerdas el mensaje que me pasaste hace un rato? ¿Ese mensaje interceptado a los nazis y que no quieres decirme de dónde has sacado?

—Claro que lo recuerdo —contestó Clarice acercándose—. ¿Has conseguido saber en qué idioma está escrito?

—He conseguido mucho más que eso.

Alfred sonrió y, sin explicar nada más, se dirigió hacia una mesa situada en una esquina de la habitación. Supuso que la habrían apartado allí para tener más sitio para sus experimentos. Separó unos

palmos la mesa de la pared, buscó una silla y la colocó detrás para tomar asiento.

Clarice le había seguido hasta allí y esperaba en silencio, aunque le miraba con impaciencia. Escondió una sonrisa y dedicó unos segundos a sacar un pañuelo de su bolsillo para limpiar la silla, disfrutando de estar haciéndola sufrir. Ella no era la única que sabía jugar a ser misteriosa.

—Bueno… ¿Qué? ¿No vas a decir nada? —estalló por fin Clarice.

—Sí, claro. Sentaos conmigo —contestó con una sonrisa amable, como si no hubiera estado tratando de ponerla nerviosa—. Esto nos interesa a todos.

Esperó hasta que tomaron asiento antes de sacar el papel que llevaba en el bolsillo y ponerlo en el centro de la mesa, donde todos pudieran verlo. Después, se giró hacia Clarice:

—¿Les has contado algo sobre el mensaje? —le preguntó.

—No. —Clarice negó con la cabeza de forma vehemente—. No sabía si sería algo confidencial.

—Vaya, parece que solo somos un equipo para lo que nos interesa —interrumpió Nigel molesto.

—Clarice ha hecho bien. Le pasaron un mensaje descifrado que les hemos interceptado a los nazis y no podíamos saber su grado de confidencialidad hasta que lo hubiéramos traducido —le explicó Alfred antes de volver a dirigirse a Clarice—. Tal y como sospechabas, estaba escrito en una antigua lengua semítica. Arameo, para ser exacto.

—¿Arameo? ¿Eso qué es? —preguntó Wendy.

—Una lengua de más de tres mil años de antigüedad que surgió en Siria. Se cree que puede ser la lengua en la que hablaba Jesús de Nazaret.

—¿Entonces es un texto antiguo? ¿Algún fragmento de la Biblia? —preguntó Clarice.

—No, para nada —negó Alfred—. De hecho, el mensaje parece muy actual. —Cogió el papel entre sus manos y leyó en voz alta—. "*Ahnenerbe*. A la atención de E. S. y H. H. El último cuervo de la Torre de Londres caerá en diez días. *Doppelgänger*".

Todos se quedaron en silencio, mirándose los unos a los otros con gesto confuso. Clarice le cogió el papel de las manos y estuvo observándolo durante unos segundos. Después, levantó la mirada y negó con la cabeza.

—No entiendo nada. ¿Qué significa esto? ¿Estás seguro de que está bien traducido?

—Lo estoy. Tenemos la suerte de contar con los servicios de la señora Kenyon, directora del Instituto de Arqueología de la Universidad de Londres, una auténtica eminencia en la lengua y la cultura de Oriente Medio —apuntó Alfred—. No hay ninguna duda sobre la traducción del mensaje.

—Pues no entiendo nada —protestó Nigel—. ¿Es un mensaje secreto sobre la salud de un cuervo?

—Yo tampoco creí que fuera eso cuando me pasaron la traducción —continuó Alfred—. Es ridículo pensar que un agente alemán ha traducido un mensaje al arameo y luego lo ha cifrado para avisar sobre la salud de un pájaro, por mucho que este viva en la Torre de Londres. Sospeché de inmediato que debía ser un mensaje en clave, que ese cuervo del que hablan tiene que ser algún personaje importante.

—¿Y cómo vamos a saber a qué se refieren? —preguntó Irma, inclinándose sobre el hombro de Clarice para leer el texto de nuevo.

—Envié el mensaje al cuartel general del MI6 para ver si ellos podían ayudarnos. —Alfred se puso de pie antes de seguir hablando—. Ya he recibido respuesta. Creen que puede ser muy importante. —Señaló las abreviaturas—. Sospechan que H.H. puede referirse a Heinrich Himmler y que E.S. puede ser Ernst Schäfer, los dos máximos responsables de la Ahnenerbe.

—Sí que parece importante —admitió Clarice—. No creo que se moleste a Himmler por cualquier tontería.

—Exacto. Por eso he recibido la orden de que acudamos a Londres de inmediato.

—¿Qué vayamos a Londres? ¿Quiénes? —preguntó Clarice.

—Los cinco.

—¿Para qué vamos a ir nosotros? —Nigel negó con la cabeza, sin comprender—. No vamos a servir para nada.

—Yo creo que es bueno que empecemos a trabajar juntos. —Alfred le puso una mano en el hombro para tranquilizarle—. Somos el comando operativo de la División OpenMind. Ahí fuera tenemos a los mejores teóricos de nuestra nación, dispuestos a ayudarnos en todo lo que necesitemos, pero son eso: teóricos. Cuando llegue la hora de la acción, estaremos nosotros solos.

Se miraron los unos a los otros, como si no pudieran asimilar las últimas palabras de Alfred. Parecía que, durante aquellas últimas

semanas, se habían hecho a la idea de que no tendrían que hacer nada fuera de aquellas paredes, que se pasarían lo que quedase de guerra practicando sus capacidades, dejando la guerra al otro lado.

—¿Y qué se supone que vamos a tener que hacer? —preguntó Wendy con voz temblorosa.

—No te preocupes. No creo que esta misión sea peligrosa —la tranquilizó Alfred—. Simplemente investigaremos todos juntos y aprenderemos a trabajar de manera coordinada. —Al ver que el grupo seguía en silencio, trató de animarlos con una sonrisa—. Vamos, chicos. Se trata de averiguar qué le pasa a un pájaro. ¿Qué puede salir mal?

—Todo. No somos veterinarios —contestó Nigel—. ¿Cuándo tenemos que salir de viaje?

—Mañana a primera hora. Cogeremos el tren de las seis. —Alfred hizo un esfuerzo por tragar saliva antes de seguir hablando. Sabía que sus próximas palabras pondrían aún más nervioso a su equipo, pero no le parecía bien que comenzaran aquella misión sin saberlo todo—. Hay que llegar cuanto antes porque tenemos una cita importante a las cinco de la tarde en la Torre de Londres.

—¿Una cita con quién? —preguntó Clarice.

—Con Sir Winston Churchill, nuestro primer ministro.

Torre de LONDRES,

AGOSTO de 1943


Alfred

Capítulo uno

Tras atravesar el Puente de la Torre, el taxi se detuvo frente a la Puerta del Traidor. Alfred pagó al taxista, salió y abrió la puerta trasera para que sus acompañantes pudieran bajarse. Se habían pasado todo el viaje quejándose por ir tan apretados, así que salieron a toda prisa. El último en abandonar el vehículo fue Nigel, que parecía encantado de haber hecho el viaje con Wendy sentada sobre sus rodillas. Alfred le dio un codazo para borrarle la sonrisa embobada que adornaba su cara.

—Es una dama encantadora, ¿verdad? —le preguntó en un susurro conspirador.

—¿Quién? ¿Wendy? —Nigel asintió con desgana—. Bueno… No está mal.

—Puedes mentirme a mí si quieres, pero te recuerdo que ella puede saber tus sentimientos con solo mirarte.

El chico enrojeció y dio un par de pasos hacia la muralla para no continuar con la conversación. Todos se reunieron cerca del rastrillo que cerraba el paso y se giraron hacia Alfred.

—¿Tienes algún documento para que nos permitan pasar? —se interesó Clarice.

—Estarán avisados. No creo que el primer ministro haya quedado hoy aquí con mucha más gente —contestó él.

—Sigo sin poder creer que Churchill nos vaya a recibir para hablar del estado de salud de un pajarraco. —Nigel dio un par de pasos más hacia la verja y se agarró a ella mientras miraba hacia el interior. Se separó al ver a un soldado vestido con un uniforme azul y escarlata y un extraño sombrero que se acercaba a la reja llevando una alabarda en la mano derecha—. Esto se pone más surrealista a cada momento.

—Es un *beefeater*, uno de los guardias de la Torre de Londres. Ese es su uniforme oficial —explicó Alfred antes de adelantarse para colocarse al lado de Nigel—. Buenas tardes. Soy el teniente Alfred Mitchell. Mis compañeros y yo tenemos una cita en la Torre.

—Sí, estoy informado —El soldado hizo una seña a algún compañero que ellos no podían ver y el rastrillo comenzó a levantarse—. Síganme, por favor. Les están esperando.

Alfred asintió y les indicó a sus acompañantes que pasaran primero. Cuando el soldado volvió a cerrar la reja, se pusieron en marcha. Alfred se colocó al final del grupo para poder observar el lugar. A

pesar de que había contemplado muchas veces la Torre de Londres desde fuera en sus anteriores visitas a la ciudad, aquella era la primera vez que traspasaba sus muros. Mientras cruzaban el patio, contempló las piedras grisáceas oscurecidas por el tiempo y la humedad. Aquella antigua fortaleza despertaba una extraña sensación de nostalgia, una especie de tristeza quizá causada por las tragedias que, a lo largo de los siglos, habían contemplado aquellos muros.

Se forzó a alejar aquellos funestos pensamientos. Él no tenía ningún poder extrasensorial y no era capaz de percibir la presencia ni los sentimientos de los fantasmas que pudieran poblar aquel lugar. Aquella sensación de pesadumbre, que parecía robarle las fuerzas y la energía, tenía que ser debida a la sugestión. Si Clarice y Wendy, que sí poseían la capacidad de percibir fenómenos extraños, caminaban tan relajadas como si estuvieran de paseo por la campiña, debía suponer que no estaba acechándoles ningún espectro.

Tras cruzar otra puerta situada entre la Torre Lanthorn y la Torre Wakefield, llegaron a un patio abierto al fondo del cual podía verse la Torre Blanca, el lugar al que se dirigían. En una esquina del patio, junto a una pared de la antigua muralla, distinguieron varias jaulas enormes. Todos se detuvieron a contemplarlas. Al darse cuenta de que ya no le seguían, el *beefeater* también se detuvo y retrocedió hasta colocarse junto a ellos.

—Disculpen, pero no podemos entretenernos —dijo con voz firme—. Como les he dicho, ya les están esperando.

—Sí, será solo un momento —le contradijo Clarice mientras señalaba a las jaulas—. Esos son los cuervos de la Torre de Londres, ¿verdad?

—Sí, lo son.

—Pues a mí me parece que gozan de muy buena salud —comentó Irma, acercándose a una de las jaulas y colando un dedo entre los barrotes.

—Le recomiendo que no haga eso, señorita. —La voz del soldado sonó preocupada—. Pueden atacar si se asustan.

—Pero estarán acostumbrados a la gente, ¿no? —preguntó Irma—. Llevan aquí toda la vida…

—No exactamente —contestó el guardia con tono dubitativo—. Si me siguen, conseguirán las respuestas a todas sus preguntas.

Volvieron a ponerse en marcha hacia las escaleras de madera que daban acceso a la Torre Blanca, el edificio principal de la fortaleza. Tras traspasar su puerta, el soldado les hizo cruzar una habitación hasta llegar a una capilla de piedras blancas cuya nave estaba

rematada por un ábside semicircular. Alfred distinguió la figura de un hombre caminando entre los arcos, bañado por la luz de la tarde que entraba por las estrechas ventanas.

El soldado se retiró sin presentarles, así que Alfred dio un par de pasos dentro de la capilla. Le llegó un penetrante aroma a tabaco. Cuando la persona que paseaba entre los arcos se giró hacia él, su rostro se mantuvo oculto tras el humo de un enorme puro durante unos segundos, como si estuviera velado por la niebla que solía salir del Támesis cada atardecer. Cuando aquella niebla se disipó, pudo distinguir el rostro de bulldog inglés del primer ministro. Se cuadró frente a él y le dirigió un saludo militar.

—Teniente Alfred Mitchell a su servicio, señor.

Escuchó como sus compañeros se colocaban a su espalda y cuchicheaban como niños asustados. Era normal. En aquel momento se encontraban ante uno de los hombres más poderosos del mundo. Incluso él, criado desde niño en la nobleza y acostumbrado a tratar con personas influyentes, notó que las piernas le temblaban un poco. El primer ministro no contestó a su saludo. Se limitó a dar otra profunda calada a su enorme puro, que envolvió de nuevo su rostro arrugado entre espesas volutas azuladas. Después asintió lentamente mientras paseaba la mirada por los rostros del grupo, como si se sintiera satisfecho ante lo que estaba viendo.

—Descanse, teniente —dijo por fin—. ¿Así que ustedes son la División OpenMind?

—Somos su comando operativo, señor —contestó Alfred, aún firme—. Disponemos de muchos más efectivos en la central…

—Sí, sí, sí… Ya sé… Pero ustedes son los que tienen poderes. —Churchill frunció el ceño como si estuviera valorándoles antes de volver a asentir—. Tenemos grandes esperanzas puestas en este proyecto. Espero que no nos defrauden.

—No lo haremos, señor.

—Le he dicho que descanse, teniente. Parece que se ha tragado usted un palo. —Alfred escuchó a su espalda la risa contenida de Clarice—. Van a poder demostrar su valía desde hoy mismo. Supe que teníamos que reunirnos desde que recibí ese mensaje para la Ahnenerbe que han interceptado.

—Sí, señor. Aún estamos intentando descubrir qué quiere decir eso de la muerte del último cuervo —respondió Alfred.

Churchill enarcó una ceja y negó con la cabeza antes de darle otra calada a su puro. Después se puso en marcha hacia la puerta de la

capilla y les hizo un gesto para que le siguieran.

—Yo creo que el significado del mensaje está más que claro —dijo mientras se dirigía con paso firme hacia la salida de la torre. Tras cruzar la puerta, se quedó en lo alto de la escalera y, desde allí, señaló hacia las enormes jaulas de los cuervos—. El mensaje dice “El último cuervo de la Torre de Londres caerá en diez días”. ¿No es así?

—Sí, pero suponemos que ese “último cuervo” debe referirse a alguna importante figura política. Será algún nombre en clave…

—Por supuesto que no —le cortó Churchill—. No hay ningún doble sentido ni significado oculto. El mensaje se refiere a los cuervos de la Torre de Londres.

—Pero eso no tiene sentido —intervino Clarice—. ¿Por qué iban a estar interesados los alemanes en la muerte de los cuervos de la Torre?

—Por la leyenda —respondió Churchill—. ¿No la conocen?

Todos negaron con la cabeza. El primer ministro volvió a indicarles que le siguieran y bajó la escalera para dirigirse hacia las jaulas. Cuando llegó frente a ellas, esperó a que todos se colocaran en semicírculo a su alrededor, como alumnos atentos a la explicación de su profesor.

—No se sabe de dónde surge la leyenda… Algunos dicen que se debe a que la cabeza de Bran Hen de Bryneich, llamado *el rey cuervo*, fue enterrada aquí como un talismán que protegería a Inglaterra de cualquier invasión. Otros dicen que fue Carlos II quien dio la orden de mantener siempre seis cuervos en la torre, incluso a pesar de las protestas de su astrónomo John Flamsteed, que se quejaba de que las aves entorpecían sus observaciones. Se cuenta que, en lugar de desalojar a los cuervos, el rey mandó trasladar el observatorio a Greenwich. Sea como sea, la leyenda dice que, si los cuervos desaparecen de la Torre de Londres, esta se desplomará y la corona de Inglaterra caerá.

Churchill calló y fue paseando su mirada por los rostros de sus interlocutores, como si pretendiera averiguar qué pensaban de sus palabras. Estos se mantenían en un incómodo silencio. Al ver que sus compañeros no decían nada, Nigel dio un paso al frente y se proclamó el encargado de romperlo.

—Disculpe, señor, pero… ¿No se creerá usted esas paparruchas?

Alfred se maldijo en voz baja. Tendría que haber sido él quien continuara la conversación en lugar de permitir que Nigel le faltara el respeto de aquella manera al primer ministro. Por suerte, este dio una profunda calada a su puro, expulsó el humo al rostro del chico,

haciéndole toser, y después sonrió.

—No es cuestión de que yo lo crea o no, joven —dijo mientras señalaba hacia el otro lado de las murallas de la Torre de Londres—. Lo importante es lo que crea el pueblo de Inglaterra.

—Siento insistir, señor, pero no creo que el pueblo inglés siga creyendo en esos cuentos de viejas —le interrumpió Nigel—. Estamos en el siglo XX. Ya nadie cree en esas antiguas leyendas.

—Una cosa es lo que se crea a nivel racional y otra lo que se siente aquí. —Churchill se dio un par de golpes en el pecho, a la altura del corazón—. Vivimos en una época de adelantos tecnológicos. Hemos conseguido desterrar la oscuridad de nuestras casas y calles gracias a la electricidad; nos movemos a toda velocidad en coche o en tren; incluso somos capaces de volar… Pero también nos ha tocado vivir una época oscura. Llevamos años sufriendo los bombardeos alemanes. Nuestro pueblo pasa hambre, frío y miedo.

—Lo comprendo, señor, pero no entiendo qué tiene que ver eso con los cuervos de la torre —le interrumpió Nigel.

—Inglaterra no tenía ninguna posibilidad en la guerra desde el principio. Alemania es, a nivel bélico y tecnológico, muy superior a nosotros. De hecho, lo único que hemos estado haciendo desde que entramos en la guerra ha sido sufrir. El daño que le hemos causado a los alemanes es insignificante comparado con el que nos han causado ellos a nosotros. —El primer ministro tomó aire e hinchó su pecho antes de seguir hablando—. Si Inglaterra sigue en pie no es por nuestro potencial militar, sino por la moral de su gente. Y la moral se alimenta de creencias, de fe, de leyendas… ¿Se imagina el miedo que sentirían los habitantes de Londres si se enteran de que los cuervos de la Torre se están muriendo?

—Pero no es así, ¿verdad? —se atrevió a preguntar Clarice, mientras señalaba al interior de las jaulas—. Los cuervos están ahí y se les ve bien.

—Sí, bueno… Ahora mismo tenemos ocho cuervos en la Torre —explicó Churchill—. La leyenda dice que debe haber al menos seis y tenemos dos más para asegurar.

—Disculpe mi atrevimiento, señor, pero entonces no veo dónde está el problema —intervino Alfred antes de que alguno de sus compañeros pudiera decir algo inapropiado—. No hay nada que nos haga pensar que los cuervos vayan a desaparecer en unos días.

—Estos cuervos que veis aquí no son los cuervos originales. Al menos, no todos. —Churchill se tomó unos segundos para dar una nueva calada a su puro antes de seguir explicándose—. Solo queda una

pareja de los cuervos originales: Mabel y Grip. El resto han ido muriendo en las dos últimas semanas sin que hayamos podido determinar la causa. Simplemente aparecen muertos en sus jaulas. Sin heridas, sin haber sido envenenados… Nada.

—¿Y los cuervos que están en las jaulas? ¿De dónde han salido? —preguntó Irma.

—Hemos estado trayéndolos de un criadero de Somerset. A todos los cuervos que viven aquí, se les recortan las plumas del ala derecha para que no puedan volar muy lejos. Tan solo suelen sobrevolar las torres y el Támesis y luego regresan a sus jaulas… pero con los últimos que hemos traído no ha sucedido así. En cuanto los soltábamos, escapaban aterrados para no volver. —El hombre soltó un largo suspiro de agobio—. Como comprenderán, los cuervos del criadero no son infinitos, así que hemos resuelto tenerlos día y noche encerrados en sus jaulas bajo vigilancia.

—Es buena idea —asintió Irma—. Así no podrá sucederles nada.

—No es buena idea. —El primer ministro negó con la cabeza—. La gente está empezando a murmurar al no ver a los cuervos sobrevolando la fortaleza. Y, además, a pesar de estar encerrados y vigilados las veinticuatro horas del día, siguen muriendo.

—No puede ser —susurró Alfred incapaz de creer lo que estaba oyendo.

—Pues es —respondió Churchill molesto—. Y encima interceptan un mensaje de algún espía alemán asentado en nuestro territorio diciendo que en diez días caerá el último cuervo.

—Diez días no. Ya solo quedan nueve —interrumpió Nigel.

El primer ministro entrecerró sus ya pequeños ojos hasta convertirlos en dos ranuras negras cargadas de rabia. En lugar de dirigirse a Nigel, que en aquel momento debería haber sido el foco de su ira, se colocó frente a Alfred, que se cuadró de inmediato, y fue golpeando su pecho con el dedo índice al ritmo de sus palabras.

—Quiero que detengan esto. Quiero que averigüen lo que está pasando y que atrapen al culpable. —Dejó caer los brazos a los lados y se giró hacia la salida. Antes de marcharse, se detuvo, se dio la vuelta y volvió a hablar—. Tengo una guerra que librar. Tengo a mis soldados muriendo en Europa. Tengo a mis ciudadanos pasando hambre y sufriendo bombardeos. No puedo ocuparme de la salud de unos pajarracos, pero necesito saber que estarán bien y que harán todo lo que esté en su mano para que esto se detenga.

—Lo haremos, señor. No se preocupe —prometió Alfred,

despidiéndose con un saludo militar.

Todos sus acompañantes asintieron para reforzar esa promesa. Churchill dibujó una sonrisa entre los pliegues de su cara antes de girarse de nuevo y marcharse.

Alfred se mantuvo en silencio, sin saber qué decir. Le habría gustado dar un discurso conmovedor que motivara a sus compañeros, pero no encontraba las palabras. Por un lado, le parecía que la primera misión que se le había encomendado a la División OpenMind era una auténtica estupidez. Se suponía que aquella unidad se había creado para luchar contra las fuerzas oscuras del bando nazi, no para cuidar de la salud de media docena de pájaros. Sin embargo, por otro lado, le daba la impresión de que había algo misterioso y sombrío tras aquellos sucesos, una amenaza real e importante que solo ellos podían evitar.

Por suerte, Clarice reaccionó y, tras darle un par de palmadas en la espalda para sacarle de su estupor, le dedicó una sonrisa.

—Parece que vamos a tener que encargarnos de que nadie le toque una pluma a esos bicharracos —bromeó—. ¿Quién hace conmigo la primera ronda de vigilancia de esta noche?


Clarice

Capítulo dos

La puerta se abrió y dejó paso a una ráfaga de viento frío acompañado de una cortina de lluvia. Me giré hacia allí justo a tiempo de ver como Alfred empujaba la puerta para tratar de cerrarla. Contuve una sonrisa y terminé de servir las dos tazas de té que había estado preparando.

—Nadie diría que estamos en verano —dije a modo de saludo.

—Esa palabra no existe en Inglaterra. Es un invento de los yanquis —bromeó él mientras se quitaba la chaqueta.

—¿Qué tal ha ido la ronda? Debería haberte acompañado.

—Tranquila, es suficiente con que se moje uno de los dos. —Alfred se sentó a la mesa y colocó ambas manos alrededor de su taza de té para entrar en calor—. Está todo en orden. Los ocho cuervos están dentro de sus jaulas y todos parecen gozar de buena salud. Esperemos que no se resfríen con este clima y se mueran.

—No lo creo. Son recios cuervos ingleses —bromeé—. Me preocupa más que te resfríes tú. La próxima ronda la haré yo.

—Puedo jurar por mi honor de caballero que no lo permitiré —repuso él—. No tienes de que preocuparte. Esta taza de té me reconfortará. Estaré perfectamente en cuestión de segundos.

Conseguí contener una risa, pero no pude evitar que mis labios se curvaran, burlones. Él me observó con el ceño fruncido.

—¿Podrías indicarme que es lo que te hace tanta gracia?

No pude aguantarlo más y solté una carcajada. Su ceño se frunció aun más.

—Es tu manera de hablar. Lo siento mucho —me disculpé.

—¿Qué le sucede a mi forma de hablar? Yo creo que es correcta.

—Ese es el problema —dije entre risas—. Que es demasiado correcta. No conozco a nadie en mi país que diga cosas como “Esta taza de té me reconfortará”. —Me callé durante un par de segundos para reflexionar—. Bueno, quizá alguna tía abuela solterona de Boston, pero nadie más.

—No te imaginas cuánto te agradezco que me ilumines sobre la forma adecuada de hablar un idioma que nosotros inventamos.

A pesar de que estaba sonriendo, pude notar en su mirada que estaba molesto. Me habría gustado comportarme, pero se me escapó una risita más.

—Perdona, de verdad que lo siento. —Me tapé la boca—. Ya paro.

—Eso espero. —Bufó enfadado. Después, se levantó de la silla y se colocó de cara a la ventana para observar la cortina de agua que seguía cayendo—. Mañana elegiré a Nigel como compañero de guardia.

—Prometo portarme bien.

Di un trago a mi té, respiré hondo y, cuando estuve segura de que podría contenerme, yo también me levanté y me acerqué a la ventana. Desde el pequeño despacho que nos habían dejado para vigilar no se podían ver las jaulas de los cuervos. Velada por la lluvia se distinguía una escalera que descendía desde la explanada a una amplia porción de césped en la que no había ninguna edificación. A lo lejos, se divisaba un trozo de la muralla y una de las torres, quizá la Torre Beauchamp.

—¿No ves nada extraño? —me preguntó Alfred después de pasar un par de minutos contemplando el paisaje en silencio.

—No. ¿Qué debería ver?

—Tienes poderes para ver a los muertos, ¿no? —Se giró hacia mí y me miró confuso—. Se supone que estamos en uno de los edificios más encantados de toda Inglaterra. —Volvió a mirar por la ventana y señaló al exterior, a la parcela de césped que se extendía frente a nosotros—. De hecho, eso es la Torre Verde. Miles de personas refieren haber presenciado apariciones en ese lugar.

Me acerqué hasta casi tocar el cristal con la nariz y forcé la vista. Finalmente, me di por vencida.

—Debo haberme quedado ciega. Ni siquiera veo la Torre Verde. Solo hay un trozo de pavimento en medio del jardín —admití.

Aquel fue el turno de Alfred de soltar una carcajada. Se acercó a mí hasta que su pecho rozó mi espalda y señaló al exterior por encima de mi hombro. Después, se aproximó a mi oído y susurró:

—Ese pavimento de granito marca el punto exacto en el que se levantaba el cadalso donde se ejecutaba a los nobles. —Me estremecí, más por sentir el aire que escapaba de sus labios acariciando el lóbulo de mi oreja que por lo que estaba contando—. Los miembros de la nobleza tenían derecho a una ejecución privada, alejada de las burlas e insultos de la plebe.

—¿Y se ejecutó a mucha gente ahí? —pregunté con tono firme, tratando de aparentar que su cercanía no me alteraba en absoluto—. ¿Algún fantasma famoso?

—Por supuesto. Robert Devereus, Jane Rochford, William Hastings…

—Al ver que yo encogía los hombros, negó con la cabeza antes de continuar—. ¿Catalina Howard y Ana Bolena, dos de las esposas de Enrique VIII?

—A ellas sí las conozco.

—Pues puede que esta noche las conozcas en persona—. Volvió a inclinarse hacia mi oído, hasta casi apoyar la barbilla en mi hombro, para seguir hablando en un tono misterioso y lúgubre—. Todos ellos fueron decapitados en ese lugar. Se dice que puedes encontrártelos en procesión y que todos llevan la cabeza entre sus manos.

Soltó una risa maligna antes de apartarse. Me giré hacia él y puse los brazos en jarras.

—¿Te parece divertido esto? Pensaba que eras más maduro…

—¿No te darán miedo estas cosas? —preguntó burlón.

—Por supuesto que no me dan miedo. —Eché un último vistazo a través de la ventana para comprobar que no había nada extraño paseando por el jardín y volví a sentarme cerca de la chimenea—. Como tú mismo has dicho, tengo el don de hablar con los muertos. No voy a asustarme por una leyenda sin fundamento.

—¿Y cómo es? —preguntó él tras sentarse frente a mí.

—¿Cómo es el qué?

—Hablar con los muertos. —Se tomó un par de segundos antes de seguir hablando, como si le costara encontrar las palabras—. Quiero decir… ¿Los ves todo el rato? ¿Hay alguno aquí ahora mismo?

—No funciona así… Gracias a Dios.

Dejé escapar una risa nerviosa. No me gustaba hablar abiertamente de mi don. Estaba acostumbrada a ocultarlo y mantenerlo en secreto, siempre con miedo a que los demás me vieran como una loca, como a la chica rara a la que había que evitar. Él pareció notar mi incomodidad, porque extendió su brazo para tomar una de mis manos y apretarla con cariño.

—A mí me lo puedes contar —me dijo—. Estamos juntos en esto.

—Está bien… Después de todo, estamos en una unidad formada por gente rara, así que creo que aquí puedo mostrarme como soy. —Solté un suspiro y sonreí—. La verdad es que no hay tantos espíritus como la gente piensa. No están atestando los hospitales y los cementerios ni paseando de noche por los desvanes y pasillos oscuros de las casas. La mayoría de la gente muere en paz y trasciende hacia el otro lado. Son pocos los que se pierden y continúan vagando en esta tierra.

—¿Y por qué se pierden?

—Hay muchas razones. Algunos tienen una muerte tan repentina que no pueden aceptarla. Otros tienen asuntos por cumplir y se resisten a abandonar este mundo. Otros han muerto por causas violentas y exigen justicia o venganza… —Alfred me contemplaba extasiado con la boca abierta. Tuve que contener la risa. Parecía que ahora era mi turno de asustarle—. Sea como sea, no suelo verlos a no ser que les invoque.

—¿Les invocas? ¿Cómo?

—Suelo usar la *ouija*. También existen algunos hechizos que sirven para llamarlos o para levantar el velo que les separa de nosotros y poder verlos.

—¿Entonces normalmente no los ves?

—No. De hecho, aprendí desde pequeña a bloquear mi don. Normalmente, tengo que hacer un esfuerzo consciente para bajar mis barreras y poder verlos. Si los viera todo el tiempo, creo que me habría vuelto loca.

—¿Y de dónde te viene ese don?

—Digamos que es una herencia familiar. Todas las mujeres de mi familia tenemos este poder y lo conservamos siempre que nos mantengamos puras…

Me callé justo después de decir aquellas palabras. No había pretendido contarle tanto. Noté que la cara me ardía, así que me levanté y volví a mirar por la ventana.

—Entiendo. —Fue la única palabra que pronunció Alfred, consiguiendo con ella que yo enrojeciera aún más—. ¿Y nunca te has encontrado con un fantasma que se te apareciese de pronto, sin que tuvieras que llamarlo? Me refiero a que hay gente que dice ver fantasmas sin tener siquiera tu poder. ¿Tú no podrías verlos?

—Por supuesto. Me ha pasado algunas veces —contesté, agradecida de que él hubiera cambiado de tema—. Hay fantasmas tan fuertes que son capaces de atravesar el velo por sí solos. Normalmente, para llegar a tener ese poder, han tenido que pasar mucho tiempo al otro lado, alimentándose de emociones muy potentes, como la ira o la venganza, así que suelen ser espíritus muy antiguos y poderosos.

—¿Cómo los que pueden habitar en la Torre de Londres? —preguntó con una sonrisa traviesa.

—Ya te he dicho que a mí no vas a poder asustarme —dije señalándole con el dedo—. Pero no se te ocurra contarle estas historias a la pobre Wendy o se negará a relevarnos en la guardia. Hablando de eso, ¿qué hora es?

—Pronto. Aún nos quedan un par de horas de guardia más.

—Voy a necesitar más té. —Cogí la tetera y la puse de nuevo a calentar—. Esperemos que deje de llover antes de que nos toque salir de nuevo.

—No apuestes por eso. —Alfred acercó su silla a la chimenea y extendió los brazos para calentarse las manos—. Tiene pinta de ir a llover toda la noche. A ver si me da tiempo a secarme un poco…

—¿Y de qué te va a servir si dices que vas a volver a mojarte?

—Para estar seco entre chaparrón y chaparrón. Eso es lo máximo a lo que se puede aspirar en este país. Ya te acostumbrarás.

Las campanadas graves y profundas de una iglesia lejana me despertaron. Me froté los ojos y me estiré mientras miraba confusa a mi alrededor. Durante los primeros segundos no logré recordar dónde me encontraba ni por qué. Alfred y yo estábamos sentados frente a una chimenea en la que ya solo brillaban unos rescoldos rojizos que no durarían mucho tiempo. A través de la ventana, se escuchaba el ruido de una débil lluvia que golpeaba los cristales.

Miré a Alfred. Se había quedado dormido, cubierto por su chaqueta. Se me escapó una sonrisa al contemplarle. Mientras dormía, no lucía ese aspecto estirado que le caracterizaba. Incluso estaba algo despeinado y un mechón rebelde colgaba sobre su frente. Parecía tranquilo y relajado y en sus labios se dibujaba una sonrisa. Me dio tanta ternura verle así que decidí no despertarle. Después de todo, aquella era la última ronda que teníamos que hacer antes de llamar a los demás para que nos relevaran. Podía hacerla yo sola.

Me até los botones del abrigo mientras contemplaba el paisaje por la ventana. La lluvia había perdido fuerza, pero un viento desapacible agitaba las copas de los árboles. Antes de salir, eché un par de troncos a la chimenea para evitar que el fuego se extinguiera del todo. Así, cuando terminara, podría volver a sentarme frente a la hoguera para recuperar el calor. Aún no había salido y ya me moría de ganas de volver. Lo mejor sería no pensarlo y acabar con aquello cuanto antes. Después de todo, solo tenía que bajar la escalera, cruzar el jardín y llegar hasta las jaulas de los cuervos para comprobar que todos seguían vivos y a salvo. No tardaría ni cinco minutos.

En cuanto abrí la puerta, una ráfaga de viento frío me golpeó. No me podía creer que estuviéramos en agosto. Si aquel era el clima que tenían en verano, no quería ni imaginar cómo sería el invierno en aquel país. Me abracé a mí misma mientras bajaba las escaleras y me dirigí casi a la carrera hacia las jaulas de los cuervos.

De repente, escuché un sonido, algo que no debería estar ahí. Era el ruido de unos pasos, de unos pies que se arrastraban sobre la gravilla. Y algo más… Un murmullo, una especie de plegaria irreconocible pronunciada entre dientes. Me giré despacio hacia la fuente de ese sonido mientras sentía como un frío mucho más intenso invadía mi cuerpo y me paralizaba. Durante un segundo, intenté engañarme a mí misma diciéndome que no vería nada extraño, que me había sugestionado con los cuentos de fantasmas de Alfred y que, cuando mirara hacia la Torre Verde, el espacio vacío en el que siglos atrás se había levantado el cadalso, no vería absolutamente nada. Aquel sonido tendría una explicación lógica: el viento entre las ramas de los árboles, quizá el murmullo lejano de algún motor… Tenía que ser eso.

Por desgracia, no encontré ninguna explicación lógica para lo que vi. No era algo claro, no tenía la consistencia de los objetos físicos de este plano. Estaba ahí y al mismo tiempo no estaba, pero era reconocible: era un cadalso, una estructura elevada de madera donde no debería de haber nada. Hacia él caminaba una procesión de figuras traslúcidas. Me acerqué hasta las escaleras que llevaban a la Torre Verde y, al estar más cerca, pude escuchar con más claridad aquellos sonidos que había confundido con una plegaria: eran lloros, sollozos ahogados, súplicas de clemencia que no iban a ser escuchadas.

Tal y como me había contado Alfred, frente a mí se deslizaba la procesión de nobles ejecutados siglos atrás en la Torre de Londres. Agradecí que, al contrario de lo que él me había dicho, aún mantuvieran la cabeza sobre los hombros. Me quedé contemplándolos sin poder moverme, hipnotizada por el miedo y la fascinación a partes iguales.

Los espectros se deslizaban sobre la hierba sin tocar el suelo. Como muchos de los fantasmas con los que me había cruzado en mi vida, no tenían pies. Su cuerpo iba desvaneciéndose según se acercaba al suelo hasta desaparecer por completo. Sin embargo, se oía con claridad el sonido de múltiples pies arrastrándose sobre la gravilla, sus pasos indecisos al subir la escalera del cadalso, su caminar renuente al avanzar los últimos pasos sobre la tarima… Y entonces se escuchó el siseo de un filo invisible al cortar el aire y el golpe de un hacha al cercenar un cuello. A pesar de que no hubo sangre ni gritos ni cabezas rodando sobre el suelo del patíbulo, sentí que el estómago se me revolvía.

Durante un segundo, me sentí impulsada a acercarme para tratar de ayudar a aquellas almas en pena. Me parecía terrible la idea de llevar siglos participando en aquella macabra procesión, de revivir una y otra vez el momento de sus ejecuciones. Sin embargo, no me moví. Mi madre me había hablado de aquella clase de fenómenos. No eran en

realidad almas perdidas. Tan solo eran el eco de un suceso terrible, de un dolor tan potente como para quedar grabado en las antiguas piedras, de un recuerdo tan fuerte como para repetirse una y otra y otra vez como si fuera la proyección de una película. En realidad, no estaba en presencia de un grupo de fantasmas. Tan solo era un triste recuerdo de la crueldad humana que se repetía noche tras noche.

Me quedé contemplando como aquellas figuras blanquecinas recorrían el patíbulo hasta el lugar en el que les esperó en el pasado el hacha del verdugo. Una y otra vez se repetía la misma secuencia. Se escuchaba un siseo y un golpe del hacha y la figura desaparecía… Y le tocaba el turno a la siguiente figura.

Cuando todas ellas hubieron desaparecido, la normalidad se adueñó del paisaje. Un trozo de césped anodino que rodeaba un círculo de gravilla, la pertinaz lluvia, el frío viento que susurraba entre los árboles y yo. Solté el aire que había estado reteniendo y decidí continuar con mi ronda antes de acabar pillando una pulmonía. Sin embargo, no conseguí moverme. Había algo más en aquel lugar, algo que no acababa de definir… No me sentía sola del todo.

Escuché un sonido, un ulular más agudo y potente que el del viento. Me estremecí de pies a cabeza y, en aquella ocasión, no fue por el frío. Había algo a mi espalda… Algo no. Alguien. Notaba una consciencia extraña, la mirada fija de unos ojos en mi nuca.

Me giré despacio, muy despacio, con la estúpida esperanza de que aquel ser, fuera quien fuera, se hubiera marchado antes de que terminara de volverme. Pero continuaba allí. Era una mujer joven, de rasgos delicados, piel pálida y ojos tristes. Llevaba un vestido gris oscuro de damasco y el pelo recogido. A pesar de no llevar joyas ni adornos, su postura altiva indicaba que se trataba de un personaje importante. Y el corte que cruzaba su cuello de lado a lado anunciaba que estaba muerta.

Tragué saliva y me mantuve muy quieta y en silencio. Albergaba la esperanza de que aquel ser se marchara sin hacer ni decir nada más. Por un momento, el tiempo pareció detenerse. La lluvia cesó y el viento dejó de mecer las ramas de los árboles. Ni siquiera se escuchaba el aleteo de los cuervos en sus jaulas. Las nubes se abrieron, dejando pasar unos rayos de luz de luna que atravesaron la figura de lado a lado.

La mujer volvió a gritar, un largo lamento de agonía que me arrebató el aliento. Su sollozo despertó ecos contra las viejas murallas, pero nadie apareció para ver qué sucedía. Parecía que el mundo entero se había detenido, que aquel espectáculo era solo para mí.

Cuando dejó de gritar, volvió a mirarme. Me di cuenta de que de sus

ojos brotaban lágrimas de sangre que iban dejando surcos oscuros en sus mejillas. Del corte de su cuello también empezó a manar la sangre, lenta al principio, a borbotones después. La mujer respiró con esfuerzo. Sonó extraño, como si el aire se escapara por el tajo de su cuello sin llegar a sus labios. Sin embargo, consiguió hablar:

—La corona de Inglaterra caerá.

A pesar del miedo y del frío extremo que me provocaba estar en su presencia, pensé en interrogarla. Aquella mujer podía saber qué estaba provocando la muerte de los cuervos y si aquello era realmente un mal presagio para el futuro de la corona. Sin embargo, antes de que pudiera abrir la boca, la mujer volvió a gritar. En aquella ocasión, echó la cabeza hacia atrás, como si quisiera que su lamento llegara más lejos y más alto. La herida se abrió, la sangre manó sin control, el cuello se separó en dos con un repugnante sonido de succión que me revolvió el estómago. El grito creció y creció en volumen y se volvió tan agudo como para hacerme daño. Me tapé los oídos mientras caía de rodillas al suelo. Aquel grito me estaba atravesando el cerebro hasta conducirme a la locura. Además, cada vez sentía más frío y me era más difícil moverme. Me daba la impresión de que aquel frío se estaba llevando mi fuerza, mi energía… Y me di cuenta de que no era un frío normal, sino el frío de la muerte.

Una vez en el suelo, reuní valor y levanté la mirada para volver a contemplar a la mujer. Se acercaba con la cabeza entre sus manos. Sus ojos seguían fijos en mí, llorando lágrimas de sangre. Su boca se abrió para volver a hablar:

—El fin del reino está próximo.

Me habría gustado escapar de aquel ser que continuaba aproximándose a mí, pero me fue imposible. Era incapaz de mover un solo músculo, como si aquel frío extremo hubiera congelado todos mis miembros. Traté de gritar pidiendo ayuda, pero de mi garganta tan solo salió un vaho frío que se perdió en la penumbra del jardín. Tuve miedo de perder la cordura si aquel ser me rozaba, pero Dios debió apiadarse de mí. Mi mente se apagó y caí en la inconsciencia.


Alfred

Capítulo tres

Cuando despertó, el brillo mortecino del amanecer ya se colaba por la ventana. Durante unos segundos, volvió a cerrar los ojos y trató de hacerse aún más pequeño debajo de la chaqueta que le cubría para retener el calor y volver a conciliar el sueño. Se sentía muy cansado y todo su cuerpo estaba dolorido por haber dormido en un sillón… Aquel pensamiento despertó un tintineo de alarma en su mente, obligándole a abrir de nuevo los ojos. ¿Dónde estaba? ¿Por qué estaba dormido en un sillón, apenas cubierto por su chaqueta, en lugar de descansar cómodamente en una cama?

Tardó en reconocer la estancia en la que se encontraba. Era una de las habitaciones de la planta baja de la Torre Blanca, la que les habían cedido para hacer guardia y cuidar de que no les sucediera nada a los cuervos durante la noche. Se irguió en la silla y miró alrededor. La chimenea se había apagado por completo. Ni siquiera quedaban rescoldos. La estancia estaba fría y, a la débil luz del amanecer, resultaba triste y desapacible.

Las preguntas se amontonaron en su cabeza en cuanto fue capaz de pensar con claridad. ¿Cuánto tiempo había dormido? ¿Por qué seguía allí al amanecer sin que sus compañeros le hubieran relevado en la guardia? ¿Por qué Clarice no le había despertado? Y, la más importante, ¿dónde estaba Clarice?

Se levantó de un salto y se dirigió hacia la puerta de la habitación mientras se ponía la chaqueta. En cuanto salió de la torre, sintió como el miedo atenazaba su garganta, impidiéndole respirar. Clarice estaba ahí, a unos pocos pasos, justo al lado de la escalera que bajaba hacia la Torre Verde. Estaba tirada en el suelo, inconsciente… O dormida… O quizá muerta… No, no debía pensar aquello.

Corrió hacia ella mientras gritaba su nombre, pero no contestó. Se lanzó de rodillas a su lado, la agarró por los hombros y la incorporó mientras la zarandeaba, sin cesar de decir su nombre una y otra vez. El miedo empezó a invadir su cuerpo por completo, como un frío glacial que amenazara con destruirlo todo. Por suerte, sus ojos se abrieron. Estaban perdidos y asustados, apagados por la confusión, pero eran sus hermosos ojos de color azul grisáceo.

—Clarice, ¿estás bien? ¿Qué ha pasado?

Ella dejó que él la ayudara a incorporarse. Cuando estuvo sentada, se llevó las manos a las sienes, en un esfuerzo para ayudarse a recordar. Debió de conseguirlo, porque dio un respingo y empezó a mirar a su alrededor, asustada.

—La mujer… ¿Dónde está? —Se agarró a la camisa de Alfred y tiró de ella—. Estaba aquí… A mi lado… Y estaba muerta… Y su cabeza… Dios mío, su cabeza…

—Clarice, no entiendo nada de lo que estás diciendo. —Se quitó la chaqueta y se la pasó a la chica sobre los hombros para que dejara de temblar, a pesar de que sospechaba que los temblores que la sacudían se debían más al miedo que al frío—. Intenta relajarte y dime qué te ha pasado.

—Salí a ver a los cuervos y escuché sus pasos… Estaban ahí, caminando hacia el cadalso —dijo señalando al espacio que tiempo atrás ocupó la Torre Verde—. Y, de repente, ella estaba a mi espalda… Me dijo que la corona va a caer, que el fin del reino está próximo.

—¿Quiénes eran esas personas? ¿Crees que pueden seguir por aquí? Habrá que avisar a los guardias…

—No eran personas, eran espíritus. —Clarice se agarró a sus brazos para que la ayudara a levantarse. Volvió a señalar al lugar en el que se levantó el cadalso—. Ni siquiera eran eso. Creo que solo eran una proyección, un eco del pasado. Sin embargo, la mujer que vi a mi espalda era algo más. Seguía teniendo conciencia y había mucho dolor y mucha ira en su interior.

—¿Podrías describírmela?

—Era una mujer joven. Llevaba un traje sencillo pero lujoso… Tenía una herida en el cuello… Y luego… Luego llevaba la cabeza entre las manos…

Clarice había vuelto a echarse a temblar. Miraba a su alrededor asustada, como una gacela en alerta por los disparos de los cazadores. Alfred la abrazó para tranquilizarla y se dio cuenta de que sus ropas estaban empapadas. Debía de llevar horas inconsciente, tumbada sobre la hierba húmeda mientras la lluvia fría e inclemente le caía encima.

—Esa descripción se corresponde con la del fantasma de Ana Bolena. Muchos testigos refieren haberse cruzado con ella en los últimos siglos. —Alfred trató de hablar con tono tranquilo, como si, en lugar de estar hablando de la aparición de una reina decapitada, estuviera comentando las noticias del día. Esperaba que aquello relajara a Clarice, que seguía tensa entre sus brazos—. Vamos dentro. Deberías quitarte esa ropa mojada y meterte en la cama.

—No. —Clarice se soltó de sus brazos y se giró hacia la zona de la antigua muralla en la que estaban las jaulas de los cuervos—. Me advirtió… Sus palabras se corresponden con la leyenda de los cuervos. Ella también me ha dicho que el reino caerá.

—Eso puede esperar —dijo él para intentar calmarla.

—No. Tengo que ver si los cuervos están bien.

La chica salió corriendo hacia las jaulas sin decir nada más. En cuanto se repuso de la sorpresa, Alfred salió tras ella. Cuando llegó a su lado, vio que Clarice se había arrodillado frente a una de las jaulas y contemplaba a su ocupante. Era uno de los cuervos nuevos que había llegado en los últimos días para suplir a los que habían fallecido. Alguien, seguramente uno de los guardas de la Torre, había escrito su nombre en una tablilla de madera y la había sujetado a las verjas con un cordel. Hugin, así se había llamado. Pero ya no hacía falta que nadie aprendiera su nombre. Estaba muerto.

Cuando la puerta se abrió, Alfred dejó de fingir que estaba leyendo el periódico y se levantó. Nigel, que hasta aquel momento había estado contemplando el paisaje por la ventana, también se giró para ver entrar a sus dos compañeras.

—¿Qué tal está? —preguntó Alfred, preocupado.

—Cansada y algo débil, pero creo que se debe a las emociones de la noche y a no haber dormido bien —contestó Irma—. No creo que se vaya a poner enferma. Es una mujer fuerte.

—De todos modos, le hemos obligado a meterse en la cama y a tomarse un caldo caliente —intervino Wendy—. Y le hemos dicho que permanezca acostada porque usted ha dado orden de que no se levante hasta mañana.

—¿Creéis que obedecerá? —preguntó Alfred, imaginándose las protestas de Clarice.

—Creo que sí —dijo Irma—. Estaba agotada. Mientras la arropábamos, ya se le estaban cerrando los ojos. Al menos, descansará unas horas. ¿Cómo se le ocurre dormir al raso con este tiempo? Podría haber pillado una pulmonía.

—No se durmió. Cayó inconsciente tras presenciar una visión. —Alfred miró a sus compañeros y decidió no explicar más. Necesitaba que esa noche fueran ellos los que hicieran guardia y prefería que no se sugestionaran—. La culpa fue mía por haberme quedado dormido. Debería haber estado acompañándola.

—No te preocupes. Tampoco ha pasado nada malo. —Nigel se colocó a su lado y le dio un par de palmadas en la espalda, tomándose unas confianzas que nadie le había dado—. ¿Qué sabes de esa visión? ¿Ha contactado con alguno de los fantasmas de la torre?

—No me lo ha explicado con claridad, pero eso no es lo importante

ahora.

—¿Y qué es más importante que poder ser atacados por fantasmas? —preguntó Wendy asustada.

—No os va a atacar ningún fantasma —insistió Alfred—. Además, voy a dar la orden de que varios guardias estén en todo momento vigilando los patios y las jaulas de los cuervos. Vosotros solo debéis estar disponibles para investigar si sucede algo extraño.

—¿Algo como la muerte de otro cuervo? —sugirió Nigel con tono irónico—. Quizá habría sido buena idea colocar guardias anoche para no perder a uno de ellos.

—Sí, podría haber sido buena idea, pero no pensé que el agresor pudiera atacar estando nosotros aquí —contestó Alfred, molesto.

—¿El agresor? —preguntó Irma, confusa—. ¿Acaso crees que una persona es la causante de la muerte del cuervo?

—¿Qué otra cosa podría ser?

—No lo sé, pero me parece imposible que alguien haya podido escalar estas murallas, pasar por delante de todos los guardias, llegar hasta las jaulas y matar a uno de los cuervos sin que nadie se enterase. —Irma negó con la cabeza mientras paseaba por la habitación, como si andar de forma enérgica la ayudara a concentrarse—. Además, no tiene sentido. ¿Por qué no matar a todos los cuervos de una vez y acabar con todo?

—No lo sé, Irma —admitió Alfred—. Yo también tengo muchas preguntas, pero estamos aquí para darles respuesta. ¿Vamos fuera?

—¿A qué? —preguntó Nigel—. No somos investigadores de Scotland Yard.

—No. Somos investigadores de la División OpenMind y más vale que empecemos a ganarnos el sueldo.

Sin decir nada más, Alfred cogió su chaqueta y salió de la habitación. Escuchó los pasos de sus compañeros detrás. Iban quejándose en susurros. Parecía que no estaban muy convencidos de que lo que fueran a hacer sirviera para nada. Decidió no discutir con ellos. Después de todo, estaba al mando y debían cumplir sus órdenes, les gustaran o no. Soltó aire mientras pensaba que era una pena que ni siquiera él creyese que lo que estaban haciendo llevara a alguna parte. Si estuviera más seguro, sus órdenes sonarían mucho más convincentes.

Había un par de alabarderos cuidando de las jaulas de los cuervos. Cuando se acercó, les dio orden de abrir la jaula de Hugin y marcharse. Estarían más tranquilos si no había ojos ajenos observando

cómo trabajaban. Sobre todo porque no tenía muy claro lo que iban a hacer ni cómo.

—¿Y bien? —preguntó Nigel tras entrar en la enorme jaula y colocarse justo al lado del pájaro muerto —¿Qué se supone que vamos a hacer?

—Tú de momento vas a salir de la jaula —contestó Alfred—. No quiero que estropees ninguna pista. Wendy, entra tú.

—¿Yo? ¿Con ese bicho? —preguntó la chica mirando al cuervo con miedo.

—Está muerto. No va a hacerte nada…

—¿Y por qué tengo que entrar yo?

—Se supone que tienes el poder de ver el pasado tocando cosas, ¿no? —Alfred luchó por mantener un tono relajado.

—Sí, bueno… A veces puedo notar quién fue la última persona que tocó algo o descubrir algún dato sobre su propietario, sobre todo si hay un fuerte vínculo emocional con el objeto.

Cuando terminó de hablar, Wendy se quedó mirando a Alfred, como si no supiera qué más hacer. Alfred señaló de nuevo al cuervo, impaciente.

—Procede —le ordenó.

—¿Qué proceda a qué? ¿A tocar a ese pájaro muerto?

—¡Por Dios, Wendy! Creo que podemos considerar a todos los efectos que un cadáver es un objeto. —El gesto de repugnancia de Wendy le dio a entender que ella no estaba muy de acuerdo con aquella información—. ¿Podrías, por favor, tocar a Hugin y descubrir cómo ha muerto?

Irma cogió a la chica del brazo y la acompañó al interior de la jaula. Wendy se dejó llevar, aunque seguía mirando al pájaro como si fuera a vomitar en cualquier momento. Alfred tuvo que respirar y mirar a otro lado para serenarse. ¿Qué clase de equipo de investigación estaba formando? ¿Cómo iban a enfrentarse a una todopoderosa organización nazi si no eran capaces de acercarse a un pájaro muerto sin montar una escena? ¿En serio aquellas personas formaban el mejor equipo que podía reclutarse en Gran Bretaña? Decidió detener el curso de sus pensamientos y centrarse en lo que estaban haciendo. Si seguía dándole vueltas a aquello, acabaría yendo al MI6 para decirles a sus jefes que lo mejor que podían hacer era dar la guerra por perdida y rendirse.

Wendy había entrado por fin en la jaula y se había arrodillado en el suelo al lado de Hugin. Estaba pálida y tenía los labios apretados,

como si estuviera tratando de contener las náuseas. Alfred no pudo controlarse más.

—Wendy, por favor, ¿quieres tocar de una maldita vez a ese bicho?

Se sorprendió a sí mismo. Él siempre controlaba sus emociones y había sido educado para no perder nunca las formas, mucho menos delante de dos damas. Sin embargo, todo en aquella situación empezaba a resultarle ridículo y desesperante.

Wendy soltó un respingo y asintió. Parecía asustada, como si ella tampoco se hubiera esperado aquel exabrupto. Alfred se dio cuenta de que la chica tenía los ojos brillantes, como si estuviera conteniendo las ganas de llorar. También se dio cuenta de que Nigel e Irma le estaban mirando entre asombrados e indignados, como si le culparan por haber hecho sentir mal a la pequeña del grupo. Resopló y se giró durante unos segundos para recuperar la compostura. Si se dejaba llevar, les mandaría a todos a su casa y llamaría a Churchill para decirle que podía dar por perdido el reino de Inglaterra.

Cuando volvió a mirar hacia la jaula, Wendy ya había extendido las manos y las había colocado sobre el pecho del ave. La chica cerró los ojos durante unos segundos y empezó a respirar de forma acompasada mientras se mecía de un lado al otro. Un viento gélido apareció de la nada para alborotar sus largos cabellos rubios, como si unas manos invisibles estuvieran jugando con su pelo. Cuando la chica abrió los ojos, Alfred sintió que el estómago le daba un vuelco. No había vida en ellos. Eran fríos y opacos como los ojos de los peces, nublados por un velo blanquecino como los ojos de los ahogados. La chica continuó meciéndose durante unos segundos mientras susurraba.

—Es de noche… Llueve y hace frío… El viento sopla entre las copas de los árboles… No hay nadie, solo los cuervos… Hace más frío, cada vez más frío… Los otros cuervos gritan asustados… Hace tanto, tanto frío…

Wendy separó bruscamente sus manos del cuerpo del cuervo y se giró hacia ellos. El velo de sus ojos había desaparecido para ser sustituido por una mirada de terror. Irma entró en la jaula y se arrodilló a su lado para abrazarla.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó con cariño mientras la apretaba contra su pecho.

—La muerte… La muerte ha llegado sin más, de ninguna parte. He podido sentir como se moría… —contestó Wendy conteniendo un sollozo.

—¿Cómo que ha llegado de ninguna parte? Algo ha tenido que suceder —protestó Nigel.

—No. El frío fue creciendo y consumiendo su cuerpo. Su corazón se detuvo de pronto, su sangre dejó de fluir… Nadie lo ha matado. La muerte se lo llevó.

—¿Estás segura? —preguntó Alfred tratando de que su tono sonara tranquilo. Cuando la chica le miró como si no le comprendiera, se puso en cuclillas para mirarla a los ojos y parecer menos amenazador —. Clarice dice que aún estáis aprendiendo a controlar vuestros poderes… ¿Hay alguna posibilidad de que te hayas equivocado en tu percepción?

—Por supuesto —contestó ella avergonzada—. Además, esto no es una ciencia exacta. Solo son sensaciones, imágenes… Puede que no lo haya interpretado bien…

—No te disculpes continuamente. Tienes que creer en ti misma y en tu poder—le dijo Irma—. ¿Tú qué crees que ha sucedido?

—No ha habido nada externo que le haya causado daño. —Wendy había bajado la cabeza y mantenía los ojos fijos en el cadáver del pájaro. Su tono de voz era tan bajo que tuvieron que aproximarse para escucharla—. Nadie lo ha matado, pero tampoco era su hora. Es como si algo le hubiera robado la vida, como si se hubiera apagado…

Cuando Wendy levantó la cabeza y le miró, Alfred asintió y le dirigió una sonrisa tranquilizadora. Se acercó a ella y le tendió la mano para ayudarla a levantarse del suelo. Al notar el roce de su piel, se estremeció. Estaba helada, como si el frío de la muerte hubiera salido del cuerpo del cuervo para invadirla.

—Irma, por favor, ¿podrías acompañar a Wendy dentro y ponerle un té? Creo que le vendría bien.

Las dos mujeres se marcharon. Wendy parecía agotada y se apoyaba en Irma para caminar. Cuando desaparecieron dentro de la Torre Blanca, Nigel se giró hacia Alfred.

—¿Te lo crees? ¿Piensas que el pájaro se pudo morir sin más?

—No lo sé. Sabemos que hay algo extraño en su muerte… Ya sabes: la leyenda, que los nazis estén interesados en la muerte de los cuervos, que el propio Churchill esté tan preocupado… Pero me sigue resultando difícil creer que no haya un ser de carne y hueso implicado en estas muertes, que se estén muriendo sin más.

—¿Y qué vamos a hacer al respecto?

—De momento, tú y yo vamos a entrar en esa jaula y vamos a examinarlo todo: la hierba, el cadáver… Si hay alguna pista, vamos a encontrarla.

—Genial, ahora somos forenses de pájaros —bromeó Nigel mientras

entraba en la jaula—. ¿Y si no encontramos nada que nos haga pensar en un asesino real?

—Esperaremos a que Clarice se despierte y nos ilumine. Después de todo, ella es la especialista en asuntos preternaturales.

—Pues espero que a ella se le ocurra algo —comentó Nigel—. Solo nos quedan ocho días y siete pájaros.


Clarice

Capítulo cuatro

Irma llevaba unos minutos entrevistando al último soldado de la Torre que había tenido guardia la noche anterior. Como en las otras entrevistas, había ido recitando las preguntas que tenía apuntadas en una hoja de papel de modo mecánico. Ya estaba llegando al final de la lista, así que me incliné hacia delante para contemplar mejor la cara de mi compañera y disfrutar del espectáculo.

El cambio podría haber pasado desapercibido para un observador casual, pero yo llevaba un par de horas viéndola actuar y estaba sobre aviso. Irguió los hombros, tomó aire y carraspeó un par de veces para llamar la atención del guardia. En cuanto el hombre cruzó su mirada con la de Irma, esta entrecerró un poco los ojos y dejó escapar la misma sonrisa que esbozaría un depredador al darse cuenta de que su próxima víctima no tiene escapatoria.

—Dime la verdad —pronunció con tono autoritario—. Quiero que seas totalmente sincero conmigo.

—Sí vi algo… Lo siento… —dijo el hombre con tono lastimero.

Contuve la respiración, como si temiera que cualquier ruido pudiera hacer que aquel hombre saliera del trance en el que Irma acababa de atraparle. Parecía que por fin estábamos a punto de encontrar algo.

—¿Qué es lo que viste? —preguntó Irma—. Cuéntame cualquier cosa que se saliera de la normalidad.

—Era la procesión de los muertos. Caminaban hacia la Torre Verde, como otras noches… —El hombre se detuvo durante un par de segundos—. Los he visto más veces, pero no me acostumbro. Dejé mi ronda y volví a la garita. Siento haberla dejado sola, señorita Cooper.

—¿A qué te refieres? —pregunté confusa.

—Acababa de verla salir de la Torre Blanca y sabía que usted estaba fuera, que iba a cruzarse con los muertos —se lamentó el hombre—. Debería haber ido a avisarla, pero no tuve valor.

—No te preocupes. Son solo proyecciones. No pueden hacernos nada malo a los mortales —le consolé—. ¿Viste también a la mujer joven? —Él negó con la cabeza—. Ya sabes: una chica de piel pálida y pelo recogido que lleva un vestido lujoso gris o negro… Es bastante fácil de reconocer por el tajo que le atraviesa el cuello.

—Supongo que se refiere al fantasma de Ana Bolena. —La cara del hombre había perdido el color por completo. Pensé en sugerirle que debería solicitar el traslado a un destino más tranquilo, pero decidí

callar—. No, nunca lo he visto, pero muchos de mis compañeros sí. Yo espero no encontrármela nunca.

—¿Escuchaste sus gritos? ¿Unos lamentos lastimeros que parecían atravesarte el cerebro de lado a lado?

—Sí, sí los oí… Y volví a pensar en salir a por usted para asegurarme de que estaba bien, pero no me atreví.

—No te preocupes —le consolé—. ¿Viste o escuchaste algo más?

—No, nada más. Tendría que haber salido a hacer más rondas durante la noche, pero no tuve valor. Creo que, en algún momento, debí quedarme dormido al lado de la chimenea, porque me despertaron los gritos del teniente Mitchell llamándola. Cuando salí, les encontré delante de las jaulas, mirando al cuervo muerto…

—¿Así que no pudiste ver si alguna persona se coló y se acercó a las jaulas? —preguntó Irma.

—No. Lo siento… Aunque mi testimonio no sirva de mucho, no creo que nadie se colara —dijo en un susurro.

—¿Por qué crees eso?

—Nadie está matando a los cuervos. Están cayendo uno detrás de otro, sin heridas, sin haber sido envenenados… Sin explicación. Es el fin para todos.

Le hice un gesto a Irma para indicarle que podía liberar al guardia. No iba a poder aclararnos nada más y sus comentarios pesimistas tampoco iban a ayudarnos. Irma esquivó la mirada del hombre y, en cuanto el contacto visual se interrumpió, el hechizo se desvaneció. El hombre agitó la cabeza y se llevó las manos a las sienes, como si se encontrara mareado y confuso.

—Puedes retirarte. Hemos acabado.

—¿Le contaran al teniente Mitchell que me escondí en la garita y que me quedé dormido? —preguntó preocupado—. Siento muchísimo no haber ido en su ayuda.

—No. No le diremos nada, —dije comprensiva—, pero debería plantearse que, si le tiene tanto miedo a lo sobrenatural, la Torre de Londres no es el mejor destino para usted.

—Es esto o la guerra, señorita… —El hombre suspiró apenado antes de seguir hablando—. Yo preferiría marchar al frente, pero tengo una mujer y seis hijos pequeños que dependen de mí. No se imagina cómo se pondría mi esposa si le dijera que he abandonado este destino seguro para irme a luchar al frente. Me da más miedo ella que los fantasmas de la Torre o las tropas nazis.

No pude reprimir una sonrisa. A pesar de que aquel guardia había abandonado su deber y me había dejado a merced de una procesión de fantasmas, resultaba demasiado enternecedor imaginarse a aquel hombretón temblando ante la perspectiva de una bronca de su esposa. Le indiqué con un gesto que podía retirarse y, cuando cerró la puerta tras de sí, me giré hacia Irma. Estaba recostada en su silla, con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados. Su piel estaba tan pálida que me asusté:

—Irma, ¿estás bien? —pregunté mientras me inclinaba hacia ella.

—Sí, sí… Tranquila. —Abrió los ojos y se forzó a sonreír—. Es solo que me sigue agotando usar mis poderes. Este era el último, ¿verdad?

—Sí, ya hemos acabado. —Solté un largo suspiro—. Y no hemos conseguido nada.

—Bueno, al menos tienes la confirmación de que no imaginaste la procesión de espectros ni a la mujer con la cabeza entre las manos.

—No necesitaba esa confirmación. —Me encogí de hombros—. Llevo viendo fantasmas desde que era niña.

—No te imaginas cuánto me alegro de no tener ese poder. Yo me habría vuelto loca hace tiempo. —Se levantó de la silla con esfuerzo —. ¿Cuál es el siguiente paso? Seguimos sin saber qué les está sucediendo a los cuervos.

Escuchamos unos pasos apresurados por el pasillo antes de que la puerta de la pequeña estancia que habíamos usado como sala de interrogatorios se abriera con tanta fuerza como para chocar contra la pared. Nigel apareció en el umbral, doblado por la cintura para recuperar el aliento.

—Venid… Tenéis que ver esto —dijo cuando pudo volver a hablar.

Sin darnos tiempo a preguntar nada, volvió a salir a la carrera. Irma y yo nos miramos un momento sin saber qué hacer. Opté por encogerme de hombros y salir disparada detrás de Nigel. Irma me siguió sin protestar.

A pesar de que Nigel nos había sacado ventaja, conseguimos no perderle de vista. Tras salir de la Torre Blanca, había cruzado por detrás de la antigua muralla en la que se apoyaban las jaulas de los cuervos para dirigirse a la Puerta del Traidor. Cuando salimos del recinto y llegamos a la carretera, vimos que Nigel se había reunido con Alfred y Wendy. Los tres estaban detenidos al lado de una vieja camioneta que llevaba la parte de atrás cubierta por una lona. Alfred estaba al lado de un anciano vestido con ropas de campesino que le había tendido unos papeles. Tras mirarlos detenidamente durante

unos segundos, estampó su firma en ellos y se los devolvió.

—¿A qué viene tanta prisa? —pregunté tras unirme al grupo—. Nigel nos ha traído hasta aquí como si hubiera un incendio. ¿Pasa algo malo?

—No, no lo creo. —Alfred se encogió de hombros—. Puede que incluso sea algo bueno.

Se giró hacia Nigel y le dirigió un gesto de asentimiento. El chico se colocó al lado de la camioneta, señaló el bulto cubierto con un teatral movimiento de su brazo derecho y, de un solo tirón, arrancó la lona que cubría la carga, como si intentara dejarnos boquiabiertos con un truco de magia.

Lo que descubrió fue una jaula en la que se encontraban dos grandes cuervos. Los animales llenaron el aire con sus graznidos y empezaron a agitar las alas con violencia, como si se quejaran por la intromisión. Me acerqué y les observé sin comprender.

—¿Más cuervos? —pregunté al fin.

—Sí, son un regalo de Churchill —explicó Alfred colocándose a mi lado—. Los dos últimos cuervos del criadero de Somerset.

—¿Y para qué nos los envía?

—Supongo que pretende ganar tiempo con ello —dijo él antes de encogerse de hombros.

—¿Tú crees que servirá de algo? —Me atreví a agarrar las rejas de la jaula con las manos para mirar a los cuervos más de cerca—. El mensaje que interceptamos decía que el último cuervo caerá dentro de ocho días, sin importar cuántos haya.

—Pero puede que no contaran con que podíamos traer más. —Él también se agarró a las rejas y miró a los pájaros—. Sea como sea, mal no nos va a hacer que estén aquí.

—A nosotros no, pero a los cuervos no creo que les haga gracia estar en un sitio en el que su especie tiene una tasa tan alta de mortalidad —bromeó Nigel—. Mira qué nerviosos están. Casi parece que lo supieran…

Nos quedamos en silencio, observando a los cuervos. Graznaban enloquecidos y agitaban las alas como si pretendieran escapar de su cautiverio. Me giré al escuchar unos pasos firmes acercándose desde el interior de la torre. Dos guardias se dirigían hacia nosotros.

—Vienen a por los cuervos —explicó Alfred—. Tienen que llevarlos a sus jaulas.

—Pobrecillos. —Wendy los miró con pena.

—No tiene por qué pasarles nada. Estamos aquí para eso.

—¿Crees que va a servir de algo? —Wendy soltó un largo suspiro sin separar su mirada de los aterrados pájaros—. No podemos evitar su muerte si no sabemos qué es lo que los está matando.

—Lo descubriremos —dijo Alfred con voz firme—. Esta noche volveremos a vigilar. Quiero que en todo momento dos de nosotros estén de guardia delante de las jaulas de los cuervos. No vamos a quitarles los ojos de encima en ningún momento. Tenemos que descubrir qué es lo que está pasando.

Elevé la mirada a lo alto. Las nubes seguían siendo espesas y ocultaban las estrellas, pero, a través de un pequeño hueco entre ellas, pude divisar la luna en cuarto creciente. Había dejado de llover hacia tan solo unos minutos y lo más probable era que, a lo largo de la noche, volviera a hacerlo, pero, curiosamente, los habitantes de Londres consideraban que aquello era un tiempo estupendo. En las noches despejadas, el cielo de la ciudad solía llenarse con el ruido de los motores de los aviones alemanes y las mortíferas bombas sustituían a la lluvia para bañar la ciudad con fuego y sangre. Las nubes y la niebla que solían cubrir la ciudad eran el mejor escudo contra la muerte que caía del cielo.

Me giré hacia las jaulas y contemplé a los cuervos. Estaban quietos y tranquilos, posados en sus perchas, dormitando. Parecía que esa noche no iba a suceder nada. Me atreví a sentir un pequeño destello de esperanza. A lo mejor íbamos a ser capaces de detener la profecía. Quizá nuestra simple presencia allí iba a impedir que los cuervos siguieran muriendo y que la corona de Inglaterra cayera con ellos. Me habría encantado poder confiar en aquellos pensamientos, pero algo en mi interior me decía que no iba a ser tan fácil.

Nigel paseaba al otro lado de las jaulas. A pesar de la oscuridad reinante, distinguí su caminar despreocupado. Iba con la cabeza baja, mirando abstraído algo que sostenía en la mano derecha. Me sentía tan aburrida de estar haciendo guardia sin que pasara nada que decidí recorrer los pasos que nos separaban para conversar un rato.

Cuando estuve más cerca, me di cuenta de lo que estaba haciendo y sonreí complacida. Nigel caminaba con el brazo derecho extendido y la palma de la mano hacia arriba. A apenas un par de pulgadas de distancia de su mano, flotaba una cucharilla de plata. La cucharilla giraba sobre sí misma, como la aguja de un reloj que marcara los segundos.

—Es increíble cuánto has mejorado —susurré para no romper su

concentración.

El chico separó la mirada de la cucharilla, que siguió girando aunque él ya no estuviera vigilándola. Se encogió de hombros, como quitándole importancia, aunque me pareció distinguir orgullo en su sonrisa.

—Sí, ya empiezo a controlarlo… aunque sigo pensando que esto no sirve de nada.

—Le encontraremos alguna utilidad. No te preocupes —le consolé.

—No sé… Me siento tan fuera de lugar… —Su voz sonó apenada. Hizo descender la cucharilla y se la guardó en un bolsillo del abrigo, como si de repente le avergonzara lo que estaba haciendo—. Tú puedes contactar con los muertos. Wendy puede leer los sentimientos de la gente en su aura y averiguar cosas solo con tocar objetos. Irma es capaz de controlar a los demás y no hay nada que se le escape en un interrogatorio… Y yo muevo cucharillas.

Iba a seguir consolándole cuando noté que algo había cambiado en el ambiente. La temperatura, que ya era fresca a pesar de encontrarnos en pleno agosto, había descendido varios grados de golpe. Me estremecí y me abracé a mí misma para alejar aquel frío sobrenatural.

—¿Tú también lo notas? —le pregunté a Nigel.

El vaho que surgió de mi boca fue suficiente respuesta. No me lo estaba imaginando. Aquella fresca noche de verano acababa de convertirse en una gélida noche invernal. Nigel asintió y empezó a mirar a todos lados, como si tratara de descubrir al posible causante de aquel fenómeno.

Y entonces los cuervos también lo notaron. Comenzaron a graznar y a revolotear dentro de sus jaulas, a chocar contra los barrotes como si pretendieran derribarlos y escapar. Me quedé mirándolos paralizada, sin saber qué hacer. ¿Debería abrir las jaulas y liberarlos? Me pareció percibir terror en el brillo de sus pequeños ojos negros, angustia en sus graznidos… Quizá si abriese las jaulas y les permitiera salir, podrían escapar de aquello que les estuviera amenazando.

No me dio tiempo a pensarlo más, no pude actuar. Escuché un ruido a mi espalda y vi que uno de los cuervos yacía desplomado en el suelo de su jaula con las alas abiertas de par en par, totalmente inmóvil. Mientras corría hacia aquella jaula, escuché otro golpe contra el suelo y un grito asustado de Nigel. Me giré hacia él y vi que contemplaba el interior de otra jaula, en la que otro cuervo yacía muerto.

—¿Dos al mismo tiempo? —preguntó él, asombrado—. No puede ser.

Rebusqué en el manojo de llaves que me habían prestado los guardias

y abrí la jaula que tenía enfrente. Me lancé a su interior y me dejé caer de rodillas al lado del cuervo. Puse una mano sobre su oscuro plumaje, intentando sentir el latido de su pequeño corazón, pero lo único que noté fue un frío glacial que parecía surgir de su cuerpo y extenderse por mi brazo, un frío que quemaba y que me hizo retirar la mano, asustada.

Nigel se había acercado y estaba en el umbral de la puerta, sin atreverse a entrar. Le miré y negué con la cabeza.

—Es Jubilee, ¿verdad? Uno de los cuervos que llegaron hoy.

—Sí, el otro es Rocky —contestó él—. Uno de los cuervos que ya tenían en la torre. No entiendo por qué han muerto dos.

—Creo que es la forma en la que la profecía nos está diciendo que va a cumplirse de todos modos —dije en un susurro—. Da igual los cuervos que podamos traer. Ya consigamos dos, diez o mil, el último de ellos morirá dentro de siete días.

—Y también parece que da igual que estemos vigilando o no —comentó él con la derrota tiñendo su voz—. No hemos visto nada, no hemos podido hacer nada por evitarlo.

—No hemos podido hacer nada esta vez, pero eso tiene que cambiar. —Me levanté, me erguí y salí de la jaula para dirigirme a la Torre Blanca—. Vamos a despertar a los demás.

—¿Para qué? —preguntó Nigel mientras aceleraba su paso para seguirme—. Ellos tampoco saben cómo detener esto.

—Lo sé. Tendremos que encontrar a alguien que sepa cómo hacerlo. —Me detuve y miré hacia el lugar en el que la noche anterior había divisado a la comitiva de los muertos, casi como si esperara que estuvieran allí, contemplándonos—. Y creo que sé quién puede ayudarnos.


Alfred

Capítulo cinco

Cuando Alfred entró en la sala, todo el equipo estaba ya esperando. Wendy e Irma, aún en camisón y bata, se habían sentado muy juntas en un sofá para taparse con la misma manta. Nigel estaba un poco apartado, vigilando a través de la ventana.

—Por fin apareces —le saludó Clarice mientras terminaba de servir té para todos—. No hacía falta que te prepararas tanto para venir a vernos. Esto es una reunión informal.

Ella le dedicó un guiño y una sonrisa burlona que hicieron que se sintiera incómodo. Era cierto que se había tomado su tiempo para ponerse el uniforme, pero le habían educado para estar siempre presentable y no iba a cambiarlo ahora, por mucho que le llamaran de forma urgente en mitad de la noche. Para él era impensable presentarse a una reunión de trabajo con pijama y zapatillas. Y mucho menos si a esa reunión iban a asistir damas.

Decidió no dar explicaciones. Estaba de mal humor por haber sido despertado a esas horas y, además, solo iban a servir para que Clarice se burlara aún más de él. Se estiró los faldones de la chaqueta antes de tomar asiento y darle un primer sorbo a su taza de té. Después, se irguió en el sillón y paseó su mirada entre Clarice y Nigel.

—¿Vais a contarnos por qué nos habéis llamado con tanta urgencia? ¿Y por qué no estáis vigilando a los cuervos? —preguntó molesto—. Al menos uno de los dos debería haberse quedado de guardia.

—No hay nada que vigilar —contestó Nigel—. Ya han muerto dos cuervos esta noche y no creo que vayan a morir más.

—¿Cómo que han muerto dos? ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Habéis visto al culpable? ¿No habéis hecho nada por evitarlo?

—Tranquilo. Son demasiadas preguntas. —Clarice dejó la tetera sobre la mesa y se sentó frente a él—. Veamos si recuerdo todas… Sí, han muerto dos. No sabemos lo que ha pasado, ni hemos visto al culpable ni hemos hecho nada por evitarlo, a pesar de que estábamos justo a su lado. Simplemente hemos notado un frío terrible que lo invadía todo, los cuervos se han vuelto locos y luego dos de ellos han caído desplomados, primero Rocky y luego Jubilee.

—¿Pero no habéis visto al causante?

—No ha habido causante. Se han muerto solos —intervino Nigel tras abandonar la ventana para ir a sentarse en el reposabrazos del sofá que ocupaban Wendy e Irma.

—Que no lo hayáis visto no quiere decir que no haya habido un causante. Quizá simplemente no era de este mundo. —Alfred miró a los ojos de Clarice esperando una respuesta, pero solo consiguió que ella negara con la cabeza, apesadumbrada.

—Lo siento, pero no he percibido la presencia de ningún espectro.

—¿Entonces qué es lo que los está matando? —Alfred se levantó y empezó a pasear por la habitación, incapaz de mantenerse quieto—. No es ninguna enfermedad ni ningún veneno. Tampoco los está matando ningún enemigo, ni vivo ni muerto. Pero algo tiene que estar acabando con ellos. Su muerte no puede ser casual y menos cuando sabemos que anuncia la inminencia de la caída de la corona británica.

—Sabemos que no son muertes naturales. Algo extraño está pasando, pero seguimos tan perdidos como al principio —dijo Clarice.

Alfred se giró hacia ella, enfadado. Sabía que no tenía sentido ponerse furioso con Clarice, pero se suponía que ella era la experta en temas sobrenaturales. Había cruzado el Atlántico para buscarla porque se suponía que era la única persona en todo el mundo con las capacidades que necesitaba para fundar la División OpenMind. Ella no podía reconocer que estaba perdida y que no sabía qué hacer. Sintió como la ira y la impotencia se fundían en su interior como lava hirviendo.

—Tenemos que hacer algo. —Volvió a sentarse en el sillón y golpeó la mesa con el puño, haciendo que todos sus acompañantes brincaran en sus asientos—. ¡Maldita sea! Se supone que la vida del rey puede estar en nuestras manos, que el destino de todo el reino puede depender de que esos condenados pájaros sigan vivos y ni siquiera somos capaces de mantenerlos a salvo. No podemos reconocer que estamos perdidos y rendirnos.

—Yo he dicho que estamos perdidos, pero no que vayamos a rendirnos — le interrumpió Clarice.

—¿No? ¿Y qué vamos a hacer? —preguntó él desesperado—. Porque quedarnos mirando como los cuervos siguen muriendo uno tras otro no creo que vaya a solucionar nada.

—Tenemos claro que lo que está sucediendo es algo sobrenatural, algo relacionado con los cuervos, la Torre de Londres y la extraña maldición que predice la caída de la corona inglesa —comentó Clarice —. El origen de esa maldición se ha perdido en la noche de los tiempos, pero los habitantes de la Torre quizá sepan algo.

—Ya hemos interrogado a todos los guardias y ninguno sabe nada — intervino Irma.

—No me refiero a sus habitantes vivos. —Los labios de Clarice se curvaron en una misteriosa sonrisa que provocó que un escalofrío recorriese la espina dorsal de Alfred—. Tenemos que hablar con sus habitantes más antiguos, los que llevan aquí siglos. Quizá ellos recuerden el origen de la leyenda y puedan arrojar algo de luz sobre este misterio.

—¿Con quién quieres hablar? —preguntó Wendy en un susurro, como si estuviera preocupada porque los fantasmas pudieran oírla—. ¿Con la procesión de muertos que viste la otra noche?

—No, esa procesión es solo una sucesión de imágenes sin conciencia, algo así como una serie de fotografías del pasado que se repiten una y otra vez, un eco del dolor que recorrió estos muros —explicó ella—. No hay conciencia en esas imágenes a la que podamos interrogar.

—Entonces, ¿en quién has pensado? —preguntó Alfred.

—En Ana Bolena —contestó ella—. Es un espectro, un alma perdida que lleva entre estos muros cientos de años. Estoy segura de que, si conseguimos contactar con ella, podrá darnos las respuestas que necesitamos.

Alfred dejó de cavar y se limpió el sudor de la frente. A su lado, Clarice seguía sacando grandes paladas de tierra sin detenerse un momento. La contempló durante unos segundos, admirado. Era tan diferente a las mujeres con las que se había relacionado durante toda su vida… Ninguna de ellas habría aceptado siquiera la idea de cavar y arriesgarse a estropear sus delicadas manos o a romperse una uña. Se fijó en las manos de Clarice. No eran las manos de una dama, eran manos fuertes y de uñas cortas. Las manos de alguien acostumbrado a trabajar en el campo. No. Definitivamente, Clarice no tenía nada que ver con las mujeres que había conocido hasta el momento. Se le escapó una sonrisa. Cualquiera de aquellas mujeres se habría desmayado solo con sugerirles que debían entrar de noche en una antigua capilla para profanar una tumba. Y, sin embargo, Clarice no lo había dudado ni un solo segundo… De hecho, la idea había partido de ella.

—¿No piensas trabajar más? —La voz de la chica interrumpió sus pensamientos—. ¿Vas a dejar que lo haga todo yo sola?

—No. Por supuesto que no. —Alfred volvió a empuñar su pala, pero, antes de dar siquiera la primera palada, volvió a apoyarse sobre ella para contemplar a su acompañante—. ¿Estás segura de que esto está bien? Estamos profanando la tumba de una antigua reina…

—Los reyes y reinas son personas, igual que los demás —contestó ella —. Y sus cadáveres también son cadáveres normales.

—Esa es una manera muy americana de ver las cosas. Siempre tan democráticos y con esas ideas de que todos somos iguales… El sueño americano —dijo él con una sonrisa irónica asomando a sus labios—. Aquí no somos iguales. Creemos en las diferencias entre clases y respetamos a nuestros reyes.

—Por lo que tengo entendido, a esta reina le cortasteis la cabeza. A mí eso me parece una falta de respeto bastante grave.

Alfred no pudo contener una risa, a pesar de que ni el lugar ni la situación eran apropiados para ello. Le encantaba la manera de ser de Clarice: siempre tan directa, tan sincera, tan libre… La contempló durante un par de segundos más antes de ponerse a cavar. No quería que volviera a llamarle la atención.

Unos minutos después, la puerta de la capilla se abrió y la cabeza de Wendy se asomó. Alfred dejó la pala y salió del agujero que habían abierto en el suelo para acercarse a la chica. Una vez fuera, echó un vistazo al hoyo que habían excavado y a la tierra que se amontonaba a ambos lados. Tenía ya varios pies de profundidad, pero seguían sin encontrar nada.

Se acercó a Wendy, que contemplaba el agujero sin moverse de la puerta, como si no se atreviera a poner un píe dentro de la iglesia.

—¿Os queda mucho? Nigel lleva ya un rato distrayendo a los guardias con juegos de manos, pero en cualquier momento se cansarán y continuarán su ronda.

—No lo sé. No soy ningún experto en a cuánta profundidad se entierra a la gente —contestó Alfred antes de volverse a Clarice—. ¿Tú lo sabes?

—La verdad es que no. Es la primera vez que hago esto.

—¿En serio?

—Claro. ¿Es que crees que me paso las noches desenterrando cadáveres? —Al ver que él asentía mientras se encogía de hombros, ella bufó antes de explicarse—. Tengo el don de ver a los muertos. No necesito hacer estas cosas. De hecho, suelo poner barreras para no verlos todo el tiempo.

—Entonces, ¿por qué estamos haciendo todo esto? —preguntó él enfadado—. ¿No podrías llamarla y ya está?

—Podría, pero no me fío. Es un fantasma muy antiguo y que murió de forma violenta —explicó ella—. Es muy posible que se haya convertido en un espectro poderoso y peligroso. No voy a llamarla sin haber tomado antes todas las precauciones posibles.

—¿Y no estaréis enfadándola aún más al profanar su tumba? —

preguntó Wendy asustada.

—No, no creo que le importe. Seguramente su mente estará ya muy perdida y ni siquiera sabrá que su cuerpo descansa aquí. De hecho, es una suerte que nosotros hayamos podido encontrarla.

—Sí que lo es, porque el cadáver de Ana Bolena estuvo perdido durante siglos. Se encontró su cuerpo en un arca sin marcar a finales del siglo pasado, al hacer unas obras de remodelación de la capilla, y se decidió poner una losa de mármol con su nombre para marcar el lugar —dijo Alfred señalando la pesada losa que habían tenido que retirar antes de empezar a cavar—. ¿Crees que quedará igual cuando terminemos? No quiero tener que dar explicaciones sobre esto…

—Sí. Volveremos a echar la tierra y pondremos la losa en su sitio. Nadie notará nada. —La pala de Clarice sonó diferente al entrar en la tierra, como si hubiera golpeado algo duro. Ella levantó la cabeza y sonrió—. Creo que he encontrado el ataúd. Ven a ayudarme.

En cuanto escuchó esas palabras, Wendy se retiró y cerró la puerta de la capilla de un portazo, como si quisiera dejar muy claro que no pensaba participar en aquello. Alfred se acercó y, de un ágil salto, volvió a bajar al hoyo que habían excavado. Clarice se había colocado de rodillas y apartaba la tierra con las manos, dejando al descubierto una caja de madera. Él también se arrodilló y empezó a ayudarla.

—¿Vas a explicarme ya para qué estamos haciendo todo esto? ¿Qué quieres encontrar?

—A ver cómo lo explico… —Pensó durante un par de segundos antes de seguir hablando—. Los espíritus están unidos a algunos objetos del mundo físico, a algunas pertenencias que tuvieron importancia para ellos. Esos objetos pueden encantarse y usarse como "cadenas psíquicas".

—No lo entiendo —admitió él.

—Esos objetos funcionan como amplificadores que permiten invocar al fantasma con más facilidad y, al mismo tiempo, los mantiene bajo el control de la persona que los invoca.

—¿O sea que con ese objeto vas a poder dominar al fantasma?

—No exactamente… No se puede tener control total sobre un espíritu. Siempre existe el riesgo de que no quiera plegarse a la voluntad del invocador e incluso de que se ponga agresivo, sobre todo si es un espectro antiguo y poderoso. Tener algo suyo me servirá como una especie de seguro.

—¿Y qué objeto estás buscando?

—No creo que quede nada, así que cogeré un hueso de su esqueleto.

Una falange me servirá. —Se giró hacia él y negó ante su gesto de repugnancia—. No me mires así. Es solo un hueso. Además, un trozo del cuerpo del fantasma es la mejor “cadena” que podríamos encontrar. Los fantasmas siguen unidos de alguna forma a su cuerpo físico… Cuando dañas su cuerpo, sufren un dolor indescriptible. Si en algún momento la situación se descontrola, tener un trozo de su cuerpo con el que poder hacerle daño puede ser nuestra única salvación.

Alfred sintió que un escalofrío recorría su espalda. En aquel momento, le daba mucho más miedo escuchar hablar así a Clarice que todos los fantasmas que se decía que habitaban en la Torre de Londres. Tuvo que recordarse a sí mismo que ella no era una chica normal. Al tratarla todos los días, llegaba a olvidarse de que se encontraba ante una bruja poderosa, una nigromante con poderes auténticos acostumbrada a tratar con el mundo de los muertos.

Clarice tocó su mano, haciendo que se detuviera. Ya habían apartado la suficiente tierra como para poder retirar la tapa del ataúd. Alfred tomó su pala, la introdujo entre la tapa y la caja e hizo palanca. En cuanto estuvo abierta, Clarice se colocó a su lado.

—Sal del hoyo, coge la linterna y alúmbrame —ordenó ella—. Si estamos los dos aquí abajo, nos estorbaremos.

Alfred asintió y salió del agujero sin protestar. Se sentía más seguro fuera de aquel hoyo. De hecho, se sentiría mucho más a gusto cuando hubieran acabado con todo aquello y pudiera salir de aquella iglesia.

Se arrodilló al borde del agujero, tomó la linterna y la levantó por encima de su cabeza para iluminar el ataúd, tal como Clarice le había pedido. Ella se esforzaba por apartar del todo la pesada tapa. En unos segundos, consiguió levantarla y dejarla apoyada contra una de las paredes del agujero. A pesar del respeto que le daba la situación, se asomó para echar un vistazo al interior del ataúd.

Solo pudo distinguir un pequeño esqueleto amarillento. Se estremeció al ver que la cabeza no estaba colocada en su lugar, sino que descansaba a mitad del ataúd, al lado de una de las manos. Aquello parecía confirmar que se encontraban ante el cuerpo que estaban buscando.

—Alumbra aquí —pidió Clarice, señalando la mano izquierda del cadáver.

—¿Vas a arrancarle un dedo? —preguntó él mientras se estiraba para acercar la linterna lo más posible luchando para que no le temblara la mano.

—Claro que no, hombre —contestó ella, justo antes de tirar del dedo

meñique del cadáver y llevarse un trozo, lo que hizo que el estómago de Alfred se encogiera—. No necesito el dedo entero. Me basta con una falange. Y, además, no hay que arrancárselo. Prácticamente está suelto… ¿Estás bien? Tienes mal color.

Él se limitó a asentir, aunque en realidad le parecía que el mundo a su alrededor se había vuelto algo borroso y que parecía girar. Además, sentía ganas de vomitar. Tomó aire un par de veces para controlarse. Era un soldado, un teniente del servicio secreto británico. No iba a desmayarse ni a vomitar por la visión de un esqueleto. Sin embargo, había algo en la forma en la que Clarice se enfrentaba a la muerte que le resultaba enfermizo y desagradable. Era como si ella, al estar en contacto con el otro lado, hubiera dejado de respetarlo por completo.

Clarice se guardó en el bolsillo de la chaqueta el pequeño hueso, cerró de nuevo el ataúd y le tendió su brazo para que la ayudara a salir del agujero. Cuando estuvo a su lado, le dio un par de golpes en la espalda, como si fueran camaradas de toda la vida. Cuando él la miró, ella le devolvió una sonrisa triunfal.

—Tapemos esto de nuevo —le dijo mientras cogía su pala y empezaba a echar tierra sobre la tapa del féretro—. Cuanto antes acabemos, antes podremos irnos de aquí.

—Sí, será lo mejor. —Alfred agitó la cabeza para ahuyentar la sensación de estupor que parecía haberse adueñado de su mente—. Tengo muchas ganas de terminar con esto.

Escuchó una risa ahogada proveniente de Clarice y se giró hacia ella esperando una explicación. Ella negó con la cabeza y contestó sin siquiera mirarle, mientras seguía echando tierra para sellar el agujero.

—Acabamos de empezar, Alfred —contestó con tono misterioso—. Nos queda mucha noche por delante… Y esta ha sido la parte fácil.


Clarice

Capítulo seis

Tras dibujar un círculo con sal alrededor de la mesa, dejé sobre ella un cuenco con el trozo de hueso que habíamos sacado del ataúd de Ana Bolena y me senté. Antes de seguir con el ritual, miré a mis compañeros. A pesar de la tenue luz que iluminaba la estancia, pude darme cuenta de que estaban pálidos y de que el miedo brillaba en todas sus miradas. Les dirigí una sonrisa que pretendía ser tranquilizadora y continué con los preparativos.

Rebusqué entre los pequeños saquitos que había dejado sobre la mesa. Irma se inclinó hacia mí, demasiado curiosa como para permanecer más tiempo en silencio.

—¿Qué es lo que estás haciendo? —me preguntó.

—Un ritual para controlar al fantasma. Quiero asegurarme de que no va a ponerse agresivo con nosotros —expliqué mientras empezaba a echar los ingredientes en el cuenco—. Romero para ayudarle a recordar, albahaca, que es la hierba funeraria por excelencia, sal, que es el principio alquímico y símbolo de pureza…

Escuché una risita ahogada y levanté la mirada. Nigel se tapaba la boca con una mano para tratar de contener una carcajada. Le miré con severidad, pero no dije nada.

—Lo siento, pero es que todo esto me resulta ridículo —se excusó—. ¿De verdad esperas que el espíritu de una reina de Inglaterra vaya a presentarse aquí porque estés haciendo un guiso con uno de sus dedos? Supongo que tendrá cosas mucho más interesantes que hacer en el más allá.

—Nigel, por favor —le regañó Alfred—. Si no vas a poder comportarte de forma adecuada, te ruego que abandones la habitación.

Nigel respiró profundamente para tratar de controlarse. Preferí ignorarle y seguir con mi labor. Sabía por qué se comportaba así y no era porque fuese escéptico ni porque tratara de molestarnos. Su mirada asustada, su voz demasiado aguda y cercana a la histeria, su postura envarada, la forma en la que se frotaba las manos en las perneras del pantalón para secarse el sudor… Estaba asustado, muy asustado, y trataba de esconderlo detrás de sus bromas y de un fingido escepticismo. Esperaba que pudiera controlarse cuando el espíritu hiciera acto de presencia y que su miedo no fuera un problema ni nos pusiera en riesgo.

—Si quieres, puedes marcharte —le ofrecí—. Creo que me bastará con la energía psíquica de los demás para controlar al espectro.

—No, no. Me quedo —contestó él antes de tragar saliva con dificultad—. Quiero ayudar.

Asentí y seguí con el ritual. Después de verter todos los ingredientes en el cuenco, cogí el *athame*[ix] que reposaba sobre la mesa y, con un rápido movimiento, me hice un corte superficial en el dedo índice de la mano derecha. Ya había hecho aquello muchas veces en ocasiones anteriores, pero siempre me sorprendía lo agudo que era el dolor, lo mucho que escocía un corte así y la manera tan abundante en la que manaba la sangre, como si fuera un torrente deseoso de escapar de los límites del cuerpo. Coloqué la mano sobre el cuenco y dejé que la sangre resbalara.

—Ya lo tenemos todo preparado —anuncié—. Tenemos un círculo que nos protege de todo mal y un trozo del cadáver del espíritu al que vamos a llamar que nos ayudará a mantenerlo bajo control, pero, aun así, lo que vamos a hacer es peligroso. Si alguno de vosotros cree que no va a poder soportarlo, es mejor que lo diga ahora y que se vaya.

Les di unos cuantos segundos para que se decidieran, mientras iba paseando la mirada por sus rostros. Todos parecían asustados, pero fueron asintiendo con seguridad cuando crucé mis ojos con los suyos. Yo también asentí al terminar la ronda y dibujé una sonrisa de orgullo.

—Antes de empezar, aún tengo que haceros algunas advertencias: Solo puedo protegeros mientras permanezcáis dentro del círculo. Pase lo que pase, haga lo que haga el espíritu, no debéis salir de él. —Volví a darles unos segundos para que asintieran—. Vamos a darnos las manos para unir nuestra fuerza espiritual. Voy a alimentarme de vuestra energía para tener el poder suficiente para llamar y dominar al espectro, así que es muy posible que tengáis frío o sueño o que os sintáis cansados o enfermos. Es normal, no os asustéis. Os recuperareis enseguida en cuanto esto acabe. ¿Estáis preparados? —Volví a esperar. Estaban más asustados que antes. A pesar de mirarme con los ojos abiertos como platos y de lo agitadas que estaban sus respiraciones, todos volvieron a asentir—. Está bien. Allá vamos.

Las luces de las velas esparcidas por la estancia parecían incrementar las sombras. Cualquier movimiento nuestro se reflejaba en las paredes, haciendo que nos giráramos en busca de un posible atacante que nos acechara desde las sombras. Todos estaban nerviosos… No, más bien estaban aterrados y, sin embargo, habían decidido permanecer a mi lado y ayudarme. No podían imaginarse cuánto se lo agradecía. A pesar de que llevaba toda la vida invocando a los muertos y relacionándome con ellos, me sentía muy intranquila. Mi miedo no se

debía tan solo a estar a punto de enfrentarme a un espíritu antiguo y poderoso, sino al recuerdo que aquel espectro me había dejado cuando nos encontramos la pasada noche.

Aquel fantasma era especial. Ningún otro encuentro anterior con un ser sobrenatural me había producido un temor parecido. Recordaba el frío que había sentido, el cansancio extremo, como si con su sola presencia se hubiera llevado toda mi energía y mis ganas de vivir… Recordaba sus lágrimas de sangre, el desagradable tajo de su cuello, aquellos gritos tan agudos y desesperados que dolían… Y recordaba como se había acercado a mí llevando su cabeza entre las manos, una cabeza que seguía mirándome, que era capaz de hablar… Y como había pensado que, si aquel ser me tocaba, me volvería loca, que mi corazón se detendría de puro terror. La otra noche había conseguido escapar de aquel ser casi de milagro y ahora me proponía volver a llamarlo. Era una locura.

Respiré varias veces de forma lenta y profunda, tratando de calmarme. Si quería que aquello funcionara, tenía que ser capaz de concentrarme y estar tranquila. Si aquel ser era hostil, como yo sospechaba, y se daba cuenta del miedo que le tenía, no podría controlarlo. No podría protegerme de ella y, lo que era aún peor, no podría proteger a mis compañeros.

Cerré los ojos y me concentré solo en mi respiración, mientras imaginaba una esfera dorada de poder que nacía en el centro de mi pecho e iba haciéndose más grande y más potente con cada una de mis exhalaciones. Imaginé que aquella esfera iba creciendo y creciendo hasta ocupar todo mi cuerpo para después salir de él e invadir todo el espacio hasta los límites del círculo de sal que había trazado, protegiéndonos a mí y a mis amigos.

Cuando me sentí lista, abrí de nuevo los ojos, esbocé una sonrisa y susurré:

—Vamos a empezar. —Carraspeé para aclararme la garganta y empecé a pronunciar con voz potente el hechizo que bendeciría el círculo que nos iba a proteger—. Yo te conjuro, círculo de poder, para que seas mi límite entre el mundo de los hombres y el mundo de los espíritus. Te conjuro para que seas guardián y protector del poder que levantaré dentro hasta que decida liberarlo. Por eso, te bendigo y te consagro.

Noté que alguien me apretaba con demasiada fuerza la mano derecha. Sin perder la concentración, me giré hacia Wendy y le dirigí una sonrisa para transmitirle que todo iba a salir bien. Ella asintió y aflojó la presión de su mano, aunque pude percibir que estaba temblando. Respiré de nuevo profundamente y continué con mi hechizo:

—Éste es un tiempo que no es tiempo y un sitio que no es sitio. Estoy

ante el umbral de dos mundos, ante el velo de los misterios. Que los Dioses me protejan y me guíen a través de esta travesía mágica. —Esperé unos segundos antes de seguir hablando—. El círculo está cerrado. Nada que no haya sido llamado entrará en él y podré cumplir los propósitos de este ritual. Que los Dioses y los Guardianes me guíen y me protejan.

La primera parte del ritual estaba completada. A partir de ese momento estábamos protegidos de cualquier espectro que se presentara. Nada podría hacernos daño si nos manteníamos unidos y no traspasábamos los límites de ese círculo. Pensé en volver a advertírselo, pero supuse que no hacía falta. Ya les había dejado muy claro que no debían levantarse ni romper el contacto. Tenía que confiar en ellos. Éramos un equipo y sabríamos trabajar unidos. Volví a cerrar los ojos para eliminar cualquier rastro de ansiedad y enfrentarme al fantasma de Ana Bolena con una actitud serena y confiada. Noté que estaba en paz, que creía en mí misma, que sabía que podría hacerlo. Abrí los ojos de nuevo y la llamé:

—Yo te conjuro, espíritu difunto, por el Destino de los Destinos, que vengas a mí, en este día, en esta noche, y accedas a este acto de servicio. Ana Bolena, acude a mí. Si no lo haces, te sobrevendrán nuevos castigos.

Del cuenco colocado en el centro de la mesa empezó a surgir una tenue niebla iridiscente, un vaho blanquecino que parecía brillar a la luz de las velas. Estaba funcionando, tal y como había esperado. Miré a mi alrededor, escrutando los oscuros rincones de la habitación, pero no conseguí ver al fantasma. ¿Por qué no acudía? ¿Estaba intentando resistirse a mi invocación?

—Ana Bolena, acude a mí. Si no lo haces, te sobrevendrán nuevos castigos —insistí.

Noté algo extraño en mi interior, una sensación de caída súbita, como si me estuviera despeñando desde el borde de un precipicio, pero me hubiera dejado el estómago arriba. Al mismo tiempo, mi visión se nubló, como si un humo negro hubiera cubierto mis ojos. No me asusté. Mi madre me había hablado de aquellas sensaciones. En ocasiones, había que adentrarse mucho en la tierra de los muertos para llamar a uno de ellos. Era aquello lo que se sentía: la caída, la oscuridad y el frío de la muerte. Pero era algo temporal. Solo duraba unos segundos, el tiempo suficiente para llegar hasta el Más Allá y llamar al espectro con el que quería comunicarme. Una vez logrado, mi conciencia regresaría por sí misma al mundo de los vivos, con la misma velocidad con la que se emerge a la superficie del agua en busca de oxígeno.

—Está ahí. —Wendy volvió a apretar mi mano con tanta fuerza como para hacerme daño. Su voz sonaba aterrada—. Hay una luz, un aura… pero es muy débil y se apaga… No es de alguien de este mundo…

Dirigí mi mirada hacia el lugar en el que Wendy tenía clavados sus ojos aterrados. No había esperado que ella pudiera percibirla, pero parecía que el poder de la chica era más potente de lo que habíamos pensado. Allí estaba la mujer que me había encontrado la noche anterior, la joven pálida y delicada vestida con su traje gris. Agradecí que llevara la cabeza sobre el cuello. Sus ojos estaban fijos en mí, pero ya no estaban tristes sino furiosos. Parecía que no le había hecho ninguna gracia tener que acudir a mi invocación.

—Eres Ana Bolena, ¿verdad? Yo soy Clarice, la persona que te ha invocado. —Me sentí ridícula por intentar comenzar la conversación presentándonos, como si aquella fuera una charla informal en alguna reunión social. Por suerte, ella no se burló. Se limitó a asentir mientras seguía clavando en mí aquella mirada tan cargada de odio—. Solo voy a hacerte unas preguntas y te dejaré marchar.

—Eso espero. No me gusta que hayas perturbado mi descanso. —La figura se movió desde la oscura esquina que había estado ocupando y se acercó. Se detuvo a un paso del círculo de sal y dirigió su mirada hacia el centro de la mesa, donde reposaba el cuenco con el hueso de su dedo—. Tampoco me gusta que hayas profanado mi tumba y mi cadáver.

—Necesitaba hacerlo para hablar contigo. —A pesar de estar disculpándome, traté de que mi voz continuara firme. No podía permitir que Ana tomara el control de la situación—. Si contestas a mis preguntas y quedo satisfecha, te prometo que devolveré ese hueso para que tu cuerpo vuelva a estar completo y que no te molestaré más.

—¿En serio? —me interrumpió Alfred—. Nos hemos tirado horas para abrir y cerrar esa tumba.

Le lancé una mirada asesina que hizo que cerrara la boca de inmediato. Por suerte, Ana parecía ignorar a todo el mundo menos a mí, ya que su mirada seguía fija en mi rostro. Asintió despacio y se acercó un poco más, hasta quedar justo a mi lado, al borde del círculo de sal que nos protegía.

—Formula tus preguntas. Me duele estar aquí.

—¿Sabes qué les está pasando a los cuervos? —pregunté.

—Se están muriendo —contestó ella.

—Eso ya lo sé —dije molesta—. Te estoy preguntando si sabes qué es lo que los está matando.

—Formula tus preguntas con más precisión. No me gusta que me molesten con tonterías. —Abrí la boca para insistir y hacer que me respondiera, pero, de repente, ella dejó de mirarme y se llevó las manos a las sienes—. Duele mucho estar aquí. Duele estar muerta en un mundo de vivos.

—En cuanto me contestes, podrás regresar —le prometí.

—No quiero regresar —dijo arrastrando las palabras, como si le costara pronunciar sonidos. Un reguero de sangre oscura empezó a manar del corte de su garganta—. Quiero estar viva de nuevo… Quiero quedarme aquí y que no me duela.

—Sabes que eso no es posible —la corté con voz firme—. Tranquilízate, escúchame y contesta a mis preguntas.

—¡No quiero! ¡Me duele!

Ana se dobló sobre sí misma, con las manos aún sujetando sus sienes con fuerza y dejó escapar un alarido tan agudo y molesto como el ulular de una sirena. Me tapé los oídos, intentando mitigar aquel horrible sonido y, ante mi asombro, vi que mis compañeros también lo hacían. El espectro de Ana era aún más fuerte de lo que yo había pensado si la gente sin ningún poder era capaz de percibirla.

—¿Qué es lo que está pasando? —preguntó Alfred alarmado.

—Está enfadada y es difícil de controlar. Dame unos segundos.

Alfred asintió y yo me forcé a sonreírle para demostrarle que lo tenía todo bajo control. Era mentira. No controlaba la situación en absoluto. El grito de Ana era cada vez más agudo y penetrante y dolía como si un hierro al rojo vivo fuera hundiéndose poco a poco en el cerebro. Eso me impedía concentrarme. Además, el contacto con el resto del grupo se había roto. Todos habían soltado sus manos para poder taparse los oídos y ya no estaban relajados y concentrados. En esas condiciones, no podían prestarme su poder. Iba a tener que enfrentarme a Ana yo sola. Me puse en pie y planté las dos manos sobre la mesa con un fuerte golpe para atraer su atención.

—¡Cállate y escúchame! —le ordené—. Soy yo quien te ha invocado y debes obedecerme.

En un segundo, el grito cesó. Me sentí poderosa, invencible… Había sido capaz de dominar a un espectro de siglos de antigüedad con solo mi voluntad.

Cuando miré los ojos de Ana, esa confianza desapareció como se desvanece la niebla ante los primeros rayos de sol. Me miraba burlona, con una sonrisa maléfica adornando sus pálidos labios.

—Tú no eres nadie para darme órdenes, sucia mortal —susurró

entre dientes.

Me di cuenta de que la habitación se hallaba sumida en un silencio tan absoluto como para escuchar la respiración agitada de todos los presentes. Habían dejado de taparse los oídos y miraban a todos lados, asustados, como si trataran de ver al espectro con sus propios ojos. Solo Wendy miraba en la dirección adecuada, por lo que supuse que la chica seguía siendo capaz de percibir su aura fantasmal.

De repente, me di cuenta de algo más. Hacía frío, muchísimo frío, un frío intenso y húmedo que entumecía mis articulaciones y hacía que me doliesen todos los huesos. El vaho de nuestro aliento se dibujaba como una nube blanca con cada respiración.

—Detente. —Volví a ordenarle al fantasma—. Si no me obedeces, te sobrevendrán nuevos castigos.

Ana no se asustó ante mi amenaza. Al contrario. Me miró y empezó a reírse. Primero fue una risa queda entre dientes, luego una risa abierta y después una carcajada que fue subiendo más y más de volumen hasta retumbar contra las paredes y despertar ecos. Toda la habitación pareció temblar con aquella risa. Los cristales vibraron, la llama de las velas se extinguió y las luces de las lámparas, que habían permanecido apagadas hasta aquel momento, empezaron a titilar. En aquella oscuridad, escuché los gritos de mis amigos, el arrastrar de sillas y sus pasos asustados.

—¡No salgáis del círculo! —les advertí, aun sabiendo que estaban tan aterrados que no iban a escucharme.

La carcajada de Ana seguía subiendo de volumen. El dolor era tan insoportable que temí que mis tímpanos fueran a reventar. Tenía que recuperar el control de la situación y dominar a Ana o expulsarla al mundo de los muertos. Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas y que la garganta se me cerraba. ¿Cómo había sido tan estúpida? No tenía la suficiente experiencia como para controlar a un ser con tanto poder. Quizá mi madre habría podido hacerlo, pero yo no.

Aparté de mi mente aquellos pensamientos. Ya me castigaría más adelante por haber sido tan inocente. En aquel momento, solo debía centrarme en controlar al fantasma de Ana antes de que alguien saliera herido.

—¡Basta! —grité—. Si no me obedeces, te haré daño. Recuerda que sé dónde descansa tu cuerpo.

La risa de Ana se detuvo de pronto. Todas las luces de las lámparas se encendieron y los cristales dejaron de temblar. La busqué con la mirada pero no pude encontrarla. Parecía que se había

marchado.

Miré a mis compañeros para asegurarme de que todos estaban bien. Alfred e Irma continuaban sentados en sus sillas, pálidos y temblorosos pero a salvo dentro del círculo. Nigel había salido y se encontraba al lado de la puerta, con la mano tendida hacia el picaporte, como si la luz le hubiera sorprendido tratando de escapar y no supiera qué hacer. Wendy estaba en un rincón de la habitación, de espaldas al resto, como una niña que hubiera sido castigada por portarse mal. Se balanceaba de lado a lado, lentamente, como si estuviera siendo mecida por alguna corriente o por una mano invisible. Me sorprendió aquella conducta. ¿Qué hacía quieta en aquel rincón? ¿Por qué no nos miraba? Cuando se giró hacia nosotros con una sonrisa enloquecida en su rostro, sentí que el corazón se me paraba.

—No me importa que destruyas mi cadáver —me dijo con una voz que no era la de Wendy—. Ya he conseguido un cuerpo nuevo.


Alfred

Capítulo siete

Sintió que su corazón se saltaba un par de latidos. Aquello no podía estar sucediendo. Clarice le había advertido de que lo que iban a hacer podía ser peligroso, pero nunca había pensado que la situación podría descontrolarse hasta aquel punto.

Volvió a mirar a Wendy, sin poder creer que en aquel momento llevara un espíritu maligno y enloquecido en su interior. Wendy, la más inocente y delicada del grupo. Llevaban poco tiempo juntos, pero había empezado a apreciarla como a una hermana pequeña. Tenía que hacer algo para ayudarla. Miró hacia Clarice con ojos suplicantes. Ella debió de notar su mirada, porque se giró hacia él y asintió antes de ponerse firme y tomar el control de la situación.

—Nigel, vuelve al interior del círculo inmediatamente —ordenó con un tono que no admitía discusión.

El joven salió de la parálisis que parecía haberle invadido y, de un solo salto, dejó su lugar al lado de la puerta y se colocó a su lado.

—Ahora quiero que pongáis vuestras manos sobre mí y que os concentréis en estar relajados y en cederme toda vuestra energía.

Sus compañeros se colocaron a su lado y pusieron las manos sobre sus hombros, brazos o espalda. Alfred trató de controlar su respiración y tranquilizarse, como ella había pedido, pero pensó que iba a resultarle imposible. ¿Cómo iba a estar tranquilo después de ver como un espíritu maligno acababa de adueñarse del cuerpo de Wendy?

—No separéis las manos. Os necesito —continuó Clarice—. Y no salgáis del círculo pase lo que pase. Si lo hacéis, no podré protegeros.

Sus palabras fueron interrumpidas por la risa de Wendy. No, no era Wendy. Aquel ser de ojos enloquecidos y risa demoniaca no era su compañera. Se dijo a sí mismo que debía tenerlo muy presente por si en algún momento tenía que tomar la decisión de atacarla.

—Estúpida bruja… No vas a poder proteger a tus amigos. No vas a poder hacer nada contra mí.

—Me llamas estúpida, pero sabes que no lo soy —contestó Clarice con voz firme, mientras cruzaba sus brazos frente al pecho y miraba al espectro con ojos desafiantes—. Sabes que nunca podrás atravesar este círculo y que estamos a salvo.

—Eso no me importa. Ya tengo lo que necesito.

—También sabes que eso no es cierto. Esa unión con un cuerpo mortal no podrá prolongarse mucho. Estás dañándolo y también te haces daño a ti misma. Sé que no te importa matarla, pero, si tu alma se debilita demasiado con la posesión, puede perderse para siempre en el Más Allá y no encontrar nunca el camino de regreso.

Alfred sintió que se quedaba sin aire, que el estómago se le encogía por la angustia. Según lo que acababa de decir Clarice, Wendy estaba en peligro de muerte y, en lugar de hacer algo por salvarla, estaban hablando con aquel fantasma. Sintió ganas de lanzarse sobre aquel espectro y obligarle a salir del cuerpo de Wendy, pero sabía que aquello era ridículo. Si se liaba a puñetazos, tan solo conseguiría dañar el cuerpo de la chica. Tenía que confiar en Clarice y esperar que supiera cómo arreglar aquello. Ella volvió a tomar la palabra:

—Escúchame, Ana. Sé dónde descansan tus restos mortales. Si no abandonas de inmediato el cuerpo de Wendy, quemaré tus restos y haré que tu espíritu desaparezca para siempre. ¿Es eso lo que quieres? ¿Desaparecer? ¿Disolverte en la nada?

Los ojos de Wendy parecieron brillar como si tuvieran ascuas encendidas dentro. Un viento pútrido surgido de ninguna parte inundó la habitación y removió sus cabellos y sus ropas.

—No lo harás —contestó el espectro con tono burlón—. Me has llamado porque querías respuestas.

—¿Acaso las tienes? —preguntó Clarice.

—Por supuesto que las tengo. —El fantasma bajó la voz hasta convertirla en un susurro tentador—. Todo depende de lo que estés dispuesta a ofrecer a cambio. ¿Cómo de importante es para ti salvar la corona de Inglaterra?

—También es tu reino, es tu país —la cortó Clarice.

—No, no vayas por ahí. —Una carcajada histérica escapó de los labios de Wendy—. ¿Tengo que recordarte lo que me hicieron? Yo era su reina y me condenaron a muerte por los caprichos de un rey voluble y mujeriego. Me da igual lo que le suceda a Inglaterra o a cualquiera de sus reyes.

Alfred apretó el hombro de Clarice para hacer que se girara hacia él y, cuando le miró, negó con la cabeza de forma vehemente. Le daban igual las respuestas que aquel ser pudiera ofrecerles. Lo importante era sacarlo cuanto antes del cuerpo de Wendy y poner a salvo a su compañera. Ya conseguirían la información que necesitaban por otra vía. Clarice asintió y se inclinó un poco hacia él para susurrarle:

—Confía en mí. Necesitamos esas respuestas. —Sin esperar a que él pudiera contestar, volvió a encararse al espectro para seguir hablando—. Te escucho. ¿Qué es lo que quieres a cambio de esas respuestas?

—Quiero que me prometas que no vas a hacer nada contra mí. No dañarás mis huesos ni volverás a profanar mi tumba… —Esperó hasta que Clarice asintiera para terminar de pronunciar sus peticiones —. Ni me obligarás a abandonar este cuerpo.

—No, eso no… Tienes que salir del cuerpo de Wendy.

—No hay trato. Debéis decidir… —El tono del espectro volvió a hacerse tentador y sugerente—. ¿Qué es más importante para vosotros? ¿Esta simple plebeya o la vida de vuestro rey y el futuro de toda Inglaterra?

Apretó de nuevo su hombro para decirle que no aceptara aquel trato miserable, pero en aquella ocasión Clarice ignoró su llamada y continuó con la vista al frente. Notó como tomaba aire y se erguía orgullosa antes de contestar.

—Te ofrezco mi cuerpo —contestó.

—¡No! —gritó Alfred, tirando de su hombro para hacer que se girara hacia él—. ¡No puedes hacer eso!

—Confía en mí —repitió ella en un susurro antes de seguir hablando con el espectro—. Es un buen trato: mi cuerpo es más fuerte y aguantará tu posesión durante más tiempo. Y te prometo además que nunca haré nada contra ti. Ni dañaré tus huesos ni profanaré tu tumba. ¿Aceptas?

Cuando el fantasma asintió, con una maligna sonrisa de triunfo afeando el dulce rostro de Wendy, Alfred sintió que un escalofrío recorría todo su cuerpo. No podía permitir que Clarice se sacrificara por ellos. Preferiría mil veces que aquel monstruo le poseyera a él antes que perder a Clarice. Se dio cuenta de que no se debía solo al hecho de ser el líder de aquel grupo y, por lo tanto, tener la responsabilidad de pagar las consecuencias de sus errores. Había algo mucho más importante que le estaba desgarrando el alma en aquel momento: no podía perder a Clarice. Quería seguir a su lado, conociéndola, admirándose de su fuerza y su valor, incluso enfadándose con su irreverencia y sus insubordinaciones… No podía imaginarse la División OpenMind sin ella. No quería imaginarse el mundo sin ella.

Apretó con fuerza su hombro para retenerla. Ella se giró hacia él y le miró directamente a los ojos. Se sorprendió al ver que no había miedo en ellos, sino rebeldía, desafío… y un ligero brillo de triunfo

que no pudo comprender.

—Confía en mí —susurró de nuevo—. Y recuerda lo que te dije sobre el hueso.

Después, de forma delicada pero firme, apartó la mano de Alfred de su hombro y salió del círculo de protección. El cuerpo de Wendy se desplomó y quedó tendido en el suelo. Durante un segundo, el espectro de Ana Bolena se hizo visible, flotando a varias pulgadas del suelo. No era la figura translucida de una joven de aspecto delicado que Clarice le había descrito, sino un maligno monstruo de cabellos desgreñados y ojos vacíos que se lanzaba hacia ella. El espectro alargó sus manos de uñas ennegrecidas mientras ululaba. Su boca era un inmenso y oscuro agujero que crecía y crecía, como si pretendiera devorarla de un solo bocado. Aquella espantosa aparición chocó contra el cuerpo de Clarice y desapareció en su interior.

Alfred sintió que había perdido por completo el control de su cuerpo. Aquello iba cada vez peor. Wendy estaba inconsciente, tirada en el suelo y fuera de su alcance. No podían ir a por ella y ponerla a salvo sin salir del círculo. Clarice había sido muy clara respecto a aquello. No debían salir bajo ningún concepto: ni para recoger a Wendy ni para tratar de salvarla a ella. Entonces, ¿qué podían hacer?

Se mantuvo quieto, tratando de recuperar la calma. Solo podía escuchar los gritos de Nigel y los sollozos de Irma y una respiración desbocada y enloquecida que, después de unos segundos, reconoció como propia. A pesar de lo desesperado de la situación, se forzó a cerrar los ojos, a tomar una profunda bocanada de aire y mantenerla dentro para después expulsarla de forma pausada. Recordó la mirada que le había dirigido Clarice antes de salir del círculo. Una mirada llena de seguridad, de triunfo. Ella pensaba que aún podían ganar… Y tuvo la absoluta seguridad de que confiaba en él para lograrlo.

Se forzó a pensar en las últimas palabras que le había dedicado. “Recuerda lo que te dije sobre el hueso”. ¿Qué hueso? ¿De qué hablaba? ¿Qué tenía que recordar? En aquel momento se sentía demasiado confuso para pensar en nada.

El cuerpo de Clarice parecía haberse transformado. Había una negrura en sus ojos, una frialdad que no le había visto nunca. Su piel se había vuelto pálida y enfermiza, pero, aun así, una sonrisa adornaba su rostro. No era su sonrisa. No era cálida ni amable. Era una sonrisa torpe, congelada… Después de observarles durante un par de segundos y de dirigir una mirada distraída al cuerpo inerte de Wendy, les dedicó una reverencia y se encaminó a la puerta de la habitación.

—¡Detente! —gritó Irma—. ¿Dónde vas?

—A aprovechar este recipiente humano. Este cuerpo no me durará mucho tiempo y quiero sentir que estoy viva —respondió el espectro con tono soñador—. Quiero sentir el sol, el viento, la lluvia… Quiero comer y beber y bailar…

—No puedes irte.

—Sí puedo. Es el trato que me ofreció vuestra bruja a cambio de dejar tranquilo el cuerpo de la chica.

—Prometiste algo más —insistió Irma—. Dijiste que nos contarías la causa de la muerte de los cuervos y qué es lo que está amenazando al reino de Inglaterra.

—Tenéis razón y cumpliré mi parte del trato. —El espectro asintió—. Supongo que me preguntáis por la profecía.

—Sí, esa leyenda que dice que cuando los cuervos desaparezcan de la Torre de Londres, esta se desplomará y la corona de Inglaterra caerá —explicó Irma—. ¿Qué les está pasando a los cuervos? ¿Por qué están muriendo?

—Lo habéis entendido al revés. —El fantasma se rió de ellos—. La muerte de los cuervos no es causa, sino consecuencia. Es mucho más lógico de que lo que pensáis.

—No te entiendo —dijo Irma, confusa.

—Los cuervos de la Torre están unidos a la corona de Inglaterra, pero no en la manera en la que pensáis. —Negó con la cabeza mientras dejaba escapar una risa burlona—. La muerte de los cuervos no provocará la caída del reino. Eso sería ridículo. Es la proximidad de la caída de Inglaterra lo que está provocando la muerte de los cuervos.

—¿La caída de Inglaterra? ¿Cómo? ¿Por qué?

—El rey de Inglaterra morirá pronto y con su muerte llegará el final del reino. Y, cuando eso suceda, morirá el último cuervo. —Volvió a dedicarles una teatral reverencia y se giró hacia la puerta—. Ya he contestado a todas vuestras preguntas y he cumplido mi parte del trato. Haced vosotros lo mismo.

Ver la figura de Clarice de espaldas, preparada para irse, hizo que Alfred saliera de su estupor. Tenía que hacer algo para evitar que se marchara. Estaba seguro de que, si dejaba que aquel espíritu cruzara la puerta llevándose el cuerpo de Clarice, no volvería a verla nunca con vida. ¿Pero qué podía hacer? Ella le había prometido al espectro que nunca harían nada contra su cuerpo ni volverían a profanar su tumba. No… Un momento… No era así. Clarice había prometido que ella no haría nada contra el espectro de Ana, pero no

había dicho nada del resto del grupo. Eso quería decir que podían actuar, que no estaban atados por aquel juramento.

Volvió a pensar en las últimas palabras que le había dirigido Clarice. ¿Qué tenía que recordar? ¿Qué le había dicho ella sobre un hueso? Y entonces recordó la escena en la capilla, mientras desenterraban el féretro de Ana Bolena, con tanta claridad como si estuviera sucediendo ante sus ojos y escuchó cada una de sus palabras como si las estuviera pronunciando en aquel mismo momento:

“Los fantasmas siguen unidos de alguna forma a su cuerpo físico… Cuando dañas su cuerpo, sufren un dolor indescriptible. Si en algún momento la situación se descontrola, tener un trozo de su cuerpo con el que poder hacerle daño puede ser nuestra única salvación”.

Lo tenía. Encima de la mesa, dentro del cuenco, tenía una falange de Ana. Aquello tendría que servirle para hacer que abandonara el cuerpo de Clarice y obligarla a regresar al infierno. Se giró hacia la mesa, tomó el cuenco, sacó el pequeño hueso y con él bien aferrado, estiró el brazo y llamó:

—Ana, no puedes irte —gritó—. Sal del cuerpo de Clarice.

La figura se volvió hacia él. A pesar de que sus ojos continuaban vacíos de expresión, parecía confiada y burlona. Sin embargo, cuando vio el objeto que Alfred sujetaba en su mano derecha, su rostro cambió. Sus ojos volvieron a brillar como si se hubiera desatado un incendio dentro de ellos. Se inclinó hacia atrás y abrió la boca mucho más de lo que podría abrirla un ser humano y profirió un alarido agudo y prolongado que hizo retumbar las paredes.

Todas las luces se apagaron y un viento frío y paralizante les sacudió y les trajo el aroma de las flores marchitas, de la humedad de la tierra de los cementerios y de la carne en putrefacción. Aquel viento derribó las sillas, tiró los cuadros de las paredes y los libros de sus estanterías. Los cristales vibraron durante unos segundos antes de estallar en mil pedazos.

Alfred continuaba firme aferrándose a aquel pequeño huesecillo como un náufrago se aferraría a un tablón a la deriva. Si el espectro se había puesto tan furioso significaba que realmente podía hacerle daño. Si no tenía miedo, si se mantenía firme, podría vencerlo.

En aquella oscuridad absoluta, distinguió un resplandor plateado. Se dio cuenta de que era la imagen de Ana, superpuesta a la figura de Clarice. Era como si las dos ocuparan al mismo tiempo el mismo lugar. Veía el cuerpo físico de su amiga y, rodeándolo como una segunda piel, el brillo argénteo de la figura del espectro. Y se

acercaba a él, amenazador, furioso… En un solo segundo, cruzó la habitación para colocarse frente a él, pero se detuvo como si hubiera chocado contra un sólido muro. Cuando se sobrepuso al terror, Alfred comprendió lo que había pasado. El círculo le protegía. Mientras se mantuviera dentro de sus límites, Ana no podría hacerle daño.

Se permitió sonreír a pesar de tener al espectro a pocas pulgadas de su cara, rugiendo y gruñendo como un animal rabioso, tratando de rasgar con sus largas uñas negras el velo invisible que les separaba. Volvió a recordar las palabras de Clarice y rezó por estar interpretándolas bien:

“Cuando dañas su cuerpo, sufren un dolor indescriptible”.

Se giró de nuevo hacia la mesa, dejó el pequeño hueso sobre su superficie, sacó su revólver del cinto y le dio un fuerte golpe con la culata. Un nuevo grito llenó la habitación y despertó mil ecos y se multiplicó hasta el infinito, como si se encontraran en una caverna en las profundidades de la Tierra. Se giró hacia la figura y vio que había perdido brillo, que parecía más débil. Aquello le dio esperanzas, así que volvió a golpear el pequeño hueso una vez y otra vez y otra… En pocos segundos se deshizo en un fino polvo amarillento que el viento que seguía soplando dentro de la habitación se encargó de dispersar.

Las luces volvieron a encenderse. Alfred extendió ambos brazos para que Nigel e Irma esperaran y no saliesen del círculo. El viento había cesado, el frío que había invadido la habitación había desaparecido y el aroma a camposanto se había desvanecido. Percibió los sonidos del exterior. El aleteo de los cuervos en sus jaulas, el sonido de los pasos de un guardia sobre un camino empedrado, el ulular de un búho a lo lejos… Todo había terminado.

Salió del círculo y se arrodilló al lado de la figura inerte de Clarice mientras Nigel e Irma se apresuraban a auxiliar a Wendy. Escuchó un gemido de la joven y desvió la mirada para ver como la incorporaban y ella abría los ojos. Se permitió un suspiro de alivio. La chica estaba bien. Ahora solo quedaba despertar a Clarice.

Levantó un poco su cuerpo mientras la llamaba por su nombre. Tocó su rostro y sus manos y sintió que el terror le invadía. Su piel estaba helada y pálida y sus labios tenían un tinte azulado, como si hubiera sido rozada por la mano de la Muerte. No, no podía ser. Temió que, al expulsar a Ana mientras ocupaba su cuerpo, podía haberla dañado.

Se sintió desesperar. ¿Y si había interpretado mal sus palabras y, al intentar ayudar, la había matado?

Acercó su oído a los labios de la joven y percibió su aliento. Muy

débil, casi inexistente, pero ahí estaba. La abrazó contra su cuerpo para darle calor mientras la llamaba una y otra vez.

—Clarice, Clarice… Por favor, no te vayas. Clarice, vuelve a mí.

Sintió que ella se estremecía entre sus brazos y notó como tomaba una fuerte bocanada de aire, como alguien a punto de ahogarse que consigue llegar a la superficie. La separó para mirar su rostro y vio como ella abría sus ojos y le reconocía.

—¿Dónde está Ana? —preguntó asustada.

Él le ayudó a incorporarse y se sentó en el suelo a su lado. Miró durante un momento a sus compañeros, que también habían conseguido sentar a Wendy y la habían apoyado contra una pared. Le devolvieron una sonrisa de triunfo.

—Ya está. Hemos acabado con ella —explicó Alfred—. Recordé tu explicación sobre el dolor que causa a los fantasmas dañar su cuerpo, así que destruí el hueso que habías sacado de su tumba.

—Bien… Perfecto. —La voz de Clarice era muy débil—. Siento mucho lo que ha pasado. Creí que podría controlarla, pero era demasiado poderosa… Y encima no ha servido para nada.

—Sí que ha servido —la contradijo Alfred—. Tenemos la información que necesitábamos. Irma consiguió conservar la sangre fría necesaria para interrogarla.

—¿Y qué hemos descubierto? —Clarice había abierto los ojos de par en par, como si hubiera recuperado de golpe toda su energía—. ¿Sabemos por qué se mueren los cuervos?

—Sí, y lo estábamos enfocando todo al revés. Nosotros pensábamos que el rey de Inglaterra estaba en peligro porque los cuervos se estaban muriendo y es al contrario. La muerte de los cuervos es la consecuencia y no la causa.

—Acabo de ser poseída por un espectro maligno y me encuentro algo confusa —dijo ella mientras se masajeaba las sienes—. ¿Podrías explicármelo más claro?

—Los cuervos se están muriendo porque el rey de Inglaterra va a morir. En el momento en el que el rey muera, caerá el último cuervo.

—¿Así que es al rey de Inglaterra al que debemos proteger si queremos salvar a esos pajarracos y no al revés? —preguntó ella, provocando una risa de Alfred—. Ya entiendo. ¿Qué vamos a hacer entonces?

—Ya no tenemos nada que hacer aquí. —Él se levantó y le tendió la mano para ayudarla a levantarse del suelo—. Nos vamos a

Buckingham.

Gemma Herrero Virto

Portugalete, 19 de abril de 2022

UNA NOTICIA BUENA Y OTRA MALA

Lo sé. Ahora mismo me odias.

Sé lo que estás pensando. ¿Cómo que se acaba aquí? Pero si me falta la mitad de la historia… Y es cierto. Todavía quedan muchas páginas para que se resuelva el caso, tantas que no cabían en un solo libro.

Y esa es la mala noticia: De momento la historia termina aquí y no vas a poder saber ahora mismo si la División OpenMind consigue descubrir qué es lo que está pasando con los cuervos de la Torre de Londres y si serán capaces de salvar al rey y evitar la caída del reino.

Pero ahora viene la buena noticia: La segunda parte ya está casi escrita. De hecho, no vas a tardar mucho en poder leerla, porque planeo publicarla en un par de meses. A principios de julio de 2022 ya tendrás disponible en Amazon la segunda parte, que se titulará La historia de Clarice II: El último cuervo.

Si quieres ser el primero en enterarte de cuándo estará a la venta (además de estar informado de mis próximos estrenos, promociones sorteos y demás), puedes unirte a mi lista de correo. Además, solo por inscribirte, te llevas un libro en digital de regalo. Solo tienes que entrar en www.gemmaherrerovirto.es y dejar tu nombre y tu dirección email para no perderte absolutamente nada.

¡Nos vemos en un par de meses para seguir con la aventura!

AGRADECIMIENTOS

Hace casi dos años empecé a escribir la primera frase de esta novela y me ha costado mucho llegar hasta aquí. A pesar de que no es una novela histórica al uso (de hecho algunos acontecimientos históricos pueden estar modificados para hacer que sean más novelescos y otros son totalmente ficticios), el hecho de estar ambientada en la segunda guerra mundial hacía que documentarse fuera un proceso muy largo y laborioso. En aquel momento, en medio de la pandemia y de varios cambios personales importantes, yo no tenía la cabeza preparada para algo tan complejo, así que tuve que abandonar la historia, pensando que quizá no la terminaría nunca…

Sin embargo, la idea de escribir la historia de Clarice y de la División OpenMind nunca se fue del todo. Sabía que tenía que contarla, que, si no podía en ese momento, ya lo haría más adelante. Y hubo mucha gente que me apoyó y me dijo que lo conseguiría, así que hoy quiero darles las gracias a todos ellos:

A Ángela y Corina, mis Supremes. Gracias por todas esas horas de charlas. Os quiero.

A Ángel, Jorge, Juanmi, Lidia, Ager y Mary por ser mis amigos. No. Por ser mis AMIGOS, en mayúsculas y con letras de neón, porque no merecéis menos.

A Jessi por todo el apoyo y el cariño que me das siempre. Sabes que no hay palabras para decirte lo que te quiero pero que entre nosotras tampoco hacen falta.

A Ainara y Elena, mis supernenas, porque estáis siempre ahí, en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad. Lo nuestro sí que es amor del bueno y eterno y no esas mierdas que te venden en las pelis Disney.

A Laura, mi lectora cero, por tu trabajo y entusiasmo sin fin, por tener siempre la vista certera para detectar errores y decirme tantas cosas bonitas como para rebajar mis nervios.

A Mónica Gallart, por vestir siempre de gala mis historias y dejarlas por fuera así de bonitas.

A Iván, mi chico de los ojos mágicos y la sonrisa eterna, por todas esas horas de carretera soportando como canto, por todos esos planes de última hora, por esa energía y esas ganas de vivir, por estar tan loco como yo o más… Gracias por haber hecho de este último año una aventura continua.

Y ya por último a ti, lector, porque sin ti nada de esto tendría sentido. Eres la razón última por la que escribo, la gasolina que mantiene la

máquina en movimiento, el polvo de hadas que me permite seguir soñando. Gracias por acompañarme en mis aventuras, por embarcarte en mis historias, por conocer mis mundos y encariñarte con mis personajes. Gracias por el apoyo continuo y los mensajes de ánimo. Gracias por estar ahí siempre.

Me despido ya hasta el próximo libro. Leed mucho y sed felices.

Un besazo enorme,

Gemma

MEDIOS DE CONTACTO

Si queréis poneros en contacto conmigo, podéis hacerlo a través de:

- Facebook: https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2
- Twitter: @Idaean
- Instagram: gemma_herrero_virto
- Página web: www.gemmaherrerovirto.es (Si te suscribes a mi página web, puedes llevarte un libro de regalo, a elegir entre *¿Tú me ves? I: La maldición de la casa Cavendish*, *La red de Caronte*, *Viajes a Eilean I: Iniciación*. No lo pienses más y únete).

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

Terror/fantasía urbana: Saga ¿Tú me ves?



¿Te imaginas que pudieras regresar a los años 80 y recorrer Nueva Inglaterra en una caravana? Libertad, buena música, aventuras, paisajes increíbles…

¿Te imaginas que, además, te ganaras la vida resolviendo casos paranormales y enfrentándote a fantasmas, demonios y casas encantadas?

Al y Eli te invitan a acompañarles en ese viaje. Date prisa, que ya salen.

TÍTULOS DE LA SAGA:

- La maldición de la casa Cavendish
- Carpe diem
- El susurro de los condenados
- El regreso de Sarah Ellen
- Roanoke
- Croatoan

Thriller paranormal



Novela Finalista del Premio Literario Amazon 2017

Asesinatos, apariciones, sesiones de ouija, un amor perdido, un pueblo maldito por una historia que ya nadie recuerda… Sumérgete en Los crímenes del lago, un thriller sobrenatural que te robará el sueño y detendrá tu respiración.



Novela Finalista del Premio Universitario de novela Anagma 2011

Bosques tenebrosos, fenómenos paranormales, una ola de crímenes que sacude un pequeño pueblo, un espíritu en busca de justicia y una piedra capaz de conectarte con el otro lado. ¿Te atreves a adentrarte en Erkiaga?



Aventuras, explosiones, persecuciones en coche, tiroteos, malos muy malos, una chica guapa a la que salvar… y gatos que hablan. ¿Buscas una historia diferente? Zhilan es la novela que estabas esperando.

Fantasía: Trilogía viajes a eilean



Una historia de magia y brujería, mundos paralelos, aventuras, romance... Sumérgete con Luna en un mundo de dragones e hipogrifos, elfos y dríadas, poderosos magos y peligrosos hechiceros. ¿Te atreves a acompañarla en su viaje a Eilean?

TÍTULOS DE LA TRILOGÍA:

- Iniciación
- Arcanos
- La ley de lo triple

Fantasía: Trilogía de Kayne



¿Recuerdas esas historias de espada y brujería, de valientes caballeros y hermosas princesas, de sabios magos y terribles monstruos? ¿Recuerdas las batallas a espada, los asedios a castillos, los bosques misteriosos en los que se ocultaban criaturas de leyenda? ¿Recuerdas haber leído sobre ello bajo las mantas, con la ayuda de una linterna, temiendo que tus padres te pillaran y que te hicieran dejar de leer?

Nunca es tarde para recuperar algo que nos hacía tan felices. Vuelve a sentir la aventura con la Trilogía de Kayne:

TÍTULOS DE LA TRILOGÍA:

- La muerte del heredero
- La profecía del traidor
- PRÓXIMAMENTE EN AMAZON EL TERCER TÍTULO DE LA TRILOGÍA.

- ## **Novela policíaca: Serie Caronte**



Persigue asesinos en serie, investiga pistas, elabora perfiles, interroga sospechosos... ¿Serás capaz de descubrir los misterios que encierran estas novelas?

No lo pienses más y únete al equipo de investigación.

TÍTULOS DE LA SERIE:

- La red de Caronte
- Suicidios inducidos
- Los cadáveres blancos
- Reflejo mortal

Relatos



Trece sombras son trece relatos breves sobre personas que se sienten solas en situaciones extremas que les resultan demasiado grandes, al igual que sucede con la sombra que proyecta un objeto colocado frente a una vela.



Este libro no es un libro cualquiera. Reúne una serie de relatos, cada uno de los cuales es una puerta hacia ese otro mundo: fantasmas vengativos, espíritus que no encuentran descanso, oscuros y crueles demonios, monstruos que acechan en sueños... ¿Quieres descubrir qué es lo que se oculta detrás del velo?

Novela postapocalíptica



¿Has imaginado alguna vez que los zombis puedan pensar, sentir, soñar... o querer venganza? ¿Quieres saber cómo se vive el apocalipsis desde el bando de los malditos?

[i] Phychic Research Department o Departamento de Investigación Psíquica.

[ii] Es la canción de la película Blancanieves en la que la protagonista canta sobre lo maravilloso que será su príncipe azul cuando llegue.

[iii] Nombre de la marina de guerra alemana

[iv] Abreviatura del alemán *Unterseeboot.* Nombre con el que se conocía a los sumergibles y submarinos alemanes. Se les conocía también como “Lobos de la Kriegsmarine” por su estrategia de atacar en manada a los convoys enemigos.

[v] Servicio de inteligencia británico.

[vi] Falda típica escocesa.

[vii] Oficial nazi de alto rango, jefe de las SS y uno de los principales líderes del Partido Nazi. Fue el creador y supervisor de los campos de concentración y una de las personas más importantes de la Alemania nazi durante la guerra.

[viii] Enigma era el nombre del código secreto utilizado por el ejército alemán en sus comunicaciones durante la segunda guerra mundial, código que fue descifrado por Turing y sus colaboradores en Blecthley Park, contribuyendo con ello a acortar la guerra.

[ix] Daga ceremonial usada en los rituales. Suele tener un mango negro y una hoja de doble filo.